

El mejor periodismo chileno

EL MEJOR PERIODISMO CHILENO
Premio Periodismo de Excelencia 2017

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869– Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso por C y C impresores en Santiago de Chile
Abril de 2018

ISBN libro impreso 978-956-357-144-8
ISBN libro digital 978-956-357-145-5

Dirección Colección Periodismo
Juan Cristóbal Peña

Edición
Catalina May

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño y diagramación
Francisca Toral



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

El mejor periodismo chileno

Premio Periodismo de Excelencia
Universidad Alberto Hurtado
2017



**UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO**
ESCUELA DE PERIODISMO

TRABAJOS PREMIADOS



PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA

Empresarios zombis
Juan Andrés Guzmán, *Ciper*
21

PREMIO CATEGORÍA OPINIÓN

Eliodoro, ¿por qué me has abandonado?
Mirko Macari, *El Mostrador*
39

PREMIO CATEGORÍA CRÓNICA O PERFIL

Alessia
Nicolás Alonso, *Qué Pasa*
45

PREMIO CATEGORÍA ENTREVISTA

Martin Hilbert: “Obama y Trump usaron el *big data* para lavar cerebros”
Daniel Hopenhayn, *The Clinic*
59

PREMIO CATEGORÍA REPORTAJE

El justiciero imaginario
Rodrigo Fluxá y Arturo Galarce, *Sábado, El Mercurio*
77

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA UNIVERSITARIO

Abusadas y castigadas: las Fuerzas Armadas sancionan a los soldados que denuncian abusos sexuales si no tienen pruebas suficientes
Daniel Pizarro y Matías Brown, Pontificia Universidad Católica de Chile
95

TRABAJOS FINALISTAS



CATEGORÍA ENTREVISTA

Descifrando a Kast

Estela Cabezas, *Sábado, El Mercurio*

109

Los nuevos ojos de Nábila

Alejandra Matus, *Paula*

123

Daniel Mansuy alerta a la cota mil: “En Chile hay problemas sociales que la derecha, simplemente, todavía no entiende”

Daniel Hopenhayn, *The Clinic*

137

Daniela Vega: la mujer fantástica

Pilar Navarrete, *Paula*

155

CATEGORÍA REPORTAJE

SuperTanker: la turbulenta historia de su vuelo a Chile

Sebastián Rivas, Juan Pablo Sallaberry y Tamy Palma, *La Tercera*

167

Las sociedades en que se funde la fortuna de la familia Piñera Morel

Francisca Skoknic, *Ciper*

175

El oscuro sótano de los maristas

Claudio Pizarro y Jonás Romero, *The Clinic*

185

Las más de cien nuevas notarías que creará el gobierno para sus cercanos

Sergio Jara, *Radio Bío Bío*

201

Un crimen al revés: el secreto del Morro

Rodrigo Fluxá, *Sábado, El Mercurio*

209

CATEGORÍA OPINIÓN

El crimen de los buenos

Constanza Michelson, *The Clinic*

229

República bananera

Alberto Fuguet, *Qué Pasa*

235

Un buen *show*

Álvaro Bisama, *La Tercera*

245

“Entrecomilladores”

Vicente Undurraga, *Qué Pasa*

249

CATEGORÍA CRÓNICA O PERFIL

El Zeta chileno

Jorge Rojas, *The Clinic*

253

Punto de quiebre

Nicolás Alonso, *Qué Pasa*

269

Ellos quieren sexo

Noelia Zunino, *Paula*

285

Buscando vida entre la muerte

Matías Sánchez, *La Tercera*

297

Crimen en Hualpén: los marinos que asesinaron a golpes
a un civil tras el toque de queda del 27F

Benjamín Miranda, *The Clinic*

309

La Viña de la pobreza
Natalia Ramos, *Viernes, La Segunda*

323

Prólogo

Una pregunta. Bastó una pregunta para que la agenda del Papa en su visita a Chile cambiara por completo.

En esos cuatro días de enero de 2018 que permaneció en Chile, y aún antes, varios de los periodistas que tuvieron acceso al Papa Francisco le formularon ese tipo de preguntas obsequiosas que, más que inquirir, buscan la complacencia de un elogio a las bondades del país y su gente.

La tónica persistió hasta el último día de la visita, jueves 18 de enero, cuando el Papa aterrizó en Iquique y la presencia del obispo Juan Barros despertaba crecientes críticas e incomodidad. Acusado de encubrir los abusos del suspendido sacerdote Fernando Karadima, Barros incluso fue abordado por un periodista de la televisión pública chilena para preguntarle: “¿De dónde saca el estoicismo, la fuerza para afrontar todo esto que le sucede?”.

Entonces vino ese momento en que el Papa se acercó a saludar a un grupo de periodistas apostados tras una reja y una reportera —Nicole Martínez, de *Radio Bío Bío*— lanzó la pregunta:

—Papa, muy cortito: hay un caso que preocupa a los chilenos que es el caso del obispo de Osorno. ¿Usted le da todo el respaldo al obispo Barros?

—El día que me traigan una prueba contra el obispo Barros, ahí voy a hablar —respondió el Papa—. No hay una sola prueba en su contra. Todo es calumnia. ¿Está claro?

En cosa de minutos, la respuesta daba la vuelta al mundo, pregonando una tormenta.

El cardenal Sean Patrick O’Malley, arzobispo de Boston y presidente de la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores, tardó dos días en poner en cuestión la respuesta de su superior. Luego el Papa pidió disculpas en el vuelo de regreso al Vaticano. Y a fines de ese mismo mes enviaba a Chile al arzobispo de Malta Charles J. Scicluna, quien inició una investigación por el caso del obispo

Barros que tres meses después, con los resultados a la vista, derivó en una carta en la que el Papa Francisco reconocía “graves equivocaciones de valoración y percepción de la situación, especialmente por falta de información veraz y equilibrada”.

¿A qué viene todo esto?

Pues, ni más ni menos, a dar cuenta de los efectos del ejercicio del periodismo. O bien, por contraste, al extravío de ese ejercicio, especialmente cuando se ve enfrentado a autoridades y personas ligadas al poder.

El ejemplo no viene del periodismo de investigación ni de esas extensas crónicas narrativas que suelen ganar premios. En este caso, es el periodismo más elemental y prosaico. El más silencioso y sacrificado. Quizás el menos reconocido (de hecho, este premio no considera una categoría de este tipo).

Se trata, en definitiva, del periodismo que se mide en el día a día y hace diferencias.

En la distancia y la comodidad de un sillón, hacer una pregunta parece cosa fácil. Pero en el tras bambalinas del trabajo de una reportera radial como la que hizo la pregunta, hay persistencia, agudeza y sentido de oportunidad. Y hay, sobre todo, convicción de que el periodismo debe favorecer la transparencia y fiscalizar al poder, desde cualquier plataforma y formato en que se ejerza.

Eso es parte esencial de lo que ha querido reconocer el Premio Periodismo de Excelencia (PPE) desde sus inicios, hace quince años. El periodismo que se debe al interés público, no al privado ni al de las autoridades. El que interroga, duda y toma distancia de quienes debe escrutar.

Pero por cierto que no es el único criterio para evaluar la calidad de un trabajo periodístico. Los jurados de cada versión del PPE se desafían a ponderar méritos que no necesariamente son comparables. Un texto de excelencia también se reconoce por su permanencia, su profundidad, su impacto social, su narrativa.

En el prólogo del primer volumen de esta colección, Andrea Vial, fundadora de este premio, sintetizaba la excelencia en aquellos

textos “que merecieran quedarse entre nosotros”. Y luego, en palabras de Tomás Eloy Martínez que ella misma cita, en aquellos capaces de “revelar los abismos y las luces más secretas del hombre, agitar las aguas, estimular la imaginación, provocar el cambio”.

El conjunto de esos atributos concurre en la serie *Empresarios zombies* a la que el jurado le otorgó el primer lugar del PPE escrito y cuya primera parte se publica en este libro. Firmada por Juan Andrés Guzmán en conjunto con Catalina Albert en dos de las cinco partes, la investigación de *Ciper* dio cuenta del insólito mecanismo legal usado por algunos de los mayores empresarios chilenos para ahorrar-se impuestos millonarios.

En palabras de una fuente que citan los autores, “un duro y masivo ataque de las empresas contra las arcas fiscales”.

Quienes hemos formado parte de la organización de este premio –al igual que quienes hemos tenido el atrevimiento de evaluar a nuestros pares–, confiamos en haber contribuido a estimular el periodismo de corto y largo aliento; a valorar a los otros y a reconocernos; a desafiarnos en el trabajo diario, ya sea un investigador con experiencia o una joven periodista radial.

Juan Cristóbal Peña

Director Departamento de Periodismo
Universidad Alberto Hurtado

Jurado del Premio Periodismo de Excelencia 2017

Loreto Daza

Periodista y licenciada en Información Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile y *Bachelor of Arts* con mención en Psicología de Maryland University. Fue directora de la carrera de Periodismo de la Universidad del Desarrollo y es profesora de Periodismo de Investigación. Ha sido editora de la sección internacional de la revista *Qué Pasa* y periodista de la sección editorial del diario *La Tercera*. Es coautora de *Piñera: biografía no autorizada* y autora de diversas investigaciones periodísticas, entre ellas, *El FBI y la CIA en Chile* y *La apuesta de Estados Unidos durante el Gobierno de Frei Montalva*.

Jonathan Franklin

Periodista de investigación norteamericano. Vive en Santiago de Chile y ha enfocado su trabajo en Latinoamérica. Ha sido corresponsal de *The Guardian* durante 19 años. Publica regularmente en medios como las revistas *GQ*, *Esquire*, *Marie Claire* y *Playboy*, y sus investigaciones se han publicado en *ABC's Nightline*, *CBS's 60 Minutes*, *A&E*, entre otros. Es autor del libro *The 33*, sobre el rescate de los mineros chilenos, el que se convirtió en un *best seller* internacional y ha sido traducido a 19 idiomas.

Marcela Fuentealba

Periodista y editora. Trabajó en las revistas *Diagonal* y *Fibra*, y es colaboradora de *Paula*. Fundó la editorial Hueders en 2009 y ha colaborado con Ediciones UDP, donde publicó una antología de textos de Eugenio Lira Massi, *El hombre del momento*. Es profesora en Periodismo de la Universidad Diego Portales y en el Diplomado

de Escritura Narrativa de No Ficción de la Universidad Alberto Hurtado. Actualmente colabora con Fundación Mar Adentro y lleva la editorial Saposcat.

Cecilia García-Huidobro

Periodista, profesora de Castellano y magíster en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se ha desempeñado como directora de la *Revista Universitaria* de la UC y como editora de *Revista de Libros* de *El Mercurio*. Actualmente es decana de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales y directora de la Cátedra Roberto Bolaño. Ha publicado *Portarretrato. Entrevistas a destacados intelectuales latinoamericanos, Tics de los chilenos y Joaquín Edwards Bello, un transatlántico varado en el Mapocho*. En 2000 recibió el premio Cámara Chilena del Libro por su labor en el mundo de la literatura y el periodismo cultural.

Víctor Herrero

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y magíster por la Universidad de Columbia, es académico del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. Ha ejercido como reportero, corresponsal y/o editor en medios nacionales e internacionales, entre ellos revista *Qué Pasa*, *La Tercera*, *El Mercurio*, *The Wall Street Journal Americas*, *USA Today*, *Der Spiegel*, *AméricaEconomía* y *Harvard Business Review*. Es autor de *Agustín Edwards: una biografía desclasificada del dueño de El Mercurio*, que en 2015 ganó el Premio Municipal de Literatura de Santiago y el Premio del Consejo del Libro. También es autor de *Después de vivir un siglo: una biografía de Violeta Parra*.

Roberto Herrscher

Es periodista, escritor y profesor de la Universidad Alberto Hurtado. También ha enseñado en universidades en Guatemala, Colombia, Asia Central, Nueva York, Italia, Gran Bretaña, Alemania y

España, donde dirigió por diez años el magíster en Periodismo de la Universidad de Barcelona y la Universidad de Columbia. Es autor de los libros *Periodismo narrativo*, *El arte de escuchar* y *Los viajes del Penélope*. Dirige la colección Periodismo Activo de Publicaciones de la UB. Trabajó como reportero y editor en *Buenos Aires Herald*, *agencia IPS* y las revistas *Hombres de maíz* y *Lateral*. Sus textos han sido publicados en medios como *La Vanguardia*, *Clarín*, *Ajo Blanco*, *Gatopardo*, *Etiqueta Negra* y *Página 12*.

Catalina Mena

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autora de diversos reportajes y entrevistas publicados en distintos medios de comunicación escrita. Ha sido editora periodística de las revista *Paula* y *PAT* (Patrimonio Cultural). También ha ejercido como crítica de arte para el diario *La Tercera*, periódico *La Panera* y revista *Art Nexus*, entre otros medios especializados. En paralelo ha realizado curatorías de arte en Chile y en el extranjero. Obtuvo el Premio de Periodismo de Excelencia Universidad Alberto Hurtado. Actualmente es socia y directora de la plataforma Barbarie-Pensar.

Juan Cristóbal Peña

Periodista de la Universidad Diego Portales. Es autor de los libros *Cecilia: la vida en llamas*, *Los fusileros* y *La secreta vida literaria de Augusto Pinochet*, y coautor de *Los malos*, *Volver a los 17* y *Los archivos del cardenal*, entre otros. Ha colaborado en diversos medios de comunicación y ha sido profesor en diferentes escuelas de Periodismo. También ha ganado el Premio Lorenzo Natali, el Premio Nuevo Periodismo Iberoamericano y el Premio Periodismo de Excelencia Universidad Alberto Hurtado. Actualmente es director de la Escuela de Periodismo de dicha universidad.

TRABAJOS PREMIADOS

LAS “EMPRESAS ZOMBIS” QUE COMPRÓ PIÑERA PARA AHORRAR MILLONES EN IMPUESTOS



Juan Andrés Guzmán

17 de marzo

Ciper

Este año el Premio Periodismo de Excelencia recayó en una serie de cinco piezas que tratan el tema de las “empresas zombis”. Este reportaje, que la inaugura, revela un complejo y cuestionable mecanismo que usaron algunos de los grandes poderes económicos en Chile. En la década de los 90, exitosos empresarios compraron firmas quebradas, las que utilizaron para reducir sus utilidades y así pagar menos impuestos. Uno de ellos fue Sebastián Piñera, quien era candidato presidencial cuando se publicó este trabajo. Fue “un duro y masivo ataque de las empresas contra las arcas fiscales”, según declara un exalto funcionario del SII. Por otra parte, el asesor tributario de Piñera asegura que era un mecanismo “expresamente autorizado por la ley”. El jurado del PPE Escrito consideró que este reportaje “hace accesible un tema árido y complejo al revelar un sistema de prácticas espurias utilizado por grandes empresarios, cumpliendo a cabalidad con el rol del periodismo como fiscalizador del poder”. La investigación que dio pie a la serie se convirtió en el libro *Empresarios zombis. La mayor elusión tributaria de la elite chilena* –de Juan Andrés Guzmán y Jorge Rojas– y durante la campaña presidencial visibilizó este tema y lo puso en el debate público.

Para la mayoría de los chilenos una deuda es un problema que angustia de día y espanta el sueño por las noches. Para un súper rico, en cambio, una deuda puede ser una oportunidad; y una deuda enorme, un regalo del cielo. La razón: permite pagar menos impuestos o incluso recuperar los tributos pagados en años anteriores. Como sintetizó a *Ciper* un experto tributario: “Una pérdida vale plata... siempre que se tenga una asesoría adecuada, claro”.

Precisamente esa experta asesoría fue la que tuvieron 20 grandes y pujantes empresas chilenas, al declarar entre 1996 y 2004 enormes pérdidas ante el Servicio de Impuestos Internos (SII). Según documentos a los que accedió *Ciper*, entre esas firmas están: Inversiones Bancard Limitada, que en ese periodo era propiedad del expresidente Sebastián Piñera y de sus hijos; Empresas Penta S.A. de Carlos Eugenio Lavín y Carlos Alberto Délano; Inversiones San Patricio S.A. e Inversiones Quitalmahue S.A., ambas vinculadas a los controladores de Falabella; e Inversora Costa Verde Limitada, que pertenecía a la familia Cueto, controladora de Latam.

Las pérdidas que informaron esa veintena de empresas eran de tal magnitud que parecían el resultado de una profunda crisis económica. Por ejemplo, Inversiones Bancard Ltda. declaró una pérdida tributaria de \$ 44 mil millones; San Patricio, \$ 940 mil millones; Penta, \$ 54 mil millones. Pero no había crisis. Lo que había, según la definición de un alto exfuncionario del SII, era “un duro y masivo ataque de las empresas contra las arcas fiscales”.

El “ataque” –precisa el alto exfuncionario– partió a inicios de los 90 y tuvo su *peak* en los inicios del año 2000, cuando comenzaron a ser revividas empresas quebradas en la década de los 80, que en su mayor parte habían pertenecido a los grupos económicos liderados por Manuel Cruzat y Javier Vial.

Aquellas firmas que se desplomaron durante la peor crisis en Chile de los últimos 70 años revivían, pero ahora en manos de otros dueños, para absorber las utilidades de los “dorados 90”, uno de los períodos de mayor bonanza y crecimiento de nuestra historia. “Empresas zombis” las llamó el periodista Jorge Rojas en una detallada investigación en *The Clinic*.

Recién en 2004, el SII (bajo la dirección de Juan Toro Rivera, 2002-2006) frenó esa ofensiva a través de una investigación llevada adelante por una “fuerza de tarea” integrada por funcionarios traídos desde distintos puntos de Chile. *Ciper* accedió a parte de esa indagación, incluyendo una nómina de 60 empresas prósperas en las que el SII detectó la repentina aparición de pérdidas que calificó de “improcedentes”. De ellas, 20 usaron esas pérdidas para rebajar impuestos (las otras 40 no lo habían hecho en ese momento, pero estaban en posición de hacerlo).

Para esta investigación, *Ciper* seleccionó las diez empresas en las que pudimos obtener tanto los montos de las pérdidas que sus dueños reclamaban, como la rectificación de impuestos que les exigió hacer la autoridad tributaria, cuando la hubo. La investigación permitió además identificar otras seis importantes firmas –alguna de ellas no investigadas por el SII– que también recurrieron a “empresas zombis” para intentar pagar menos impuestos.

En el caso de Inversiones Bancard Ltda., según fuentes del SII, en virtud de la prescripción vigente, solo se le cuestionaron las declaraciones de los años 2002, 2003 y 2004, totalizando un impuesto adeudado de \$ 261,96 millones. En síntesis, el argumento del SII fue: mientras Inversiones Bancard Ltda. aseguró haber tenido en esos años pérdidas por \$ 980 millones, la autoridad detectó utilidades por \$ 547 millones.

Para propiciar el pago sin que mediara un conflicto judicial, fuentes del SII aseguran que se le ofreció a Bancard Ltda. –y a las otras empresas en su misma situación– una condonación que es la estándar en estos casos: entre el 50 y 70 por ciento de los intereses y multas. Los representantes de Inversiones Bancard Ltda. aceptaron, rectificaron sus declaraciones de impuestos y pagaron.

Ciper se comunicó con la oficina del expresidente Sebastián Piñera el 6 de marzo. Le informamos a su encargado de prensa que estábamos haciendo una investigación sobre el uso de “empresas zombis” y queríamos su versión sobre el uso que Piñera hizo de al menos cuatro de ellas que habían pertenecido a Manuel Cruzat. Reiteramos nuestro pedido al menos en cinco oportunidades. No obtuvimos respuesta.

Lo mismo ocurrió ese año 2004 con Empresas Penta S.A. Según diversas fuentes consultadas por *Ciper*, el *holding* de Carlos Eugenio Lavín y Carlos Alberto Délano declaró pérdidas por \$ 54.397 millones. En virtud de ello, Penta reclamó la devolución de cerca de \$ 4.100 millones por tributos pagados en los años anteriores, de los cuales el SII devolvió \$ 1.800 millones. Tras la investigación hecha durante la gestión de Toro, el SII cuestionó más del 90% de las pérdidas que reclamaron por los años 2001, 2002 y 2003, y le exigió a Penta el pago de \$ 5.800 millones (\$ 5.778.756.439). Tras una larga negociación, que también incluyó una rebaja de intereses y multas, Délano y Lavín también pagaron.

En 2007, cuando el abogado Ricardo Escobar era director del SII (2006-2010), se hizo una estimación del daño al Fisco que este “masivo ataque” podría haber provocado. El resultado fue sorprendente: si las 60 empresas que declararon tener pérdidas hubieran tenido éxito en usarlas tributariamente, el Estado habría dejado de recibir \$ 1 billón 36 mil millones (\$ 1.036.070.209.607), tanto por reducción de impuestos como por tributos que las empresas habrían tenido derecho a recuperar.

Un importante tributarista de la plaza –quién afirma que en estos casos no había nada irregular– dijo a *Ciper* que muchas

empresas terminaron pagando lo que el SII pedía, pues se las amenazó con juicios, lo que finalmente solo se concretó en el caso de Vital S.A. (que intentó hacer valer pérdidas tributarias por \$ 47 mil millones).

—Hoy, con tanto empresario desfilando ante la justicia, se ha perdido el impacto que tenía en ese momento la amenaza de verse expuesto públicamente. Eso pesó mucho, aunque no hubiera ningún delito y aunque el SII hubiera terminado perdiendo los juicios —argumentó el mismo experto tributario.

En las páginas que siguen se exponen antecedentes para que el lector se forme su opinión sobre la legalidad y la ética de estas operaciones.

El mecanismo

La estrategia usada por esas 60 empresas para ser a la vez pujantes y tener grandes pérdidas, consistió en comprar firmas que habían quebrado o habían sido sometidas a acuerdos preventivos en los años 80. Eran lo que los expertos tributarios llaman “cascarones”. Sin empleados, ni terrenos ni oficinas, ni *know how*, esos cascarones eran apenas un RUT. ¿Qué había de valioso en ellos como para que Piñera, los Cueto, Délano y Lavín pagaran entre \$ 500 y \$ 900 millones por cada uno? Algo que estaba atado a ese RUT; una pérdida tributaria que les permitía declarar ante el SII que las utilidades de sus empresas habían desaparecido y por lo tanto no tenían que pagar impuestos, o podían recuperar los pagados en años anteriores.

Esas pérdidas tenían su origen, mayoritariamente, en deudas impagas de los años 80. Pero diez años después, cuando prósperos empresarios se interesaron en ellas, eran deudas muy distintas a las que angustian al ciudadano común. Primero, ya no tenían acreedor, pues a comienzos de los 90, cuando las empresas quebradas vendieron todos sus activos y los juzgados civiles determinaron que ya no había más nada a qué echar mano para pagar a los acreedores,

se borraron las deudas que quedaban aún impagas. Así, aunque los compradores de estas empresas alegaban ante el SII tener una pérdida tributaria, nadie le exigía a Inversiones Bancard que pagara \$ 44 mil millones ni a Vital S.A. que cancelara \$ 47 mil millones. Esas empresas simplemente constataban que debían ese dinero y que no lo habían pagado. Y en función de esa declaración, reclamaban tener una pérdida que neutralizaba sus utilidades.

Pero resulta evidente que Piñera no había perdido nada; y yendo hacia atrás, ni siquiera se puede sostener que la mayor parte de ese dinero lo haya perdido Cruzat (a quien Piñera compró al menos cuatro sociedades con pérdidas) ni Vial (quien vendió “empresas zombis” a los controladores de Falabella, entre otros). Los que sí habían perdido mucho eran los que le prestaron a Cruzat y Vial: los bancos que fueron intervenidos, los ahorristas que perdieron sus depósitos, el Fisco, que salió al rescate de la banca y a través del Fisco, todos los chilenos. ¿Qué justificación había para que los prósperos empresarios de los 90 y 2000 reclamaran haber perdido ese dinero y en función de eso pagaran menos impuestos por sus utilidades?

Aunque ese cuestionamiento es válido para todas las operaciones que se van a describir en esta investigación, desde el punto de vista de la “técnica tributaria” algunas están mejor hechas que otras: algunos abogados recurrieron a zombis “más frescos”, comprados pocos años después de que se cerraran sus acuerdos preventivos, zombis que tenían su contabilidad en orden (varias de las empresas Cruzat son de este tipo). En esos casos, aunque el SII cuestionó grandes montos relacionados con el cálculo de intereses y reajustes, no acusó delitos.

Como se verá más adelante, el abogado Fernando Barros, tributarista de cabecera de Piñera, se refiere a la reacción del SII ante esas operaciones como “correcciones monetarias”.

Pero hay otro tipo de zombis que llevaban décadas bajo tierra y revivirlos implicó un trabajo titánico para equipos de contadores y abogados. En ocasiones debieron forzar barreras éticas, legales e incluso desafiar la lógica: porque cuando no hay un acreedor, no

hay quién diga exactamente cuánto es la deuda, ni quien calcule el interés.

En casos como los de las empresas Johnson's y Vital S.A. fue el comprador del cascarón el que debió calcular minuciosamente cuánto debía. Investigaciones periodísticas que han revelado el uso de zombis para bajar impuestos —como las del periodista Carlos Tromben (*Crónica secreta de la economía chilena*, Ediciones B, 2016) y la citada serie de Jorge Rojas—, describen equipos de contadores reconstruyendo deudas de empresas quebradas, hundidos en cerros de facturas impagas, movidos por el paradójico aliciente de que mientras más grande la deuda, mejor para el deudor. Una vez que esas cuentas estaban listas, se presentaban todas juntas ante el SII, en un solo acto, por lo que de un día para otro empresas con buenos números parecían en quiebra.

Pero no solo eso. Puesto que la deuda original se había borrado, la pérdida que se reclamaba era, en su mayor parte, el interés reajustado de la deuda original que se borró.

—La deuda que el servicio cuestionó en muchas empresas fue el reajuste experimentado por lo que se llama la “pérdida de arrastre”, la cual estaba formada por un conjunto de intereses, reajustes y diferencias de cambio que estaban vinculadas con obligaciones y préstamos que nunca se pagaron —explicó a *Ciper* un experto tributario.

Es importante destacar que hay aspectos de estas operaciones que siempre han sido y siguen siendo incuestionables. Por ejemplo, si una empresa en 2016 tiene ganancias, puede no pagar los impuestos que corresponden echando mano a las pérdidas que tuvo en años anteriores. O también puede guardar esas pérdidas en una especie de “cuenta de ahorro” para deducir impuestos cuando lo estime conveniente. La razón de esto es que la ley considera que las empresas son unidades clave de la economía, por lo que el Fisco las apoya en las malas épocas (devolviéndoles los impuestos pagados, por ejemplo), para que tributen por las utilidades reales en el largo plazo.

La “innovación” que los avezados tributaristas intentaron fue reclamar el apoyo fiscal para cascarones cuyo único bien era el ahorro tributario que le podían generar a las prósperas firmas compradoras.

El origen: Comisión Progres

No hay precisión sobre la fecha en que empezó a usarse esta estrategia. Un abogado tributarista dijo a *Ciper* que si firmas líderes se arriesgaron a usar las millonarias pérdidas de los cascarones de Cruzat y Vial, es porque el mecanismo se probó muchas veces antes.

—Las empresas de Cruzat y Vial fueron la apuesta final de una estrategia que se había chequeado muchas veces. Cuando te arriesgas a declarar pérdidas por \$ 1.000 millones, es porque antes lo lograste al menos 20 veces por montos menores —dijo a *Ciper* el mismo abogado.

Otro abogado dijo a *Ciper* que a inicios de los 90 ya había literalmente un “mercado de cascarones” y los tributaristas iban compañía por compañía ofreciéndolos para hacer desaparecer utilidades.

Buena parte de los primeros cascarones que se vendieron provenían de la Comisión Progres, una entidad formada a mediados de los 80 por bancos acreedores del grupo Cruzat, que trataban de recuperar algo del dinero que le habían prestado, vendiendo las sociedades del grupo. El proceso fue lento y difícil, entre otras cosas porque durante mucho tiempo el mismo Cruzat tuvo poder de veto sobre las decisiones de la comisión, recuerda el periodista Carlos Tromben en su libro. En la segunda parte de esta serie se abordará en detalle el trabajo de Progres, pero es importante tener claro que cuando los bancos terminaron de vender las acciones que tenía Cruzat, quedaron decenas de sociedades vacías, cascarones llenos de pérdida. Eran las sobras del poderoso grupo. Y decidieron venderlas.

Fernando Barros, asesor tributario de Piñera desde comienzos de los 90, piensa que no hay nada irregular en el negocio de casca-

rones. De hecho, él no los llama así, pues le parece que solo eran empresas que estaban liquidando los bienes de un periodo de su actividad económica. Estima, además, que el uso que se les dio a las pérdidas de esas empresas estaba “expresamente autorizado por la ley”, ya que reconocía las pérdidas como un activo del empresario y no ponía límites a cómo estas pérdidas se originaban y vendían.

El abogado remarca también que, en el caso de las empresas del grupo Cruzat, al ser estas vendidas por la Comisión Progresá, era como si las vendiera el Fisco.

—Los bancos que integraban esa comisión estaban intervenidos, lo que implica que reportaban todo a la Superintendencia de Bancos (SBIF); y cuando Progresá comenzó a ofrecer empresas con pérdida, es evidente que la SBIF lo sabía y aceptaba ese mercado —afirmó Barros a *Ciper*.

Aunque esa “aceptación” de la SBIF no fue oficializada en ningún documento público, para el abogado Fernando Barros fue suficiente para entender la venta de cascarones de comienzos de los 90 como parte de una política pública.

Recién en 2004, más de 10 o 15 años desde el inicio de estas prácticas, el SII las cuestionó con firmeza y, en algunos casos, obligó a importantes empresas a rectificar sus declaraciones argumentando que sus pérdidas eran inexistentes o estaban infladas por intereses y reajustes que no correspondían.

Pero los datos obtenidos por *Ciper* muestran que esta historia no se entiende si se la mira solamente como un asunto de empresas astutas y fiscalizadores lentos. Y ello, porque parte de la argumentación que permitió el uso tributario de estas “sombras de deuda” fue proporcionada por el propio SII.

En efecto, a fines de los 90, durante la gestión de Javier Etcheberry (1990-2002), el SII emitió pronunciamientos ante las astutas preguntas hechas por abogados tributaristas (“preguntas capciosas”, las llama un exfuncionario del SII). Así, a través de esas respuestas, proveyó a los abogados de argumentos para construir

interpretaciones que permitieran a sus clientes acceder a beneficios impensados en la ley.

Si el SII se demoró tanto en reaccionar ante lo que lo que entendía como un “ataque”, eso se debe en parte a que estaba cazado en sus propias palabras.

Los cascarones de Piñera

En el caso de las empresas del expresidente Sebastián Piñera, la investigación de *Ciper* detectó la compra de al menos cuatro cascarones de los 80 cargados de pérdidas. Solo uno de ellos fue investigado por el SII y debió rectificar sus impuestos.

El expresidente usó estos cascarones entre 1995 y 2004, periodo en el que fue senador por Santiago Oriente (hasta 1998) y luego presidente de Renovación Nacional (2001-2004). Uno de los cascarones más importantes comprados por la estructura de negocios de Piñera fue la Compañía de Industrias y Desarrollo. Lo adquirió en 1994 a través de Editorial Los Andes, pagando \$ 817,5 millones (\$ 817.495.956) a la citada Comisión Progresista.

La Compañía de Industrias y Desarrollo tenía una deuda de arrastre de más de \$ 39 mil millones. Nada más. Según el informe de Iván Lefort, de Lefort y Asociados, Auditores Consultores, registraba el siguiente patrimonio: activo circulante 0; activo fijo 0; otros activos 0.

A la cabeza de esta empresa quedó Gustavo Valdés, cuñado de Piñera. Y siguiendo un libreto que se observa con otras firmas, después de la compra, el cascarón fue rebautizado: Inversiones Bancard Limitada.

El siguiente paso fue que esta “empresa zombi” absorbió tres firmas clave del *holding* de Piñera: Inversiones y Asesorías Santa Magdalena S.A., Inversiones Libardón S.A. e Inversiones Santa Cecilia S.A.

Compra, fusión y bautismo: todo se hizo en un solo acto, como consta en la escritura del 24 de abril de 1995 (Notaría de Andrés

Rubio). Así, en pocas horas, una empresa que financieramente tenía 0, que tributariamente tenía una deuda de \$ 39 mil millones, adquirió un capital social de más de \$ 19 mil millones (\$ 19.579.195.511).

Este caso es particularmente ilustrativo, porque *Ciper* accedió al detalle de cómo año tras año las pérdidas de Cruzat en los 80 rebajaron los impuestos que debía pagar Piñera en los 90.

El periodo en que el cascarón de Cruzat le reportó mayores beneficios a la empresa de Piñera fue entre 1998 y el año 2000, cuando desaparecieron más de \$ 40 mil millones de las utilidades de Inversiones Bancard Ltda. En ese momento, según quedó anotado en 1997 en el Registro de Comercio, la empresa había aumentado su capital social a \$ 21.428 millones, aportados por Sebastián Piñera Echenique (88,06%); sus cuatro hijos con 2,42% cada uno y Editorial Los Andes S.A. (2,23%).

¿Cuál era el origen de esta sorpresiva y elevada pérdida tributaria? De acuerdo al análisis que hizo del SII, solo \$ 12.465 millones correspondían a capital perdido por la empresa de Cruzat que compró Piñera (Compañía de Industrias y Desarrollo); el resto (casi \$ 30 mil millones), era una mera “corrección monetaria”: es decir, el reajuste de un conjunto de intereses y diferencias de cambio calculados sobre obligaciones y deudas que fueron borradas y nunca se pagaron.

Fue así como el SII aceptó como válidos solamente los \$ 12 mil millones, pero rechazó esta “corrección monetaria”. Al recalcular la situación de Inversiones Bancard Ltda., el SII estimó que legítimamente Piñera podría no haber pagado impuestos por esta empresa hasta 1997. Sin embargo, desde ese año y hasta 2004 debería haber cancelado en torno a los \$ 2.500 millones en tributos.

¿Por qué Inversiones Bancard Ltda. rectificó sus impuestos solo por \$ 261,96 millones? Según fuentes tributarias, por el límite de tres años que tienen las investigaciones administrativas del SII. Así, aunque Bancard usó pérdidas por \$ 39 mil millones (del cascarón Compañía de Industrias y Desarrollo), la mayor parte de la

operación estaba prescrita y el SII solo reclamó impuestos asociados a mil millones de pesos.

Este hecho plantea una gran interrogante: ¿cuán efectiva fue la fiscalización del SII en 2004? Dicho de otro modo, es posible que la autoridad haya fiscalizado cuando gran parte de las pérdidas de algunos cascarones ya había sido usada. Esta duda se acrecienta al observar la información del SII sobre el uso de las pérdidas tributarias entre 1996 y 2006.

Los datos sugieren que la intervención del SII en 2004 fue exitosa en reducir la cantidad de impuestos que las empresas recuperaron aduciendo pérdidas. Pero también indican que una gran cantidad de impuestos pagados fueron devueltos entre 1996 y 2000, años que la investigación del SII examinó, pero en los que no se pidieron rectificaciones de impuestos debido a los tres años que fija el límite de la prescripción.

La información tributaria a la que accedió *Ciper* muestra otro asunto delicado: entre 1997 y 1999 Piñera y su familia efectuaron “retiros” desde Inversiones Bancard Ltda. por un total de \$ 91 mil millones (\$ 91.084.276.251). Y ello, a pesar de que ante el SII y en ese mismo período –gracias al uso del cascarón– esa misma sociedad declaró solamente pérdidas.

Para entender este punto hay que tener claro otro de los efectos “cuestionables” del uso de los cascarones. Cuando una empresa tiene pérdidas y sus dueños sacan dinero de ella, tributariamente a eso se le llama “retiros en exceso”. Y esos dineros no pagan impuestos hasta que la empresa vuelva a tener utilidades tributables. Entre las fuentes consultadas por *Ciper* no hubo claridad de si Piñera y su familia pagaron o no impuestos por esos retiros. Y no fue posible clarificar este punto con el propio Piñera pues no accedió a responder nuestras preguntas.

Solo hay constancia de que pagaron \$ 261,96 millones, monto resultante de la rectificación a la que los obligó el SII, como se dijo anteriormente.

Fuentes tributarias especulan que, con una asesoría adecuada, bien pudo Piñera haber mantenido Inversiones Bancard Ltda. sin utilidades, como un modo de evitar el pago de impuestos. Si fue así, toda obligación de tributar por estos “retiros en exceso” desapareció finalmente en 2014. Lo anterior, debido a que la reforma tributaria del actual gobierno —y que busca terminar con la práctica del “retiro en exceso”— permitía que, si la empresa se disolvía antes del 1 de enero de 2015, no pagara nada.

Justamente eso fue lo que ocurrió con Inversiones Bancard Ltda. El 18 de diciembre de 2014 la junta de accionistas de Los Andes Ltda. resolvió absorber Inversiones Bancard Ltda. Si había “retiros en exceso” en esa fecha, la obligación de pagar impuestos por ellos desapareció. Como resultado de esta absorción, el capital social de Los Andes Ltda. se empinó en más de \$ 34.500 millones.

Fernando Barros no quiso referirse a las operaciones de Inversiones Bancard Ltda., pues no comenta las inversiones que hacen sus clientes. En entrevista con *Ciper* solo se refirió en términos generales a las “empresas zombis” de Cruzat, que eran vendidas por la Comisión Progresá y que él conoció.

—No conozco ningún caso salido de la Comisión Progresá en que se le haya cuestionado las pérdidas. He sabido de algunos casos en que se han detectado correcciones, que tienen que ver con la “corrección monetaria” de activos y pasivos. Fueron temas de fiscalización más normal y rutinaria, pero nunca un cuestionamiento a la base de la operación. En ningún caso el SII dijo que esto fuera evasión o elusión.

—¿Usted reconstruyó las contabilidades de las empresas de Cruzat que compraron sus clientes?

—Las contabilidades que yo conocí estaban todas impecables. No hubo nada que reconstruir.

—¿Se refiere a **Inversiones Bancard Ltda.**?

—No, estoy hablando en términos generales. Las sociedades que me tocó evaluar estaban impecablemente al día, con todos sus resguardos contables. Yo vi estos temas desde el 88 al 92 aproximadamente, un periodo en que las sociedades estaban relativamente “frescas”, pues los convenios habían terminado el 86-87 e incluso el 90. Y lo que pasó luego es que a partir de esa experiencia otras personas intentaron hacer lo mismo en los años 2000, y a partir de documentos en cajas reconstruyeron contabilidades, revivieron a estos muertos. Yo no he participado, ni habría tenido la capacidad para reconstruir sociedades 20 años después.

Axxion, el buque insignia

Si bien Barros no habla de las asesorías de su cliente, hay dos sociedades a las que sí se refiere, pues en ellas aparece como comprador directo o como socio fundador. Una es Textiles Arltx S.A. (que se examinará en la segunda parte de esta investigación). La otra es Inversiones COIA S.A., industria alimenticia que fue el corazón del grupo Cruzat-Larraín y sobre el cual Piñera levantó una sociedad clave de su imperio: Axxion S.A.

En 1996 COIA pasó a ser controlada por el abogado Barros a través de Inversiones La Plaza Ltda.

—La Plaza es una sociedad personal. Compré COIA porque pensé que podía ser de utilidad para mis clientes —dijo a *Ciper*.

En sus tiempos de gloria COIA había concentrado las acciones que el grupo Cruzat tenía de Copec y CCU, entre muchas otras empresas. Los bancos de la Comisión Progresista se cobraron las deudas con la venta de esas acciones y cuando llegó Barros, en COIA no quedaba nada, salvo una abultada pérdida: \$ 52 mil millones. Pese a eso, Barros puntualiza que no corresponde calificar a COIA como cascarón, pues “era una sociedad anónima abierta, que nunca fue objetada ni por el SII ni por SVS. Aquí no estamos hablando de desenterrar muertos”.

—**Pero su único activo era la pérdida.**

—COIA tenía otros activos de valor. Su historia. Es una de las diez empresas más antiguas de Chile. Nosotros compramos varias sociedades con muchos años de historia porque en determinados negocios decir que la empresa fue fundada en 1914 tiene importancia.

—**Le cambiaron el nombre por Axxion. La historia no parece haber sido muy relevante.**

—Está bien. Pero eso lo hicimos cinco años después de la compra, cuando cambió la ley.

Barros se refiere a la Ley N° 19.738, “Normas para combatir la evasión tributaria”, promulgada en junio de 2001 y con la que el gobierno de Ricardo Lagos intentó restringir el uso de las pérdidas. Esa ley, dice Barros, hizo que cambiaran de plan: no era posible usar la pérdida.

—Nosotros cedimos COIA después de esa ley, por la vía de un aumento de capital —afirma.

Según consta en el acta de la junta de accionistas de Inversiones COIA (16 abril de 2001), Barros la rebautizó como Axxion y sugirió a la junta de accionistas un aumento de capital de \$ 750 millones. Sebastián Piñera suscribió ese aumento de capital a través de su sociedad Santa Magdalena y llegó así al directorio de Axxion en octubre de 2001. Barros quedó como miembro del directorio.

El 1° de octubre de 2002, Axxion fue fusionada con FSC S.A., una sociedad que Piñera creó dos meses antes y donde puso buena parte de sus inversiones bursátiles, entre ellas, el 20% de Lan Chile. Como resultado de la fusión, Axxion pasó en un año a tener un capital de \$ 63.500 millones. Durante el siguiente lustro, Axxion fue una de las principales sociedades de inversión de Piñera. En 2010, cuando fue electo presidente de la República, la vendió al grupo Bethia en US\$ 462 millones.

Barros sostiene que Axxion nunca usó la pérdida de arrastre que tenía para reducir sus utilidades y pagar menos impuestos.

—Axxion nunca tuvo renta líquida imponible positiva. No tengo la cifra aquí. Puede que haya ocupado algo, pero el 95% de esa pérdida no se ocupó así, porque esa sociedad fue una sociedad *holding* y nunca tuvo ingresos de primera categoría contra los cuales imputar su pérdida. Axxion no usó la pérdida para rebajar impuestos.

—¿Por qué entonces se reduce año a año los \$ 52 mil millones de pérdida hasta desaparecer y Axxion no realiza provisión para impuestos a la renta?

—La pérdida se fue a cero substancialmente porque se la imputó contra dividendos que no tenían crédito —dijo a *Ciper*. Afirma que con ese uso no se redujeron utilidades ni se dejaron de pagar impuestos.

—Si no usó la pérdida ¿qué beneficio obtuvo Piñera al comprar esa sociedad en \$ 700 millones?

—Primero, era una sociedad con historia, era un buque insignia, ideal para transformarse en una empresa *holding*. Y cumplió con esa misión. Segundo, él no pagó por COIA —dice Barros y explica que “cuando tomas el control de una sociedad aumentando el capital de 100, pasas a controlar los 100”.

—Pero COIA era suya. ¿Usted perdió dinero con la venta de COIA?

—Piñera nos pagó, pero a valor de libro. Tuvimos una pérdida. Le achuntamos a algunas operaciones y a otras no. Porque nos cambió la ley entre medio y se perdió la oportunidad de traspasar la pérdida.

Las otras zombis de Piñera y Cueto

La investigación de *Ciper* detectó otras dos empresas que el expresidente Piñera construyó sobre los restos de firmas quebradas en los 80 y que confirman el uso frecuente que hizo de esta estrategia.

En 1994 compró Administración e Inversiones El Bosque Ltda., que originalmente también formó parte del imperio Cruzat. Esta vez, Piñera asumió su control (el 50% a través de Inversiones Santa Cecilia S.A.) en conjunto con la Familia Cueto (adquirió el 33% a través de Inversiones Tulúm S.A.). Luego de que este cascarón absorbiera un grupo de sociedades controladas por Piñera (Inmobiliaria Valle Escondido, Asesorías e Inversiones Santiago S.A., Servicios Las Condes S.A., Promotora de Negocio S.A., entre otros), la empresa resultante fue bautizada como Inversiones Bancard S.A. Su capital social: \$ 8.126 millones (una precisión: si bien esta nueva empresa lleva el mismo nombre de una ya mencionada –Inversiones Bancard Limitada–, esta es una sociedad anónima, lo que tiene un efecto tributario distinto).

Lo que sigue a continuación es el dato interesante. Porque junto a su capital social, la nueva empresa dejó registrada en sus balances una pérdida tributaria de arrastre de \$ 21.030 millones (\$ 21.029.721.309), cifra que avaló el ya citado Iván Lefort de Lefort y Asociados, Auditores Consultores. Y su justificación: venta de activos a un precio inferior a su valor contable. Ese ejercicio le permitió a Inversiones Bancard S.A. adueñarse de una importante “pérdida tributaria de arrastre”

La escritura de traspaso del cascarón Administración e Inversiones El Bosque Ltda., registra que Piñera compró su pérdida tributaria en casi \$ 300 millones (\$ 299.434.590), mientras que los Cueto pagaron por su parte poco más de \$ 200 millones. Así consta en la escritura del 9 de noviembre de 1994 (Notaría de Andrés Rubio).

La indagación de *Ciper* no logró determinar si los accionistas de la nueva empresa usaron esas cuantiosas pérdidas para rebajar sus

impuestos. Lo que sí es claro es que esta sociedad no aparece entre las 60 empresas que investigó el equipo “fuerza de tarea” del SII.

Piñera volvió a usar una sociedad con la familia Cueto para comprar un cuarto cascarón que había pertenecido a Cruzat: Los Lirios S.A., empresa que estuvo sometida a un convenio extrajudicial desde diciembre de 1984 hasta junio de 1991.

El expresidente compró en \$ 192 millones su 50% (a través de Inversiones Libardón), mientras que los Cueto se hicieron del 33,5% pagando \$ 61 millones (a través de Inversiones Tulúm), según la escritura del 31 de agosto de 1992 (Notaría de Raúl Undurraga Lazo). Luego del traspaso, Piñera transformó Los Lirios en una nueva empresa: Inversiones y Servicios Los Andes Ltda.

*Este reportaje es parte de la serie ganadora del PPE 2017 *Empresarios zombies*. Esta está compuesta por cinco piezas, dos de las cuales están firmadas además por Catalina Albert. La serie se puede encontrar en ciperchile.cl.

ELIODORO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?



Mirko Macari
6 de enero
El Mostrador

Publicada un día después de que se dieran a conocer los resultados de la encuesta CEP que le daban a la campaña de Ricardo Lagos solo un 5% de preferencia, esta columna de Mirko Macari, exdirector de *El Mostrador*, analiza sin remilgos y con profundidad, bisturí en mano, el derrumbe de la antigua Concertación de Partidos por la Democracia, reconvertida en Nueva Mayoría. Como si se tratara del argumento de una novela de Tom Wolfe —expone el autor—, el ocaso del coloso socialista abandonado por quienes antes lo aplaudían marca un punto de inflexión en la política del país. Al otorgarle el primer lugar de la categoría Opinión, el jurado del PPE Escrito valoró “el trabajo pertinaz y lúcido de los analistas que echan luz rápida sobre los avatares de la política diaria”. Es, a su parecer, “un texto claro y contingente, coyuntural y trascendente. Un ejemplo de periodismo de opinión tradicional”.

Lagos no es Lagos. Su arremetida presidencial no es una aventura personal sino la pulsión de toda una generación política que articuló con eficacia y astucia amplias redes para gobernar Chile durante más de 20 años. Eso es la Concertación. No una suma de partidos de centro e izquierda. No. Ese era el espejismo. *Partido transversal* fue denominado a comienzos de los 90. Un punto de encuentro de todos jóvenes de los 60, muchos formados en la DC, universitarios, sofisticados y cultos, procesaron el trauma histórico del golpe como un anestésico de las posibilidades de cambio social.

Todos disciplinados lectores de Lenin, convirtieron el asunto del poder en la cuestión decisiva y fundamental de la acción política. Ideología e instituciones republicanas, el arroz del asado. Su arma favorita: las comunicaciones, el control del discurso, la magia del relato. “La transición más exitosa del mundo”, fue uno de sus golazos y por eso transformaron, sin culpa alguna, la operación para traer de regreso a Pinochet de Londres en una ofrenda de realismo político que los redimía de ideales y discursos incendiarios de juventud.

La derecha social los ungió entonces con el título de estadistas. Desaparecidos los socialismos reales, y consagrado el Consenso de Washington como la nueva teología global, entendieron que el poder económico era el nuevo amo. No estaban para domesticarlo ni regularlo desde el Estado, sino para usarlo a su favor.

Bajo la astucia cínica de Edgardo Boeninger, adoptaron el lenguaje de la tecnocracia *made in USA*. Y tejieron con esta una red de control ideológico sobre la política parlamentaria y la representación

democrática. Crecimiento, austeridad, gestión, eficacia, inversión, iniciativa privada, incentivos, mercados globales, competitividad, fueron el marco conceptual para jugar a la política. Cualquier cosa fuera de esas virtudes cardinales era una falta grave. Si no tenías un PhD o un MBA, no eras serio. Agencias de comunicaciones, asesorías estratégicas y consultoras les permitieron tender puentes con el empresariado pinochetista, ahora devenido en liberal. La sociedad fue *win-win*.

El gobierno de Lagos (2000-2006) fue el gran *momentum* de galvanización de esa trenza. El CEP fue el lugar para las reuniones a puertas cerradas entre viejos revolucionarios y las fortunas top del PIB. En ceremoniosas cenas privadas se fraguaron los destinos de un país construido a imagen y semejanza del mercado. La primera ley de financiamiento de la política fue parida ideológicamente desde la vieja casona de Providencia que alberga al brazo de influencia política más sofisticado del empresariado, comandado por Eliodoro Matte, que hasta los casos de colusión del papel confort ostentaba la categoría de *primus inter pares* entre las fortunas nacionales.

Una mezcla de riqueza, tradición y estatus que no se compra, y que deslumbra a esa generación que reconoce los símbolos de autoridad y las jerarquías invisibles, como buenos hijos del siglo XX. Esa convicción de un mundo movido por crudos intereses envueltos en una narrativa de épica del consumo, posibilita casos como el de Osvaldo Puccio, exministro de Lagos y figura del allendismo (su padre fue estrecho colaborador del expresidente), que sin asco ocupa asiento en los directorios de Ponce Lerou.

Desde entonces, el laguismo habita con absoluta propiedad las páginas dominicales de *El Mercurio* y de otros medios de grupos económicos, desde donde dictan clases sobre gobernabilidad y responsabilidad. Asisten a seminarios en Sanhattan donde son ovacionados cada vez que alzan su voz valiente para criticar las reformas de Bachelet por exceso de ideologismo. Los hijos de la derecha pinochetista tipo Evópoli los admiran y recuerdan con nostalgia esos años de gobernanza (¿habrá una palabra más siútica?) y crecimiento

sin parangón, dicen, en la historia de la República. Los hijos biológicos de la derecha son, en verdad, hijos políticos de la Concertación. Prefieren un café en el Starbucks con Tironi a una cena a puertas cerradas con Jovino.

El éxito de la Nueva Mayoría y su reformismo edulcorado, aunque moderado y razonable para una sociedad en proceso de transformación, era una amenaza a ese pináculo de autocomplacencia con el que serían encumbrados al pedestal de la Historia. No podía ser una mujer, carismática y poco más que eso, la que confirmara que podían cambiarse las reglas de la educación de mercado que legitimaban Brunner y Beyer bajo el lenguaje de la “evidencia científica”, la competencia y los números del Simce o la PSU. Un triunfo del movimiento estudiantil, de la gratuidad y su fin al lucro en un solo periodo de gobierno, eran una afrenta a la última verdad revelada de esa generación: el cambio debe ser tan lento y sutil, que ni siquiera parezca cambio, para que no genere ningún conflicto. Ottone lo escribió con sapiencia vaticana en su libro *La osadía de la prudencia*, en el que purgó su pasada adoración a la dictadura del proletariado y el exceso de entusiasmo para asaltar el Palacio de Invierno.

Caval tiró por el suelo la agenda reformista de Bachelet y la entrada al gabinete de Burgos abrió paso a la ilusión restauradora de ese tiempo noventero glorioso. Junto a la derecha y su orquesta comunicacional, el laguismo hizo entonces gárgaras contra “la retroexcavadora” y la ilusión de que alguien distinto a esa eficaz trenza de poder podía administrar el gatopardismo reformista. El escenario político parecía propicio para la operación retorno y, como un anciano que vive en la nostalgia de sus hazañas pasadas y de repente descubre el viagra, volvieron con todo. La candidatura Lagos, inflada por la prensa y el *establishment* empresarial, les insuffló esperanzas y nuevos bríos. No por casualidad César Barros, expresidente de La Polar con pasado en Patria y Libertad, declaraba que “me gusta Lagos más que Piñera... tiene una actitud de estadista y no le vienen con pelotudeces”.

“Esta es la peor crisis política e institucional que ha tenido Chile”, dijo Lagos, haciendo retumbar la promesa de orden desde arriba por la que clamaba la elite y, de paso, terminar de hundir las reformas de papel lustre de Bachelet.

Ese fue su último despliegue de fuerza. Tal como la ofensiva de los nazis en Las Ardenas intentó detener por última vez el avance aliado hacia Berlín, después de lanzado al ruedo presidencial todo fue cuesta arriba para el laguismo. La ilusión de una *blitzkrieg* para cuadrar al PS, asaltar el PPD y someter a la DC, terminó estrepitosamente con una arenga de gloria que no tuvo eco en las encuestas. El rey comenzó a caminar desnudo ante una ciudadanía indiferente que alguna vez lo respetó, pero nunca lo amó.

Partidos bajo control parlamentario y sin respeto por la historia, han estirado el chicle con toda la brutalidad de ese realismo político con el que esa misma generación hace gárgaras de su madurez política y al que transformaron en virtud suprema a prueba de sueños, utopías y humanidad.

Sin embargo, el mayor símbolo de descomposición del viejo orden y sus reglas no fueron las encuestas veleidosas ni los chilenos malagradecidos incapaces de borrar de su memoria hojarasca como el CAE y el Transantiago ante todos los pergaminos del estadista. No. El asunto tuvo su crujidera más ruidosa cuando Insulza olió una oportunidad y no trepidó en olvidar su pertenencia a ese *ethos* y su deber de entender las jerarquías implícitas. Tan complejo fue el episodio, que el propio Enrique Correa tuvo que salir públicamente a recordar que, pese a su amistad con el exsecretario general de la OEA, “todos somos Lagos”.

Y dejó muy claro, con la agudeza estratégica que lo caracteriza, que lo que estaba en juego era el lugar de la transición en la Historia, pero particularmente del *ethos* de esa notable trenza política que co-gobernó con Pinochet un tiempo y luego se metió a la cama con las fortunas más relevantes de Chile: “Parte del mundo que de alguna manera construyó la transición y participó colectivamente en esta

proeza que fue poner al país a las puertas del desarrollo. En particular, Lagos es simbólico y emblemático de esa generación, probablemente la generación de más larga vigencia en la historia, que hunde sus raíces en la Patria Joven y también jugó un rol importante y a veces decisivo en los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende, y encabezó la lucha contra la dictadura”, señaló Correa.

Por eso la caída de Lagos del pedestal, condenado a luchar solo por una salida política honrosa luego de la encuesta CEP de ayer, es mucho más que la desventura de ocasión de un candidato. Es ante todo el réquiem de un proceso histórico con luces y sombras, la última batalla de un grupo digno de una novela de Tom Wolfe sobre las vanidades, el poder y la miseria humana.

PREMIO CATEGORÍA CRÓNICA O PERFIL

ALESSIA



Nicolás Alonso

21 de julio

Qué Pasa

El trabajo ganador de esta categoría toca uno de los grandes temas del año: la discusión en torno a la identidad de género, asunto que cuando este libro se va a imprenta aún se discute en el Congreso y divide criterios en el oficialismo. Y lo hace contando la historia de Alessia, una mujer transexual que debe revelar su identidad frente a sus compañeros de trabajo en la empresa Cencosud. Ella, a diferencia de lo que sucede con la mayoría de las personas transexuales, tiene un empleo estable como profesional en una empresa importante. Y pretende mantenerlo una vez que asuma su real identidad. A partir de ese punto de inflexión, esta crónica narra la experiencia de vida de Alessia y el duro proceso que ha seguido para llegar a convertirse en la persona que siempre fue. El jurado destacó las particularidades de esta historia que “rompe el estereotipo del mundo trans e instala la problemática en un contexto más amplio”. También se valora “el impacto que tuvo la publicación, que convirtió a su protagonista en una voz autorizada sobre el tema en el debate público”.

En las paredes están los recuerdos, fotos de otro tiempo, otra vida: Alejandro y Cossete. Las imágenes bajan por las escaleras —una playa turquesa y ellos abrazados; un viaje en el que fueron felices; la noche en que se casaron en Lima— como un camino que llega hasta el primer piso y entra en el *living* de la casa. Cossete está en su habitación y prefiere quedarse allí; Alejandro ya no existe. La casa es blanca y grande, y en el *living*, sentada en un sillón verde, está ella, Alessia.

Tiene puesta una blusa negra y unos zapatos lila adornados con una flor. Los rulos negros caen sobre su rostro pálido. Lleva una pulsera de brillantes que le regaló su esposa y una cadenita en el cuello con su nombre. De todas las batallas, nunca pensó que le costaría tanto esa: encontrar, a sus 35 años, un nombre que fuera suyo y de nadie más.

Una tarde de abril del año pasado, su mujer se lo dijo:

—Te deberías llamar Alessia.

Ella se puso a llorar. Aunque tuvo que sobrellevar todo un año más yendo a su trabajo vestida de hombre, esa tarde nació Alessia y murió Alejandro Injoque. Entonces decidió escribirle una carta como despedida, sus últimas palabras a la persona que había sido. Ahora la tiene sobre su falda y no es capaz de leerla sin quebrarse. Lo hace lentamente.

—Te quiero mucho, Ale, tú dabas la cara al mundo cuando yo moría de miedo de existir —lee Alessia, y tiene que detenerse—. No sé qué irá a ser de mí, no sé si lograré todo lo que hubieras logrado...

Esa carta, que escribió en octubre del año pasado, fue como un ritual para enfrentarse a lo que debía hacer: convertirse en la primera persona con un cargo de jefatura en vivir una transición de género adentro de una empresa chilena. Estaba trabajando en Cencosud desde 2010, y su cargo era jefe funcional SAP, una especie de arquitecto de los sistemas de la empresa. En su trabajo tenía que lidiar con decenas de clientes del *holding*, y realizar la modernización de sus procesos. A su cargo tenía un equipo de cinco personas, todos hombres, y no estaba segura de que ellos, ni sus clientes, ni sus propios jefes fueran a entender que, en vez de Alejandro, un día sería Alessia.

Llevaba más de un año viviendo como ella en su casa y como él en su trabajo. A su esposa le costaba aceptarlo, pero el amor los mantenía juntos. De novios, le había confesado que a veces necesitaba vestirse de mujer para sentirse bien y ella había aprendido a quererlo así. Pero las cosas, en el último tiempo, se habían vuelto más complejas. Alejandro sufría cada vez más al vestirse de hombre para ir a trabajar; su apariencia era cada vez más femenina. Una noche, después de tres décadas sin atreverse a aceptarlo, fue capaz de decir las palabras: “Tal vez soy transgénero”.

—Llegó un momento en que tuve que reconocerlo, en que cada paso que daba en esa dirección me hacía feliz. Pero tenía mucho miedo a que me marginaran, a que la gente ya no quisiera trabajar conmigo, a que todos se burlaran a mis espaldas —dice Alessia—. Fue algo que siempre estuvo adentro mío, pero es muy duro admitir que eres trans. Si lo pronuncias se vuelve verdad y yo no me atrevía a hacerme cargo de eso. Tenía que negarlo. Siempre fui Alessia, pero Alejandro me hizo sobrevivir.

Se lo dijo a su esposa, la única persona en el mundo que nunca lo despreciaría, y ella lo siguió queriendo. Pero lo realmente difícil estaba por venir: ¿cómo hace un ingeniero industrial de 35 años para atreverse a decirle a sus jefes y a sus compañeros de trabajo, en una empresa en donde nunca ha visto siquiera a una persona homosexual

y que no cuenta con ningún protocolo para un caso así, que en realidad es una mujer transgénero? ¿Con qué palabras puede contar su historia?

Lo que hizo Alejandro fue una carta Gantt con los pasos que seguiría durante dos años. El camino incluía estudiar maquillaje, encontrar su voz femenina, comenzar un tratamiento de hormonas, aprender a quererse de nuevo, atreverse a salir a la calle y, solo entonces, un día conversar con su jefa. Su hoja de ruta anticipaba dos finales: uno era ser feliz, el otro dejar Chile para siempre.

*

Es un martes por la tarde y las oficinas de Cencosud en el *mall* Florida Center están vacías. El lugar es un gran galpón común, en donde trabajan ochocientas personas. Alessia camina entre los computadores y sus tacos repican contra el suelo. Son las siete de la tarde y ella se ha quedado resolviendo un problema de un cliente importante. En general, su trabajo se trata de eso: analizar los procesos de las distintas empresas del *holding*, estudiar las miles de variables de su sistema de producción y distribución, encontrar sus debilidades, proponer un cambio.

Empezó en eso en 2007 cuando se mudó desde Perú, donde nacieron él y su esposa, a Santiago. Ya había vivido desde los siete a los trece años en Chile, luego de que su familia emigrara por el terrorismo. En esos años, recuerda, ya sentía a Alessia adentro suyo, y sus padres, dos fervientes evangélicos, no sabían qué hacer cuando lo encontraban maquillado de mujer.

—No hay ningún momento que recuerde en que no haya sentido alguna desazón. Recuerdo haber querido ser niña en el jardín. Recuerdo haber querido ponerme la ropa de mi mamá. Pero tenía muy claro que aunque quisiera ser niña, había nacido niño y eso nunca iba a poder ser.

—**¿Cómo era para un niño sentir eso?**

—Es complicado, sientes que hay algo que esperan de ti que no cuadra. Yo soñaba con que era una niña, rezaba para ser una niña, me imaginaba escenas de ciencia ficción en que era posible: intercambio de cerebros, cosas así. ¿De dónde nace eso? ¿De la hormonación, de la genética? No lo sé. Pero es algo que estuvo en mí desde siempre. Nunca me pillaron cuando me vestía con la ropa de mi mamá, pero sí maquillado, porque no me lo podía sacar. Tenía cinco años.

—**¿Y alguna vez se fue ese sentimiento?**

—Siempre estuvo presente, no recuerdo ningún momento en que desapareciera, ni siquiera con mis enamoradas. Yo era un chico normal, tenía amigos, me iba bien en el colegio, era muy bueno para los deportes. Pero eso seguía estando en mi cabeza aunque lo reprimiera, y creía que nunca me iba a atrever a decir que yo era transgénero. Para mí, eso era como decirle a todo el mundo que me repudiara y discriminara, que me consideraran una basura.

—**¿Sabías que iba a suceder algún día?**

—Yo a los 14 años empecé a travestirme. Juntaba plata, me compraba ropa de mujer, y después me odiaba y la botaba. Y otra vez compraba ropa y la botaba. Sentía mucho miedo.

—**¿De qué?**

—De nutrir ese deseo en mi cabeza, que yo quería tapar.

—**¿Cuándo se volvió más fuerte?**

—Llegué a admitir que era travesti en mis veinte y se lo dije a mi esposa. Pero jamás me dije a mí misma “yo soy trans”, no había forma de que pudiera admitirlo. Sabía que era algo que estaba ahí, con lo que debía tener cuidado, pero también era muy poderoso para motivarme.

—**¿Para motivarte a qué?**

—A estudiar, a trabajar y a ahorrar. Lo hice durante toda mi vida, pensando en el momento en que ya no iba a poder ocultarlo nunca más y me iba a quedar sin empleo.

*

El primer paso del camino de Alejandro para convertirse en Alessia fue ir a terapia con la psicóloga Francisca Burgos, reconocida por haber acompañado el proceso de una treintena de personas trans. Sus casos suelen ser complejos: aunque no existe ninguna cifra sobre la cantidad de casos en Chile, se estima que el 90% de los transgénero no acceden al trabajo formal y que tienen diez veces más propensión al suicidio. La mayoría abandona sus estudios en el colegio por el fuerte nivel de agresión que sufren y quienes los terminan no son aceptados en casi ningún trabajo. Muchos sobreviven como peluqueros y otros tantos se ven forzados a prostituirse para poder vivir.

Los que son profesionales no revelan su identidad trans en sus trabajos. Por eso, cuando Alessia le pidió ayuda para hacer su transición en Cencosud, Francisca no supo qué hacer. Consultó a otros psicólogos y ninguno conocía un caso así en Chile, ni se atrevían a aventurar qué tipo de reacción podía tener la compañía. Entonces le sugirió que se pusiera en contacto con la Fundación Iguales, que podía conocer experiencias internacionales, y respaldarla si las cosas se complicaban con sus empleadores. Alessia, por su parte, tenía su propio plan de contingencia: en paralelo a su proceso, su esposa realizaría un viaje a Canadá a buscar trabajo, mientras ella se atrevía a enfrentar su peor pesadilla: que una multitud de personas alrededor suyo se enteraran, a la vez, de que era trans.

El resto de la carta Gantt avanzaba según lo previsto: comenzó a ir a la fonoaudióloga, a tomar hormonas y se inscribió en baile *girly*, para aprender a moverse como una mujer. También empezó un cur-

so de maquillaje, en donde se presentó como Alessia por primera vez frente a otros.

—Al principio estaba muerta de miedo, pero se me fue pasando. Los viernes, a la salida del trabajo, me iba a mi casa, me ponía mi ropa femenina y me iba a maquillaje. Empecé a ser feliz solamente por estar allí, por ser yo. En diciembre fuimos con mi esposa a Europa, para ser Alessia por un mes. Necesitaba ganar confianza, sacarme esa transfobia que tenía internalizada. Cuando te dicen que eres basura te queda adentro, aunque en realidad no lo creas. En ese viaje fui muy feliz, pero no quería regresar. Me pesó muchísimo tener que volver a disfrazarme de Alejandro.

Cuando regresó, empezó a diseñar con Emilio Maldonado, director ejecutivo de Iguales, la mejor forma de comunicárselo a la empresa. Decidieron esperar a que pasara marzo, el mes de evaluación de desempeño en el *holding*, para que diera el paso de hablar con su jefa, la subgerenta de sistemas, Verónica Valdés. Se atrevió a cruzar esa puerta un viernes a las cinco de la tarde, luego de pasar días ensayando un discurso que olvidó nada más al comenzar. Su jefa escuchaba en silencio.

—Le dije que no iba a renunciar, pero que era algo relacionado con el trabajo, y me empecé a dar vueltas y perdí el hilo completamente. Que era un tema personal, que necesitaba ayuda, no sabía cómo decirlo. Me puse a llorar y al final dije: “Soy transgénero. ¿Sabes qué es?”.

Verónica sí sabía y lo que hizo fue abrazarla. Alessia aún se emociona cuando lo recuerda: que le haya dado su apoyo sin consultarlo con ningún superior fue importante para ella. Entonces se activó el proceso: tuvo que contar su historia en recursos humanos, y el caso fue escalando por todos los niveles del *holding* hasta su presidente. Horst Paulmann consultó cuán bueno era el desempeño de Alessia, entonces todavía Alejandro, y no se opuso a que la ayudaran. Pero no existía un mecanismo: pese a que la empresa tiene en su memoria una declaración de inclusión que habla de

identidad de género, no tenía ninguna política para actuar en un caso de transición. Entonces le pidieron a Iguales que les ayudaran a diseñar un proceso y a su vez estos los contactaron con Walmart, que ha tenido siete transiciones en los últimos años, pero no en cargos de jefatura.

—Tuvimos varias reuniones, y les dijimos que lo más importante era educar a la gente que trabaja con Alessia, porque por más que tú les digas “ahora ya no es más Alejandro”, sin una conversación abierta y conocimiento del tema se iba a generar un comidillo que le iba hacer las cosas muy difíciles —dice Emilio Maldonado, de Iguales—. Ellos sabían que tenían que hacer las cosas bien, porque era claro que en una organización de 140 mil personas esto iba a hacer que aparecieran más casos y necesitaban crear una experiencia protocolizada para los que pudieran venir después de Alessia.

En esas reuniones acordaron que Cencosud enviaría una circular de no discriminación a los cinco países en que tiene presencia el *holding* y la fundación haría dos charlas en las oficinas de la empresa sobre identidad de género. También que Alessia tendría una credencial con su identidad femenina y ocuparía el baño de mujeres, y lo más importante: que el día anterior a su transición ella misma se encargaría de dar cinco charlas, una detrás de otra, a un total de 88 trabajadores de su área y clientes importantes, contando su historia. Ese día sería el lunes 3 de julio.

La fecha no era trivial. Al día siguiente, Alessia cumpliría 36 años y todos sabían que ella soñaba con que, por primera vez en su vida, le cantaran “Cumpleaños feliz” a la mujer que llevaba adentro.

*

La noche anterior casi no pudo dormir. No era la primera vez: cada lunes, durante los últimos meses, sufría por tener que volver a ser Alejandro. Los fines de semana iba al cine o a comer con su esposa y temía encontrarse con algún compañero de trabajo. Que lo vieran

así, que se corriera la voz, que todo se derrumbara. Ese domingo había trabajado en su charla, la había ensayado con un grupo de personas trans con las que se juntaba a darse apoyo mutuo y hasta había preparado un video por si no le surgían las palabras. Pero seguía teniendo miedo de que todos se burlaran de ella.

Parecía mentira, pero justo cuando se iba a atrever a decirle al mundo que siempre se había sentido una mujer y a pedir que la aceptaran, los medios hablaban de un bus que venía a Chile para gritar por altavoces que la identidad de género era una ideología para confundir a los niños. Que las personas trans eran mentira. De todas formas, ya estaba lo suficientemente asustada como para preocuparse por eso. La mañana de ese lunes se puso su camisa rosada y su pantalón *beige*, que esperaba usar por última vez, y llegó temprano a la oficina. Lo primero fue contarle a su equipo de trabajo.

Entonces vino el momento. Sesenta trabajadores de su piso, muchos de ellos desconocidos, fueron copando el auditorio. Ella los vio entrar, asustada. La gerente de su área habló primero, para recalcar el compromiso de la empresa con la diversidad, mientras se le aceleraba el pulso. Entonces escuchó las palabras que dieron inicio a la mañana más difícil de su vida.

—Bueno, Ale tiene un proyecto que quiere contarnos...

Alessia caminó al frente y, en la voz de Alejandro, empezó a hablar:

—En marzo del año pasado comencé un proyecto, que no sabía dónde me llevaría...

Entonces partió la charla que había ensayado durante meses. En ella habló de Martin Luther King, de nuestra aversión al cambio, de cómo la neurociencia explica el miedo por lo diferente, de cómo ese miedo puede llevarnos a que veamos a alguien distinto como si no fuera una persona.

En un video de ese momento que grabó un compañero de trabajo, se la ve hablando durante veinte minutos y sus palabras se van volviendo débiles; cada vez parece más pequeña. Cuando llega el

momento en que tiene que explicar qué significa ser transgénero, su voz es apenas un hilo.

—Me ha costado mucho llegar a este momento, pero hoy me toca contarles que... yo soy transgénero —dice y entonces se detiene un instante, en medio de un silencio enorme—. Aprendí a comportarme como hombre porque me enseñaron que lo opuesto era pecado, que era enfermo, que tenía que suprimirlo. Yo no quería ser una persona rechazada, quería tener amigos, tener una carrera, sueños... Entonces aprendí a suprimirlo, al punto de que fue imperceptible.

Las palabras van saliendo de su boca de a poco, como si fueran rajando una sustancia densa. Hablan sobre lo que se siente vivir actuando, sobre el dolor de esconderse de uno mismo. Sobre las fantasías de algún día curarse, aunque eso signifique dejar a otro viviendo en su lugar.

—Después de mucho darle vueltas, he llegado a la conclusión de que no hay nada malo en mí. Ser transgénero no es una enfermedad y no hay nada que curar —dice, por último, y entonces decide presentarse: —Mi nombre es Alessia. Les pediría que se puedan imaginar todos mis miedos, las burlas dan vuelta por mi cabeza. Espero que recuerden que soy una persona con que trabajaron, con que resolvieron problemas y que les tiene la misma estima que les tenía ayer...

Entonces reproduce su video. Suena la melodía de un piano, y en la pantalla se lee: “En marzo de 2016 comencé la aventura más grande de mi vida”. En la pared se ve su carta Gantt, en que se propone ser valiente. Un video la muestra bailando, aprendiendo a moverse femininamente. Su viaje por Europa, sus compañeras de maquillaje y al final seis palabras: soy libre, soy feliz, soy yo.

Cuando termina, todos aplauden de pie y ella se pone a llorar. Entonces, alguien en el público se levanta y dice: “¡Esto está mal!”. Ella lo mira. “¡No puede ser que estés sola adelante!”. Y lo ve levantarse de su asiento y caminar hasta allí, hasta donde está ella, y abra-

zarla. Otros también lo hacen; la sala entera, de pronto, está parada junto a ella, que acaba de convertirse en una mujer.

—Ha sido el momento más increíble que he vivido, no podía creerlo. Es como una película... ¿no? Me escucho decirlo ahora y suena como una cosa que no pasa. Y me pasó a mí.

*

Son las siete de la tarde de un miércoles y el vagón de la Línea 5 del metro va repleto de personas que regresan de sus trabajos. Entre ellos va Alessia. Aunque mide un metro setenta, los tacos la hacen ver alta. Lleva una blusa blanca y un abrigo negro. Ha pasado una semana desde que hizo su transición y las cosas han ido bien. Al día siguiente de ese lunes, cuando llegó a la oficina habían dejado en el escritorio un peluche que decía “Feliz cumpleaños, Alessia”. En su casa, su esposa y sus amigos también la celebraron con un pastel que llevaba una vela que era un número cero.

Algunas personas la miran en el vagón, como otros la miran también en el trabajo, pero no le importa. Se siente bien entre la gente, aunque el miedo a ser agredida es una sensación que no se ha ido del todo. Y tal vez nunca se vaya. Esta semana, la primera de su vida como Alessia, la polémica generada por el bus en contra de la identidad de género ha aumentado el nivel de agresión contra personas trans, tanto en la calle como en las redes sociales. Ella ha tratado de estar ajena a todo ese ruido.

—**¿Puedes entender la transfobia?**

—Sí, es complejo, pero entiendo de dónde viene. Todos tenemos algún nivel de resistencia al cambio y hay personas que se aferran y sienten que cualquier cambio es una amenaza para su existencia. Las personas trans desafiamos conceptos y hay gente a la que eso le aterroriza. Yo cuando estaba adentro del clóset pasé por una época en que se me hacía completamente insoportable ver a alguien

afeminado, por el esfuerzo que hacía para reprimir eso adentro mío. Esa proyección existe.

—**¿Qué piensas de quienes apoyan el bus?**

—Yo creo que no hay que censurarlos, la libertad de expresión solo existe cuando una postura contraria, por despreciable que sea, puede expresarse. Claro que el mensaje que dan es sucio. Yo pienso que eso de hablar de “ideología de género” es un hombre de paja para poder decir “odio a las personas de minoría sexuales y quiero que desaparezcan”. Como no pueden decir que odian a personas, hablan de ideología. Esa hipocresía me da rabia. Pero tal vez sea bueno que haya sido tan visible, porque cuando la gente ve un odio así de explícito entiende que no puede estar de ese lado.

Mientras dice eso, va atravesando el Parque Forestal rumbo a sus clases de baile. Es de noche y eso a veces le da susto. Teme que la hostiguen por ser mujer y luego la agredan al darse cuenta de que es trans, una historia común en el grupo de personas transgénero al que asiste desde que empezó su proceso. En él ha conocido una pobreza que ella, atípica por tener una carrera profesional, nunca había visto.

El principal problema es el trabajo y la mayor barrera de entrada es la dificultad de cambiar de nombre y sexo registral. Como Chile no tiene Ley de Identidad de Género —el proyecto, luego de cuatro años de polémica, fue aprobado recién el mes pasado por el Senado—, la posibilidad de cambiar de identidad depende de la voluntad de los jueces, en procesos caros y que muchas veces implican hacerse exámenes psiquiátricos, e incluso físicos en el Servicio Médico Legal, en donde les evalúan los genitales. El proyecto de ley, que mantiene la necesidad de exámenes psiquiátricos, permitiría que un adulto pueda solicitar su cambio de género directamente en un registro civil. Los menores de edad, aun apoyados por sus padres y médicos, no podrán acceder a ningún tipo de cambio.

—El nivel de pobreza que ves en este mundo es otro, yo no conocía algo así. Las chicas no tienen empleo, no tienen sistema de

salud, no tienen nada. Ves la desesperación en sus rostros —dice Alessia—. Es muy difícil esto. Para un trans ser tratado como alguien normal es un privilegio en Chile. Yo estoy bien, pero sé que también algún día se me van a cerrar puertas.

—¿No te da miedo arrepentirte?

—No podría. Porque a pesar de las dificultades, me veo al espejo y soy yo. Es increíble sentirte identificado con quien eres. Hasta lo más rutinario me parece increíble. El otro día llegué del trabajo y lo puse en Facebook —dice, y muestra su celular.

El mensaje en su muro, publicado a las ocho de la noche del lunes pasado, dice: “Hoy fue un día común y corriente, trabajo, reuniones, lo de siempre. Pero hoy soy Alessia y soy feliz”.

*

Alessia termina de leerle su carta a Alejandro, sentada en el sillón verde de su *living*, y se queda mirando la tinta azul de las palabras. Es la noche de un viernes y esa mañana ha tenido que hablar frente a setenta personas, otra vez, como parte de las capacitaciones organizadas por Iguales para el personal de Cencosud. Ha vuelto a contar su historia, se ha emocionado, la han aplaudido otra vez. Al final, le han hecho preguntas y le ha costado responder una: por qué su esposa sigue con ella. Entonces ha intentado, titubeante, explicar que el amor no se trata solo de los cuerpos.

Pero le da susto que no funcione, para que su felicidad sea completa la necesita a su lado. Dice eso con tristeza, porque sabe que para Cossete no es fácil, aunque lo está intentando. Ni siquiera lo es legalmente: si el proyecto de ley de identidad de género se aprueba como es hoy, cambiar su nombre y sexo registral significaría la disolución automática de su matrimonio. De ser así, dice Alessia, llevará el caso hasta la Corte Interamericana de Derechos Humanos si es necesario. Hace un tiempo vio con ella *La chica danesa*, para intentar mostrarle

que el amor de otros ya había superado lo que debía el suyo, pero se arrepintió. Pensaba que la película tenía un final más feliz.

Ahora Alessia sigue mirando la última carta que le escribió a Alejandro y dice que le cuesta entender lo que ha vivido estas semanas. Que los miedos se disipen así. Ser, de pronto, quien siempre quiso ser. En un mensaje enviado a su teléfono, Cossete explica, para este texto, que sigue junto a su esposa porque la quiere mucho y porque la familia tiene que estar para apoyarse en todo. Este fin de semana harán juntos un ritual para despedirse, por última vez, del recuerdo de Alejandro.

—Yo quise contar mi historia porque quiero que otra gente sienta que hay un camino para seguir, que otra persona vivió esto y sobrevivió —dice, de pronto, Alessia—. Que la gente trans puede ser feliz. Quiero que la gente de mi edad, que está como estaba yo en mi trabajo, se atreva a salir de ahí.

Luego da vuelta la página y comienza a leer una segunda carta, la última que escribió Alejandro. Va repasando, lentamente, las palabras que él le dejó a Alessia antes de partir. Afuera, pronto empezará a nevar.

“Sabes, pensé que nunca serías más que un sueño, una visión de un mundo paralelo, o una ilusión destinada a morir. Estoy feliz por ti, quería decirte que no te preocupes. Respira hondo, las cosas pueden resultar duras y seguro que te darán lágrimas en el camino, pero la dificultad hace más valioso el logro. Tú vas donde pocos han ido y tienes las posibilidades de generar cambios solo por existir. Vive por los dos una vida genial, llena de felicidad. Cualquier cosa sabes dónde buscarme”.

PREMIO CATEGORÍA ENTREVISTA

**MARTIN HILBERT, EXPERTO
EN REDES DIGITALES:
“OBAMA Y TRUMP USARON EL *BIG DATA*
PARA LAVAR CEREBROS”**



Daniel Hopenhayn

19 de enero

The Clinic

Cuatro mil quinientas pilas de libros que lleguen hasta el sol. Esa es una forma de medir la cantidad de información que circula por el mundo. “Mucha información”, dice el doctor en Ciencias Sociales y PhD en Comunicación Martin Hilbert, alemán que por años de trabajó en la Cepal en Chile. Actualmente se desempeña en la Universidad de California y es asesor tecnológico de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Daniel Hopenhayn hace una magistral entrevista, modelo de cómo acercarse a un experto para informar, educar e iluminar a lectores interesados en el uso y abuso de la tecnología para el control social y el éxito político, un tema que más de un año después de esta publicación no puede ser más contingente. No es usual que una entrevista de tema, más que de personaje, gane un premio como este. Al comenzar la lectura, el público no sabrá quién es Hilbert. Al final, habrá entendido por qué era importante escuchar su voz: explica con conocimiento, independencia y capacidad para traducir complejas ideas científicas al lenguaje cotidiano.

—**¿Cuánta información hay en el mundo?**

—La última vez que actualicé este estudio, hace dos años, había cinco zetabytes. Un ZB es un uno con 21 ceros, lo cual no te dirá mucho. Pero si tú pones esta información en libros, convirtiendo las imágenes y todo eso a su equivalente en letras, podrías hacer 4.500 pilas de libros que lleguen hasta el sol. O sea, hay mucha información.

—**¿Y a qué ritmo está creciendo?**

—A un ritmo exponencial. Se duplica cada dos años y medio. Entonces, ahora probablemente son diez ZB.

—**O sea, ocho mil pilas de libros que llegan al sol.**

—Ocho o nueve mil pilas, sí. Piensa en esto: desde el 2014 hasta hoy, creamos tanta información como desde la prehistoria hasta el 2014. Y lo más impresionante, para mí, es que la información digital va a superar en cantidad a toda la información biológica que existe en el planeta. La vida es procesamiento de información, ¿no? Toma del ambiente moléculas normalmente muertas, toma fotones del sol, y los convierte en estructuras complejas de información con un código base que es el ADN. Y ya existe más información digital que código genético humano. Aun contando cada copia de ADN en las trillones de células de cada persona en el mundo, en la humanidad hay como 1 ZB de información. Y durante este siglo, la información digital va a superar a toda la información genética que existe en la biósfera. Todo lo cual lleva a muchas preguntas sobre el futuro de la humanidad, ¿no?

—**Parece que la pregunta existencial más importante va a ser cómo interpretamos tantos datos.**

—Y la respuesta es que la única manera de interpretarlos es con máquinas también. Este procesador [apunta a su cerebro] no aguanta eso, sabe hacer otras cosas. Ahora, lo bueno es que la información crece muy rápido, pero nuestro poder de computación crece tres veces más rápido. Se duplica en menos de un año. Porque la tecnología siempre es mejor pero también porque tenemos muchas más máquinas, ¿no? Tú mismo tienes ahora un celular, un computador, etc., que interpretan muchos datos por ti. Y ahí viene toda la cuestión de la inteligencia artificial [en adelante, IA] y el *Deep Learning*, que ahora es lo más importante.

—**¿Qué es el *Deep Learning*?**

—Es la manera como se hace la IA hoy en día. Son redes neuronales que funcionan de manera muy similar al cerebro, con muchas jerarquías. Todo esto que hacen Apple y Google y todas las Siri en el teléfono, todo usa *Deep Learning*. Es una IA súper poderosa que descubrimos hace cinco años y ya todo el mundo la usa, porque es muy superior a todo lo que habíamos encontrado.

—**Y la otra pregunta existencial, ¿qué tan espidados estamos?**

—Nooo, ¡súper espidados! Todo está espionado. Y es muy interesante, porque después de Edward Snowden la gente dijo: “¡Qué es esto, pueden ver mis fotos desnudo! Ya, bueno, qué tanto”. Nadie se fue a protestar a la calle, la cosa siguió tal cual. La NSA confesó que hizo un par de cosas demasiado ilegales y, bueno, esas cosas se arreglaron. Pero las otras no, y cada vez te van a espigar más. Yo no digo que esto sea bueno o malo, pero la gente tiene que saber. Y si la gente sabe que es espida y no le importa, está perfecto. Ahora, la pregunta delicada es qué pasa si esos datos llegan a las manos de alguien que pueda abusar de ellos. En Silicon Valley no están muy contentos con que sus herramientas ahora las pueda usar Donald Trump. Están muy decepcionados, la verdad.

—**¿Qué cosas de nosotros se pueden saber de un momento a otro?**

—De partida, dónde estás y dónde has estado. Si tienes Gmail en tu celular con wifi, puedes ver en Google Maps un mapa mundial que muestra dónde estuviste cada día, a cada hora, durante los últimos dos o tres años (ver www.google.com/maps/timeline). Es una información que tú les permites coleccionar al aceptar los términos de licencia cuando instalas la aplicación.

—**Lo que uno nunca lee.**

—Exactamente. Y en muchos casos tú puedes optar porque no lo hagan, pero nadie se fija. Ahora, lo interesante es que con estos datos de movilidad se pueden hacer estudios. Y ya sabemos, por ejemplo, que se puede predecir con casi un 90% de probabilidad dónde vas a estar tú en cada momento de cada día del año que viene. Imagínate lo que vale esa información para una empresa que hace *marketing*, por ejemplo.

—**Cuentas que en África el celular hizo lo que nunca pudo hacer el certificado de nacimiento. La huella de que una persona existe es su teléfono.**

—Claro, es súper poderoso. Es tu verdadera huella digital. Y África es el caso extremo, pero piensa en América Latina, donde hay tanto orgullo por los censos. El censo de Chile ahora fue un desastre y era una tragedia, ¿no? Pero con los datos de tu celular, si uso solamente lo que se llama metadata, o sea sin escuchar tus conversaciones ni saber con quién hablas, sino solo con qué frecuencia y con qué duración usas tu celular, con eso yo puedo hacer ingeniería reversa y reproducir el 85% de tus resultados de un censo: si eres hombre o mujer, cuál es tu rango de ingresos, si tienes niños, si estás casado, tu origen étnico...

—**¿Solo conociendo la frecuencia y duración con que uso mi celular?**

—Sí. El censo que hacen cada diez años, que es tan costoso y tan importante, lo puedo reconstruir en un 85% con esos dos datos.

De eso se trata el *big data*: tenemos tantos datos y tanta capacidad de procesarlos, de identificar correlaciones, que podemos hacer a la sociedad muy predecible. Y cuando puedes predecir, puedes programar.

—Y en el caso de las empresas de Internet que nos prestan servicios gratuitos, ¿qué tan importante es para su negocio la información que tienen de nosotros?

—Todo, eso es todo lo que tienen. Facebook vale billones de dólares por la información, no por otra cosa. De las diez empresas del mundo tasadas a un precio más alto, yo creo que cinco son proveedoras de información. Y la gente siempre dice “no, hay que regular todo eso, proteger a los usuarios”. Pero la demanda más extrema que he escuchado en todas esas conferencias donde voy, es que necesitamos derechos de propiedad de datos, como los de propiedad intelectual, para que tú puedas vender tus datos y no regalarlos. Y yo voy con este reclamo donde mis amigos en Silicon Valley y me dicen “pero hueón, ¡si ya lo estamos haciendo! Tú sigues siendo dueño de tus datos, pero aceptas que yo también lo sea al aprobar los términos de licencia. Y a cambio puedes usar Google Maps gratis y te ahorras una hora de taco al día, ¿no es fantástico?”. Ahí llegamos al fin de la discusión, no hay nada más que hacer. Incluso ante las propuestas más progresistas, Silicon Valley ya tiene respuesta. Y la verdad es que la gente se beneficia tanto de eso que no le molesta.

—También las empresas telefónicas, que uno supone que solo nos cobran el plan, hacen buena plata con nuestros datos, ¿no?

—Claro. Por ejemplo, Smart Steps es la empresa de Telefónica que vende los datos de la compañía. Si tú tienes Movistar, tus datos están ahí vendidos.

—¿A quién le sirven?

—¡A mucha gente! Si tú quieres abrir una tienda de corbatas en una estación de metro, te vale mucho saber cuántos hombres caminan

en cada salida del metro, entonces compras estos datos de Telefónica. Y también los puedes usar en tiempo real: saber a qué hora pasa la gente e incluso si se detiene o no a ver el anuncio de oferta que pusiste afuera. Y lo más impresionante es que esto convirtió a las ciencias sociales, de las que siempre se burlaron, en la ciencia más rica en datos. Antes tenías que hasta negociar con diplomáticos para que te prestaran una base de datos de cien filas por cien columnas, ¡qué vale eso ahora! Y en las universidades hacían experimentos con 15 alumnos de pregrado, que necesitaban créditos extra para pasar el ramo, todos blancos, todos de 18 años, y decían “miren, así funciona la psicología humana”. ¡De adónde! Nosotros nunca tuvimos datos y por eso nunca funcionaban las políticas públicas. Y de la noche a la mañana, el 95% de los sujetos que estudiamos pasó a tener un sensor de sí mismo 24 horas al día. Los biólogos siempre dijeron “eso no es ciencia, no tienen datos”. Pero ellos no saben dónde están las ballenas en el mar. Hoy nosotros sí sabemos dónde están las personas, pero también sabemos qué compran, qué comen, cuándo duermen, cuáles son sus amigos, sus ideas políticas, su vida social. Se puede abusar también, como Obama y Trump lo hicieron en sus campañas, como Hillary no lo hizo y por eso perdió. Pero el gran cambio es que estamos conociendo a la sociedad como nunca antes y podemos hacer predicciones con un nivel científico. ¡Lo de antes era arte, no era ciencia!

Trump te conoce

—**Entiendo que algunos estudios ya han logrado predecir un montón de cosas a partir de nuestra conducta en Facebook.**

—Claro, esos son los datos que Trump usó. Teniendo entre 100 y 250 *likes* tuyos en Facebook, se puede predecir tu orientación sexual, tu origen étnico, tus opiniones religiosas y políticas, tu nivel de inteligencia y de felicidad, si usas drogas, si tus papás son separados o no. Con 150 *likes*, los algoritmos pueden predecir el resultado de tu test

de personalidad mejor que tu pareja. Y con 250 *likes*, mejor que tú mismo. Este estudio lo hizo Kosinski en Cambridge, luego un empresario que tomó esto creó Cambridge Analytica y Trump contrató a Cambridge Analytica para la elección.

—**¿Qué hizo con eso?**

—Usaron esa base de datos y esa metodología para crear los perfiles de cada ciudadano que puede votar. Casi 250 millones de perfiles. Obama, que también manipuló mucho a la ciudadanía, en 2012 tenía 16 millones de perfiles, pero acá estaban todos. En promedio, tú tienes unos 5.000 puntos de datos de cada estadounidense. Y una vez que clasificaron a cada individuo según esos datos, lo empezaron a atacar. Por ejemplo, en el tercer debate con Clinton, Trump planteó un argumento, ya no recuerdo sobre qué asunto. La cosa es que los algoritmos crearon 175 mil versiones de este mensaje —con variaciones en el color, en la imagen, en el subtítulo, en la explicación, etc.— y lo mandaron de manera personalizada. Por ejemplo, si Trump dice “estoy por el derecho a tener armas”, algunos reciben esa frase con la imagen de un criminal que entra a una casa, porque es gente más miedosa, y otros que son más patriotas la reciben con la imagen de un tipo que va a cazar con su hijo. Es la misma frase de Trump y ahí tienes dos versiones, pero aquí crearon 175 mil. Claro, te lavan el cerebro. No tiene nada que ver con democracia. Es populismo puro, te dicen exactamente lo que quieres escuchar.

—**¿Y qué hizo Obama?**

—Obama fue como el pionero en esto. En la campaña de 2012, para su reelección, invirtió en esto mil millones de dólares, mucho más que en comerciales de TV. Y con eso contrató a un grupo de cuarenta *nerds*, de Twitter, de Google, de Facebook, de Craigslist, tres profesionales de póker, otro que trabaja con células madres, en fin. A esos cuarenta *nerds* los puso en un subterráneo, les dio mil

millones de dólares y un número para el servicio de pizza, ¿no? Y ahí en el subterráneo crearon los 16 millones de perfiles que les interesaban, los votantes indecisos. Sacaron datos de todos lados. Incluso tuvieron acceso a las Setup-Boxes, lo que sería el DirectTV en Chile, que registra cómo tú ves televisión. Si tienen acceso a eso, ya saben lo que te interesa, y empezaron a llevar comerciales individualizados. Lo más delicado es que no solo pueden mandarte el mensaje como más te va a gustar, también pueden mostrarte solo aquello con lo que vas a estar de acuerdo. Si Obama tiene sesenta compromisos de campaña, puede que 58 te parezcan mal, pero al menos con dos vas estar de acuerdo. Digamos que estás a favor del desarrollo verde y a favor del aborto. Bueno, empezaron a mostrarte en Facebook solo estos dos mensajes.

—**¿Con avisos publicitarios?**

—No, lo hicieron más sofisticado. Como algún amigo vas a tener que hizo un *like* a la campaña de Obama, ese *like* les dio acceso a los perfiles de todos sus amigos —esto también va en la licencia que nunca leemos—, entonces podían ver tu historial y clasificarte. Y además tenían acceso a postear desde el *timeline* de tu amigo, porque esto también está permitido. Él no lo ve, Facebook no se lo muestra, pero tú sí vas a ver muchos artículos, así como “Obama el héroe de la energía alternativa”, “Obama el héroe del aborto legal”. No son propagandas de la campaña, son artículos de prensa bien elegidos. Y si tú por medio año ves “Obama héroe” de estas dos cosas que te gustan, al final vas a decir “oye, tan mal no está este Obama”. Bueno, en 2012 le cambiaron la opinión al 78% de la gente que atacaron así. Y Trump lo hizo con 250 millones. Creo que George Orwell se metería un tiro, porque ni él se imaginó algo así. La democracia es completamente inútil con algo así.

—**En un artículo explicabas que también los *call center* de Estados Unidos te clasifican mientras hablas, y cuando vuelves a llamar te derivan a un empleado con una personalidad afín a la tuya.**

—Así es. El que habla contigo no lo sabe, ¿no? Una vez conté esto en una conferencia y uno de mis estudiantes, la próxima vez que llamó a un *call center*, le dijo “¡oye hueón, deja de clasificarme la personalidad!”. El otro no entendía nada, ¡ja, ja, ja! El trabajo lo hacen alrededor de diez mil algoritmos que te escuchan hablar y clasifican tu personalidad en seis diferentes cajas. La última vez que hablé con esta compañía, me dijeron que ya el 30% de las llamadas a los *call center* de Estados Unidos están intermediadas así. Y ya hay sistemas que les dan inteligencia en tiempo real: el tipo está ahí con un monitor que le dice “ahora es el momento de ofrecerle tal cosa”, “ahora ya no”. Pero eso es reciente, por ahora lo más común es que te dejan clasificado. Y todo esto, al final, ¿a qué nos lleva? A crear burbujas, en todos los niveles.

—**¿Cómo así?**

—Que la gente emocional solo hable con gente emocional, la gente de acción con la gente de acción, los reactivos con los reactivos. Hablamos mucho de que ahora los demócratas no hablan con republicanos, pero esta fragmentación de la sociedad en subgrupos va mucho más allá de la política. La verdad, es una cosa triste. Pero no es culpa de la tecnología, es la manera en que la usamos hoy día. Toda tecnología es normativamente neutral, tú puedes usar un martillo para colgar un cuadro o para matar a tu vecino. Lo mismo con la tecnología digital: podríamos usarla para unir gente, para mezclar gente de opiniones opuestas, pero no lo estamos haciendo.

—**Y más rezagada aún queda la democracia, incapaz de mediar entre tanta información fragmentada. No hay denominador común.**

—Claro, el *big data* permite poner a la gente en muchas más cajas que antes no veías, es un arma de fragmentación muy poderosa.

Sí, esa es una amenaza. Esto de la privacidad y el comercio no es el gran problema, la gente tiene razón en no preocuparse tanto. Es útil que las chicas reciban comerciales sobre la píldora y los chicos sobre condones, ¿no? Ahora, *big data* para la democracia representativa... ahí termina. Tú sabes que la democracia siempre estuvo muy ligada a las posibilidades informacionales que tenía cada sociedad. Aristóteles fue muy claro en decir que la democracia no podía ir más allá de un radio de 70 km, porque la información no podía viajar más que eso en un día. Por eso la democracia griega fue para una ciudad. Y en Estados Unidos, ¿por qué crearon las primarias, los colegios electorales por cada estado y todo eso que conocemos? Porque el viaje en caballo de costa a costa tomaba una semana. Como no había acceso a la gente y la gente tampoco estaba informada, se necesitó todo este constructo representativo. Pero con la tecnología actual, este constructo está completamente abusado y tiene potencial para constituirse en una dictadura informacional, esto hay que decirlo abiertamente. Esto es lo que más me preocupa. La democracia representativa de esta manera no funciona.

—Obligados a pensarla de nuevo...

—La verdad es que tenemos que repensarla completamente. Y ya tampoco podemos ignorar que las redes digitales son globales. O sea, personas que están a miles de millas se pueden ofender con una información que les llega y presentarse en la redacción de una revista para matar a los dibujantes. Es que todo esto pasó muy rápido. Llevábamos miles de años separados en diferentes culturas y nos tuvimos que conocer en un par de décadas. En el Islam dijeron que no quieren ver mujeres desnudas y un día llegamos nosotros con el TV cable y les forzamos a mirar las tetas de Pamela Anderson. Y nosotros no entendemos por qué ellos pueden tener dos esposas. Entonces, si la información fluye globalmente, ¿hasta dónde podremos prescindir de una gobernanza global? No lo sé. Pero esto va a ser un camino de ensayo y error, como siempre ocurrió con la tecnología. Ahora

vimos que Facebook, después de la elección de Trump, empezó a limpiar sus *fake news*, estas noticias mentirosas. Hace tres meses decían “no, nosotros no somos editorial”, y ahora están sacando cosas. Ya es un comienzo.

—Y los Estados, ¿están sabiendo aprovechar el *big data* para las políticas públicas?

—No, están muy atrás todavía. Pero tienen una oportunidad muy grande. Se estima que el Estado posee alrededor de un tercio de los datos de un país, lo que es mucho. ¿Acaso tiene un tercio del poder productivo? Ni loco. El gobierno sabe todo lo que pasa en los colegios, en los hospitales, en los servicios de impuestos, ¡cuánta información hay ahí! Se puede aprovechar mucho más para políticas sociales y económicas, sobre todo en América Latina. Y lo segundo es poner la información que es pública a disposición de la sociedad, lo que se llama el *open data*. Pero ahí estamos aún más atrasados, incluso acá. Por ejemplo, a mí me nombraron Chair of Technology de la Biblioteca del Congreso, que en EE.UU. siempre fue LA institución de la información. Ellos mismos me invitaron porque se dan cuenta de que perdieron el tren y Google les robó el *show* en diez años. Y cuando voy allá, veo que todavía podrían recolectar mucha más información y hacerla pública. Los mapas... ¡el gobierno tiene un montón de mapas! No necesitamos Google Maps, los militares tienen todos los mapas que necesitas. ¿Por qué no los hacen disponibles? Los precios de terrenos, qué tipo de terrenos hay para qué tipo de agricultura, quién es el dueño del terreno, todo esto el gobierno lo tiene y socializarlo podría ser muy productivo. Pero es una buena noticia: si el insumo de esta nueva economía son los datos y el Estado tiene un tercio de ellos, los puede usar para democratizar la economía.

—Si es que también se democratiza la capacidad de usarlos.

—Sí, esa será la clave, y todavía no está claro si la disponibilidad de información crea más o menos desigualdad. Pero si en otra época

el Estado destinó recursos para llevar la telefonía a las áreas rurales, ahora tendrá que hacerlo para igualar el acceso a *big data*. Son cosas que estamos aprendiendo, aunque los gobiernos ya podrían estar haciendo mucho más.

El futuro artificial

—**¿En Silicon Valley están muy locos?**

—¡Ja, ja, ja! Depende. Algunos, como este alemán Peter Thiel, quien creó eBay y que ahora está con Trump, él está un poco loco. Pero la verdad es que no son locos, son un poco arrogantes. Pero son arrogantes con justificación, porque realmente cambian el mundo, mucho más que un gobierno. Por eso también les llegó pésimo lo de Trump. Estaban muy enojados, no podían creer que se usó su tecnología para poner a un fascista en el poder. No, la verdad es que todavía están muy confundidos con eso. Bueno, dicen que la caída viene después de la arrogancia.

—**Algo que cuesta asimilar es que los datos, al crecer tanto, ya se explican a sí mismos, descubren solos sus relaciones causa-efecto. Como el traductor de Google, que se pegó el gran salto cuando le quitaron las reglas de traducción y empezó simplemente a comparar datos.**

—Y con eso, además, ya puede traducir entre dos idiomas aunque nadie en el mundo hable esos dos idiomas. Te cuento un caso. ¿Te acuerdas de ese juego para Atari y PC, parecido al pimpón, en que tenías que mover una barrita hacia los lados para achuntarle a una pelota que rebotaba arriba en unos bloques? Y sacabas puntos al ir destruyendo esos bloques.

—**Sí.**

—Bueno. Al *DeepMind*, un programa de IA que usa el *deep learning*, lo pusieron frente a ese juego y le dijeron “tienes que ganar puntos”.

Pero no le dijeron cómo se ganan los puntos. Ni siquiera le dijeron “vas a ver una barrita, una pelota y unos bloques arriba”. Solamente le dieron la capacidad de reconocer píxeles. A los diez minutos, el *DeepMind* casi no agarraba la pelota, porque no entendía frente a qué situación estaba. Después de dos horas, jugaba al nivel de un experto. Y a las cuatro horas, mejor que cualquier ser humano. Pero no solo por su precisión técnica, sino porque descubrió una estrategia para ganar que poca gente descubre. Es decir, solo correlacionando movimientos de píxeles y puntos ganados por azar, llegó a innovar y ser más creativo que la mayoría de los humanos. Es lo mismo que hace la IA con el ajedrez. Se suponía que Go era el juego en que nunca iba a superar a los humanos, muchísimo más complejo que el ajedrez. Bueno, *DeepMind* le ganó hace medio año al campeón de Go. Entonces sí, la información se autointerpreta y son mejores que nosotros.

—**¿Es cierto que las grandes compañías ya toman decisiones sin saber por qué las toman? Solo porque la IA ve los datos y les dicen “hagan esto”.**

—Claro, y está perfecto. Además, las relaciones de causalidad, muy filosóficamente, nunca las podemos conocer. Como decía Popper, solo podemos descartar causas: tú no puedes saber si realmente X causó Y, solo puedes comprobar que Z no causa Y. Pero estas correlaciones nos sirven para explicar y predecir. Ahora, si tú cambias el sistema que produjo estos datos, ahí te puedes equivocar muchas veces. Pero ese ya es otro problema.

—**Pero también sería un problema si, por ejemplo, llegáramos a meter preso a alguien porque su conducta en Facebook, según un programa, predice que es un potencial asesino.**

—Sí, pero esto también lo hacen las personas. Si un sicólogo dice que eres un peligro para la sociedad, también te pueden encerrar. Y la verdad es que la IA es muchas veces más exacta que un psicólogo.

Al final, el juego con la tecnología siempre ha sido ver cuáles tareas se pueden automatizar y cuáles se quedan con nosotros. Los primeros imperios, por ejemplo, su gran innovación fue hacer canales de agua para sus plantaciones. Así ya no necesitaban usar un tercio de su fuerza laboral en ir cada vez al río y traer agua. Imagínate, qué brutal: un tercio de la gente quedó desempleada. Pero, ¿qué hicieron con ellos? A la mitad los convirtieron en soldados y empezaron a dominar a otros pueblos. A otros los hicieron arquitectos y constructores y crearon las ciudades y templos más grandes de la humanidad. Otros se hicieron artistas, otros empezaron a escribir... ¡a escribir, hueón, no tenían nada más que hacer! Y es así como las sociedades han avanzado, ahorrando tiempo y automatizando tareas. Si un robot reconoce células de cáncer, te ahorras al médico. En San Francisco hay una farmacia donde no hay ninguna persona trabajando: yo soy un robot, tú me das una receta, yo te mezclo un poco de este polvo, un poco de este otro, lo pongo en una caja y te lo doy. Además el robot sabe exactamente qué interacción hay entre qué medicamentos, más que ningún farmacéutico. Más del 50% de los actuales empleos son digitalizables, incluso escribir noticias rápidas, como sabrás. Y ya no hablamos de reemplazar a los obreros, como en la revolución industrial, sino también los trabajos de la clase más educada: médicos, contadores, ¡abogados, hueón! Hay una aplicación en el teléfono que te dice cuánto estás obligado a pagar si te divorcias, según los detalles de tu caso. Te ahorraste mil dólares de abogado por pedirle ese estudio. Claro, es brutal. Pero esto ya ha pasado antes y no fue el fin de la historia. Inventaron hueás nuevas tan locas como escribir, que antes nadie tenía tiempo de pensar en eso.

—Lo que sí sería nuevo, y es el gran miedo cuando se habla de la “era de la singularidad” que supuestamente viene, es que el robot pase a decidir por nosotros. En el fondo, que nos ganen.

—Claro, es la pregunta: si va a ser “el Terminator contra nosotros”. Mira, la singularidad viene. O ya está acá. Trata de deshacerte de tu

celular por un año. Ya estamos fusionados con esta tecnología, como sociedad y como especie. Nuestra distribución de recursos ocurre básicamente en la bolsa, y acá el 80% de las transacciones de la bolsa son decididas por IA. El 99% de las decisiones de la red de electricidad son tomadas por IA que localiza en tiempo real quién necesita energía. Y si tú me dices “mira, Martin, recién descubrimos una especie donde un sistema que se llama IA distribuye el 80% de los recursos y el 99% de la energía”, yo diría “bueno, IA es una parte inseparable de esta sociedad”. Y ya no se puede deshacer, no se puede desenredar. Tú podrías irte a la cordillera, dejar tu celular atrás y nunca más tener interacciones digitales, pero ya no serías parte de nuestra sociedad. Dejarías de evolucionar con nosotros. El punto aquí es que la especie humana ya evoluciona en convergencia con la tecnología, que en algunos aspectos ya es mejor que nosotros... no en todos. De nuevo, la pregunta es qué cosas dejamos a la IA y qué cosas no.

—**Mientras eso lo decidamos nosotros y no ellos, si aprenden a pensar por su cuenta.**

—Sí. Y si me preguntas a mí, digamos, filosóficamente, lo que creo que está pasando es que efectivamente estamos creando una supra especie, otra especie superior. Pero la verdad es que no tengo tanto miedo de eso.

—**¿Por qué no?**

—A ver... Normalmente entendemos que la selección natural, cuando hay dos especies, elige a una de las dos, la famosa “supervivencia del más apto”, ¿no? Pero también hay ejemplos de simbiosis en que las dos especies se fusionan y yo creo que en este caso las dos especies se van a fusionar. Pero ya hablamos tanto que no sé si vale la pena explicar todo esto...

—**Parece que sí.**

—Quizás para entenderlo hay que mirar cómo funciona la vida, los sistemas vivos. Como sabes, existen diferentes niveles de abstracción:

abajo tienes partículas subatómicas que interactúan para formar átomos; los átomos forman redes para crear moléculas; las moléculas, para crear células, y las células se ponen en redes –cada una con su respectiva pega– para crear organismos. Después los organismos se ponen en redes para crear sociedades. Y ahora, ¿qué viene después? Sociedades que se ponen en red a través de la tecnología para crear algo superior. El punto es que cada uno de esos niveles cree funcionar con sus propias leyes y no saben que gracias a esas leyes se han formado otras leyes que han creado un nivel superior. Mis células no saben que yo tengo conciencia. Se encuentran y dicen “mira, ahí hay una bacteria, ¿la atacas tú o yo?”. Piensan que son bastante libres, ¿no? Pero los grandes números crean una estadística confiable de que esa bacteria va a ser atacada, y gracias a la estabilidad de esos promedios es que mi sistema tiene la tranquilidad para crear lo que llamamos conciencia. Y lo que creo que va a terminar haciendo la digitalización es convertirnos a nosotros en células de un organismo mayor.

—**¿Cómo?**

—A medida que la IA empieza a organizarnos, a programar a la sociedad. Y va a poder hacerlo porque si bien tú y yo creemos ser muy distintos, el funcionamiento de la sociedad, con los grandes números, consigue promedios muy estables. Entonces este organismo puede sobrevivir, hasta que yo me imagino que va a poder producir una conciencia. Pero nosotros ni vamos a saber que esa conciencia existe. Por eso te digo que no va a ser “Terminator contra nosotros”. Es un supra organismo con el que nos estamos fusionando y la digitalización es como el aceite que nos une. La verdad es que normalmente no hablo de esto en entrevistas públicas, pero eso significa para mí la singularidad: estamos convergiendo con la tecnología para crear un ente superior, que se llama sociotecnología, tecnosociedad o como lo quieras llamar.

—**¿Por qué no te gusta hablar de esto en entrevistas?**

—Porque es muy loco, ¿no? Es muy profundo y hay gente que se preocupa más de la cuenta. Prefieren hablar del robot de Amazon que les mandó un paquete equivocado. Nos descoloca que nos hablen de un chip implementado en el cerebro, pero ya todos usamos tecnología para aumentar nuestras capacidades. No es en ningún caso el fin de la humanidad, es la evolución que sigue su camino. Y la manera en que esto ocurra va a depender de nosotros. Entonces nos conviene entender que tenemos por delante una gran responsabilidad, porque nosotros diseñamos las instituciones que van a definir el futuro de estas convergencias.

PREMIO CATEGORÍA REPORTAJE

EL JUSTICIERO IMAGINARIO



Rodrigo Fluxá y Arturo Galarce

22 de julio

Sábado, El Mercurio

Este reportaje muestra al mismo tiempo lo mejor y lo peor del periodismo: Pablo Oporto aseguraba haber matado a 12 personas que habían entrado a robar a su negocio. Desde 2013 se paseaba por los medios contando sus experiencias. Pero nunca tuvo tanto impacto como cuando el 7 de junio fue invitado al programa Aquí está Chile, de *Chilevisión*. Ahí se enfrentó a la entonces candidata presidencial Beatriz Sánchez, a quién Oporto le contó su historia y presionó para que definiera sus propuestas sobre delincuencia. Esa noche, su aparición se transformó en *trending topic* mundial en Twitter y las discusiones al respecto se extendieron por varios días. Seis semanas después se publicó este reportaje, que desmiente las afirmaciones de Oporto y desbarata su historia. Y lo hace usando los métodos más clásicos del periodismo: contrastando su dichos con documentos y con declaraciones de otras fuentes. El jurado destaca de este trabajo que “cuestiona la versión oficial y cumple a cabalidad con el trabajo periodístico”. También aplaude “la profundidad de la investigación y el mérito narrativo”.

Aplausos en el estudio. Mónica Rincón, una de las conductoras, hace las introducciones:

—Beatriz Sánchez —dice la periodista—. Aquí está Pablo Oporto.

Pablo Oporto, con un bigote frondoso, toma un micrófono. Minutos antes, la nota introductoria del programa de debates presidenciales Aquí está Chile, producido por *Chilevisión*, había presentado su caso con imágenes de cámaras de seguridad: víctima de más de cien asaltos en sus locales comerciales, había tenido que matar a 12 personas, 12 delincuentes.

—Te voy a relatar un poco la historia —dice Oporto, intentando resumir en un minuto su vida.

En la parte final, apremiado por el tiempo, hace su pregunta.

—En 30 años tuve que capacitarme en el uso de armas de fuego. Desgraciadamente la he tenido que usar más de 60 veces. Hemos tenido más de cien asaltos. Eso me llevó a abandonar nuestro negocio familiar. Ahora vivo en el campo. Cargo conmigo una mochila muy grande, que es la de ver a mi padre llorar por la vida de su hijo, a una esposa llorar por la vida de su esposo, y a unos hijos que han perdido totalmente la capacidad de asombro ya que se han criado entre balas y violencia. Tú en tu gobierno, ¿qué vas a hacer con el tema de la delincuencia? ¿Qué vas a hacer para que personas como yo no nos tengamos que ver obligados a matar a otro ser humano para proteger a nuestros seres queridos?

La candidata se ve incómoda. Intenta contestar.

—Es muy fuerte e impactante tu relato.

*

Pablo Oporto toma un huevo en sus manos.

—Pero míralo.

Mueve la mano, de arriba abajo, como tomándole el peso.

—Pero míralo.

Es, sí, un gran huevo. Oporto, de *jeans* y parka, un mes después del debate, aún con bigote, adentro de su auto, toma su teléfono y anota una dirección en una aplicación que usa para moverse por Santiago todos los días, desde que cambió de giro comercial, cansado y traumatado por los asaltos: ahora tiene una granja en Calera de Tango y distribuye productos de campo. La voz femenina robotizada desde el teléfono da la instrucción: “Gire a la derecha en dirección a Pucuro”.

Oporto gira a la derecha.

—Mi familia es del sur, del valle de Nonguén, una zona muy pobre. Mi papá era de una familia de diez hermanos, no había perspectivas de crecimiento. Era una vida sana, sin delincuencia, pero porque no había qué robar. El 85 nos vinimos a Santiago, yo era chico. Nos instalamos en la población José María Caro.

Hay plumas en el auto: la mitad por la frescura de los huevos, la otra por un tajo en su parka. “Detención a cinco minutos por Los Leones”.

—La pobreza fue chocante cuando llegamos —dice Pablo Oporto, mientras conduce—, cosas que no había visto antes: peleas con sables, salían chispas de los cables por gente colgada, gente consumiendo neoprén. Mi papá trató de trabajar apatronado, pero después empezó a hacer pan amasado en la casa y salía a venderlo en un triciclo. Lo trataban de cogotear mucho, era una odisea para él volver a la casa, tenía que espantarlos a palos, me tocó

vivir todo eso. Pero le fue bien. Al tiempo ya tenía una amasandería, empleados, vendía casi siete mil panes diarios. Le puso Magnum, pero no por las pistolas, por su significado: grandeza y prosperidad. El auto de Oporto cruza sobre el río Mapocho, toma la autopista rumbo a la cordillera: su primera parada hoy es en La Dehesa. La voz de teléfono advierte un largo rato antes de tomar el camino de Santa Teresa.

—Yo pude ir a la universidad: saqué 810 en matemáticas y 790 en verbal. Fui puntaje nacional. Me ofrecieron beca en la UC, pero preferí estudiar Ingeniería Comercial en la Central, que me permitía trabajar al mismo tiempo. Saqué la carrera en cuatro años, pero no me gustó, porque te enseñaban a ser empleado, no a ocupar el ingenio. Después puse los minimarkets con mi papá.

Oporto llega a un condominio de La Dehesa. Le piden el carné a la entrada.

—Nunca perdí contacto con mis amigos del barrio: hay algunos en situación de calle, muchos presos, otros muertos en asaltos o en problemas de drogas. Cuando se enteran de que por las circunstancias he tenido que dispararle y matar a algún delincuente, me han felicitado, porque es gente que viene a robar de otros sectores. Tienen códigos bastante extraños. No me gusta que me feliciten: yo no pedí esto.

Oporto se estaciona frente a una casa. Pasa las bandejas de huevos. La primera entrega del día. Vuelve al auto. Toma el teléfono para ingresar la nueva dirección.

—Son cosas muy fuertes. Una vez llegó una señora, muy trabajadora, a verme. Su hijo había entrado a asaltar mi minimarket, le enterró un cuchillo en el poto a una trabajadora. Tuve que defenderme. La señora me vino a pedir ayuda para el funeral, era muy cristiana, estaba arrepentida del daño que había hecho su hijo, porque no lo pudo controlar, se lo comió la calle.

—¿Y qué hiciste?

—Le pasé la plata. Pagué el funeral.

*

Con el estudio expectante, Beatriz Sánchez le explicó a Oporto que avanzar en una respuesta a su pregunta no era algo fácil: que por lo que le ha tocado vivir, las muertes, los asaltos, era posible que nada de lo que pudiera decirle valiera la pena. Luego, bajo la mirada clavada de Oporto, contestó:

—Yo no quiero hacer promesas que no se puedan cumplir, porque con la delincuencia no se termina. Puedes ir bajando los índices y el temor a la delincuencia. Y hay varios caminos. Hay uno más largo y que es avanzar en acortar las tremendas desigualdades que hay en Chile.

—Disculpa —dijo Oporto, discrepando con la candidata—. Por lo que hemos vivido como familia, prácticamente trabajábamos como equipo con Carabineros. Desgraciadamente me ha tocado herir a muchos niños, jóvenes que sostienen 60, 50 detenciones. Es decir, Carabineros en 50 o 60 oportunidades hizo su trabajo.

—No estoy tratando de estigmatizar a Carabineros —respondió Beatriz Sánchez—. Lo que digo es que hay que darles mejores herramientas. Nosotros tenemos una propuesta para terminar con el escalafón diferenciado y hacer un solo escalafón de Carabineros para que puedan hacer una carrera funcionaria con mayor capacitación...

—Perdona que te interrumpa, pero parece que no estás entendiendo —insistió Pablo Oporto, generando el momento más tenso de la noche—. Un escalafón distinto. Qué tiene que ver un escalafón distinto si Carabineros hizo 60 veces su trabajo y quien lo soltó fue la justicia, en base a leyes que están mal hechas.

Mónica Rincón aprovechó una seguidilla de interrupciones para hacer una última pregunta, dirigida a la candidata:

—Ponte en el lugar de Pablo. Él, con su hijo de siete años en brazos, entran los delincuentes armados, a matar, a disparar: tú eres Pablo, tienes un arma, ¿hubieras disparado?

—Yo no tendría un arma —contestó Beatriz Sánchez, arrugando el rostro. Una mujer del público movió la cabeza de un lado a otro en señal de reprobación—. No me puedo poner en esa situación, Mónica, tan rebuscada.

Oporto interrumpió nuevamente:

—Lo mío no es una situación rebuscada. Es una situación que sufrimos todos los comerciantes de todos los barrios pobres.

Esa noche, el programa fue tendencia mundial en Twitter, donde la mayoría de los mensajes iban en apoyo al comerciante. “Muy bien Pablo Oporto. Clases a Beatriz Sánchez de educación cívica y uso de las armas. Realmente la candidata está sin argumentos”. “Que gran tapabocas de Pablo Oporto a Beatriz Sánchez, ¡te las mandaste! Carabineros hace pega y justicia deja libres a delincuentes”. “El héroe no es una persona feliz, carga un gran peso x decisiones altruistas en un mundo cojo. Pablo Oporto es un héroe al que Sánchez negó”.

Detrás de cámaras, el equipo que acompañó a la candidata aquella noche terminó amargado. Por el formato del programa, desconocían los testimonios ciudadanos que se presentarían. De hecho, pocas horas antes de que el espacio saliera al aire, la presencia de Oporto estaba en duda: dijo, de improviso, que no podría ir. Tuvieron que convencerlo sobre la hora. Beatriz Sánchez, con los focos apagados, también quedó extrañada: le había llamado la atención la cifra de muertos y le llegaron comentarios sobre la falta de “empatía” con el testimonio.

Al día siguiente, su equipo midió el impacto de esos 20 minutos, cuando vieron títulos en distintos medios como: “‘No estás entendiendo’: el cara a cara que todos comentan entre Beatriz Sánchez y comerciante”, o “La delincuencia coloca en jaque a Beatriz Sánchez en Aquí está Chile”. El programa osciló entre los diez puntos de rating; es decir, casi 700 mil personas lo vieron.

El debate duró varios días. Esa misma semana, la escritora Diamela Eltit, una de las intelectuales más reconocidas del país, publicó en el sitio *El Desconcierto* un ensayo titulado: “Aquí está Chile y Pablo Oporto: espectáculo periodístico tétrico”. En uno de sus párrafos, consignó: “Lo que en verdad me pareció inédito, asombroso y verdaderamente aterrador para la democracia y un real Estado de Derecho fue la presencia de la ‘víctima de la delincuencia’, Pablo Oporto. Un sujeto que mató en defensa propia a DOCE asaltantes y que hasta donde se vio en el programa, no había recibido ni una sola herida (ni él ni su familia) por parte de sus cien agresores. Más aún, lucía sus aptitudes paramilitares disparando, a la manera del *Far West*, en un territorio sin dios ni ley. Personalmente, me pareció semejante a un ajusticiador en serie de delincuentes. Pensé que bajo el ropaje de la víctima se escondía, quizá, una forma de placer retorcido, más allá de la exculpación jurídica”.

*

La intervención de Pablo Oporto en Aquí está Chile no fue su primera aparición en medios. Cuatro años antes, su nombre circuló por noticieros y diarios del país, luego de enfrentar a tiros a un grupo de delincuentes que intentaron asaltar su minimarket, en 2013, en la comuna de Pedro Aguirre Cerda.

El sitio *Emol* fue uno de los primeros en publicar la noticia, titulado: “Dueño de minimarket repelió a balazos a banda de asaltantes”. La nota detallaba cómo Pablo Oporto disparó contra cinco sujetos con su pistola Taurus 9 mm, hiriendo en el abdomen a uno de los delincuentes: un menor de edad. Las imágenes de seguridad del local, transmitidas por los noticieros en televisión, mostraron el instante en que Oporto reaccionó rápidamente, desenfundando su arma y disparando.

La Cuarta y *SoyChile.cl* hicieron eco de la noticia y en mayo de ese mismo año fue invitado al matinal de *Mega* para relatar el

episodio. Solo tres años después, el 13 de agosto del 2016, Oporto figuró nuevamente en los medios: apareció en el diario *La Tercera*, presentado como un récord del sistema penal: en siete ocasiones había matado delincuentes haciendo uso de la legítima defensa. El título de la nota fue una declaración del propio Oporto: “No quiero convertirme en Batman”.

En esa nota, por primera vez, relató su increíble historia, dilucidando, también, dudas sobre su poder de reacción ante el peligro: “Primero analizo rápidamente cuál es el delincuente que está más cerca o que tiene el arma. Reacciono contra él y lo reduzco en un lugar donde pueda repeler el asalto. A veces, los trabajadores o clientes actúan descontrolados, porque no tienen preparación, y mi preocupación principal es protegerlos a ellos. Después del hecho, siempre me pongo a analizar si es que podría haber hecho algo mejor”.

La noticia fue replicada por diversos medios, entre ellos las radios *Bío Bío* y *Agricultura*. El 22 de agosto de ese mismo año, *La Cuarta* lo presentó como figura principal de una nota sobre víctimas que se defendieron de delincuentes, destacando las siete veces que mató. En la fotografía, Oporto, sin bigotes, más delgado y con polea negra, empuñaba una pistola al interior del minimarket.

Dieciséis días después, la mañana del 8 de septiembre de 2016, un enlace en directo del matinal de *TVN* Muy Buenos Días presentó en exclusiva a Pablo Oporto. Un periodista se encargó de la presentación:

—Ha ejercido la legítima defensa en siete oportunidades. Es dueño de locales: pastelerías y panaderías. Él ha disparado, ha recibido golpes y agresiones y ha matado a siete delincuentes. Desde el canal, Jaime Coloma, Javiera Contador, Dominique Gallego, Yann Yvin y el periodista Gustavo Huerta entrevistaron al comerciante. Más tarde se integraría el abogado Claudio Valdivia, para precisar dudas sobre la ley de legítima defensa.

Periodista: Llama la atención que han sido siete oportunidades. Siete delincuentes han fallecido a raíz de defenderte frente a lo que ellos han hecho.

Oporto: Yo creo que más que destacar las 7, las 30, o las 50, o las 100, hay personas que han sido víctimas de un solo ataque y tú te sientes vulnerado. Te sientes violentado en lo más profundo de tu ser, porque estás en tu lugar de trabajo, estás siendo víctima de delincuencia.

En la pantalla es posible ver las imágenes de las cámaras de seguridad del incidente de 2013, en el que Oporto disparó en defensa propia a los delincuentes. Las mismas del debate.

Periodista: En estos siete delincuentes muertos ¿o eras tú o eran ellos?

Oporto: Claramente sí.

Javiera Contador: ¿Han sido accidentales estas muertes? ¿Ha sido lo que tú buscabas? Porque también podrían haber sido reducidos y quizá llamar a la policía. Porque obviamente llama la atención que sean siete veces. ¿Fue fortuito que esos delincuentes hayan muerto?

Oporto: Javiera, mira, te voy a explicar algo. En la ley hay dos temas. Uno, que es la detención ciudadana y el otro es la legítima defensa, que es cuando la ley te faculta a usar una fuerza proporcional cuando tú estás siendo víctima de violencia. Desgraciadamente los asaltos son un tema violento. A mí me encantaría poder reducir o tener súper poderes y reducir a un delincuente que está entrenado con un arma de fuego y son cinco, siete u ocho. Me encantaría. De hecho, te cuento, yo practico artes marciales, yo sé defensa personal, me encantaría poder hacer lo que hacen las películas y volar por los aires y poder detenerlos y quitarles a todos el arma. No se puede, desgraciadamente no se puede...

Jaime Coloma: Te hemos visto muy calmado. De hecho, la palabra “frío” ha surgido acá para comentar el relato. Yo quisiera que nos pudieras contar, a raíz de esta idea de reciprocidad en la agresión, si tú tienes este mismo temple en ese minuto o hay una carga más emocional. Tú tienes la capacidad de saber que tienes que dispararle a equis parte. ¿Cómo reaccionas realmente?

Oporto: Soy un poco más frío por el tema de que estoy hablándole a la cámara, ni siquiera tengo un monitor, por lo que tengo una distancia física entre tú y yo. Si me hubieses invitado al estudio o a tu casa, créeme que sería mucho más jovial, pero estoy hablándole a un lente. Yo hice un curso de seguridad, en el cual me enseñaron a cómo reaccionar en cuatro segundos. Porque es un momento crítico, que te sube la endorfina.

El 26 de septiembre de ese mismo año, Oporto fue invitado al programa Modo Termómetro, de *Chilevisión*. Ahí debatió con los diputados Gonzalo Fuenzalida y Gabriel Silber y con el exgeneral director de Carabineros Alberto Cienfuegos. El conductor del espacio Iván Núñez hizo énfasis en los siete delincuentes muertos.

Iván Núñez: Me imagino que no es un récord del que te enorgullezcas.

Pablo Oporto: Era lo primero que iba a decirte. Es una triste forma de presentarme en la opinión pública.

Siete meses después, Oporto entraba al mismo canal, frente a una candidata presidencial. El conteo de cadáveres había subido en cinco: casi un muerto más al mes. Eran doce: dos menos que Julio Pérez Silva, el psicópata de Alto Hospicio.

*

La voz del teléfono: “Doble a la izquierda en El Bosque”.

Pablo Oporto, con la carga de huevos, piensa en hacer caso, pero la aplicación se equivocó: no se puede virar aquí. En un semáforo explica la confusión con las cifras.

—Lo que pasó con eso es que en la entrevista del diario dije siete porque me refería solo a los adultos que habían muerto y los otros cinco, los menores, me dio, cómo decirlo, vergüenza o pena incluirlos, por respeto a las mamás. Eran pobres niños, de 13 o 14 años, si los mencionaba era en el fondo decirles a esas mamás que tuve que matar a sus hijos, preferí que no. Y en el debate... no sé, era en vivo, con la candidata, los incluí todos.

Es pasado el mediodía. Oporto toma una calle por el cerro San Luis, en busca de una dirección. Tras dos vueltas a la manzana da con el número. Se baja y toca dos veces el timbre. No hay nadie: le fallaron. La vista desde ahí es espléndida: se ve todo Providencia desde arriba. Hay mansiones alrededor.

—Cuando ya tenía los minimarket, me fui de viaje a México, invitado por un amigo. Su papá era una persona importante del mundo del petróleo y estaba preocupado por los secuestros. Un guardaespaldas, que había trabajado protegiendo a senadores de Estados Unidos, le hizo un curso sobre seguridad y un curso de tiro. Me dijeron, ¿por qué no lo tomái? Yo ya sabía karate y lo tomé, porque me podía servir para lo que estaba pasando acá: nos habían entrado a robar muchas veces. Esa fue la primera vez que disparé. Y a la vuelta ya repelí varios asaltos a balazos. Uno va tomando más práctica, reacciona cada vez más rápido, más rápido. La primera vez que lo hice, el asaltante tenía un cuchillo, fue en la Avenida Central, me marcó mucho. Murió con el cuchillo en la mano. Ahí ya me sentí mal. No fue agradable, no había hecho ese curso para andar dañando personas. Tampoco me capacité para matar.

—¿Nunca te da susto que tomen represalias? ¿Hay doce familias en luto y compañeros de banda?

—No, porque si tú ves la realidad de los hechos, fueron a atacarme a mi casa, a mi local: la ley es clara en eso. Nunca lo vi por el lado de la venganza. ¿Por qué me van a venir a buscar si ellos me atacaron primero?

“Gire a la derecha en Coronel”.

—Una vez vino un primo de uno de los fallecidos, desde Bajos de Mena; me dijo que iba a cobrar. Yo le dije: “¿Qué van a cobrar, si ustedes vienen a robarme a mí? Yo trabajo honradamente”. Y nunca más apareció.

“Auto detenido en calle Suecia”.

—Y así pasó muchas veces. Uno ya se empieza a ver afectado, porque uno provoca que otras familias sufran y la de uno también se

ve muy afectada. El episodio de 2013 rebasó el vaso, me hizo cerrar. Llegaron cuatro niños armados y yo tenía a mi hijo en brazos. Tuve que disparar: quedaron dos tirados en el piso, uno falleció. Ahí dejé mis negocios, me fui a la granja, pero sé que eso no soluciona el problema. Mira.

Oporto apunta al tajo en su parka de donde salen plumas.

—El domingo pasado, un ladrón entró a mi granja. Quería robarse los brócolis. Mi hijo me avisó. Salí de la casa a buscarlo, lo perdí de vista y me atacó con un cuchillo. Solo me alcanzó a hacer este hoyo. Después lo inmovilicé.

“Destino a 400 metros”.

—Y mi hijo ha tenido que ver toda esa violencia, crecer entre disparos. Cuando juega con amigos a policías y ladrones, en vez de arrancar, se parapeta y se pone a disparar. No quiero eso para él. Me da pena, porque uno no busca verse envuelto en esto. Como le decía al curita de mi barrio el otro día: el que termina en la disyuntiva es uno, uno es el que queda con las manos con sangre.

Oporto estaciona el auto.

—Por malas políticas del Estado, uno tiene que hacer esas cosas, no es justo, no estoy orgulloso de lo que he hecho.

Y emocionado dice:

—Por eso son las apariciones en la tele y entrevistas. Es la oportunidad de darle a conocer a alguien con poder a lo que nos tenemos que ver expuestos nosotros, cuál es la verdadera realidad.

*

Pero Pablo Oporto no ha matado a nadie.

Cualquier muerte, en legítima defensa o no, genera un número de investigación. La Fiscalía Sur confirma que no hay fallecidos en ninguno de los asaltos que sufrió en sus negocios. Y en los registros de la Subsecretaría de Prevención del Delito no hay ingresos a nombre de Pablo Oporto en los servicios del programa Apoyo a Víctimas.

De hecho, hasta antes de su aparición en Aquí está Chile, Oporto solo había sido víctima de robo en tres ocasiones, según el registro de causas asociadas a su nombre: una en 2007, otra en 2008 y otra en 2013: la que llegó a los noticieros. Según los partes, esa fue la única vez en que Oporto usó su arma para repeler a quemarropa a los cuatro delincuentes que ingresaron armados a su minimarket, la noche del 12 de marzo.

Jessica Muñoz era empleada en el minimarket.

“Uno de los delincuentes saltó sobre una de las máquinas de helados y apuntó al Pablo —recuerda Jessica—, pero él le disparó al que me estaba apuntando a mí. Yo quedé en *shock*. Mientras trabajé para él, que fue un año y medio, ese fue el único asalto que sufrimos. Tampoco supe de otros fallecidos, salvo el que recibió el disparo de Pablo y que fue trasladado al Barros Luco esa misma noche. Con la última llamada del fiscal, me enteré de que el niño había fallecido. Pero el fiscal solamente se comunicaba con Pablo, no conmigo, así que Pablo era el que nos contaba lo que había pasado. Él me contó que el niño murió”.

El niño es E. Tolosa Velásquez, que efectivamente fue trasladado al hospital Barros Luco esa noche. Pero no murió. Desde su casa, contesta su celular para relatar detalles del atraco, que coinciden con el informe policial solicitado por la Fiscalía Sur.

—El viejo no nos dio tiempo de nada —dice Tolosa, de 20 años—. Me pegó un balazo en la guata y corrimos. Me subí al auto que habíamos robado antes y cuando íbamos escapando chocamos con un Transantiago. Nos dimos vueltas en trompo y quedamos tirados. Los demás libraron. Yo no pude correr y con un loco que se quedó acompañándome caímos presos. Nos quitaron las dos pistolas a fogueo que andábamos trayendo.

En su tránsito por los medios, Oporto ha relatado el episodio del joven baleado aquella noche de 2013. Según él, fue su propio padre el que se encargó de trasladar al menor herido hacia el hospital. Tolosa desmiente esa versión.

—Llegaron bomberos, pacos, nos detuvieron y esperaron la ambulancia —dice—. Me fui esposado al hospital. Yo pensaba que me iba a morir. Después de la recuperación estuve dos años en un centro del Sename cumpliendo condena. Ahora lo veo en la tele. Lo he visto en el diario, la otra vez, diciendo no sé qué, que se creía Batman. Está mal del mate. Dice que ha matado doce veces. Ni cagando. Lo matan. Le pegan al tiro. No andaría dando reportajes en la tele.

Los vecinos de Avenida Central también han visto a Oporto en televisión. En las calles de Pedro Aguirre Cerda, las opiniones sobre sus dichos y apariciones están divididas. Su amigo Juan Valdivia, por ejemplo, que arrienda a la familia de Oporto el local de la balacera, cree que Pablo sí ha matado.

—He sabido que mató a algunos, pero no sé si doce —dice Valdivia, al interior del local, donde ofrece pizzas, comida rápida y sushi—. Entre cinco y seis puede haber matado. Pero yo no lo he visto. Es que es lo que se cuenta. Yo no puedo asegurar. Últimamente, sí, la gente pasa por acá y pregunta si este era el local del sicario.

Camila Pereira, su exesposa, recibe mensajes en su celular cada vez que Oporto aparece en televisión. Ella estuvo con él hasta 2015 y dice que hasta ese año no había matado a nadie. No le sorprenden sus apariciones: cuenta que Pablo Oporto acostumbra a mentir. Para este reportaje, de hecho, la Universidad Central aseguró que Oporto se matriculó en 2001 en la carrera de Ingeniería Comercial, pero no completó el primer semestre.

—Siempre ha sido bueno para inventar historias —dice su exmujer—. Lo que sí es verdad, es que hacía sus peleas clandestinas de perros. Entrenaba sus perros, gastaba dinero en eso. Siempre recuerdo esto: una vez se le escapó una perra y se cruzó con un quiltro. Como él cruzaba los perros solo con otros de la misma raza, en vez de regalar los perritos, los mató. Les aplastó el cráneo con el pie, en el patio del local.

El 2010, su nombre figuró dentro de una causa llevada por la exfiscal de la Fiscalía Sur, Marisa Navarrete, que consiguió el desba-

ratamiento de una banda dedicada a las peleas de perros. En la causa, Oporto fue condenado por maltrato animal, luego que se acreditara el abandono y mal estado de sus perros en su parcela de Calera de Tango. El fallo especificó: “Pablo Oporto Leal mantenía en su poder la cantidad de ocho perros de raza pitbull, en condiciones de abandono, toda vez que se encontraban permanentemente atados a los árboles con cadenas, cuya sujeción era insuficiente para permitir su adecuado desplazamiento, encontrándose además a la intemperie y sin suministro de agua ni comida, presentando, además, algunos de ellos lesiones en diversas partes de su cuerpo”. En 2006, además, fue sentenciado por porte ilegal de armas. En total, ha sido imputado más veces de las que ha sido víctima, incluida una en 2013 por violencia intrafamiliar, que fue archivada.

—Efectivamente fuimos engañados —dice Andrea Vial, productora ejecutiva del programa Aquí está Chile—. El propósito del testimonio era tocar el tema de la violencia, la inseguridad y la delincuencia, y ese objetivo, que era lo importante, se logró. Y agradezco mucho a Beatriz Sánchez su participación. Los periodistas del programa no tienen ninguna responsabilidad en la decisión de los casos que se seleccionan para introducir los temas de fondo.

A la candidata Beatriz Sánchez, la interpelación de Oporto le quedó dando vueltas, tanto por la cifra, los doce muertos, como por el mensaje enviado esa noche: que ajusticiar es una salida viable y sin castigo social o judicial: “La violencia no puede ser un *show*. Cuando medios y candidatos la convierten en un espectáculo, se olvidan de que ese mismo *show* nos convierte en una sociedad más insegura”.

*

Tras su comentada aparición en el programa de debates presidenciales, Pablo Oporto siguió dando entrevistas. En un contacto en vivo con el programa Un País Generoso, de radio *Zero*, volvió a

repetir su cómputo de doce muertos en legítima defensa. Los tres animadores del espacio trataron de consultarle sobre datos particulares de cada ocasión, pero Oporto, como en la totalidad de sus entrevistas, contestó generalidades. Iván Guerrero, casi al final, le preguntó:

—Pablo, ¿en algún minuto no te has cuestionado por qué a ti te pasan tanto estas cosas?

—Sí —respondió—. De hecho, ayer, cuando estaba en la comisaría, el carabenero me dijo: “Yo creo que deberías pensar en encerrarte tú y así se va a acabar la delincuencia”.

Oporto hacía referencia al último incidente que sufrió como víctima, con un ladrón de brócolis en su granja: el que le hizo el tajo a su parka. Extrañamente, sobre ese incidente sí hay correlación con una denuncia. Según el parte, un sujeto entró a su parcela y fue atrapado por el dueño. Después de reducirlo, Oporto subió una foto del ladrón inmovilizado en el suelo a su perfil de Facebook. Como en el resto de los incidentes, no hubo fallecidos.

—¿Cómo? —pregunta Oporto al teléfono desde su granja.

—No hay registro de ningún fallecimiento asociado a los asaltos de los que fuiste víctima.

—¿Cómo?

—¿Alguna vez viste a alguien morir, algún cuerpo?

—No.

—¿Entonces?

—Me decían que morían después, en el hospital. Yo me quedaba con eso.

—¿Quién decía?

—Un fiscal, no me acuerdo el nombre.

—**¿Las doce veces un fiscal te dijo que alguien murió?**

—Sí.

—**¿Y pagaste un funeral?**

—Sí.

—**Pero funeral de quién, si no hay muertos.**

—Pero pasé la plata a la señora.

—**¿Por qué dabas esas entrevistas, adjudicándote muertos?**

—Es que me dijeron que habían muerto, pero ¿sabe?

Pablo Oporto se toma un segundo.

—Me alegra.

—**¿Qué?**

—Saber que no maté a nadie. Era un peso que cargaba yo y mi familia, hemos sufrido mucho.

El conteo vuelve a cero.

—Es un alivio.

**ABUSADAS Y CASTIGADAS: LAS FUERZAS
ARMADAS SANCIONAN A LAS SOLDADOS
QUE DENUNCIAN ABUSOS SEXUALES
SI NO TIENEN PRUEBAS SUFICIENTES**



Daniel Pizarro y Matías Brown
Pontificia Universidad Católica de Chile

Doblemente victimizadas, las mujeres que denuncian abusos sexuales en las Fuerzas Armadas son cuestionadas y sancionadas si no pueden probar sus acusaciones –una dificultad que marca estos casos. Así lo denuncia este reportaje que logra develar un tema potente y escandaloso. El jurado premió esta pieza por “la calidad de su reporte, enfoque y tono”. Y por “el apropiado uso de la Ley de Transparencia para acceder a información valiosa, que luego los autores procesan y contrastan con las fuentes involucradas”. A ojos del jurado, este es un trabajo que podría ser publicado en la primera página de un diario como golpe periodístico. El jurado del PPEU estuvo compuesto por María Angélica Bulnes, periodista de *Tele13 Radio*; Sergio Jara, periodista y editor de *Radio Bío Bío* y ganador del PPE Escrito 2016; y Daniel Matamala, periodista de *CNN Chile*.

“Mientras se encontraba interna en la enfermería, sufrió tocaciones en una oportunidad por parte de un clase (miembro permanente de la Escuela de Suboficiales de las FF.AA.). En otra ocasión, mientras estaba de guardia, ocurrió el mismo hecho. En otra fecha recibió una invitación de un clase para acostarse en el dormitorio mientras estaba de guardia”, se lee en una de las denuncias de abuso sexual realizada por una mujer que pertenece a las Fuerzas Armadas, obtenida a través de una solicitud de Ley de Transparencia realizada al Ejército. El personal denunciado fue castigado disciplinariamente. Cuando la joven hizo la acusación en 2016, tenía 21 años.

Entre el 1 de enero de 2015 y el 1 de junio de 2017, el Ejército registra nueve denuncias por acoso sexual. Dos de ellas fueron realizadas en 2015. El 8 de abril de ese año una mujer de 30 años, con grado de cabo segundo, dijo haber “recibido proposiciones sobre mantener relaciones sexuales y engañar a su esposo por parte de otro integrante de la unidad”, según consta en el documento entregado por la institución. Dos meses más tarde, la resolución de la investigación sumaria administrativa determinó que “no se pudo acreditar el hecho” y que la “denunciante fue sancionada”.

No es un hecho aislado. El Ejército castiga a los denunciantes cuando aquello que denuncian no puede ser comprobado. “Nosotros investigamos lo disciplinario. Lo que generó el hecho, en este caso el denuncia, es lo que provocó una fricción en el servicio. Esa es la generalidad de las investigaciones sumarias administrativas, para que no se repitan”, explica el coronel Francisco Sáez, subdirector

del personal del Ejército. “Si hay una denuncia sin constatación de hechos, se decreta un castigo”, explica.

En mayo del mismo año, otra mujer de 26 años acusó “exhibicionismo de genitales” de un integrante del Ejército “en estado de ebriedad”. En la resolución consta que tampoco se pudieron acreditar los hechos, “por no existir testigos presenciales”.

Durante 2016 se realizaron otras seis denuncias por acoso sexual y una en 2017. Dos de los denunciados fueron sancionados disciplinariamente. En los otros casos, los hechos “no se pudieron acreditar”, según el mismo documento.

El Ejército tiene además registros de denuncias por abuso sexual que, a diferencia del acoso, consiste en acciones sexuales no consentidas diferentes al acceso carnal, como tocaciones o besos en áreas de connotación sexual. Desde el 1 de enero de 2015 al 1 de junio de 2017 esta institución registra tres casos, todos en proceso judicial, según consta en la respuesta a una solicitud de Transparencia realizada.

El Ejército aplica las reglamentaciones generales del Código Penal para definir abuso sexual. Este se entiende como cualquier actividad sexual no consentida por una de las personas involucradas, donde haya contacto corporal que involucre la zona de los genitales, el ano y la boca. El acoso sexual no está tipificado como falta y por lo mismo su definición depende de las instituciones respectivas. Instituciones dependientes del Ejército, como la Escuela Militar, tienen reglamentos internos con definiciones propias de lo que entienden por acoso sexual.

La Armada, internamente, distingue dos tipos de acoso sexual. El primero es el “chantaje sexual”, cuando un superior condiciona el acceso que un subordinado puede tener a ciertos beneficios, a la realización de un acto de contenido sexual. Y el “acoso ambiental”, cuando el medio se torna intimidatorio u hostil para el cadete.

“Se le efectúan tocaciones indebidas mientras se encontraba en la enfermería de la unidad, por parte de tres clases”, se lee en una

de las dos denuncias que están siendo investigadas por la Fiscalía Militar de Valdivia, por abuso sexual dentro del Ejército. El Juzgado de Garantía de Los Ángeles está investigando el otro caso de abuso.

Todo suceso ocurrido dentro de las dependencias de las Fuerzas Armadas es jurisdicción de los tribunales militares. Los soldados tienen la autonomía para iniciar procesos judiciales en tribunales civiles o denuncias en Carabineros o Policía de Investigaciones (PDI).

Las denuncias que registra el Ejército se repiten también en la Fuerza Aérea (FACH). Según el documento obtenido por Ley de Transparencia hay acusaciones de mensajería de carácter inapropiado, tocaciones indebidas y acoso por parte de superiores durante campañas de combate.

Se han realizado siete denuncias por acoso sexual dentro de la FACH y dos por abuso sexual desde el 1 de enero de 2015 hasta mayo de 2017. Cadetes, oficiales, empleadas, civiles; todas las víctimas son mujeres. En los cuatro casos donde se comprobó el acoso ninguna de las afectadas fue compensada. Las penas para los acusados fueron desde “reprensión” hasta “arresto militar”, que consiste en la prohibición de que el recluso salga del recinto por un máximo de dos meses. En los otros tres casos, el documento dice que “no se pudo acreditar la efectividad de los hechos denunciados”.

La sanción mínima por una falta disciplinaria en las Fuerzas Armadas es la reprensión, que consiste en un “llamado de atención fuerte frente a un superior, registrada en la ficha de vida del culpable”, según el coronel Sáez. Luego de una serie de medidas similares, vienen los días de arresto militar, cuyas características dependen del rango militar del sancionado. Por ejemplo, los altos mandos pueden pasar sus días de arresto militar en sus casas. “No hay una relación lógica gradual entre la falta y la cantidad de días por arresto, por ejemplo”, cuenta Sáez. La sanción más grande es la expulsión.

Las dos denuncias por abuso derivaron en procesos judiciales. La primera, por tocaciones indebidas en abril de 2015, fue sobreseí-

da en el sumario interno. La más reciente por abuso sexual, del 17 de mayo de 2017, fue remitida al Juzgado de Garantía de Talagante por “incompetencia”.

El caso de la Armada es diferente. En la respuesta a la solicitud de Transparencia dijeron “no tener una base de datos” de todas las denuncias, pero sí enviaron tres casos de acoso sexual de los cuales dos terminaron con sanciones para los acusados: uno por falta gravísima por “tocaciones” y otro, que se encuentra en “proceso de reconsideración”, fue castigado por falta grave por “invitaciones reiteradas a salir y obligarla a permanecer en los eventos que realizaba la repartición”. El caso que quedó sin sanción fue porque “no se pudo comprobar fehacientemente la responsabilidad de persona alguna en los hechos denunciados (acoso e intento de tocación)”.

Protocolos de denuncia

En el verano de 2017, marinos de la fragata Lynch escondieron cámaras para espiar y fotografiar a sus compañeras. Raúl Órdenes, inculpado por las víctimas ante la institución y la Fiscalía Naval, fue desligado de la Armada. La investigación judicial aún no concluye. Semanas después, *La Tercera* publicó que un recluta en estado de ebriedad había entrado al cuarto de una compañera y fotografiado su torso desnudo en el buque escuela Esmeralda. Aunque el caso aún está siendo investigado, el recluta fue desafectado de la Armada inmediatamente.

Luego de los dos casos, la Armada emitió un comunicado de prensa que confirmaba “cinco nuevos casos relacionados con transgresiones a la normativa que debe observar el personal institucional en sus relaciones interpersonales”. La institución no dio más detalles de estos, apelando a la protección de la privacidad de los afectados.

Los hechos ocurridos alertaron a la Subsecretaría para las FF.AA. del Ministerio de Defensa, que solicitó los protocolos de cada institución para hacer denuncias por acoso y abuso sexual.

A fines de enero de 2017, las víctimas de la fragata Lynch informaron lo sucedido al Ministerio de la Mujer. El hecho original, denunciado por un tercero en noviembre de 2016, creó una investigación interna, proceso en el que ni el Ministerio de Defensa ni el de la Mujer podían actuar.

La subsecretaria de la Mujer, Bernarda Pérez, explica que todas las investigaciones sumarias son internas y propias de la institución, y solo competen a las instituciones jurídicas correspondientes. “Cuando la investigación se entorpece o la afectada siente que el resultado no será exitoso, tiene todo el derecho a realizar una denuncia. Eso sucedió acá y por eso se trasladó al espacio público. En casos como este se ha podido trabajar de manera más amplia el tema, gracias a las voluntades políticas de actores como el ministro de Defensa y la subsecretaria para las FF.AA.”, explica Pérez.

Cuando se hizo la denuncia al Ejecutivo, la Mesa por la Inclusión y la No Discriminación comenzó a incidir, ayudando a las afectadas. Esta mesa de trabajo es el espacio en el que representantes de las FF.AA, del Ministerio del Interior, Cancillería, Defensa y de la Mujer, trabajan las problemáticas y la agenda de género.

Actualmente no hay un marco legal que exija a las instituciones de las Fuerzas Armadas comunicar al Ministerio de Defensa las denuncias por temas de índole sexual. “No es competencia de la Subsecretaría ni del Ministerio llevar esos registros porque si hay una investigación sumaria que fuera elevada por un recurso jerárquico, va a llegar acá”, afirma Paulina Vodanovic, subsecretaria para las FF.AA. del Ministerio de Defensa.

En el proyecto de ley sobre el derecho de las mujeres a una vida libre de violencia, que se discute en la Comisión de Constitución de la Cámara de Diputados, se propone tipificar el acoso como falta. “Se agregan al Código Penal figuras que dan cuenta de realidades hasta hoy no cubiertas por nuestro ordenamiento jurídico. Así, en un nuevo artículo 494 ter., se regula como falta el acoso sexual sin contacto corporal”, indica el proyecto de ley.

El castigo que se propone para quien cometa acoso sexual es una multa de cinco a diez unidades tributarias mensuales. Dentro de la definición de acoso se incluye capturar imágenes del cuerpo de una persona sin su consentimiento con fines sexuales, hostigar a una persona mediante la exhibición de genitales y el hostigamiento mediante gestos o expresiones verbales de carácter sexual explícito. Todas conductas que han sido denunciadas en las instituciones de las Fuerzas Armadas entre el 1 de enero de 2015 y el 1 de junio de 2017.

La Subsecretaría para las Fuerzas Armadas, junto a la Mesa por la Inclusión y la No Discriminación, están trabajando en crear un protocolo que sirva para unificar los procesos de denuncia en las tres ramas de las FFAA. Luego de la redacción del documento, este será enviado a las instituciones para su revisión. La implementación de este, según la subsecretaria Vodanovic, debe ser autorizada por cada una de las ramas. Se espera que una primera revisión se haga antes del cambio de gobierno.

El protocolo de la Escuela Naval no considera que las víctimas reciban apoyo legal cuando hacen las denuncias por acoso o abuso. Las mujeres que denunciaron ser fotografiadas en la Fragata Lynch, por ejemplo, no recibieron defensa legal por parte la Armada. La ayuda vino de la ONG Abogadas Pro Chile. Las abogadas se reunieron con la ministra de la Mujer Claudia Pascual, en el Servicio Nacional de la Mujer y la Equidad de Género (Sernameg). Allí plantearon la necesidad de regular los procesos de investigación por abusos y acosos que ocurren en las instituciones de las FFAA., corrigiendo tres aspectos. Primero, la necesidad de permitir que la denuncia sea anónima. Segundo, terminar con el “desequilibrio procesal”, es decir, es necesario que a las denunciantes se les dé asesoría judicial al igual como se hace con los acusados. Tercero, que se debe exigir a las instituciones transparentar datos y cifras de denuncias por abuso y acoso sexual, además de los procesos de investigación y sus sanciones.

“Le pedimos (al ministerio) que hicieran que las instituciones castrenses transparenten las denuncias que han recibido, en qué están los procesos iniciados y cuántos han terminado con sanciones”, afirma Jeanette Bruna, abogada de la agrupación.

No existen registros en las escuelas

Para este reportaje se realizaron solicitudes de Transparencia a las Escuelas Naval, Militar y de Aviación, para acceder a las denuncias por abusos sexuales, maltrato psicológico y/o maltrato físico dentro de las instituciones.

La respuesta de la Naval fue que no existen registros de denuncias sobre la materia solicitada. En la Escuela Militar tampoco había información. Por último, la Escuela de Aviación respondió con dos casos que no son de abuso o maltrato de corte sexual.

Para la subsecretaria de la Mujer, Bernarda Pérez, la clave para entender la falta de denuncias está en comprender la realidad de los conscriptos. “Lo que aquí sucede es que estamos en un contexto que es rudo y que tiene una lógica de jerarquías. Entonces hay que reeducar a los conscriptos para que entiendan que lo rudo no es lo mismo que lo violento y que no tengan miedo de denunciar cuando lo amerite”, concluye.

La subsecretaria también pone énfasis en lo nuevo del tema en Chile. “Recién estamos discutiendo una ley de normativa de género”, dice sobre el proyecto de ley que busca penalizar el acoso sexual.

El procedimiento para denunciar abuso o acoso sexual en las escuelas empieza por presentar el caso de forma escrita a un superior. Una vez realizado ese trámite inicial, se adoptan las medidas cautelares pertinentes, como separar a los involucrados durante el proceso de investigación. Los afectados también pueden recurrir al Juzgado de Garantía para llevar un proceso penal en paralelo.

Según la abogada Jeanette Bruna, por reglamento y para ejemplificar cómo están reguladas las comunicaciones en la Escuela Mi-

litar, los reclutas tienen prohibido comunicar una enfermedad a sus padres antes de hablar con un superior, lo mismo ocurre con las denuncias. No cumplir este conducto regular es considerado una falta grave. “En un caso al menos, le costó la expulsión de la Armada”, afirma Bruna sobre un excadete de la Escuela Naval quien denunció tortura por un compañero y fue reprendido por contarles a sus padres antes de hacer la denuncia.

Las mujeres en las Fuerzas Armadas

El 3 de enero de 2017, en la Comisión de Defensa Nacional de la Cámara de Diputados, se llevó a cabo una sesión para discutir el caso de la Fragata Lynch. En ella, el diputado René Saffirio (DC) recordó que según la resolución 1325 de la ONU, Chile se comprometió a generar un plan de desarrollo nacional para la correcta integración de mujeres a las FF.AA. Una de las prioridades era “consolidar el proceso del ingreso femenino a las escuelas matrices de las Fuerzas Armadas”.

El diputado Jorge Tarud (PPD), presidente de la Comisión de Defensa durante la publicación del caso fragata Lynch, recuerda que en la década de los noventa, cuando era embajador en Australia, recibió a la Esmeralda frente a la ministra de Defensa australiana. “Cuando llegó el comandante chileno, ella le preguntó cuándo sería el día en que lleguen mujeres a los barcos chilenos. El almirante le contestó: *‘Not in one hundred years’* (ni en cien años)”.

De todos modos, reconoce que en su opinión, aunque no a la velocidad que se esperaría, la agenda del gobierno en temas de género ha avanzado fuertemente dentro de las Fuerzas Armadas. “Si comparamos a Chile con otros países yo creo que estamos bien. Yo creo que el avance nacional es notable”, afirma el diputado.

El ingreso de las mujeres a las Fuerzas Armadas fue permitido gradualmente en las instituciones. La FACH empezó en 2000; el Ejército, desde 2002 en la mayoría de sus filas; y la Armada, en 2007.

A través de solicitudes de Transparencia se accedió a la cantidad de alumnos por generación dentro de las escuelas naval, militar y de aviación. En todas ellas las mujeres representan entre un 17 y un 18% del total. Según el Ministerio de Defensa, un 14,4% de los miembros de las Fuerzas Armadas son mujeres. De las tres instituciones, la FACH tiene la mayor presencia femenina (18,2%).

“La participación y el ingreso de mujeres está regulado por las instituciones no en función del género sino que en función de exámenes que son para todos y todas y por lo tanto el número de mujeres que entra obedece al criterio de selección que no dice relación con el género”, afirma la subsecretaria para las Fuerzas Armadas, Paulina Vodanovic.

“En la sociedad, cuando una mujer entra a un espacio reservado para los hombres, todo el entorno se encarga de rechazarla y normalizan esta acción, tanto hombres como mujeres”, explica Silvana del Valle, abogada de la Red chilena contra la violencia hacia las mujeres, una coordinadora que agrupa a diferentes organizaciones dedicadas al activismo feminista y la defensa contra la violencia a la mujer.

“Muchas veces lo que se trabaja como entrenamiento o preparación para el combate es reforzado con un ‘los hombres tienen que aguantar’, entonces las mujeres tienen que aguantar el doble”, cuenta del Valle. Y agrega: “Los reclutas ocupan la misma lógica. Si estás acá debes aguantar y no puedes acusar a alguien, porque es como traicionar al grupo”.

Una exrecluta de la Escuela Naval, quien no quiso ser identificada, cuenta que “había gente que te discriminaba solo por ser mujer”. Por lo que recuerda, asegura, de su generación ninguna mujer realizó una denuncia. “Dudo que alguien se atreva a denunciar, después te iban a huevear más, así que mejor aguantar”, reconoce. De todas las mujeres que entraron con ella, se retiró el 40%, según una respuesta de la Armada a una solicitud de Transparencia, donde no se especifican los motivos de los retiros.

En julio de 2017, el Sernameg lanzó un programa formativo con talleres de inclusión para las escuelas matrices, donde se trabajó el tema del acoso y el abuso sexual.

La Subsecretaría de la Mujer, la Subsecretaría para las Fuerzas Armadas y la Mesa por la Inclusión y la No Discriminación están trabajando en la incorporación de temas de género dentro de las mallas curriculares, la cual debería estar ingresada en las escuelas de manera oficial junto al nuevo protocolo unificado. Además, esperan que se apruebe el proyecto de ley sobre el derecho de las mujeres a una vida libre de violencia, para generar un cambio cultural en la sociedad chilena y que se tipifique el acoso sexual como falta en el Código Penal.

“Estas instituciones tienen documentos que llevan muchos años instalados y que nunca volvieron a revisarse. Gracias a situaciones como los casos de abuso podemos revisarlos de nuevo, y de paso trabajar otros temas relacionados”, afirma la subsecretaria Pérez. Para ella, esto es una oportunidad no solo para las mujeres dentro de las FF.AA., sino también para las instituciones en sí mismas.

TRABAJOS FINALISTAS

CATEGORÍA ENTREVISTA

DESCIFRANDO A KAST



Estela Cabezas
28 de octubre
Sábado, El Mercurio

El 7,93% que dejó a José Antonio Kast en el cuarto lugar de la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 fue una sorpresa. Hasta ese momento se había perfilado como un candidato de los márgenes, ubicado al extremo de la derecha más dura. Esta entrevista, publicada antes de las elecciones, tiene el valor de dar luces sobre quién es en la intimidad este político que hoy desata controversias y violencia en el espacio público. A través de su esposa Pía Adriasola se ve a un hombre con dificultad para expresar afecto; que le da por calendario un día a la semana a su relación amorosa –“los martes de pololeo”; que le prohibió a su esposa usar pastillas anticonceptivas y le enseñó que la anticoncepción solo depende de la mujer; y que cuando se casaron le prometió que dejaría la política, pero no lo hizo. Ella, por su parte, se tituló de abogada pero se ha dedicado a criar a nueve hijos. Esta entrevista a la esposa del exdiputado tiene el mérito de revelar las creencias y hábitos más profundos de la pareja, más allá de los estereotipos, gracias a un tratamiento hábil y criterioso de la periodista.

A María Pía Adriasola, la esposa del candidato presidencial José Antonio Kast, se la ha visto en los últimos meses haciendo de todo. Apareciendo en televisión. Cantando, guitarra en mano y junto a sus nueve hijos, en la franja electoral. Bailando cueca en campaña. Polemizando por Twitter con Cecilia Morel sobre el matrimonio igualitario. Recorriendo el país para reunirse con decenas de agrupaciones de mujeres y clubes de la tercera edad.

Se diría que de las esposas y esposos de los aspirantes a La Moneda, ella es, por lejos, la más involucrada en la campaña.

—No es que quiera figurar. Es por una necesidad mía, nomás. Yo, para poder tomarme este trago (las elecciones), tengo que subirme al carro y la única manera de hacerlo es desde el contacto personal —explica sentada en una terraza de la casona en la que vive junto a sus hijos y su marido, en Paine, ubicada en el mismo terreno en el que se emplaza la fábrica de cecinas Bavaria, actualmente propiedad de uno de los hermanos de Kast.

Su protagonismo aumentó a medida que su marido se ha transformado, según analistas, en un factor que no le permitiría a Sebastián Piñera ganar la elección presidencial en primera vuelta, aunque en la última encuesta CEP marca 3,7 por ciento de las preferencias.

—José Antonio le ha dado voz a un grupo de gente que votó por Piñera en su primer gobierno y se desilusionó. Eso fue lo me pasó a mí —dice.



María Pía Adriasola conoció a Kast el primer año que entró a estudiar Derecho en la Universidad Católica. Dice que lo vio y que le gustó al tiro, pero demoraron dos años en consolidar una relación.

—Él era muy tímido, entonces no se atrevía a decirme nada. A mí me gustaba, pero como no me tomaba en cuenta, pololeé con otras personas. Finalmente, cuando estuvimos juntos, lo pasé mal porque este hombre era hermético, no hablaba nada. Penetrar su pensamiento, analizar qué es lo que pasaba por su cabeza, era imposible. Toda esa primera etapa de pololeo fue tortuosa. Por eso terminamos.

Tiempo después, él volvió a buscarla, aunque de nuevo se demoró en declararse. Cuenta que un cura amigo le había dicho a él que tenía que esperar seis meses antes de proponerle regresar: no podía jugar con sus sentimientos.

—Pero él siempre se hizo notar. Como yo soy una persona muy religiosa, muy sensible con la cosa espiritual, él me regaló algo muy especial: una foto de un curita al que yo admiraba. Y me liquidó.

En esa segunda parte, reconoce que tampoco lo pasó mejor, porque él seguía siendo la misma persona tímida y hermética de antes.

A eso se sumaba su trabajo político.

Entonces, dice, fueron donde un cura para hablarle del problema.

—Yo me sentía súper postergada e insignificante en su vida. El cura nos propuso instaurar los martes de pololeo: así como él tenía reuniones con presidentes de partidos los otros días, o con sus compañeros, el martes hacía lo mismo conmigo. Y todo funcionó mejor.

Se casaron en abril de 1991 y se fueron a vivir a Paine. Él dejó la política.

—Se levantaba a las seis de la mañana a cargar camiones (de la fábrica de cecinas). Yo lo esperaba con comida en la noche, claro que tenían que ser tallarines blancos porque él no comía otra cosa. Si le

echaba champiñones, le embarraba la comida. Él era infinitamente simple: solo necesitaba tallarines blancos y un huevo frito.

—**¿Aún?**

—Ya no, gracias a Dios se ha superado muchísimo —ríe.

Los primeros años de matrimonio, cuenta, tampoco fueron fáciles. Ya sin el “martes de pololeo” y con la llegada de los hijos, la pareja comenzó, como describe ella, a “hacer agua de nuevo”.

—Él llegaba a la casa y seguía siendo la misma persona que era; entonces de repente estaba mudo. Y no es que estuviera enojado o mal genio, solo que estaba mudo. Me empecé a morir por dentro; “no puedo con esto”, decía.

Una cuñada le dijo que estaba con depresión y le recomendó un doctor. Dice que apenas entró a la consulta del psiquiatra, se puso a llorar.

—Al finalizar la sesión, el doctor me aseguró que yo no tenía nada malo y que quien debía tratarse era mi marido. Eso hizo.

La siguiente crisis se dio cuando quisieron encontrar un método de control de la natalidad.

—Teníamos dos guaguas y yo quería parar un rato. Fui a un doctor que me dio pastillas anticonceptivas. Cuando llegué a la casa, le dije a mi marido: “Ya, esto es lo que tenemos que hacer”. Y él me dijo: “¿Estás loca? No se puede”. “¿Cómo que no se puede?, si todas mis amigas lo hacen”, le respondí. Entonces partimos a preguntarle al curita del “martes de pololeo”. Él nos mandó con un doctor que hablaba del método natural.

—**¿No insistió con las pastillas?**

—Es que a mí se me abrió un mundo totalmente desconocido, porque nadie me había explicado nada de eso. Nadie me había dicho que estaban prohibidos los métodos anticonceptivos, ni tampoco supe de los métodos naturales y su sentido. Y cuando me lo contaron, entendí todo.

—**¿Qué entendió?**

—Entendí que los hombres son fértiles siempre y que las mujeres a veces.

—**Pero los hombres pueden usar condón.**

—Sí, pero son fértiles siempre. Un hombre siempre que se aproxime a una mujer inapropiadamente tiene la posibilidad de engendrar un hijo. Porque si el condón que se pone tiene un micro agujero, puede engendrar un hijo. Entonces lo que descubrí es que las mujeres somos las que somos fértiles a veces y cuando tienes una relación de pareja, es el ciclo de la mujer el que marca un ritmo. Y ese ritmo hace que si tú quieres postergar el nacimiento de un hijo, tienes que abstenerte. Lo encontré genial, para mí fue una novedad. Fue una luz.

—**Aun así, usted tuvo nueve hijos.**

—Sí, pero yo los tuve porque quise. Por mí, habría tenido dos más.

Al igual que su marido, María Pía Adriasola está en contra del aborto, en todas sus causales.

—Claro, porque el tema del aborto es una falacia tremenda, sobre todo como está en esta ley. Aborto es matar a un hijo en el vientre materno. Además que es muy cruel, porque tú lo sacas a pedazos.

—**¿No le parece que es un derecho de la mujer decidir sobre su cuerpo?**

—No, porque acá hablas de un ser humano. Con el aborto cortas de raíz a otro ser que está en tu vientre.

—**¿Qué le responde a las mujeres que optan por el aborto tras haber sido violadas, por ejemplo?**

—Que hay otra opción y que el problema es que como sociedad no hemos sido capaces de generar una alternativa de apoyo y de sostén a la mujer. Porque yo creo que una mujer que decide libre y

conscientemente matar a un hijo en su vientre materno está en un estado de desesperación muy grave. Además, esa persona que aborta no sabe que es una opción que le va a doler toda la vida. La otra vez me encontré en La Pintana con una señora mayor que me dijo: “Yo me hice un aborto y me duele hasta el día de hoy”.

—Y si después de todo ese acompañamiento y toda esa reflexión, la mujer quiere abortar igual, ¿usted estaría de acuerdo?

—No, no lo aprobaría. Pero no la mandaría a la cárcel por hacerlo.

Cuenta que Josefina, su hija mayor, vivió una situación delicada con su primer embarazo, mientras estaba en Londres: a las 13 semanas, en la primera ecografía que le realizaron, supo que su hijo había fallecido.

—Le dijeron cuáles eran las opciones que tenía para solucionar esta situación y ella no quiso. Prefirió terminar el embarazo. Eso le dio tranquilidad, porque le entregó a su guaguüita todo lo que pudo. Lloramos mucho. Ella vivió un duelo, cerró un ciclo y se quedó con el corazón en paz. El aborto se dio de manera espontánea dos semanas después.

*

Adriasola se tituló de abogada en 1992, cuando ya se había casado y había nacido su hija mayor. Pero ejerció su profesión solo por un tiempo corto.

—¿Nunca quiso trabajar en lo que estudió?

—Siempre trabajo en eso. No te imaginas lo útil que ha sido para mí haber tenido la formación de abogado, porque he ganado muchos de mis casos en la educación de mis hijos. Porque cuando tú educas en esta época, necesitas mucha argumentación.

Cuando decidieron casarse, José Antonio Kast le dijo que apenas comenzaran a vivir juntos él dejaría la política. Pero cinco años más tarde decidió volver.

—Cuando le ofrecieron postularse a alcalde de Buin, en 1996, me dijo: “Mújer (él me dice así, con acento en la u), ¿tú aceptarías que hiciera esto?”. Yo le habría dicho que no, pero no podía, porque una tiene que entender la vocación del otro.

Kast perdió esa elección, pero se quedó como concejal.

—Si su marido era tan tímido ¿cómo logró superar eso para iniciar una carrera política?

—Él tuvo que empezar a hacer discursos públicos y no fue fácil. En los primeros años le tiritaban las cañuelas, pero yo le decía, abstráete de las circunstancias. Para él era una verdadera angustia. Yo le recomendaba que solo tenía que hablar como nos hablaba a nosotros, porque cuando él habla con simpleza llega a la gente.

—¿Aprendió?

—Yo creo que aprendió.

De concejal, Kast se postuló a diputado. María Pía Adriasola admite que la idea le pareció aun peor, porque eso significaría que él pasaría menos tiempo en la casa. Y, como la vez anterior, aceptó.

—Pero desde que él es parlamentario, nunca ha dejado de alojar en la casa. Aunque sean las doce de la noche, aparece. Y yo lo espero, porque no me puedo acostar sin verlo. En la mañana, él se levanta a ver a los niños, los levanta uno por uno y si no se quieren levantar, le mueve los colchones, los molesta. Él es muy divertido, te mueres el sentido del humor que tiene. Si nuestra relación ha sobrevivido es porque cada vez que he estado a punto de matarlo, me tira una talla y me hace reír.

José Antonio Kast ha sido diputado en dos períodos por dos distritos distintos. Integró la mesa directiva de la UDI. Y en mayo

del año pasado, renunció al partido para postularse a la presidencia como independiente.

—Él siempre se mantuvo como una persona de muy bajo perfil. De hecho, cuando renunció a la UDI, había como un chiste que decía: “Oye, ¿quién es este José Antonio Kast, que se produce casi un duelo porque se va de la UDI?”. O sea, nadie entendía nada. Lo que pasó es que cuando él se dio cuenta de que la UDI no quería levantar un candidato presidencial, que no habría nadie que defendiera las ideas del partido, dijo no. Él no quería que las ideas del partido se perdieran, y ya le había pasado la desilusión con Piñera, porque él hizo un gobierno igual a todos los de la Concertación. Todo esto es fruto de un desencanto con el gobierno de Piñera.

—Entre las ideas de José Antonio Kast está su oposición al matrimonio y a la adopción homosexual.

—Absolutamente.

—Pero, entendiendo el valor que usted le da a la familia, si un hijo suyo le confesara que es homosexual y quisiera adoptar, ¿lo apoyaría?

—O sea, lo abrazaría, si es mi hijo, pero trataría de aconsejarle que no adoptara. Que se una a otra persona es problema de él, pero la adopción es un tema muy grave. Porque al final está el bien de los niños de por medio. Yo no sé cómo la gente no ve que de alguna manera hay un bien que trasciende a la autocomplacencia. Porque las familias que funcionan y que son el lugar donde mejor puede estar un niño, están conformadas por un hombre y una mujer.

—Hay niños criados, por ejemplo, solo por una abuela. ¿No es familia?

—No, no me malentiendas. Te lo voy a decir de otra manera: el contexto natural es una familia con un hombre y una mujer que deciden hacer una vida juntos y con el tiempo vienen los hijos. Normalmente

las mujeres tienen que trabajar y dejan a los hijos al cuidado de la abuelita, esa abuelita hace el cuidado familiar, pero a quien le compete el cuidado de sus hijos es a los padres.

—Pero hay niños con papá y mamá, y que tienen muchos problemas.

—Tú estás haciendo una segunda lectura de lo que yo estoy diciendo (...). En el fondo, lo que tenemos que ver ahora es que ojalá los niños crezcan lo más sanos posibles, ese es el tema. Y, para mí, eso solo se logra si la familia, concebida como un hombre y una mujer, prospera. La familia está en esa fuerza que se produce en la unión complementaria entre un hombre y una mujer. Eso no se da entre un hombre y un hombre, y entre una mujer y una mujer.

—No entiendo.

—Porque esa unión complementaria que da lugar a los hijos, cuando tú tienes dos hombres y dos mujeres no existe. Hay que recurrir a un tercero.

—¿Para usted, entonces, tampoco es familia cuando hay un hombre y una mujer que no pueden tener hijos y adoptan?

—Sí lo es, porque está la unión complementaria y esa unión del padre y de la madre, que es lo que le va a dar una mejor experiencia de vida al niño.

—El papa Francisco dijo: “Quién soy yo para juzgar a los gays”. También dijo que la Iglesia debía disculparse con las personas gays por la forma en la que han sido tratadas. ¿Usted, como católica, les pediría disculpas?

—Soy absolutamente respetuosa de las personas gays, porque cada persona puede elegir cómo vivir su vida. El problema es que hoy estamos enfrentados a cosas que trascienden con mucho eso. Las leyes que están hoy en el Congreso son tremendas. ¿Has leído el artículo

que define qué es lo que es identidad de género? (...) Encuentro que es una locura plantear que los niños pueden elegir su sexo y que no es con el que nacen.

—En revista *Sábado* publicamos el caso de una niña trans que hizo su transición de género en un tercero básico de un colegio católico, con bastante éxito hasta ahora. ¿Se ha informado de casos así?

—No, es que no he leído nada porque no tengo tiempo. Pero creo que estos casos particulares hay que resolverlos como casos particulares. Cuando se usa ese caso particular, que puede ser muy dramático y que, a lo mejor, jurídicamente tiene una solución, para extrapolar eso a toda la sociedad y así desdibujar la identidad sexual de todos los niños, no me parece.

—¿Usted dice que un niño va a sentir su identidad sexual desdibujada porque un artículo del proyecto de ley dice que el género no tiene que ver con los genitales con que nació?

—Es grave que a los niños les digan que no naces hombre ni mujer. Y que esas ideas se estén esparciendo. Es muy grave que estén haciendo juegos en los colegios en que terminan dándose besos niñitas con niñitas y niñitos con niñitos, porque es parte de un juego guiado por adultos.

—¿Dónde pasó eso?

—A mí me lo contaron en una población. Te estoy hablando de la realidad de colegios municipales donde esto se está implementando. Tú me hablas, por ejemplo, de los baños trans. Estamos por un lado denunciando los abusos sexuales y, ¿qué facilidad tiene un niño de entrar en un baño trans para poder abusar de una niñita y someterla de alguna manera a abuso?

—**No hay ninguna razón para creer que un niño trans va a entrar a un baño a abusar a una niña.**

—Mira, por lo menos cuando hay baños de mujeres y baños de hombres, las niñas van con las niñas y si un hombre está adentro, lo sacan de ahí.

—**Su marido prometió una nueva ley de inmigración. A Chile llegan cinco mil haitianos al mes. ¿Ve un peligro en esa llegada de inmigrantes?**

—El gobierno ha sido tremendamente irresponsable en la aplicación de la ley, porque ha habido empresas o personas que han utilizado esto como negocio. A los haitianos los traen engañados, los traen con contratos de trabajo y después los abandonan a la miseria más absoluta. Me encantaría acogerlos dignamente. El problema es que Chile no tiene capacidad. Ellos necesitan acceso a la salud, a la educación. Y tú ves que hoy los chilenos están desprotegidos de salud, de acceso a la educación; entonces, no se puede.

—**El papa llamó a proteger a los inmigrantes: dijo que su bienestar tendría que prevalecer sobre las preocupaciones de la seguridad nacional.**

—Es re fácil decirlo cuando uno no tiene pobreza de la cual hacerse cargo. Otro cuento es con guitarra cuando tú estás viendo que el problema social que tienes es grave. Si traes una cantidad de inmigrantes que están en un desvalimiento total, que no tienen acceso al sistema de salud, bueno, los tienes que atender igual, no puedes desentenderte, porque son personas. Pero, ¿cómo lo haces si todo tu sistema está colapsado?

—**¿Se siente aludida con la “derecha cavernaria” de la que habló Vargas Llosa?**

—Creo que esos son puros estereotipos. No sé qué es la derecha cavernaria.

—**La derecha que no acepta el aborto, el matrimonio igualitario...**

—Si él lo quiere poner así, me da lo mismo.

—**¿Se considera parte de la extrema derecha en este país?**

—¿Qué es la extrema derecha? Defínela. Si creer en la libertad, si creer en la persona como el centro de la sociedad a la cual el Estado debe servir en vez de las personas servir al Estado. Si creer que el matrimonio es entre un hombre y una mujer, y que es en esa familia el mejor lugar donde puede crecer un niño. Si eso es ser de extrema derecha, eso es lo que soy.

—**¿Se siente cercana a los ideales de Donald Trump? Muchos han hecho similitudes entre su campaña y la de su marido.**

—No tengo la más remota idea, porque apenas he visto lo que es Donald Trump. Como te digo, no leo el diario; o sea, soy una persona muy atípica, porque no me queda tiempo. A mi marido lo han caricaturizado mucho con el tema de Trump, quizá porque es rupturista, no sé, no tengo idea.

—**No sé si leyó que en el caso “Quemados” una candidata de la UDI, Loreto Letelier, dijo que ellos se quemaron solos. ¿Usted coincide con eso?**

—Me vas hacer hablar de algo que no estoy totalmente informada, por eso prefiero pasar.

—**¿Su marido debería llamar a votar por Piñera en segunda vuelta?**

—Es que no va a llamar a nadie, porque cada quien es libre de ejercer el derecho al voto como le parezca. Pero sí te digo que, a la luz de que Piñera apareció abrazado con el Movilh y respaldando lo del matrimonio igualitario, para mí dejó completamente de ser opción en segunda vuelta.

—**Su marido dijo que le dispararía a cualquier delincuente que entrara a su casa, incluso si fuera un menor de edad. ¿Lo retó por eso?**

—No, ¿por qué? Me impactó que saliera así en la prensa, porque uno ve una portada así y dice: “Ay, qué susto”. Él es muy tranquilo, pero esto demuestra parte de su carácter. Él dice lo que piensa.

LOS NUEVOS OJOS DE NÁBILA



Alejandra Matus

18 de mayo

Paula

Esta profunda entrevista a Nábila Rifo muestra no solo su nueva vida, en la que tiene que aprender a lidiar con la ceguera para enfrentar la crianza de sus hijos, las tareas domésticas y los desafíos laborales. Además revela el pasado que la ha marcado y que ha hecho que a sus 29 años afirme que no conoce la felicidad. Creció en Coyhaique en una situación de extrema pobreza. Su padrastro la maltrataba. En el colegio era víctima de *bullying* y solo llegó hasta octavo básico. Luego se dedicó a cuidar a sus hermanos y a las tareas del hogar para que su madre pudiera trabajar. A los 17 años tuvo a su primer hijo, sola. A los 19 se pudo construir una precaria casa para vivir con los dos hijos que tenía. Empezó a trabajar, a ser independiente, a sentirse bien con ella misma. Fue entonces que conoció a Mauricio Ortega, con quien tuvo dos hijos. La relación fue extremadamente violenta y abusiva desde un comienzo. Hasta que en 2016 ocurrió el hecho que hizo a Nábila conocida por la opinión pública: Ortega le sacó los ojos. Ella, mientras rehace su vida, afirma: “He cambiado, siento que me he fortalecido. Antes era muy sumisa, todos me pasaban a llevar. Ya no”.

Nábila choca con las paredes de la casa fiscal en la que vive provisoriamente, intentando encontrar el sillón en que responderá esta entrevista. La vivienda está helada y se ha puesto una bata de dormir encima a modo de abrigo, mientras espera que el fuego recién encendido en una salamandra tome cuerpo y caliente el *living*.

En la sala hay un pequeño comedor nuevo y, sobre la mesa, descansa una tele de pantalla plana, que no calza con los sillones dispares y desvencijados que completan el mobiliario de la habitación sin adornos y ventanas delgadas que dejan pasar el frío en el austral Coyhaique. Hace pocos días que Nábila vive sola aquí, con sus cuatro hijos. Su madre, Noelia Ruiz, acaba de regresar a su propia casa, a unas cuadras de distancia, donde vive con las hermanas de Nábila.

Por estos días un tribunal de familia resolverá si ella está en condiciones de recuperar la tuición sobre sus hijos que, desde el ataque que sufrió en 2016, comparte con su madre. Es solo uno de los problemas que tiene. Cada mañana tiene que arreglárselas para vestir a los niños más pequeños (K.O.R. y M.O.R., hoy de cinco y cuatro años, respectivamente), sin estar segura de si los colores corresponden, de si los zapatos son del mismo par, mientras espera conocer los pasos que dará la defensa de Mauricio Ortega, su expareja, para tratar de librarlo de la condena a 26 años de presidio que acaba de dictar en su contra el Tribunal Oral en lo Penal de Coyhaique.

Ortega fue hallado culpable de delitos relacionados con dos episodios de violencia: el primero, ocurrido en 2015, cuando llegó

a la casa que Nábila había conseguido por subsidio, rompiendo las puertas con un hacha y gritando que iba a matarla.

El otro, el que fue ampliamente difundido en inéditas transmisiones en vivo del juicio, ocurrido el 14 de mayo de 2016, cuando, según estableció la justicia, la pareja realizaba una pequeña fiesta en la casa del mecánico automotriz. Comieron carne y bebieron, hasta que Nábila le reclamó por un dinero que él le adeudaba y él comenzó a insultarla de tal manera que sus amigos hicieron esfuerzos por contenerlo. Ortega golpeó las paredes, los artefactos eléctricos, barrió los vasos y botellas que estaban sobre la mesa. Le enrostró a Nábila que le tenía “el refrigerador lleno” y la llamó “maraca”. La hermana de Nábila se presentó a las 5:30 am para llevarse a los niños a casa de su madre. Cuando los invitados se marcharon, Ortega golpeó con manos y pies a su mujer. Gracias a que estaba ebrio, ella logró escabullirse y salir a calle Lautaro, en dirección a la casa de su madre donde esperaba obtener refugio. No alcanzó a llegar. Ortega la alcanzó a menos de una cuadra de la casa en que vivían juntos, le golpeó la cabeza con un trozo de concreto y siguió golpeándola cuando ella cayó al suelo hasta romperle el cráneo, la oreja derecha, el hueso maxilar, volarle piezas dentales y dejarla tirada inconsciente en el suelo. Luego, regresó a la casa y volvió sobre el cuerpo de la víctima con las llaves del auto con las que hizo palanca y le sacó los ojos. Y la abandonó en medio de la noche fría, con las calzas a la altura de los tobillos, donde hubiera muerto de no ser por la atención oportuna de los médicos que la atendieron en Coyhaique y en la Posta Central de Santiago.

Pero esta fue solo la última agresión a la que ha sobrevivido esta mujer que a sus 29 años, confiesa, no conoce la felicidad.

Crecer en la pobreza

—**¿Qué recuerdos tienes de tu infancia?**

—Nací en el hospital de Coyhaique, pero me crié hasta los seis años en el campo. Un lugar donde no había pueblo, sino que huertas y agua de pozo. Mis abuelos sembraban papas, yo vivía con

ellos y con mi mamá. Mi abuela me daba mucho cariño, más que mi mamá. Era regalona yo, la más niñita de las mujeres que había ahí. Después mi mamá se juntó con mi padrastro y se vino a vivir a Coyhaique. Ellos arrendaron y empezamos a vivir mucha pobreza. Mucha, mucha. Tengo recuerdos de los seis, siete años, que a veces no teníamos qué comer. Mi papá trabajaba por lo mínimo que en ese tiempo eran como 30 mil pesos. Una vez al mes me compraban un yogurt. Después empezaron a nacer mis hermanas y fue más difícil. No teníamos luz, porque nos cortaron la luz, después nos desalojaron.

—**¿Ibas a la escuela?**

—Sí.

—**¿Tenías buenas amigas en la escuela?**

—No. Tenía una sola amiga. A la gente pobre le hacen *bullying*, así que no me llevaba muy bien con todas las chicas.

—**¿Hasta qué curso llegaste?**

—Octavo básico. Cuando murió mi papá me retiré del colegio para cuidar a mis hermanos. Mi mamá tenía a mi hermana Carolina, a mi hermana Kathy y al Elvis chico. Ella tenía que trabajar, ¿y quién se iba a quedar con mis hermanos? Me quedaba con ellos: hacía el aseo, picaba leña, cocinaba, los cuidaba, los mandaba al colegio, todo. Mi mamá trabajaba de asesora del hogar.

—**¿Cómo era la relación con tu papá biológico? ¿O no lo conociste?**

—Sí, lo conocí, pero él tenía su vida y no lo molestábamos ni mi mamá ni yo. Él se acercó a mí cuando tuve mi primer hijo, me fue a dejar una plata. Ahora que me pasó esto, ha estado más cercano a mí. Me viene a ver, ve qué me falta o me llama. Me ha apoyado, me ha dado muy buenos consejos.

—**¿Y cómo era la relación con tu padrastro?**

—Mala.

—**¿Te golpeaba?**

—Sí, a veces me pegaba.

—**¿Te parecía que era parte de la vida de los niños que los grandes les pegaran?, ¿era normal?**

—La vida que yo tenía era que siempre me mandaban a hacer todo a mí. Tenía que entrar la leña, ir a buscar el balde, ver a mis hermanos, hacer todas las cosas como una grande. Cuando tenía 13 años sabía cocinar, sabía hacer todo. Y él de repente alegaba con mi mamá. Ella le decía “no la retes tanto”. Como no era su hija, me trataba mal.

—**Además, tenías una hermana con piel de cristal.**

—Primero nació Carolina, quien tiene retraso mental. Nos llevábamos bien, jugábamos. A ella le vino esa enfermedad de grande, un día que le dio mucha fiebre. Igual me ayudaba, salíamos a comprar las dos cuando nos mandaban. De ahí nació la Kathy. Con ella no me crié mucho, porque a los tres años la mandaron a un hogar por su enfermedad a la piel. Mi mamá no tenía los recursos que ella necesitaba y estuvo todo el tiempo hospitalizada, desde los tres hasta como los doce. La mandaban a Santiago, un tiempo estuvo en silla de ruedas. Volvió a la casa de mi mamá antes de cumplir los 18 años.

—**¿De niña tenías algún sueño? ¿Algo que quisieras ser cuando fueras grande?**

—No sé qué sueño tendría porque como era todo tan difícil nunca tuve sueños.

—**¿Te acuerdas de haberte enamorado de algún compañero, o en ese tiempo no pensabas eso?**

—Me gustaba mucho un compañero de curso que tenía; éramos bien amigos. Él jugaba conmigo, me cuidaba, pero ahí yo tendría unos diez años y era una cosa de niños.

—**¿Te dabas cuenta de que eras bonita?**

—Siempre me decían que era bonita y yo me arreglaba, pero como era tan pobre a veces no tenía para comprarme nada.

—**¿Cuándo tuviste tu primer amor de verdad?**

—A los 17. Me gustó una persona. Él era mayor que yo y me dejó embarazada. Cuando quise decirle que iba a tener un hijo de él, supe que tenía familia: unas niñitas chicas y recién había formado su matrimonio, así que no le dije nada. Después pasó un año y me buscó, porque supo que yo había tenido un hijo de él. Quería dejar a su mujer y empezó a darme plata. Yo le dije: “Ya no siento nada por ti, mi hijito es lo más lindo que tengo, gracias por habérmelo dado; ahora estoy viva por él”. Que siguiera con su matrimonio nomás.

—**¿Fue muy difícil ser mamá tan joven?**

—Sí. Mi mamá me ayudaba, pero ¡ay! cuando lloraba de repente no hallaba qué hacerle: le cambiaba pañales, le daba leche y no quería, se hinchaba. Siempre estaba preocupada.

—**¿A esa edad te fuiste con este señor (Luis Torres) que les dio su apellido a tus hijos mayores?**

—Él no era el papá de mi hijo. Él me ayudó, porque como yo era menor de edad, y más encima mi hermana estaba hospitalizada y todos sabían en el hospital que vivíamos de escasos recursos, cuando fui a tener a mi hijo me lo iban a quitar. Querían que lo diera en adopción porque no tenía los recursos y más encima no tenía al papá para que lo reconociera. Justo fue Luis Torres y me dijo: “Mire, yo

le pongo el apellido y así no se lo quitan”. Acepté por mi hijo (L. T. R.), porque no quería que me lo quitaran.

—**¿En ese momento, vivías con tu mamá o te fuiste a vivir con ese señor?**

—Con mi mamá. Después cuando tuve a mi otro hijo (J. T. R.) me fui a vivir con él. Pero no como pareja. Le pregunté si me podía quedar en su casa y que yo le ayudaba a hacer las cosas, y me dijo que sí. Él quería a mis hijos, porque no tenía hijos. Le hacía todo en la casa y estaba con mis hijos ahí tranquila.

—**O sea, ¿él mintió cuando dijo que había sido tu pareja desde los 14 años?**

—Sí, él nunca fue mi pareja. Incluso en el reconocimiento de mi hijo puso que él no me daba nada de pensión, porque no era el papá.

La vida con Mauricio

—**¿Entonces a qué edad te fuiste de la casa de tu mamá?**

—A los 19. Estábamos muy estrechos. Yo ya tenía dos hijos; mi mamá tenía una nueva pareja y había tenido una hija. Igual vivían peleando y yo ya no quería estar en ese ambiente. Le pedí permiso a ella para hacer una casa al lado, porque ella vivía en la esquina y yo empecé a trabajar y empecé a hacer de a poquito una casita. Pero quedó mal forrada, helada. Cuando la terminé me fui a vivir allá con mis dos hijitos.

—**¿Sola?**

—Sí. Siempre viví al lado de mi mamá sola. Después trabajé en un restorán (El Bohemia) en la noche de diez de la noche a cuatro de la mañana. Me iba bien porque ahí ganaba plata, porque me daban propina. Empecé a salir adelante, a comprarles las cosas a mis hijos, me empecé a arreglar yo. Aunque a veces no ganaba nada, porque no entraba gente. Ahí conocí a Mauricio y tuvimos dos hijos. Yo

trasmochaba en el trabajo, de repente llegaba a las cuatro de la mañana y me tenía que levantar a las siete a despertar a los chicos, mandarlos al colegio y a mi hijo más pequeño al jardín. Mauricio no me daba ni un peso. Siempre fue malo conmigo. Aunque tuviera. Él trabajaba y ganaba harta plata, pero no me daba nada.

—**¿Cómo lo conociste?**

—Era cliente. Iba a compartir con las morenas, con todas en realidad. A mí me caía mal porque lo hallaba muy *agrandao*. Siempre que él llegaba me alejaba, hasta que pasaron como dos meses y un día que no había nadie, hablamos, y empezamos a simpatizar. Le di mi número y, como un mes después, me llamó y me dijo: “Cuando vayas a trabajar, si quieres te llevo, porque tengo un auto y así no pagái taxi”, y yo le dije que bueno. Un día lo llamé, me dio una vuelta y me fue a dejar a mi trabajo. Después me iba a buscar y así empecé a conocerlo y me empecé a enamorar de él.

—**¿Qué te gustó de él?**

—Era una persona mayor, muy inteligente. Me gustaba como era. A veces muy alegre, pero a veces muy duro.

—**¿Te sentías inferior a él?**

—Sí, me empecé a sentir inferior, porque él todo lo sabía, ¡todo! Si le decía algo, me decía que eso estaba mal, que no era así, que no debería decirlo. Entonces...

—**¿Cuándo fue la primera vez que él te agredió, físicamente?**

—Cuando pololeábamos. Estaba embarazada de mi hijo K. O. R. De repente me iba a quedar con él a su casa y ahí empezábamos a pelear, a él no le importaba que estuviera embarazada, ni nada.

—**¿Cómo fue?**

—Me pegó una cachetada: me trató mal y me insultó. Y dijo “ese hijo no es mío: quizás con quién te fuiste a acostar”. Después de que

nació mi hijo, un día estaba acostada y él salió a tomar. Me había ido a quedar con él, para que estuviéramos juntos, compartiéramos, viéramos una película, algo. Pero él fue tomar a su taller y llegó borracho como a las cinco de la mañana. Mi hijo K. O. R. tenía como tres meses. Llegó a decirme que en otro restorán le habían dicho que el hijo no era de él. Empezó a tratarme mal, me hizo levantarme, dijo que me fuera de su casa de inmediato. Me dio miedo y peleé con él.

—**¿Te pegaba?**

—Sí.

(Según los antecedentes revelados en el juicio, la arrastraba por el pelo, le golpeaba la cabeza contra el respaldo de la cama, le pegaba cachetadas y combos).

—**¿Y tú en ese momento que sentías?**

—Me daba rabia y le pedía a Dios poder olvidarlo, porque lo quería mucho. Pero no pasaba nada. Siempre me convencía y me decía “yo quiero verte, ven”.

—**Cuando eras niña, ¿a tu mamá también le pegaban? ¿Era algo que te parecía normal?**

—No. A mi mamá no le pegaban. Ella discutía pero nunca le levantaron la mano. Lo mío con Mauricio era muy diferente, porque siempre alegábamos cuando no había chicos. Era entre los dos nomás.

—**Sin testigos.**

—Sí, solo dos veces lo hicimos enfrente de los niños. Una vez en una noche en que igual estuvimos compartiendo con amigos y la otra vez que me pasó esto, pero cuando estaban los chicos él no me pegaba, se iba para afuera. A veces no hacía nada, ni hablaba. Llegaba pasado a cerveza y se iba a acostar al segundo piso, pero no quería comer o no me hablaba nomás; yo salía y después llegaba en la noche a acostarme; eso era. Pero no había violencia al frente de los niños.

—Según el testimonio de tu sicóloga en el juicio, él, además, te insultaba constantemente (con epítetos como puta, maraca, huevona). ¿Es cierto?

—¡Sí! Me decía: “No sirves para nada. Eri una huevona ignorante, no sabís nada”. Cuando empecé con las cosas de vender muebles por internet, me decía: “Que erís lesa. No te van a pagar, esto no se hace así”.

—¿Cómo empezaste con el negocio de vender muebles?

—Lo que pasa es que cuando postulé a la casa y me la entregaron, no quise trabajar más en la noche. Fui a Santiago y vi unos muebles tan bonitos, así que traje dos. Como no tuve plata para quedármelos, se me ocurrió ponerlos a la venta por internet y los vendí a más de lo que me habían costado. Le empezó a gustar a la gente y me empezaron a encargar. Después volví a Santiago y compré un millón de pesos en muebles y me fue súper bien. Traía más y más, y todavía lo hago. Si voy a Santiago, porque pronto tengo que ir a arreglarme las prótesis de mis ojos, voy a traer más para vender. Y me voy a ir a mi casa que la van a arreglar para que sea apta para mí, porque la presidenta (Bachelet) me lo prometió. Además, me van a hacer un negocio ahí mismo, para que yo venda mis cosas. Y eso me pone contenta, porque ya estoy saliendo adelante, no estoy siendo inútil como cuando llegué de Santiago (después de la hospitalización por las agresiones del año pasado). Entonces me sentía muy mal. Lloraba todos los días, me daban crisis. Me preguntaba por qué yo, por qué me pasó esto a mí. No podía ver a mis hijos, no podía cocinar, no podía hacer nada; antes yo era una mujer autónoma, que hacía todo sola. Iba a comprar, a buscar a mis hijos, íbamos al parque, al río, corría con ellos.

—Los momentos buenos con Mauricio, ¿cómo eran?

—De repente mirábamos una película, me abrazaba y me decía que me quería, estábamos con los chicos o una cenita o un almuerzo. O de repente cuando teníamos relaciones, ahí me decía que me quería.

—Cuándo se ponía violento, ¿te sentías culpable, sentías que habías hecho algo malo?

—No, nunca me sentí culpable, porque me sentía una mujer valiosa y que era muy buena con él. Me levantaba temprano, acá en Coyhaique hacía mucho frío. Él no dejaba ni siquiera un palo picado. Me levantaba a picar leña a las seis de la mañana, prendía el fuego, levantaba a mis hijos a las ocho, con la casa temperadita los vestía. A uno de los menores lo iba a dejar al colegio, porque me quedaba a la vuelta casi y los otros se iban caminando, aunque el colegio les quedaba lejos, porque él no era capaz de llevarlos en su vehículo, como no eran hijos de él... Me quedaba en la casa con el más chiquito, hacía el aseo y cuando él se levantaba estaba todo hecho. De repente yo tenía que hacer mis trámites, pescaba a mi hijo, lo abrigaba bien y salía. Él tenía auto, y pucha no era capaz de decir te llevo. Cuando yo le decía: “Oye hace falta esto en la casa”, él se enojaba: que déjame de huevear, déjame trabajar... puras insolencias. No le importaba que hubiera gente en su taller, sino que él era así nomás.

—¿Qué le respondías tú?

—No le decía nada. Me sentía mal y me iba pa’ adentro.

—¿Llorabas?

—Sí, lloraba, yo tenía depresión.

—¿Diagnosticada?

—Sí. Iba al control acá al consultorio. Tomaba paroxetina. Sin esas pastillas no podía estar, porque no podía soportarlo.

Una nueva Nábila

—Después del último ataque, cuando despertaste, un mes después de los hechos, ¿cuál fue tu primer pensamiento?

—No sabía lo que había pasado. Como estaba anestesiada, mi mente divagaba. Soñaba que era de noche, estaba inválida, me andaban trayendo en brazos o en silla de ruedas. Lo veía a él.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no podías ver?

—Un día desperté y fue la sicóloga con el médico. Les dije: “¿Por qué no prenden la luz?”, y me dijeron: “No puedes ver, tuviste un accidente”. Me toqué y tenía parches.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te habían sacado los ojos?

—Cuando llegué a Coyhaique. Pensé que solamente me había sacado una parte, que podía haber quedado algo. Después de tres meses le pregunté al oftalmólogo si tenía remedio y me dijo: “No, porque te arrancaron todo desde adentro”.

—¿Te sentías el vacío en los ojos?

—No. Cuando me saco la prótesis no me puedo tocar porque me duele. Y si me toco siento pura carne nomás, porque me rellenaron con grasita. Por eso tengo que ir a Santiago, porque se me está derritiendo la grasita y se me están hundiendo las prótesis. Me van a poner unas prótesis de acuerdo a los ojos que tenía.

—Como mujer, ¿te importaba?

—No, solo me importaban mis hijos. Estoy de pie por ellos. En ese momento me tiraba a la cama, dormía, lloraba, estaba empastillada: me daban tres pastillas en la mañana, dos al almuerzo, para dormir me daban tres más. Ahora solo me dan para dormir. Me quitaron una que tomaba cuando me daban mis crisis porque no podía hacer algo por ejemplo. Ahora no. Cuando no puedo hacer algo lo dejo así nomás. Hago lo que puedo. Ahora estoy limpiando mi casa, uso la lavadora.

—**¿Tus hijos te cuidan, te ayudan?**

—Sí, me protegen mucho. Mi hijo mayor (hoy de 13 años) no se acuesta hasta que yo lo hago. De repente me quedo haciendo cualquier cosa y él me dice: “Ya mamá, deja de limpiar, acuéstate”. Le pone tranca a la puerta, se fija que esté cortado el gas, que no quede nada al lado del fuego y se acuesta. Y los más chiquititos duermen conmigo los dos.

—**Al comienzo dijiste que el atacante había sido un metalero desconocido. ¿Lo hiciste para proteger a tu expareja o porque estabas confundida?**

—Estaba confundida porque no me venían bien los recuerdos a la cabeza. Yo decía: “¿Cómo va a ser él que me hizo esto, si es el papá de mis hijos?”. Y después empecé a recordar.

—**En el momento que recordaste, ¿qué sentiste?**

—Mucha rabia, mucho dolor. Me hubiera hecho cualquier otra cosa, cortado un brazo, no sé... Pero no los ojos. Algún día Dios lo va a castigar; que pague lo que él me hizo. Me hizo un daño que nunca, nunca, se me va a pasar.

—**¿Te has podido observar ahora, desde afuera? ¿Sientes que has cambiado?**

—Sí, he cambiado, siento que me he fortalecido. Antes era muy sumisa, todos me pasaban a llevar. Ya no. Ahora mando en mi casa; aunque estoy ciega, mando quién entra, quién llega. No confío en nadie que venga de repente. Tengo un trauma. Si quedo sola con algún hombre, si no están mis hijos, me viene un ataque de pánico. Puede ser hasta mi hermano. No puedo estar sola con nadie. Como no veo, pienso que todos me quieren hace daño.

—**¿Qué sientes hoy por Mauricio?**

—Nada. De primera sentía lástima, ahora ni siquiera siento odio, es como alguien que no existió nunca.

—**¿Cómo te imaginas el futuro?**

—Saliendo adelante y estando con mis hijos, trabajando, ojalá que tenga alegría en mi corazón, que se sanen todas mis heridas.

—**¿Crees que algún día vas a poder confiar en otro hombre?**

—Sí, porque en esta vida hay hombres buenos. No todos son iguales, hay hombres y mujeres muy buenos.

—**¿Alguna vez te has sentido feliz en tu vida?**

—Nunca. Mi vida ha sido sufrida. No sé por qué.

—**¿Cómo te imaginas la felicidad?**

—Estar tranquila con mis hijos. De repente conocer a alguien que me quiera, que me apoye, que me cuide. Eso sería.

**DANIEL MANSUY ALERTA A LA COTA MIL:
“EN CHILE HAY PROBLEMAS SOCIALES
QUE LA DERECHA, SIMPLEMENTE, TODAVÍA
NO ENTIENDE”**



Daniel Hopenhayn
6 de septiembre
The Clinic

Esta es una *rara avis*: una entrevista profunda, reposada, hecha con enorme respeto al joven ideólogo de la derecha chilena Daniel Mansuy (39), director del Instituto de Filosofía de la Universidad de los Andes y autor del libro que analiza los avatares y fracasos políticos del pensamiento conservador: *Nos fuimos quedando en silencio: La agonía del Chile de la transición*. Mansuy no era un personaje lógico para una entrevista larga: no militaba en la primera línea de la política ni era de los opinadores destemplados y de frases sorprendentes. En esta entrevista se muestra autocrítico (como en la cita que da lugar al título), matizado, mesurado, de pensar mucho cada respuesta. Los lectores sienten que entran en el *living* de un pensador al que no suelen escuchar, y que salen pensando y rumiando respuestas distintas a las que esperaban. En este momento de regreso de Sebastián Piñera y de una derecha que aprendió de viejos errores, la entrevista da en el clavo y sirve para acercarse con profundidad y sin estridencia al pensamiento de la nueva derecha chilena.

—¿Qué se siente ser un intelectual conservador en un país donde ser conservador se ha vuelto sinónimo de decir disparates contra el aborto o la “dictadura gay”?

—Yo entiendo que es inevitable ordenar a la gente en ciertos mapas conceptuales, pero el adjetivo “conservador” a mí no me dice mucho de lo que pienso. Hay muchas cosas que me interesa más cambiar que conservar, y tampoco tengo nostalgia de algún mundo anterior que haya sido maravilloso. Ahora, para no eludir tu pregunta, es verdad que algunas personas han defendido posiciones que yo suscribo con argumentos a veces delirantes. Pero creo que eso ha sido parte de la histeria general que ha copado ciertos debates, y no he visto que los conservadores tengan ahí el monopolio de los malos argumentos.

—¿Crees que en el Congreso hubo argumentos tan burdos a favor del proyecto de aborto como los que hubo en contra?

—Yo escuché argumentos poco sofisticados de lado y lado, sí.

—¿Quién podría ser el símil del diputado Urrutia en el otro lado?

—Alguna vez Girardi dijo que un feto no es más que una fusión de proteínas y ADN. Es realmente absurdo, porque tú y yo también somos eso, igual que el feto. La discusión es desde cuándo ese ser biológico adquiere dignidad de persona.

—Borges, una vez que lo estaban atacando por definirse conservador, dijo: “Tranquilos, conservador quiere decir escéptico

nomás”. ¿Tu parte de conservador es puro escepticismo o crees en algo más?

—Tiene dos patas la respuesta. Efectivamente, yo rescato ese escepticismo que afirma algo parecido a lo que te diría Montaigne: “Mire, cuando usted abre la llave de su ducha en la mañana, sale agua caliente. Que toda la sociedad se ordene para que eso sea posible, tiene algo de milagroso: no toque mucho el mecanismo, es muy probable que salga perdiendo”. Ese escepticismo me parece un buen punto de partida, pero solo hasta que deriva en el conformismo de decir “mejor no toquemos nada”. Y para no quedarnos en la teoría, creo que algo de eso ocurrió en el Chile de la transición. Mucha gente se sintió cómoda con lo que había y se hizo poco por mejorarlo. Y a causa de ese aburguesamiento, por llamarlo así, hubo injusticias flagrantes que no se tocaron ni se miraron.

—¿Por ejemplo?

—El sistema de isapres, que tiene problemas de justicia evidentes, ¡pero evidentes! Tú puedes estar a favor de la salud privada, pero no puedes defender que las mujeres carguen con todo el costo de la maternidad. ¿Y en 35 años a nadie se le ocurrió revisar eso? Ahí hubo mucho conformismo. Y esto a causa de una idea peregrina y equivocada, creo yo, de que el crecimiento económico resuelve por sí solo las tensiones sociales. Pero resulta que el crecimiento produjo nuevas tensiones que no se enfrentan con puro crecimiento, y ahí el arsenal intelectual de la política chilena se quedó muy, muy dormido. Por eso la situación que surge el año 2011 pilló a muchos sectores sin categorías intelectuales para enfrentarla. Como que no la entienden, nomás. Yo creo que hay muchos problemas que simplemente no ven.

—¿Y por dónde crees que debería partir el trabajo intelectual que no han hecho?

—Por tratar de tener un buen diagnóstico sobre las tensiones que la modernización produjo en Chile, porque ese es el punto donde no

tenemos acuerdo. Hay distintas visiones, algunas más bien complacientes, como la de Carlos Peña: “Mire, no se estrese, Chile se modernizó, lea a Weber, esto pasa en todo el mundo”. Y no lo digo en tono peyorativo, creo que la formulación de Peña es muy sofisticada. Y está la crítica radical de izquierda a las injusticias de este nuevo capitalismo, aunque con una nostalgia un poco absurda del Chile pre capitalista, el mismo que la izquierda quiso partir en dos porque era tan injusto que se necesitaba una revolución. Pero yo sí comparto que la modernización produjo en Chile grados muy elevados de individualización, que generan problemas políticos y de cohesión social más o menos graves.

—Pero eso es lo que la izquierda le contesta a Peña. ¿Cómo se le contesta desde la derecha?

—Se le contesta que ese proceso de modernización que él mira como algo tan inevitable, como un movimiento irresistible frente al cual es vano hacer cualquier cosa —Peña en ese sentido es un progresista puro—, no es totalmente ingobernable, y que ha traído consigo costos sociales y pérdidas culturales que debemos tener en cuenta a la hora de gobernarlo. Pero con esto no me refiero a un crecimiento del Estado, que sería la respuesta de la izquierda, o a un “régimen de lo público”, que para mí es una estatización encubierta, sino a una recuperación de los tejidos sociales originales. Creo que muchos problemas de Chile pasan por ahí. Por ejemplo, el libro de Rodrigo Fluxá sobre Daniel Zamudio y sus asesinos me parece extraordinario, porque muestra la vida de cinco personas que vivían en una marginalidad brutal, sin ningún acceso a educación de calidad, bombardeados por la publicidad de bienes a los que nunca podrían acceder, con cuadros familiares muy disfuncionales. Y como el Estado suele ser muy torpe para hacerse cargo de eso —los cinco, creo, pasaron por organismos estatales—, creo que integrar a esas personas pasa por recuperar tejidos sociales. Y esto te obliga a hacerte preguntas incluso sobre el sistema económico, un poco heterodoxas desde el sector al que pertenezco.

—**¿Qué tipo de preguntas?**

—Si los *malls* abren todos los domingos de diez a diez, significa que muchas mujeres que tienen hijos están dedicando su escaso tiempo familiar a atendernos a nosotros porque queremos comprar zapatos el domingo. ¿Somos conscientes del precio que pueden estar pagando esos niños por nuestra comodidad? Creo que nos hemos resistido a conectar esas realidades.

—**Cuando dices “tejidos originales”, te refieres a la familia.**

—A los espacios de sociabilidad humana, donde nos encontramos con otros y nos integramos en comunidades. El más importante es la familia, pero no el único. Lo que pasa es que uno dice “familia” y la gente piensa: “Ah, este tipo quiere restablecer la familia patriarcal”. ¿Si las familias en Chile han sido monoparentales desde la Colonia! La mamá sola, o cuyo marido aparece y desaparece, es una historia muy vieja, ¿no? Bueno, ¿estamos preocupados de esa mamá que pasa cuatro horas al día en el Transantiago, que llega raja a su casa, que no tiene acceso a una salud digna, que trabaja los domingos y su día libre es el martes, cuando el niño va al colegio? Yo siento que eso lo tenemos tan perdido de vista...

—**¿Y qué otros tejidos sociales crees que deberíamos recuperar?**

—Aquí entra todo el cuento de la ciudad, ¿no? Cómo se construyen los barrios, las áreas verdes, los espacios públicos. Yo crecí en un barrio—en Viña— con muchos lugares de encuentro, en la plaza, en el almacén, y creo que la pérdida de esos espacios tiene efectos súper pesados. Cuando el Líder reemplaza al almacén, hay algo que se pierde. Hay gente que te dice: “Ándate a vivir a San Vicente de Tagua Tagua, entonces”. No, yo no pido que volvamos al almacén, pero sí que seamos conscientes de que ahí se perdió algo, para ver cómo lo compensamos.

—**Si hay un sector poco receptivo a ese discurso es la derecha.**

—Es que la derecha de los últimos treinta años creyó que el progreso económico era una panacea total, y eso le impidió ver los problemas

que las categorías económicas no podían ver. Bueno, Aron decía que Hayek era algo así como un marxista invertido...

—Pero no es solo un problema ideológico, es la forma de vida que han elegido. La clase dirigente de la derecha es la que vive en barrios donde no te cruzas con nadie.

—Sí, yo creo que ese es un problema de nuestras clases altas, que se han retirado de los espacios públicos y al parecer han perdido la conciencia de que la integración social es necesaria. No es casualidad que la élite entienda cada vez menos a la sociedad que pretende gobernar.

—Pero incluso sus propios barrios, donde solo viven ellos, están hechos para que no haya gente caminando por la calle.

—Efectivamente. Yo no sé si es una cosa ideológica o funcional, pero lo constato y es una cosa extraña. O sea, muy cerca de aquí [San Carlos de Apoquindo] hay barrios que no tienen veredas, o cuyas veredas solo están hechas para que se estacionen los autos.

—Sebastián Edwards cuenta que habló de esta segregación excesiva en un seminario de Libertad y Desarrollo, pero nadie lo pescó. Y que la Lucía Santa Cruz lo retó, le dijo que eso era la libertad del mercado operando.

—Claro, como si vivir completamente segregados no tuviera efectos políticos. Cuando tú eres inconsciente de eso tienes un problema, porque ese sentimiento de que la élite vive en otro país genera una tensión brutal.

—Aunque también es triste que la única manera de sensibilizar a la derecha sobre esto sea con la amenaza de un estallido social.

—Es medio terrible, estoy de acuerdo, porque supone que ese sector solo actúa por miedo a que la horda se le venga encima. El orden de la hacienda tenía muchos defectos y bien muerto está, pero uno podría decir que al patrón de la hacienda le importaban más los de

abajo que a las élites actuales, porque al menos sentía que tenía deberes respecto del cuerpo social. Los podía cumplir o no, pero asumía que estar arriba le significaba una cierta responsabilidad sobre lo que pasaba abajo. Y creo que, de tanto insistir en la idea del mérito individual, las élites chilenas no solo se han distanciado, sino que se han desvinculado moralmente del resto de la comunidad. Las fortunas antiguas hacían filantropía con la ciudad, eso ya es muy raro de ver. Porque si es mérito, yo me lo gané, no le debo nada a la sociedad. Y sabemos que eso no es cierto, no es solo mérito. Esa idea te lleva a un individualismo que a mí me parece francamente peligroso. O sea, muy equivocado filosóficamente y muy peligroso políticamente.

—No crees entonces que a la derecha le nazca de adentro querer solucionar estos problemas sociales, más allá de verse obligada por motivos políticos o electorales.

—Soy muy escéptico respecto de esa idea. Hay excepciones, pero creo que en general predomina un discurso más bien simplista, u oportunista, electoralista, antes que una preocupación genuina por estas cosas. Aunque te insisto: no creo que la derecha tenga mala fe, sino que por los lentes con que ha mirado la realidad en los últimos 30, casi 40 años, hay problemas sociales del Chile actual que, simplemente, todavía no entiende.

—¿No será que le cuesta mirar al pueblo porque todavía le tiene ese miedo portaliano a la bestia indomable?

—Sería muy absurdo, porque esas fórmulas portalianas ya no tienen cabida. Si quiere gobernar hoy tiene que lograr conocerlo, para plantearle una oferta política un poco más sofisticada que hace ocho años. Piñera llegó al gobierno y dijo: “Ya, excelencia, 24/7, cuidar el gasto fiscal”. Pero llegó el 2011 y para eso nadie tenía respuesta, ¿porque nadie se había hecho la pregunta! Y si ahora vuelve a ganar, ¿qué va a pasar en mayo de 2018, cuando los estudiantes o los No+AFP salgan a la calle? ¿Les vamos a ofrecer un GANE de nuevo,

o va a haber un discurso que le permita a la derecha proyectarse en el tiempo?

—**Hasta ahora no han dicho nada que permita imaginar una respuesta muy distinta.**

—Yo estoy preocupado de lo que pueda pasar... Hay conciencia de que algo falló, porque si no sería de locos, pero no se ha ido mucho más allá para entender en qué fallamos y cómo podríamos hacerlo para no fallar de nuevo. Como que tienen un primer peldaño, pero faltan como ocho más, digamos.

—**A propósito de esto, en algún foro hablaste sobre un almuerzo que tuviste con empresarios después de las municipales.**

—Sí... Ellos desbordaban optimismo porque asumían que esa derrota electoral de la Nueva Mayoría equivalía a un triunfo cultural y político de la derecha. Y claro, yo sentí que desfallecía. Hoy la izquierda anda políticamente mal, pero no estoy seguro de que culturalmente ande mal. Y por supuesto, la derecha siempre mira en menos los planos culturales.

—**Y cuando militabas en la UDI, ¿tenían cabida estos debates sobre la cuestión social?**

—Cuando los quisimos tener, no. O en espacios muy limitados. La UDI es un partido muy disciplinado y que forma cuadros políticos, lo que en Chile hoy día es un gran mérito. Pero es un partido con una doctrina anquilosada.

—**¿Por qué?**

—Porque tiene un fundador que ocupa un lugar tan, tan relevante, que en el fondo lo que dijo Jaime es el dogma. Y como lo que dijo Jaime tampoco es muy claro, sino una especie de tradición oral, ahí uno quedaba enredado en una cosa medio gelatinosa. Ahora, yo no me fui de la UDI solo por eso. Me fui también porque la UDI cambió a partir del lavinismo y porque decidí dedicarme a la vida académica.

—Gonzalo Rojas se quejó de que en *Nos fuimos quedando en silencio* sometiste a Jaime a un reduccionismo inexcusable. ¿Para ti Guzmán es un referente a superar o tomas cosas de él?

—Yo considero que Jaime Guzmán fue un político excepcional, con visos de genialidad, pero filosóficamente débil. Teniendo muchos enemigos dentro de la dictadura, él supo establecer alianzas —con ciertos grupos militares, grupos conservadores y tecnócratas economistas— y articular un mono político que convenció a Pinochet. En eso fue brillante. Pero mi desacuerdo con Gonzalo y con la gente que sigue a Guzmán es que esa articulación del año 78 no puede seguir siendo la de 2017. O sea, es delirante, ¿no? Y en el plano intelectual, mi opinión es que ese mono está pegado con alambritos, de una manera realmente artesanal. No veo ahí una filosofía política. Y me parece absurdo seguir pensando que algo tiene sustento filosófico porque Jaime Guzmán lo dijo alguna vez, sabiendo que él fue corporativista, después fue pro sindicalista —tiene unos textos casi socialistas durante la UP, cuando los gremios estaban botando al gobierno—, se convirtió en liberal económico, fue Fiducia en su juventud, a veces creyó en la democracia y otras veces casi nada... o sea, las tuvo todas. Entonces, ¿a qué Guzmán sigue usted?

Izquierda individualista

—Hasta aquí vas a caerle muy bien al lector de izquierda, pero tu crítica al individualismo también es lapidaria con los discursos de la diversidad que la izquierda ha hecho suyos.

—Lapidaria no, pero sí me deja perplejo que buena parte de la izquierda haya asumido un discurso tan individualista. Porque la exaltación total de la diversidad y del deseo individual, sin tomar en cuenta consideraciones sociales, es mucho más funcional al imaginario neoliberal que al sueño de la emancipación colectiva. Yo creo que esas confusiones tienen su origen intelectual en Foucault, o en

cierto Foucault. En su texto sobre biopolítica, por ejemplo, él rescata la emancipación individual respecto de los órdenes sociales que ve en el neoliberalismo.

—¿Mayo del 68 te parece un exceso de individualismo, por ejemplo?

—También es otras cosas, pero sí, me parece una explosión de individualismo hedonista. Kundera decía que la Primavera de Praga fue una revolución de verdad, porque había sentido de la realidad, pero que Mayo del 68 fue una revuelta de líricos buena onda que terminaron siendo funcionales al sistema. Porque aspirar a satisfacer nuestros deseos de manera inmediata, emanciparnos de toda mediación, es el *ethos* del mercado. “¡Quiero mi cuarto de libra con queso ahora!”, ¿te acuerdas de ese video?

—Sí.

—En ese sentido, creo que el mercado ha hecho cuajar un *ethos* mal preparado para las frustraciones de la política, donde yo nunca voy a obtener todo lo que quiero ni con la rapidez que quiero.

—Pero las libertades individuales de Mayo del 68, ¿no nacieron justamente de esa política que igualó la autoridad de los individuos?

—Sí, es la muerte de las viejas jerarquías y por buenas razones. Pero si vamos a reemplazar esas jerarquías por un individualismo más o menos hedonista, yo quedo un poco insatisfecho.

—¿En qué casos los discursos de la diversidad podrían entrar en contradicción con los proyectos colectivos?

—Por ejemplo, cuando en las discusiones de género se argumenta que en la definición de mi identidad solo puede valer lo que yo sienta, obviando toda realidad social o política. Creo que las discusiones intelectuales del futuro, de izquierda como de derecha, van a

pasar por ahí: si creemos que el hombre debe liberarse de todas las ataduras que le impone la realidad, o la naturaleza, o la política, o si creemos que la libertad humana se juega en una dialéctica con esos condicionamientos y determinaciones, y que por lo tanto también hay dones que simplemente recibimos.

—Pero ahí estás mezclando los límites que impone la vida en comunidad con conceptos como “naturaleza” o “dones”. Detrasito viene Dios...

—No, yo no he nombrado a Dios. Con esos conceptos quiero decir que hay cosas que no elegimos, sino que las recibimos. El concepto de don, por ejemplo, lo trabaja mucho Marcel Mauss, un antropólogo al que la izquierda debería leer. Yo no elegí a mis papás, no elegí donde nací, si soy feo o lindo, hay infinitas cosas que no elegí. Y creo que mi libertad no se juega en una liberación total respecto de eso. Lo mismo vale para las instituciones y aquí volvemos a Foucault con su filosofía de la sospecha: el discurso de que las instituciones son intrínsecamente opresivas y que en toda relación social hay una opresión oculta. Bueno, puede ser, pero en las relaciones sociales también hay una liberación. ¡No son puras ataduras, eso no es verdad! El problema de toda esa cháchara es que nos ha quitado la capacidad de aceptar una cuestión elemental: que toda institución humana tiene una cuota de ambigüedad. El caso más patente es la familia, que puede ser de una opresión brutal, pero también es imprescindible para que la individualidad se despliegue.

—Lo que me confunde de tus argumentos es que vas eligiendo a discreción cuándo la cultura debe atenerse a la naturaleza, como en el caso de la identidad de género, y cuándo tiene permiso para dominarla con sus instituciones.

—Entiendo el punto, pero ahí te tengo que latear con una respuesta filosófica. El concepto de naturaleza que tenemos usualmente en la cabeza es el rousseauiano: la naturaleza es lo que está ahí dado, lo

que emerge espontáneamente, ¿no? Pero yo adhiero a un concepto de naturaleza más griego que moderno, por decirlo así: que lo natural es lo que permite el mejor despliegue de lo humano. Aristóteles te diría que tu casa es “natural” porque se adapta a las exigencias de tu humanidad: hay una cama para dormir, un baño, etc. Es una concepción teleológica: la naturaleza responde a finalidades. O sea, ¿cuál es la naturaleza de la semilla de la chirimoya? Para Rousseau, su contenido material. Para Aristóteles, transformarse en un chirimoyo. Pero claro, el hombre es harto más complicado que el chirimoyo, porque somos libres y por lo tanto la cultura es una mediación inevitable de la naturaleza. Y tú dices que a veces yo niego esa mediación, “si tu cuerpo es ese, eso te tienes que bancar”. Lo que yo creo es que una correcta mediación cultural tiene que asumir ese dato natural y actuar no en ruptura, sino en continuidad con él.

—**Tu idea es que en nuestra naturaleza hay un objetivo predeterminado.**

—Mi idea es que hay plenitudes humanas –diversas, no un modelo único– a las que nosotros deberíamos aspirar.

—**¿Y una de esas plenitudes podría ser la de un hedonista pacífico y civilizado?**

—Sería muy interesante discutirlo. Pero para decirlo en corto, me parece una plenitud amputada. Amputada de la dimensión espiritual de lo humano.

Ranking delirante

—**¿Por qué te opones al matrimonio homosexual?**

—Porque me parece que el matrimonio es una institución que la sociedad reconoce y busca proteger como espacio para recibir a sus nuevos integrantes. Obviamente el matrimonio también es afecto, reducirlo solo a la procreación sería absurdo; pero si lo desconecta-

mos de ella completamente, ya no se explica por qué la ley habría de ponerle tanta atención, ni por qué habría de conservar, por ejemplo, un carácter exclusivamente dual. Entonces, si se quiere reformular la institución, habría que partir por proponer una nueva definición coherente del matrimonio y hasta ahora no la he escuchado.

—¿Qué te pareció que el Movilh te incluyera en su “*ranking de la homofobia*”?

—No le di mucha importancia. Ahora, ¿me gusta que mis niños me vean ahí? No, no es grato. Por escribir una columna con la cual el Movilh está en desacuerdo, me ponen en un *ranking* donde en el número uno hay un asesino, un tipo que anda matando a homosexuales en la calle. Me parece delirante, nomás. Pero sí me llama la atención que los medios lo difundan como una noticia taquillera sin hacerse ninguna pregunta. Podrían decir “a ver, acá hay un asesino al lado de un profesor, es como extraño”.

—En mayo salió en la prensa una campaña de alumnos gais de la Universidad de los Andes contra la homofobia de sus compañeros y profesores. ¿Cómo lo viviste desde adentro?

—Es que lamentablemente, lo que salió fue un video con gente a rostro cubierto. Y si la persona no se quiere exponer, no tiene por qué, pero si hubiera casos así uno quisiera que haya denuncias internas —porque hay mecanismos para eso— para atender esos problemas y tomar medidas. Porque después hubo acá una actividad que fue a rostro descubierto y cuando se les preguntó qué les había pasado, dijeron que no, que en realidad había sido en otros lugares, no en la universidad. Y que a lo mejor, alguna vez, un profesor hizo un comentario, pero todo mucho menos dramático de lo que aparecía en el video, ¿no? Eso fue un poco frustrante, porque creo que la universidad está muy lejos de promover o de ser complaciente con situaciones como las que se estaban denunciando.

—**También es una de las universidades que más se ha destacado por el empeño de algunos de sus académicos en instalar la noción de “ideología de género”. ¿Para ti es una ideología?**

—Yo nunca he hablado de “ideología de género”, hablo de “teorías de género” y en plural, porque entre esas teorías hay muchas gradientes. Pero si bien no uso la palabra “ideología”, sí me permito señalar que son teorías, no verdades demostradas e incuestionables, como de pronto quisieran decretar algunos de sus impulsores. Que nuestra identidad sexual esté desvinculada de nuestro cuerpo es una tesis discutible, no una verdad revelada.

—**¿Por qué te molesta que algunas personas separen su identidad sexual de su sexualidad biológica?**

—No es que eso me moleste, pero creo que la antropología que desvincula ambas dimensiones no se toma en serio la corporalidad humana, como si fuéramos espíritus no encarnados. Hay un libro que se llama *La teoría de género o el mundo soñado de los ángeles*, ¿no? Obviamente, las asignaciones sexuales también son culturales, no se me ocurriría limitarlas a lo biológico. La pregunta es si son solo culturales. Lo que hablábamos antes: si yo me tengo que emancipar de mi propio cuerpo o buscar mi libertad a partir de lo que mi cuerpo es. Yo no tengo respuestas súper hechas ni claras, en todo caso.

—**¿Pero por qué emanciparme de mi cuerpo sería desdeñar lo social y lo político? Si mañana me declaro mujer, mi vida social y política puede ser la misma, ¿o no?**

—Yo diría que no necesariamente y ahí la pregunta es si la sexualidad es algo que solo me compete a mí o si me pone en relación con otro. Cuando en el Registro Civil inscribes a alguien como hombre o mujer, ¿por qué al Estado le interesa registrarte así? Porque esa división sexual tiene efectos sociales, dado que la sociedad entera está fundada en ella. ¿Por qué? Entre otras cosas, porque esa división es lo que permite la generación de nuevos individuos.

—**¿Desconfías de la idea de que hay niños naturalmente transgéneros, que a los cuatro años descubren que son del género opuesto al biológico?**

—Soy muy escéptico respecto de tomar como definitivo, sobre una cuestión tan radical, algo que siente un niño de esa edad. Creo que habría que esperar para ver si eso persiste en el tiempo o si es una confusión pasajera, o una exploración del propio cuerpo, cosa muy natural en la niñez.

Sentimientos populares

—**Dijiste en una columna que la nueva moral que defiende la izquierda supone un profundo desprecio por la cultura popular. ¿Por qué?**

—Me refiero al discurso más *hipster* de la izquierda, más *cool*. Digamos, es raro que Ossandón, el patrón de fondo, el supuesto machista y xenófobo, el de apellido cuico, el de familia de millonarios, tenga más llegada en el pueblo que los dos candidatos del Frente Amplio juntos. Chuta, ahí hay un problema serio, ¿no?

—**Pero decir “desprecio por lo popular” supone algo más.**

—Sí, para allá iba. Yo siento que les molesta una cultura popular que es menos cosmopolita que ellos. Una cultura arraigada a ciertas tradiciones, con algunos resabios de machismo, con temores respecto de la inmigración. Y este problema lo tiene la izquierda en todo el mundo: no le logra hablar al pueblo. ¿Por qué? A mi juicio, porque se vio seducida por un imaginario de desarraigo cultural. Eso la aleja mucho del pueblo que, por definición, no es cosmopolita y que por algo en muchos países se ha pasado de la izquierda a la extrema derecha.

—**Y aunque no seas de extrema derecha, ¿te simpatizan esos fenómenos como resistencia al liberalismo cosmopolita?**

—No. Lo que me preocupa es que si no hay sectores moderados

que se hagan cargo de los sentimientos populares, esos miedos van a tener manifestaciones patológicas, que son las extremas derechas. Entonces me preocupa que nadie quiera asumir, por ejemplo, que la inmigración en Chile es una oportunidad, pero que también mucha gente la ve como una amenaza, con algunas razones infundadas y otras plausibles. Si le imponemos a esa gente el discurso de que la inmigración es maravillosa, dicho desde nuestros barrios, donde el único efecto tangible es que llegan nanas más baratas —ya decía Marx que la inmigración es el ejército de reserva del capitalismo—, veremos surgir un discurso de extrema derecha frente a uno políticamente correcto. Y ese es el peor escenario. Entonces, pensemos cómo hacemos para que la inmigración sea una oportunidad y no produzca miedos ni desequilibrios culturales muy violentos.

—**¿Y la respuesta sería pedirles visa a los haitianos?**

—Es que la primera pregunta es otra: ¿Cuántos inmigrantes podemos acoger en condiciones dignas en Chile? ¿Cuántos soportan los servicios de salud y educación? Y una pregunta más dramática, que la conozco de cerca, es la de vivienda. Hay inmigrantes viviendo en condiciones indignas de hacinamiento.

—**Es complejo plantear esas preguntas...**

—Es súper delicado. Pero si no las formulamos, este problema nos va a explotar en la cara, pero así, violentamente. Te podría contar historias bien concretas de barrios populares que han cambiado bruscamente y la gente, nos guste o no, se siente invadida. Ojo, yo no soy contrario a la inmigración, la valoro mucho, pero pensemos el problema, lo hemos pensado muy poco.

—**¿El proyecto que anunció el gobierno te parece tímido?**

—No estoy seguro de que se tome en serio estas preguntas. De hecho, el plazo que se dio para discutirlo prueba que no hay voluntad de tener una discusión con alguna altura.

—**Volviendo a la nueva izquierda, la pelea entre viejos concertacionistas y jóvenes frenteamplistas ha puesto en evidencia que los jóvenes de los 90 fueron casi un eslabón perdido en la política chilena.**

—Y es un fenómeno muy, muy extraño. La generación que hoy tiene entre 45 y 60 años nunca tuvo el coraje, o el talento, o las ganas, de pasar a la primera línea. Lagos Weber va para los 60 años ¡y todavía no puede tener su minuto! Piñera era candidato presidencial el año 92, cuando yo iba en segundo medio. Hoy tengo 39 años, estoy casado, con niños, ¡y sigue siendo Piñera el candidato! ¡Y el otro era Lagos! Porque los demás vienen de los medios, no de la política. ¿Qué pasó con los políticos? No sé si es una generación atrofiada por la transición, que nunca quiso matar a sus padres, o una generación fome, que se fue al mundo privado a ganar plata. Pero ahí hay un problema sociológico. Incluso literariamente, ¿qué novelas hay de la transición? De la dictadura hay para tirar a la chuña, pero ¿dónde está la novela o el personaje de la transición? Mellado puede tener algo de eso, pero claramente algo está faltando. Te lo voy a decir provocativamente: creo que era súper choro hacer el *Clinic*, pero ya, ¿y?

—**¿Qué quieres decir?**

—Que ese mundo que cuajó en el *Clinic* no tuvo correspondencia política. Y no digo que eso sea culpa del *Clinic*, digo que el *Clinic* no puede ser el único legado de una generación.

—**Y pensando en la derecha, ¿te entusiasmó Felipe Kast como proyecto de renovación?**

—Con lo que representa Felipe tengo sentimientos muy encontrados. Admiro hartito el trabajo que han hecho por fundar un partido y una generación política, además soy cercano a varios de ellos. Pero creo que hasta ahora han centrado su discurso en temas que solo le importan a la élite.

—**O sea, no te gustó su defensa del matrimonio homosexual.**

—No, ni siquiera pasa por ahí. Él tiene todo su derecho a defender esa posición. Lo que creo es que el volumen que le puso a esos temas le impidió comunicar su lado social. Y si él quiere ser presidente de Chile, y no jefe de un grupo influyente pero pequeño, creo que esa veta es la que tiene que explotar, mucho más que la veta *cool* que le agrada a Twitter.

DANIELA VEGA: LA MUJER FANTÁSTICA



Pilar Navarrete

9 de marzo

Paula

Daniela Vega se convirtió en uno de los personajes internacionales del año. El film que protagoniza –*Una mujer fantástica*– ganó el Oscar a la mejor película extranjera, entre muchos otros premios. La revista *Time* la eligió como una de las cien personas más influyentes del mundo. La entrevistaron en *The Guardian*, en el *New York Times*, en *El País* de España. Se ganó el título de la primera persona trans en presentar un premio en la ceremonia de los Oscar. Y ella, con su elegancia y actitud características, utilizó siempre esas vitrinas para abogar por los derechos de las personas transexuales. Esta entrevista tiene el gran mérito de haberse realizado cuando su fama empezaba recién a dibujarse. Y muestra el camino que recorrió Daniela entre su infancia en San Miguel y las primeras luces de la fama. Un año después de esta entrevista, fue recibida por la entonces presidenta Michelle Bachelet en La Moneda y el triunfo de *Una mujer fantástica* jugó un rol trascendental en los avances en torno a la discusión de la ley de identidad de género.

—Hola linda, qué gusto de conocerte.

Es mediodía de un jueves en Santiago y Daniela Vega (27) se asoma sonriente por la puerta de su departamento en Ñuñoa. Lleva un vestido azul con lunares blancos, estilo años 50; aros que hacen juego con su collar de perlas. En su dedo índice, un anillo de plata que le regalo su mamá cuando salió del colegio. En la otra mano, uno con tres circones, regalo de su papá. Aunque luce radiante y ligera, son sus uñas carcomidas las que delatan el vendaval de lo que ha vivido los últimos días. Hace solo tres Daniela llegó de Alemania, donde participó del estreno de *Una mujer fantástica*, la quinta película del director Sebastián Lelio —el mismo de la premiada *Gloria*— en el Festival de Cine de Berlín. En ella, Vega interpreta a Marina, una mujer transexual que tras la muerte de su pareja —Orlando (Francisco Reyes)—, un empresario textil con quien ha logrado armar una vida basada en el amor, se ve obligada a enfrentar los juicios que la familia de él y el resto del mundo tienen hacia ella. De Berlín —donde ganaron el premio por Mejor Guion—, Daniela regresó convertida en una gran promesa del cine. La revista *Variety* la puso a la cabeza de los cinco talentos sobre los cuales hay que poner ojo; el crítico David Rooney de *The Hollywood Reporter* afirmó que “la revelación más impresionante de la película es Vega” y *The Guardian* dijo que de ganar ella un premio en Berlín “sería algo sin precedentes, al convertirla en la primera actriz transgénero en ganar un premio mayor del cine”.

Por eso, tras dos semanas donde los ojos del festival estuvieron puestos sobre ella, reconoce que tiene la cabeza todavía un poco revuelta. En su *mail*, asegura, hay un montón de correos de directores y productoras con propuestas a la espera de su respuesta. En otros, ONG le cuentan que quieren premiarla.

—Pero por ahora me lo quiero tomar con calma —dice Daniela, tras un suspiro—. A mí me gusta jugar el juego de la diva. Creo que es porque lo quise tanto desde chica. Tanto, tanto. Siempre tuve el sueño de ser actriz, pero nunca pensé que podía lograrlo.

En busca de su cartera, camina por el departamento como una gata en sus dominios. Sobre la mesa del *living* hay un jarro con flores frescas, libros de arte y el Oso que se trajo de Berlín tras recibir el Teddy Award, el galardón que la Berlinale concede a la mejor película de temática LGTB y que ella le dedicó “a toda la gente transexual que ha muerto en el intento de ser ellos mismos”. En varios rincones de su casa también hay fotos de su vida. Una, incluso, donde aparece cuando era un niño, riéndose en los brazos de su mamá.

—**¿Ese niño desapareció para ti?**

—No. Si tú le preguntas a mi familia, ese niño ya no existe y hoy hay otra persona. Pero para mí, soy la misma. Fui dejando atrás, en cada paradero, una prenda. No agarré todas mis cosas y las quemé. No. Yo fui desprendiéndome de lo que era, mientras fui afirmando quien soy ahora. Y mi historia para atrás está en fotos familiares. Ahí estoy yo.

El regalo de los padres

Daniela Vega Hernández nació en 1989 en San Miguel. Fue el hijo primogénito de Igor Vega, dueño de una imprenta, y Sandra Hernández, dueña de casa. Al tiempo, la familia se trasladó a Ñuñoa, donde nació su hermano Nicolás. De su infancia, dice, tiene recuerdos felices, sobre todo por la devoción que le causaba su abuela

materna. A escondidas se metía en su clóset. Navegaba en su ropa. Moría por usar sus tacos. Su momento favorito era cuando salían juntas y entonces ella trataba de hacer calzar sus pasos con los de su abuela imaginando que eran sus pisadas las que emitían ese sonido de los tacos sobre el cemento. “Con los manteles me hacía capas. Mi familia creía que me disfrazaba de superhéroe, pero a mí me gustaba pensar que era un vestido con cola, de *red carpet*, de diva del cine”.

En primero básico entró al colegio Benjamín Claro Velasco, del que guarda buenas memorias. “Ese colegio fue increíble. Ahí una profesora me reclutó para el coro, conocí la música, la ópera, soñaba con ser María Callas. Era mixto y con mis compañeros lo pasaba increíble. Nadie me obligaba a jugar a la pelota. Nadie me molestaba porque yo quería leer o conversar con las mujeres. Éramos como un cebiche mixto. Todavía tengo amigos de ahí”.

—**¿En esa época te sentías distinta al resto?**

—Sabía que me ocurría algo, pero no sabía qué. Sabía que tenía que guardar un secreto, pero no sabía cuál. Y sabía que tenía que desenredar una madeja, pero no sabía por dónde partir. Lo que sí recuerdo es que sentía que ser hombre era malo; que la masculinidad no era buena en mi cuerpo, que me iba a hacer daño, porque me iban a crecer pelos, me iba a salir barba, se me iba a engrosar la voz y no iba a saber cómo zafar de eso. Esa era mi sensación. Y sabía que era algo que tenía que enfrentar, pero más adelante.

—**¿Sabías que eso pasaba por un cambio de género?**

—Esto es difícil de explicar, pero de alguna manera, tuve claro desde el día uno que yo iba a terminar siendo una mujer.

Cuando cumplió 11 años sus papás compraron un departamento en el centro. Junto con el cambio de casa vino el cambio de colegio. La matricularon en uno solo de niños: el Francisco Andrés Olea de la Sociedad de Instrucción Primaria. “Desde el primer día sentí que estaba peligrando. Me tiraban pelotazos en el recreo, me empujaban

en la escalera, me rompían los cuadernos. Cuando iba al baño me meaban”.

—**¿Crees que eso pasó porque notaban que eras distinto?**

—Lo hacían porque era híper femenina. Era una niña en un colegio de hombres. Y no había ninguna posibilidad de pasar desapercibida. Y sí, tuve compañeros que se hicieron amigos míos. Pero en el momento de las agresiones yo siempre estaba sola.

—**¿Por qué no les contaste a tus papás?**

—Por amor a mis viejos. Por no hacerles daño. Porque no sabía cómo administrar esa información. Si les decía y me preguntaban por qué te pegan, ¿qué les iba a decir?, “porque soy muy femenino”. “Pero, ¿por qué?”. “O sea, ¿eres gay?”. Y yo sabía que no lo era. No sabía cómo explicarles. Además, iba a trasladar el conflicto del colegio a la casa. Entonces no. Para qué. Decidí seguir aguantando.

Fue en el verano antes de entrar a 1º medio cuando Daniela, ya fuera del colegio de hombres e inscrita en un liceo técnico que funcionaba al interior del Parque O’Higgins, empezó a liberar poco a poco información: primero, se negó a cortarse el pelo. Quería tenerlo largo para poder jugar con él. Le dejó de importar cruzar las piernas como una dama cuando estaba frente a su familia. Fue ese verano cuando empezó a ver las películas de Pedro Almodóvar. *Kika*. *Mujeres al borde del ataque de nervios*. *Todo sobre mi madre*. *La mala educación*. *Volver*. *La flor de mi secreto* —“una de las que más me ha hecho llorar”—dice.

Ese verano también descubrió la música de David Bowie, Grace Jones, Placebo, Brian Molko, Depeche Mode, Pulp. “Bandas que tenían una fuerte estética ambigua. Entonces dije: “Aquí está la papa. Esta es una posibilidad real donde puedo adornar mi cuerpo sin abandonar la identidad que tengo actualmente”. Empecé a vestirme de gótico, lo que para mí era muy bueno, porque hombres y mujeres usaban charol, látex, vuelos. Los hombres se maquillaban, las

mujeres también. Hombres y mujeres ocupaban corsés, uñas largas y negras, labios rojos”. Pero después, de a poco, empezó a sacar cosas: de tener el pelo escarmenado como Robert Smith, lo fue bajando, hasta conseguir una melenita femenina. “Fui sacando cadenas, cruces, látex, y me fui feminizando cada vez más. Entonces lo que mis papás vieron fue una transición larga de tres años, desde los 15 hasta los 18 donde fui armando una imagen de Daniela”, dice.

—**Supongo que hubo una conversación. Una pregunta. Una revelación.**

—Sí. Fue en un almuerzo cuando tenía 15 años. Mis papás me dijeron: “A ver, aquí hay algo que tú tienes que decirnos porque nosotros conocemos gente gay, pero nunca tanto”. Les dije: “Es que no me siento gay”. Mi papá preguntó: “Pero entonces, ¿cómo te sientes?”. Respondí: “Me siento una niña. Siento que quiero ser mujer”.

—**¿Cómo reaccionaron?**

—Quedaron para adentro. Sentí que su sensación fue “vamos a tener otro hijo”. “Llega alguien nuevo”. Me dijeron: “Esto es complicado. Vamos a hacer lo siguiente: nos vamos a ir a la playa, tú te vas a quedar acá y vamos a pensar acerca de este tema que nos estás diciendo”. El domingo en la noche, cuando llegaron de vuelta, estaba súper nerviosa. Sentía que venía una especie de veredicto. ¿Y me vas a creer lo que pasó? Llegaron con una cajita de regalo. Yo pensé “ups, vale por 12 sesiones al siquiatra” o algo así. Pero cuando la abrí encontré una cajita de maquillaje. Ahí me puse a llorar. Los tres nos pusimos a llorar. Me acuerdo y me pongo a llorar.

—**¿Todavía tienes esa cajita?**

—Sí. Todavía la tengo. Y ahí guardo mis joyas.

Preparada para el mundo

Enero de 2014. Sebastián Lelio, director de la película *Gloria*, está de paso en Santiago. Tiene algunas intuiciones respecto a su próxima película: quiere contar la historia de un hombre, pero a la vez la de una mujer mayor que él conoce, cuyo amante murió en sus brazos y entonces ella debe avisarle a su familia. Con su amigo, el guionista Gonzalo Maza, Lelio divaga sobre esta anécdota que quieren convertir en un guion. “¿Qué pasa si alguien muere en los brazos equivocados? ¿Qué pasa si los peores brazos donde alguien puede morir son los tuyos y por eso, en ese momento, tú pasas a ser el indeseado?”, se preguntaba Lelio. “Era una buena idea. Pero le faltaba todavía para ser una película. El *click* vino cuando se nos ocurrió que esa mujer fuera transexual. Pero entonces yo era muy ignorante del tema. No tenía ningún conocido transexual. Todo era un desafío”, cuenta el director.

Lelio se lanzó a investigar. Se juntó con varias mujeres transexuales en Santiago. A la tercera reunión le aconsejaron hablar con Daniela Vega, quien entonces tenía 24 años, trabajaba como peluquera en Mimos, el salón de un matrimonio de argentinos ubicado en Mosquito con Santo Domingo, estudiaba canto lírico y, además, había actuado en la obra *La mujer mariposa* que estuvo en cartelera en el GAM y en la película *La visita*, de Mauricio López, donde interpretó al hijo transexual de una familia tradicional. Lelio la llamó, le contó que trabaja en una nueva película y que quería conocerla. “Esa conversación marcó el destino de la película”, dice Lelio. “Y no es que al salir de ahí yo haya dicho ‘ah, ella es quien tiene que ser la actriz’, porque no la conocía. Tenía experiencia, pero poca, en la actuación. No era una Paly García. Pero una parte de mí siempre lo supo. Porque al verla sentada en ese café fue como una especie de flechazo cinematográfico. La encontré fascinante, porque es inteligente y rápida. Tiene un humor ácido. Logra ser muy política de una manera graciosa. Y a la vez es de una complejidad gigante. Hay en ella una fuerza y una fragilidad que son admirables y conmovedoras. La

impresión que me dio ahí es que ella está preparada para el mundo, pero es el mundo el que no está preparado para ella. Y esa sensación, para mí como director, fue muy excitante porque era puro desafío”. Al día siguiente, Lelio partió de vuelta a Alemania, donde vive desde hace algunos años. Daniela –quien dejó su nombre legal en el pasado y por eso nunca lo comparte– siguió trabajando en la peluquería. Mantuvieron contacto por *mail* y por Skype. “Hablábamos mucho y yo iba incorporando elementos de su biografía dentro del guion de manera muy natural”, dice Lelio.

Un día de febrero cuando Daniela abrió su *mail*, encontró un correo cuyo asunto decía “UMF Top Secret”. Tenía el guion adjunto. “Entonces lo llamé y le dije: ‘¿Sebas, qué hiciste?’. Y me dijo: ‘Dani, es el momento de que te enteres que creemos que eres la indicada para hacer el personaje de *Una mujer fantástica*’”.

—**¿Y qué hiciste tú?**

—Carreteé como tres días.

—**¿No te pusiste a llorar?**

—No, me puse a reír. Claro, en ese momento no tenía cómo saber el éxito que íbamos a tener dos años después en Berlín. Solo sabía que sería la protagonista de una película chilena, como tantas otras más, pero de un gran director y con una gran productora detrás. Así que me lancé a nadar en ese océano gigante con cero estudios, pero pura actitud.

Para asumir el rol, durante tres meses Daniela tuvo que someterse a un entrenamiento extremo: aprender a manejar, tomar clases de salsa, ir a sesiones de *coaching* actoral con Moira Miller para aprenderse textos que parecían interminables. También hacer una dieta estricta –sin pan, sin leche, sin palta, sin azúcar, sin manjar, sin helado de menta (su favorito)– y entrenar de lunes a viernes, dos horas diarias, para bajar siete kilos, afinar la figura y ganar tonicidad

muscular. “Me sentía como en *Diario de una princesa* o en *Memorias de una geisha* cuando les enseñan en una semana a ser lo que una mujer ha soñado toda una vida”, dice.

Soñado despierta

Tras aceptar el protagónico de *Una mujer fantástica*, Daniela decidió renunciar a la peluquería y apostar por hacer despegar en serio su carrera de actriz. “Fui a hablar con los chiquillos de la pelu y les dije: ‘Ahora voy a hacer otra película que es un poquito más grande, entonces me voy a tener que ir por un tiempo’. Ellos me plantearon que podía volver cuando quisiera. Pero también me dijeron: ‘Si te vas, trata de no volver. Trata de que este sea el paso para algo mayor’. Y ahí estamos: luchando”, dice.

Antes de partir a Berlín —y financiada en parte por Fábula, la productora detrás de la película— Daniela se preparó minuciosamente para la exposición internacional que tendría por el estreno de la cinta. Junto a su amiga, la diseñadora Ana López, pensaron una a una las tenidas que usaría cada día y cada noche. “Hubo actrices que llegaron a la alfombra roja con *jeans* y polera y está bien. Pero yo tenía que vender la imagen que quiero construir”, dice. El acuerdo fue que los vestidos resaltarán al máximo su femineidad. Así, sin dejar de dar puntada sin hilo, logró cautivar a cuanto asistente pasó por Berlinale.

—¿Pinchaste en Berlín?

—Me moría por conocer al actor alemán Max Riemelt, pero nunca coincidíamos. Hasta que un día estaba en el hotel Hilton en un almuerzo, me doy vuelta y estaba ahí. Me puse toda cocoroca para que me mirara. Y el hombre, así como que no quiere la cosa, empezó a acercarse y yo hice lo mismo, hasta que de repente fue como “ah, bah, hola”. Él me dijo: “Tenía muchas ganas de conocer a la mujer fantástica”.

La *selfie* que inmortalizó ese momento la subió minutos después a su cuenta de Instagram.

—**¿Sientes que el éxito de la película y las alabanzas que ha tenido la crítica hacia tu actuación son una revancha?**

—No. ¿Una revancha de qué? Si la vida me ha tratado tan bien. O sea, claro, fui a un colegio donde me sacaron la chucha y recibí malos tratos. Pero después de ese periodo de oscuridad, me prometí a mí misma que nunca más nadie me iba a humillar, pegar o a escupir. Y que yo iba a ser dueña de mi vida. De ahí para adelante empecé a ejecutar mi vida desde ese lugar. Yo nunca he pedido permiso para vivir.

—**¿Qué te pasó al leer las críticas, al entender el enamoramiento que hay no solo hacia tu actuación sino a lo que tú representas como actriz transexual?**

—Estoy abrumada. Estoy *stunned* (asombrada) —dice con los ojos llenos de lágrimas—. Yo decía ¿cómo me van a querer tanto? ¿Cómo me van a considerar tanto? Yo no soy hija de nadie ni pertenezco a ninguna casta familiar de ninguna cosa. Soy la primera artista de mi familia y ni siquiera con estudios formales. Entonces esto es como encontrarse con un diamante en la calle. Es como que alguien vino de alguna parte del universo y me tiró un balde de oro.

—**En *Una mujer fantástica* se cuenta una historia de amor entre una mujer transexual, Marina, y un hombre heterosexual, Orlando. ¿Ocurren esos amores en la vida real?**

—En Chile hay muchos Orlando y hay muchas Marina.

—**¿Tú has vivido un amor así?**

—Conozco el amor, sí. Pero también creo que como Orlando y Marina, la opción general es mantener en la intimidad y en la privacidad ese tipo de cosas.

—**¿Qué tan tranquila pueden hacer su vida las personas trans?**

—Ser trans en Chile y en ninguna parte es fácil. Y acá no lo es, de partida, porque la legislación no resguarda los derechos fundamentales de las personas trans. Como Chile no tiene ley de identidad de género, yo todavía mantengo mi nombre masculino en mi carnet. Y así les pasa a casi todas las personas trans.

—**¿Crees que estemos cerca de una ley de identidad de género?**

—Chile funciona a través de las modas. Se pone de moda el divorcio y aprobamos el divorcio. Se pone de moda el matrimonio igualitario y tenemos ley de matrimonio igualitario. Parece que el tema trans está muy *trendy*, muy de moda. Ojalá que eso siga así para que los legisladores hagan la pega que no están haciendo.

—**Fuiste parte del grupo que fundó la Fundación Transitar, que presta apoyo a niños transexuales y a sus familias. ¿Por qué?**

—Sí. Lo que pasa es que cuando empecé a salir en medios de prensa, me empezaron a contactar papás de niños trans que me veían en la tele y me querían conocer. Un día hicimos una reunión y ahí salió la idea de armar la fundación con la idea de que los niños interactúen entre ellos, para que se conozcan y sepan que no son los únicos a quienes les pasa esto. Pero me salí porque yo ya pasé por ese proceso, porque yo no tengo todas las respuestas del mundo y porque no me considero un referente para nadie. Yo no soy un ejemplo de nada, porque no soy una mujer fantástica. Soy una mujer completamente normal y me equivoco. Y a veces tengo penas y a veces lloro.

—**¿Y cuáles son tus dudas en esta etapa de la vida?**

—Mira qué linda pregunta. ¿Mis dudas?

—**Tus dudas personales.**

—Estoy tratando de buscarlas.

—¿Te preguntas en qué vas a estar en diez años más? ¿Si vas a lograr construir la familia que sueñas para ti? ¿Si vas a estar acá o en otro lado del mundo?

—El otro día le decía a un amigo que no soy pro familia de buenas a primeras. Para mí la familia no es una cosa fundamental. No es mi tema. No veo cercana la posibilidad de ser mamá porque con suerte me hago cargo de mí misma. Creo que mis hijos son y van a ser mis películas y mis obras de teatro, mis óperas, mis conciertos. Esos son mis hijos. Y los defiendo y los quiero y los odio como a los hijos.

—¿Y sueñas despierta con qué tipo de película podría venir para ti?

—Por supuesto. No es un secreto para nadie que yo quiero trabajar con Almodóvar. Siempre lo he dicho. Y para allá voy. Te lo aseguro.

CATEGORÍA REPORTAJE

SUPERTANKER: LA TURBULENTA HISTORIA DE SU VUELO A CHILE



Sebastián Rivas, Juan Pablo Sallaberry y Tamy Palma

18 de febrero

La Tercera

Este reportaje cumple con una de las reglas básicas del periodismo, que en el reporte del día a día suele olvidarse: cuestiona los estereotipos e investiga por cuenta propia para encontrar lo que hay detrás. En medio de los incendios forestales que arrasaron con miles de hectáreas en el centro y sur del país durante el verano de 2017, llegó a Chile lo que se presentó como la gran salvación: el SuperTanker, un avión norteamericano que combatió el fuego durante 20 días de intensa exposición mediática y fue despedido con honores. Lo que los chilenos nunca hubieran sabido si no fuera por este trabajo es que un año antes el mismo *Boeing 747* estaba a punto de convertirse en chatarra, no tenía permisos para volar y la empresa que lo administraba estaba quebrada. Así, este reportaje marcó diferencias notorias en medio de una cobertura uniforme y predecible sobre el vuelo del SuperTanker por cielos chilenos.

Bajo un arco de agua formado por los carros de bomberos, entre aplausos y lágrimas, su imagen mientras rodaba por última vez por la pista del Grupo 10 de la Fuerza Aérea era transmitida en vivo por los canales de televisión. Como un héroe fue despedido el lunes 13 de febrero el SuperTanker tras pasar 20 días combatiendo incendios forestales en el sur del país.

Hace menos de un año su historia era otra: el Boeing 747-446 estaba abandonado en el desierto de Colorado, a punto de convertirse en chatarra. No contaba con certificados para operar en Estados Unidos y una tormenta de granizo en junio de 2016 había terminado de dañar el fuselaje, siendo trasladado a un hangar en Tucson, Arizona, para reparaciones. La empresa Evergreen que lo administraba se había declarado en quiebra el 31 de diciembre de 2013, luego de que sus misiones con otras aeronaves en lugares como México, Alaska o España no habían resultado efectivas, aumentando las críticas entre las organizaciones de emergencia y los servicios forestales del mundo —como el United States Forest Service (USFS)— de que los grandes aviones tanqueros no eran el medio más adecuado y eficiente para enfrentar los incendios.

Alterna Capital Partners, un fondo de inversiones en Connecticut, luchaba desesperadamente por darle al Boeing 747 su última oportunidad. En el hangar, el avión —que en los años 90 había sido parte de Japan Airlines— fue adaptado para recibir los tanques de almacenamiento de un antiguo Boeing 747-100, mejo-

rado en sus capacidades tecnológicas y repintado con el logo de su nueva marca: Global SuperTanker.

Era un gigante liviano para su tamaño (180 toneladas sin carga) y veloz por sus cuatro motores, que se ofrecía por sus virtudes como la capacidad de transportar 72.600 litros de agua, los que podía descargar en vuelo haciendo barreras húmedas de tres kilómetros sobre los incendios, mejorando sustancialmente las condiciones para que los brigadistas en tierra pudieran trabajar.

Los medios de prensa de Colorado, como *The Denver Post* y *The Gazette* de Colorado Springs, registran en sus publicaciones de 2016 el *lobby* de autoridades de ese estado para conseguir los permisos que le permitieran volar. La primera semana de septiembre finalmente lograron la indispensable autorización de vuelo de la FAA, la autoridad de aviación estadounidense, y en noviembre del año pasado fueron contratados para su primera misión en Israel. Pero el resultado fue un fiasco para poder demostrar su efectividad: al llegar al lugar los incendios ya estaban prácticamente extinguidos y el avión solo alcanzó a realizar dos descargas.

Necesitaban con urgencia una misión donde el SuperTanker pudiera demostrar todo su potencial. Corrían contrarreloj: en esta temporada, la USFS (equivalente a la Conaf estadounidense) y organismos locales como Cal Fire, que combate el fuego en California, abren las millonarias licitaciones en EE.UU. para contratar a las empresas proveedoras dentro de la competitiva industria del combate al fuego.

El 9 de enero de 2017, Jim Wheeler, presidente de Global SuperTanker, anunció satisfecho en el *show* del conocido locutor radial conservador Lars Larson la noticia que estaba esperando: tres días antes habían logrado finalmente la aprobación provisoria del Interagency Airtanker Board (IAB) para operar en ese país. Hasta ese punto, reconocía en la misma entrevista, la aeronave tenía “prohibido” combatir cualquier incendio en EE.UU. “Es fantástico, es como conseguir una licencia de conducir cuando tienes 16 años”, decía en la radio.

Aún no sabía que solo dos semanas después darían inicio a su segunda misión oficial y por lejos la más importante para la imagen y futuro de la compañía. Ocurriría a 9.000 kilómetros de distancia, en Chile.

El despegue

“¡Hola, Twitter!”, escribía el 19 de enero la cuenta @wildfireChile, creada el mismo día en esa red social. En los sucesivos textos, la cuenta se encargaría de difundir y enviar decenas de mensajes a Conaf, Onemi y otros organismos del Estado, además de videos e información a políticos, medios de comunicación y rostros de televisión, sobre las características del avión SuperTanker para combatir incendios y cómo este estaba en “alerta roja” y disponible para viajar a Chile. @WildfireChile también abordaba las necesidades de financiamiento: en su quinto tuit publicó: “@BillGates *need* US\$ 2,5”.

La cuenta la manejaba Loreto, la hija adolescente de Eduardo Frugone, piloto e ingeniero en desarrollo de negocios, quien lideró desde Curicó la fulminante campaña para traer el SuperTanker al país. En los días previos, tras iniciarse los incendios, conversó con Dieter Linneberg, su socio en DEF Consulting, consultora en materias de defensa, la necesidad de conseguir un avión de este tipo.

Según relata Frugone, pese a no contar con los US\$ 2 millones que se requerían inicialmente para la operación, tras una ardua negociación firmaron un contrato de confidencialidad con Global SuperTanker para asegurar su viaje a Chile y que anularan otras posibles misiones. Prefiere no especificar la comisión que acordaron como intermediarios, pero dice que es marginal.

“Contacté a mi amigo Dieter Linneberg y él empezó a hacer sus gestiones y yo empecé a firmar contratos sin tener plata”, dice Frugone entre risas, y agrega: “Dos millones de dólares es redifícil conseguirlos y después de un periodo de tiempo ya cuando teníamos firmados los *Non Disclosure Agreement* con la gente de Global

SuperTanker, porque en el fondo nosotros queríamos traer este avión para ayudar a Chile, la idea era meterlo directamente con el gobierno”.

Explica que enviaron los valores a la Onemi. Mientras tanto, intentaban conseguir financiamiento privado contactando a los principales grupos económicos del país. “Había una lista grande de gente que quería cooperar una vez que empezamos a hacer esto más público a través de un twitter que hizo mi hija, que fue fundamental en hacer un poco de presión al gobierno”, señala.

Sin embargo, la tesis de que los aviones grandes no servían en geografías como la chilena estaba instalada y era repetida públicamente por el director de Conaf, Aarón Cavieres. El gobierno tenía en sus manos en ese momento un informe hecho por la NASA, de marzo de 2009. En 17 páginas, se comparaba la utilidad en el combate del fuego de los aviones DC-10 contra el SuperTanker de entonces, el modelo 747-100 operado por Evergreen.

“Se concluyó que la aeronave VLAT –sigla para el SuperTanker– probablemente es compatible con las misiones para extinguir fuegos en áreas silvestres (...). Un terreno escarpado o en pendiente, visibilidad reducida debido a humo y cenizas, y zonas que tienen una superficie irregular para combatir el fuego afectan a cualquier aeronave que combata incendios con retardantes, pero se cree que este escenario afectará a los VLAT en mayor escala y podría impedir su uso efectivo en ciertas clases de incendios”, era la sentencia del reporte.

Pero el SuperTanker recibió un inesperado espaldarazo político el 21 de enero. Esa mañana, el expresidente Sebastián Piñera fue la primera figura pública en compartir en Twitter un video de 2011 de los aviones gigantes de Evergreen operando en Israel. “Dado cambio climático y temporadas inversas con EE.UU., debemos evaluar arrendar aviones SuperTanques antiincendios (sic)”, escribió a las 10:06 a. m. El video se empieza a replicar en las redes, e incluso @wildfireChile comienza a usar ese video en particular.

Según *El Mercurio*, ese 21 de enero, a las 11:33 a. m., Linneberg envió un *mail* al gobierno ofreciendo el SuperTanker en arriendo por 30 días por US\$ 9 millones. Lo que fue considerado un valor muy alto en La Moneda.

El aterrizaje

“Luciana Walton está tratando de contactarte. Ella y su fundación están dispuestas a ayudar económicamente a llevar el B 747-400 a Chile. ¿Serías tan amable de hablar con ella?”, escribió el 22 de enero Linneberg a Jim Wheeler.

Previamente el ingeniero había conversado con la chilena Lucy Ana Avilés, esposa de Benjamin Walton, uno de los herederos de la empresa Walmart en EE.UU. La mujer, radicada en Denver, se había manifestado dispuesta a ayudar y de inmediato viajó a la base del SuperTanker para hablar con la empresa. Y así, el lunes 23, junto a su Fundación Viento Sur, comenzó a gestionar los permisos del gobierno chileno.

Según el subsecretario del Interior, Mahmud Aleuy, todo se hizo expedito: “El ofrecimiento llegó el lunes 23, alrededor de las 12 y algo y a las 18:00 se había aprobado”, dijo en revista *Capital*. Sin embargo, la espera se hizo exasperante para Avilés y Frugone. “Todo es sin costo, no comprendemos”, tuiteaba @wildfireChile el 24 de enero en la mañana.

El documento de Conaf, firmado el día anterior por Aarón Cavieres autorizando una “demostración por dos días” del SuperTanker en Chile, repite dos veces que los costos y gastos asociados a la operación “deberán ser cubiertos por la empresa”. Cada minuto era oro y el incendio solo iba empeorando: entre el 21 y el 25 de enero se pasó de 65 mil a 238 mil hectáreas quemadas.

El ya célebre avión aterrizó finalmente en Chile la madrugada del 25 de enero. Por orden del gobierno, la Dirección General de Aeronáutica Civil (DGAC) no exigió los permisos para operar en

cielo nacional o la documentación que acreditara las óptimas condiciones de vuelo. Para un avión comercial los tiempos mínimos para obtener un certificado de operador aéreo, que da luz verde para volar en Chile, son de hasta un mes.

Paulina Vodanovic, subsecretaria para las Fuerzas Armadas, fue una de las encargadas de reunirse con las autoridades aeronáuticas para enfatizarles la disposición del gobierno de agilizar la operación. La FACH, en tanto, puso a disposición el Grupo 10 y no se les cobró losa, lo que hubiera sido un gasto millonario.

Ya en Chile se realizaron colectas y campañas para apoyar el trabajo logístico del avión, desde contratar a un avión guía y la compra de químicos retardantes, hasta peluqueros y transporte en tierra para la tripulación: incluso se consiguió un auto y chofer voluntario para que el piloto del SuperTanker, Tom Parson, pudiera visitar Isla Negra para pagar una manda y se gestionó una reunión con el futbolista Gonzalo Jara para conseguir apoyo de los seleccionados chilenos a la iniciativa. El empresario Andrónico Luksic financió una nueva semana del avión en el país.

Cada viaje y descarga del SuperTanker es aplaudida por la gente. El gobierno ya había cedido a la presión y comienza a recibir ayuda extranjera, como el Ilyushin Il-76 ruso. El domingo 29, Aleuy recibe en La Moneda a Linneberg y Frugone, quienes, a través de DEF Consulting, también gestionan con la empresa Erickson la llegada de dos helicópteros Sikorsky S-64.

Y en cuanto al SuperTanker, la sensación de los dueños fue que pasaron su prueba de fuego. En una entrevista con el sitio especializado FireAviation.com, el 27 de enero, Wheeler no ocultó su optimismo: “Nuestro sistema ha demostrado su efectividad (...). Seremos muy agresivos para postular a nuevos contratos. No tengas dudas sobre eso. Queremos servir a la gente estadounidense tal como lo hicimos con la gente de Chile”.

LAS SOCIEDADES EN QUE SE FUNDE LA FORTUNA DE LA FAMILIA PIÑERA MOREL



Francisca Skoknic

15 de mayo

Ciper

En mayo de 2017, cuando en un programa de televisión le preguntaron por el valor real de su fortuna, el hoy presidente Sebastián Piñera respondió: “Mi madre siempre me dijo: si hay algo de mal gusto, es hablar de plata”. La controversia ya estaba instalada. En marzo del mismo año, la revista *Forbes* había cifrado su patrimonio en US\$2.700 millones, pero dos meses después, ante el Servel, el candidato declaró sólo US\$600 millones. En ese contexto, cinco días después de que eludiera la pregunta sobre su patrimonio en el programa televisivo, este reportaje vino a dar luces sobre el tema. Contrario a la versión que Piñera y sus voceros se empeñaron en divulgar, la investigación periodística de *Ciper* dio cuenta de que la fortuna personal del entonces candidato y la de sus hijos no corrían por carriles separados, sino que estaban vinculadas societariamente. Además se encontró una nueva sociedad en Islas Vírgenes Británicas que el actual Presidente no había transparentado. Un ejemplo de periodismo de investigación que cumple con el rol de escudriñar y fiscalizar al poder.

“Mi madre siempre me dijo: si hay algo de mal gusto, es hablar de plata”, respondió el expresidente Sebastián Piñera cuando en el matinal de *Mega* le preguntaron por el valor real de la fortuna de su familia. *La Tercera* había informado que en la declaración de patrimonio que entregó al Servel —como precandidato— incluyó activos por US\$ 600 millones, lejos de los US\$ 2.700 estimados por la revista *Forbes*. Piñera reconoció que la declaración subestima el valor real de su fortuna, pues considera avalúos fiscales y el “valor libro” de las empresas, pero invocó a su madre para no transparentar el verdadero volumen de sus activos.

“La revista *Forbes* estima un patrimonio familiar y lo que yo hice es declarar un patrimonio personal”, dijo en una entrevista posterior con Pedro Carcuro. Piñera y sus voceros se han esmerado en presentar las inversiones del candidato y las de sus hijos como dos carriles separados. Pero la división no es tan clara, tal como el propio Piñera lo describió en la misma entrevista de *TVN*: “Con mi mujer y mis hijos conformamos una sociedad hace más de 30 años y juntos hemos emprendido muchos proyectos y muchas empresas”.

Ciper reconstruyó la trama societaria familiar de los Piñera Morel, la que cobra importancia en esta nueva carrera a La Moneda, porque no solo el candidato hará un fideicomiso, sino también su esposa e hijos, aunque la ley no lo exige. A diferencia de lo que hizo en la campaña de 2009, Piñera incluirá en su fideicomiso sus inversiones en el extranjero, pero sus herederos dejarán fuera sus negocios en el exterior. Así, pese a ir “más allá de la ley”, como suele insistir

Sebastián Piñera, una parte importante de los negocios que ha creado y que poco a poco ha transferido a su familia, seguirá fuera del alcance del ojo público.

El año pasado radio *Bío Bío* reveló la existencia de una sociedad en las Islas Vírgenes Británicas, y el diario *Pulso* dio a conocer una segunda en Luxemburgo, propiedad de los herederos de Piñera. Pese a las críticas que recibió en ese momento, Piñera no transparentó todas las sociedades en paraísos tributarios en las que participa su familia. Hay una tercera que omitió: Bancard International Development Inc., basada en las Islas Vírgenes Británicas, y descubierta por *Ciper* durante la investigación para este reportaje.

Fortuna familiar offshore

El expresidente Piñera, al anunciar que sus hijos van a poner parte de sus inversiones en un fideicomiso ciego voluntario, informó que él vendió su participación en las sociedades familiares. Lo cierto es que es difícil separar el patrimonio de los distintos integrantes del clan Piñera. Comparten sociedades cuyo capital tiene el mismo origen —la fortuna de Sebastián Piñera Echenique— y lo que este ha hecho es desligarse formalmente de su propiedad o bien entregarles una herencia en vida (sin pagar los onerosos impuestos a la herencia o a las donaciones).

Además, todas estas sociedades forman parte del llamado Grupo Bancard, que administra los negocios familiares. Es desde los cuarteles generales que Piñera tiene en Apoquindo 3000, que el equipo encabezado por el gerente general del Grupo Bancard, Nicolás Noguera, administra en conjunto el patrimonio de Piñera y el de su familia, que en la práctica es un *family office*.

Al menos dos de sus hijos todavía eran menores de edad cuando Piñera los incorporó como socios de sus empresas. Esto demuestra que ellos no generaron el dinero que hoy está a su nombre y que su patrimonio está completamente fundido con el de su padre.

En 1997, Cristóbal Piñera Morel tenía apenas 13 años y su hermano Sebastián, 15. De enero de ese año data la primera publicación en el *Diario Oficial* que los sitúa como accionistas de Inversiones Bancard Limitada, junto a sus hermanas Cecilia y Magdalena. Cada uno de los Piñera Morel tenía entonces más de \$ 520 millones de participación en esa sociedad.

Solo nueve meses más tarde, en septiembre de 1997, Sebastián Piñera creó en las Islas Vírgenes Británicas la sociedad Bancard International Investment Inc., la que sería representada por Inversiones Bancard Limitada, la sociedad en que participan sus hijos. De acuerdo a un documento oficial de esa jurisdicción, la empresa tiene un capital autorizado de casi US\$ 103 millones. Su nombre salió a la luz cuando se descubrió que a través de esa sociedad Piñera tenía acciones de la pesquera peruana Exalmar y que funcionaba como un vehículo de inversión en el exterior.

Las escrituras revisadas por *Ciper* dan cuenta de que Inversiones Bancard actuaba como director de Bancard International Investment y le entregaba un poder a Sebastián Piñera Echenique para operar en su nombre. El expresidente fue también director de esta sociedad en las Islas Vírgenes al menos hasta enero de 2009, fecha en que firmó una escritura para sumar como apoderado a su hijo Sebastián. Sería este último quien lo reemplazaría en las siguientes escrituras como director de la misma sociedad, al menos hasta agosto de 2015.

No está claro en qué momento Bancard International Development Inc. se sumó al *holding* de empresas de la familia Piñera, pero las referencias más antiguas encontradas por *Ciper* en las escrituras revisadas para este reportaje son de 2004. Desde entonces se comportó en Chile casi como un espejo de la otra sociedad domiciliada en las Islas Vírgenes, primero con Sebastián Piñera Echenique como director y luego con Sebastián Piñera Morel cumpliendo ese rol.

Inversiones Bancard Ltda., la misma donde los hijos de Piñera debutaron en el mundo de los negocios, tiene su origen en una anti-

gua empresa “zombi” y fue utilizada por su padre para eludir el pago de millones de pesos en impuestos.

En 2015, *Ciper* reveló que dos sociedades del grupo habían sido denunciadas por el Servicio de Impuestos Internos (SII) por emitir boletas sin respaldo a SQM por un total de \$ 344 millones. Se trata de Vox Populi y Administradora Bancorp, ambas sociedades en las que los cuatro hijos de Piñera tenían participación relevante.

La segunda fue, además, la que suscribió una operación ficticia de *forward* con el Grupo Penta, la que actualmente es investigada por el Ministerio Público. Sobre este episodio, el abogado de Piñera, Fernando Barros, dijo a *El Mercurio*: “Administradora Bancorp es parte del conglomerado de empresas y en este caso concreto cuelga del área de empresas de los hijos. Por eso, Sebastián Piñera no ha estado involucrado en su gestión”.

Administradora Bancorp era propiedad de Inversiones Bancorp Limitada (de Piñera, su mujer y sus hijos) y de Inversiones Santa Cecilia S.A., que a su vez está controlada por la anterior.

La saga griega

La Ilíada, *La Odisea* y *La Eneida*, las tres grandes epopeyas grecolatinas, no solo están unidas en sus argumentos por la Guerra de Troya, sino también por Sebastián Piñera. A partir de 2006, el exmandatario creó una nueva línea de sociedades familiares para administrar su fortuna, a las que bautizó con el nombre de los tres relatos épicos.

La primera en emerger fue Odisea. Su antecedente en la estructura societaria del empresario data en realidad de 2004, cuando junto a sus cuatro hijos constituyó Piñera Asociados como sociedad colectiva civil, una figura legal cuya característica principal es que no debe cumplir ninguna formalidad. Es decir, no debe publicarse su constitución en el *Diario Oficial* ni inscribirse en el Registro de Comercio, lo que la hace particularmente reservada para operar. Dos años más tarde, Sebastián Piñera la rebautizó como Inversiones Odisea Limitada.

En su constitución, la sociedad se caracterizó por el bajo aporte del padre –solo \$ 18 millones– mientras que cada uno de sus hijos figuraba invirtiendo \$ 4.495 millones. A esa fecha, Cristóbal, el menor de los Piñera Morel, tenía 20 años y era estudiante de Psicología. Su hermano Sebastián probablemente estaba terminando su carrera de Ingeniería Comercial y Cecilia estaba recién titulada de pediatra. Magdalena, la mayor, es profesora de Historia y para entonces ya tenía varios años de experiencia laboral, pero nada que le permitiera invertir más de \$ 4 mil millones.

Una cosa que resulta curiosa es el acceso que tenían los hijos de Piñera a la fortuna de la que en teoría ya eran dueños. Cuando en 2012 Cristóbal Piñera lanzó un emprendimiento en internet, señaló que pidió dinero a terceros y no al entonces presidente, y que como tuvo que renunciar a su trabajo debió volver a vivir a la casa de sus padres: “Viví seis meses de ahorros, me restringí de varias cosas que hacía antes”, dijo a *La Tercera*. Hablaba como un hijo de la clase media y no como el joven multimillonario que figuraba en las escrituras de las diversas sociedades familiares que integraba.

La participación de Sebastián Piñera Echenique representaba el 0,05% de Odisea cuando la vendió a sus hijos el 10 de marzo de 2010, un día antes de asumir la presidencia de la República. Pero esa misma jornada, justo antes de desvincularse, Piñera ejerció un derecho sobredimensionado para su porcentaje de participación: podía elegir por sí solo a un miembro del directorio y dejó amarrado a su amigo y socio José Cox. Además, concurrió con su voto para elegir a Fernando Barros, su abogado de cabecera y creador de su red de sociedades.

Con Piñera formalmente fuera de Odisea, el nombre de esta no hizo mayor ruido. Sin embargo, movía grandes volúmenes de dinero. Según *La Tercera*, en mayo de 2016 Odisea le prestó casi US\$ 40 millones al grupo Cueto, al tiempo que invertía en numerosos fondos privados.

Odisea se hizo conocida cuando se supo de la compra de las acciones de Exalmar por parte de Mediterráneo Fondo de Inversión

Privado. En este fondo, Odisea tiene el 99,99999%, según informó al Ministerio Público el abogado de Mediterráneo, Juan Domingo Acosta, en la investigación por la compra de acciones en la pesquera peruana. El diario *Pulso* informó que Odisea es también la actual dueña de la sociedad afincada en Islas Vírgenes: Bancard International Investment.

Luego de que Piñera dejó La Moneda, Odisea sufrió dos cambios relevantes. En julio de 2014, los Piñera Morel, dueños cada uno de un 25%, volvieron a transformarla en una sociedad colectiva civil. Y en septiembre de ese año ingresó un nuevo socio mayoritario: Inversiones La Ilíada. Esta última se quedó con el 60,4%, tras aportar más de \$ 345 mil millones (unos US\$ 517 millones).

Durante la investigación por la compra de acciones en Exalmar, el Ministerio Público pidió documentos de varias de las empresas ligadas a la familia Piñera. El abogado Acosta se negó a entregar aquellos relacionados con La Ilíada, por haber sido creada fuera del “periodo relevante” (el periodo presidencial de Piñera, que terminó en marzo de 2014). Como también es una sociedad colectiva civil, no hay publicaciones que contengan la información. Pese a ello, *Ciper* encontró en el Archivo Judicial su escritura de constitución, fechada el 30 de julio de 2014. La creación de Inversiones La Ilíada marca el ingreso de la tercera generación Piñera en los negocios familiares: seis de los nietos del exmandatario, todos niños pequeños, figuran como accionistas.

La Ilíada nació con un capital de solamente \$ 1 millón, de los cuales Sebastián y Cristóbal Piñera Morel pusieron \$ 250 mil cada uno. Los cuatro hijos de Magdalena Piñera y Pablo Rossel colocaron, en conjunto, otros \$ 250 mil. El último cuarto del capital lo aportaron los dos hijos de Cecilia Piñera y Ricardo Levy.

Tal como ocurre con el Caballo de Troya en los relatos de Homero y Virgilio, la sociedad escondía una sorpresa. En solo dos meses, la modesta sociedad que originalmente tenía un capital de \$ 1 millón fue capaz de invertir más de US\$ 500 millones en

Inversiones Odisea. ¿De dónde salió ese dinero? No hay registro público.

Con ese capital, Odisea estaba lista para ingresar a las ligas mayores. Así lo demuestran los documentos a los que tuvo acceso *Ciper*: el 17 de diciembre de 2014, Odisea inscribió en Luxemburgo a Inversiones Eneida S.a.r.l, S.P.F. La primera sigla significa que es una sociedad de responsabilidad limitada, mientras que la segunda señala que es una sociedad de gestión de patrimonio familiar, entes reservados exclusivamente para la gestión de activos financieros y que tienen beneficios tributarios, como la exención del pago de impuestos a las utilidades.

Luxemburgo es miembro de la Unión Europea y ha logrado salir de las listas negras que lo consideraban un paraíso fiscal, pero sigue en un terreno gris. Es, al menos, una jurisdicción con bajas tasas impositivas y sus regulaciones favorables a las transacciones financieras la convirtieron en el país que ostenta el mayor PIB per cápita del mundo. Luxemburgo ha sido utilizado masivamente como una plataforma de evasión fiscal internacional, tal como lo demostró la investigación periodística Luxleaks.

Inversiones Eneida nació con un capital de 12,5 millones de euros, el que aumentó a 18 millones de euros apenas unos días después, en la víspera del año nuevo, el 31 de diciembre de 2014. Un año más tarde, en noviembre de 2015, la cifra aumentó a 30 millones de euros (unos US\$ 32 millones). Todas las acciones fueron suscritas por Inversiones Odisea.

La dirección en Luxemburgo de Eneida es la de Amicorp Group, empresa en que también trabajaban quienes fueron designados como sus gerentes: Fabio Mastro Simone y Marco Lagona, ambos domiciliados en Italia. Amicorp ofrece servicios de gestión de activos en jurisdicciones internacionales y se hizo conocida en Chile por abrir las sociedades que Sergio Jadue utilizó en paraísos fiscales para esconder su millonario fraude.

Los herederos

El mayor de los hijos hombres de Sebastián Piñera Echenique, Sebastián Piñera Morel, se ha consolidado como su heredero en materia de negocios. Trabajó con su padre en Bancard y participó en el comité de directores que administró la porción de su patrimonio que quedó fuera de los fideicomisos ciegos que delegó cuando llegó a La Moneda.

En medio del gobierno de su padre, Piñera Morel viajó a hacer un MBA a la Universidad de Stanford y al regreso creó una empresa de inversiones, BP Capital, pero siguió participando de las decisiones estratégicas de Bancard.

Junto a su hermano Cristóbal, quien acaba de terminar un MBA en el MIT, es director de casi todas las sociedades de su padre: Vox Populi, Sociedad Agrícola y Ganadera Los Corrales, Parque Chiloé, Arenas Blancas, Inmobiliaria El Mañío, Inmobiliaria El Canelo, Inmobiliaria El Boldo, Inversora San Juan, Diptel, Inversiones y Asesorías Milenio, Hotelera Lago Ranco, Inversiones Santa Cecilia, Bancard Inversiones e Inversiones Bancorp, por nombrar algunas. Sebastián y Cristóbal Piñera Morel tienen además la representación de dos de las empresas familiares clave: La Ilíada y Odisea.

La presidencia de las sociedades de Piñera quedó delegada, cuando inició su carrera a La Moneda en 2009, en dos de sus hombres de mayor confianza: Fernando Barros y José Cox. Sin embargo, en agosto de 2015, Cox renunció al menos a ocho de esas sociedades. Ingresó entonces a escena un nuevo liderazgo: Ricardo Levy, el esposo de Cecilia Piñera Morel. Levy, quien es ingeniero civil de la UC y MBA de Stanford, asumió la presidencia de casi todas las sociedades de su suegro en reemplazo de Cox.

NUEVAS DENUNCIAS INVOLUCRAN A HERMANOS, SACERDOTES Y LAICOS: EL OSCURO SÓTANO DE LOS MARISTAS



Claudio Pizarro y Jonás Romero

25 de octubre

The Clinic

Este extenso reportaje de investigación pone al descubierto no solo las repetidas prácticas de los abusos al interior de los hermanos maristas, sino también la omisión de quienes debían velar por la integridad de los niños puestos a su cuidado. En la historia más reveladora de este texto, un profesor del Instituto Alonso de Ercilla, quien estudió en ese colegio y sabía de los abusos por comentarios de sus excompañeros de curso, encuentra al abusador de sus amigos llevándose a un niño por un pasillo y se lo quita. En poco tiempo, el profesor es despedido. Claudio Pizarro y Jonás Romero, autores del texto, logran hablar con fuentes que superan su miedo y su pudor para contar historias dolorosas pero necesarias. El caso sigue vivo, pues una investigación canónica está en marcha y una causa por delitos sexuales que incluye más de 30 denuncias se investiga en la Fiscalía Sur.

Apenas unos meses después de haber ingresado al colegio, el pequeño Eneas Espinoza fue sacado de la sala de clases por el mismo profesor que le había tomado el examen de admisión en el año 1979, el hermano Adolfo Fuentes. Sin siquiera sospecharlo, el menor de seis años se había transformado en un elegido.

Aunque era horario de clases, a nadie le extrañó ver a un adulto caminando a solas con un estudiante por los pasillos del Instituto Alonso de Ercilla. “No era costumbre cuestionar a un hermano”, recuerda Eneas (44).

Fuentes condujo al niño hasta “el túnel”, un espacio sin luz natural ni ventanas, al que solo se podía acceder descendiendo a través de un pasillo debajo del gimnasio, un sitio con talleres de manualidades y pequeños cubículos para que las patrullas scout tuvieran sus reuniones.

El hermano Adolfo eligió una de las pequeñas salas y sentó al alumno en su regazo.

Partió por acariciarlo en el pelo, acercando su aliento hasta la nuca. Sus manos comenzaron a bajar por el cuello del niño hasta adentrarse debajo de su ropa. Los brazos del hermano lo atraparon. Eneas aún recuerda cómo este se esmeraba en oler su cabello, sus hombros.

—Yo lo empujé, traté de sacarlo de encima y de correr hacia la puerta, pero me tironé hasta donde estaba. Y consiguió lo que quería —recuerda.

Fuentes lo obligó a practicarle sexo oral.

Una vez afuera de la pequeña sala, el religioso llevó al pequeño hasta el baño más cercano, supervisando que se lavara bien los dientes.

No era la primera vez que lo hacía.

*

—¿Dónde estaba Dios en ese momento? —se pregunta el doctor Jaime Concha, exalumno del Alonso de Ercilla. Nadie en el auditorio responde.

El enorme Salón Rojo del Instituto Alonso de Ercilla de Santiago quedó en silencio cuando Concha, el mejor promedio de la generación 1980, tomó la palabra. Frente a él, un cuadro de diez metros de largo del fundador de la congregación marista, Marcelino Champagnat, vigilaba a las casi cien personas —estudiantes, exalumnos y profesores— que llegaron a discutir las denuncias sobre abusos sexuales cometidos al interior del colegio a mediados de septiembre.

“Mi vivencia no es ajena al caso de Abel Pérez”, comienza. Su voz tiembla y se detiene. Algunos días antes de la reunión convocada por la dirección del instituto, una publicación del diario *El Rancagüino* destapó lo que hacía meses rondaba como un rumor dentro del mundo marista: que el hermano Abel había abusado, presuntamente, de 14 menores en sus más de cuarenta años de trabajo en Chile.

Frente a sus excompañeros, Concha quebró en llanto. Igual que Eneas, también había pasado por el túnel.

Proveniente de una familia de clase media de la Villa O’Higgins de Estación Central, el mayor de los hermanos Concha recuerda cómo fue que llegó al más prestigioso de los colegios maristas de Chile. “Era el año 1972, y durante unas olimpiadas escolares quedé impresionado con la barra que tenía el Ercilla”, recuerda. Su padre, un químico de profesión que trabajaba en el cordón industrial de

Vicuña Mackenna, aceptó matricular a su hijo tras semanas de insistencia.

El año en que Concha ingresó al Ercilla, la congregación ya había fundado 13 colegios e internados a lo largo de Chile. El Instituto Alonso de Ercilla, que acababa de cumplir medio siglo, contaba con 1.500 alumnos, 23 hermanos –que vivían en una casa conectada al colegio– y 43 profesores laicos.

Para Concha, entrar al Instituto significó un cambio sustantivo desde su antiguo liceo: se fascinó con el orden y la limpieza de las salas. Durante su primer año, Jaime se volvería cercano al hermano Juan, un religioso a cargo de la librería del patio de básica y aficionado a la filatelia. “Era un hombre afectuoso, cercano. Yo lo acompañaba en los recreos y él me ayudaba a buscar estampillas para mis colecciones”, rememora.

Fue el hermano Juan quien, al ver las inquietudes de Jaime, le recomendó que se acercara a la pequeña oficina que el hermano José Monasterio, un religioso conocido por su caligrafía, tenía en el *hall* principal. “Él ayudaba a los chicos de básica a hacer las tareas y los diarios murales. Pasó de ser muy cariñoso a tratar de besarme en un momento de sorpresa”. Jaime tenía diez años. Ese fue su primer gran golpe.

“Mi reacción fue de pánico. A esa edad no entiendes cómo ese personaje, ese modelo a seguir, pasa a tocarte los genitales. No entiendes lo que pasa a tu alrededor”. Apenas pudo salir de la pequeña oficina, Jaime corrió al baño más cercano. Se dio cuenta de que se había orinado. “Como mi mamá estaba por llegar, empecé a echarme agua en la cabeza, la camisa, todo el cuerpo. Me retó, pero no se dio cuenta de lo que me había pasado”.

Durante el resto de los años que pasaría en el Ercilla, Jaime Concha transitaría constantemente entre la confianza y el miedo. La serenidad y el sobresalto. “Obviamente, no todos eran malos”, asegura. Todavía recuerda con cariño al hermano Alberto Stephens, jefe de la manada de lobatos a la que pertenecía. Durante años lo

sintió como su protector. “Si estaba con él, nada malo me podía pasar”.

Su ingreso a la enseñanza media coincidió con la transición de lobato a scout. Fue allí donde apareció el hermano Abel Pérez. Durante una excursión a las Siete Tazas, en la precordillera de la región del Maule, Concha comenzó a sentirse afiebrado. Una diarrea fulminante lo obligó a guardar reposo mientras sus compañeros emprendían la última gran caminata del campamento. De pronto, recuerda, la fiebre comenzó a bajar. Jaime despertó acostado en un catre de campaña, con una sombra acariciándolo por todo el cuerpo. “Estaba sudado, desnudo, en un principio pensé que era una pesadilla. Poco a poco, sentí el calor de una boca en mi pecho, en mis genitales”. En un proceso lento, Concha comenzó a tomar conciencia. Era de noche, pero aún entre la oscuridad, supo que esa no era su carpa y que el hombre que lo estaba tocando era Abel Pérez.

Como pudo, reunió fuerzas y corrió en dirección al campamento de los lobatos, donde estaban sus hermanos menores. Se rehusó a volver a su campamento. Nunca le contó a nadie lo que pasó esa noche. Hasta ahora.

*

Para Eneas, los recuerdos emergen como imágenes caleidoscópicas. Fragmentos reunidos en un confuso mosaico. Lo primero: él en una sala de clases, rindiendo la prueba de admisión en el colegio, junto al hermano español Adolfo Fuentes. Año 1979.

“Me sentó en su regazo mientras daba la prueba, empezó a acariciarme y tocarme el pelo. Yo era un niño de seis años. No entendía mucho lo que pasaba. Así comienzan estas cosas”.

Eneas Espinoza ingresó al Instituto Alonso de Ercilla, el colegio que sus padres eligieron para educarlo, sacrificando la mitad del sueldo de su padre, un chofer de la Policía de Investigaciones. Su

madre, dueña de casa, comenzó a integrar la agrupación “madres catequistas”, instancia no remunerada dirigida por el hermano Adolfo.

De apariencia pulcra, siempre perfumado, Fuentes se ganó rápidamente la confianza de la familia. Era tan alegre que su padre lo apodaba “sonrisal”. Un hombre de apariencia intachable. “Era un tipo amado y adorado por mi familia. Mis padres lo consideraban un santo. Un representante de Dios en la tierra”.

Cada episodio resucitado es un pequeño eslabón que cobra sentido en la totalidad. Eneas recuerda como las madres Josefinas Trinitarias, encargadas del primer ciclo de enseñanza básica, levantaban de las patillas a los más desordenados y castigaban a los revoltosos, al medio del patio, dejándolos parados al sol durante horas. Todavía escucha el zumbido de una regla en las palmas de sus manos. La violencia como mecanismo infalible de instrucción.

“En primero básico una monja nos decía que éramos indios. Que debíamos estar agradecidos porque ellos habían traído a Dios, la civilización, la educación y la cultura. Incluso en ese tiempo, era poco común que la gente se expresara así”.

La vida escolar en dictadura no fue fácil. Los hermanos eran en su mayoría españoles pro franquistas. Varios alumnos recuerdan haber cantado la canción nacional con la tercera estrofa, festejar los lunes patrióticos con algún representante de las fuerzas armadas, celebrar misa con el cura Hasbún un 11 de septiembre en el Campus Oriente, salir de campamento scout a Peldehue y ser acarreados en patota al emblemático acto de Chacarillas. Pinochet, de hecho, fue exalumno marista.

Ahora que Eneas tiene 44 años y se asume como un sobreviviente, logra encadenar los hechos en una misma dirección. Causa y efecto. “Los abusos sexuales fueron el corolario de un ambiente muy tóxico”, dice. Su primer abuso en el colegio es parte de la misma trama. Una promesa de felicidad que terminó por arrebatárle la inocencia.

Cuando tenía seis años acudió a un campamento. Recuerda que estaba tan feliz que “saltaba de alegría alrededor del hermano

Adolfo”, el mismo que le había tomado la prueba de admisión para ingresar al colegio. Esa misma tarde todo se fue a negro. Al interior de una carpa, sin llamar la atención de otros padres, el profesor marista lo obligó a practicarle sexo oral. A continuación, lo llevó a lavarse los dientes. El mismo rito que repitió meses después en el túnel debajo del gimnasio.

Desde entonces, Eneas sintió miedo de salir al baño durante clases. Se aguantaba hasta el final con tal de no toparse con alguien que lo tomara de la mano y lo llevara donde no quería. “Vivir toda la básica asustado y al principio no entender bien por qué”, resume.

Eneas asegura que esas emociones las mantuvo ocultas durante mucho tiempo y que hace apenas dos años logró recién verbalizarlas. “Algunas víctimas olvidan lo que les pasó y lo meten en una cajita dentro de su cabeza”, dice.



El mismo año que Eneas Espinoza entró al colegio, Jorge Franco egresó del Instituto Alonso de Ercilla. Cuatro años antes, en 1975, vivió una experiencia similar a la de otros compañeros. Como los hermanos maristas en rigor no son sacerdotes sino religiosos laicos con votos de castidad, era muy frecuente que llegaran distintos curas a officiar misas y confesar al alumnado. Uno de ellos fue el sacerdote capuchino Sergio Uribe.

Franco recuerda que el cura se había hecho amigo de su padre y que, en una ocasión, visitó su casa cuando tenía trece años. Él se encontraba solo, el sacerdote se acostó en su cama. Un exceso de confianza que asimiló producto de la cercanía que tenía con su progenitor (ambos provenían de Nueva Imperial). Una actitud que con el tiempo derivó en situaciones incómodas.

“Mientras me confesaba en la capilla del colegio, comenzaba a acariciarme la cabeza y después a tocarme distintas partes del cuerpo, subiendo la mano por la pierna. Igual uno cacha las intenciones, nunca tan huevón”.

En otra ocasión, asegura Franco, le tocó acudir al túnel del colegio en compañía de dos compañeros de curso. Uno de ellos era Jaime Concha. Habían sido citados para una prueba vocacional junto a los sacerdotes Miguel Ortega y Cristián Precht, dos sacerdotes que visitaban el colegio frecuentemente, vinculados a la pastoral juvenil del Arzobispado de Santiago.

Concha recuerda que fueron trasladados por un hermano a una de las salas y que este les explicó que antes de ingresar debían desnudarse y ponerse unas túnicas. Franco fue el primero en entrar. “Me quedó grabado que Miguel Ortega hacía unas huevás raras, no lo recuerdo en detalle, pero me agarraba de los hombros y me decía que íbamos a estar con el Señor. Sentí que mi cuerpo era violentado físicamente por él. Se notaban otras intenciones”.

Luego de salir de la sala, asegura Concha, el rostro lívido de su amigo lo alertó. Apenas lo vieron con su otro compañero, recogieron la ropa que alcanzaron a sacarse y huyeron del lugar. Precht, consultado por *The Clinic*, asegura que los hechos narrados por los exalumnos no son ciertos. “Efectivamente iba a officiar misa al colegio, pero jamás realicé actos de ese tipo con alumnos”, dice el exsacerdote de la Vicaría de la Solidaridad.

Veinticinco años después del episodio, Jaime Concha volvió a reconstruir en su cabeza lo que había sucedido, a raíz de la investigación canónica realizada por el Vaticano en contra de Cristián Precht por abusos sexuales.

Después de leer los testimonios de algunas víctimas, comprendió que el sacerdote había utilizado el mismo *modus operandi*. “En el año 2012 me entero de los casos donde estaba involucrado Precht y observo una situación muy parecida a la que nos pasó a nosotros, donde se cometieron abusos con la excusa de un supuesto examen vocacional”.

Para Jorge Franco los maristas estaban al tanto sobre los abusos en contra de los alumnos. “No creo que sean tan ingenuos y que tampoco sea exclusividad de ellos entregarle carne fresca al clero. Eso se ha dado por los siglos de los siglos”, asegura.

La relación de los hermanos maristas y sacerdotes de otras congregaciones es un punto que Concha intenta aclarar. “Nosotros estuvimos expuestos a estos actos porque Miguel Ortega y Cristián Precht entraban como Pedro por su casa en el colegio, en horas de jornada escolar, poniéndose de acuerdo con un hermano que les llevaba a sus presas para que los abusaran”.

—¿Fue algo casual o sistemático? —se pregunta hoy.

*

En su primer año como profesor de Educación Física en el Alonso de Ercilla, Patricio Quiroz (54) asistió a una cena con sus excompañeros del mismo colegio, la que terminó en un bar del centro de Santiago. En medio de la festividad, uno de los presentes pidió silencio y pasó a contar una historia que dejó a todos impávidos: uno de los hermanos lo había masturbado al interior de la capilla del colegio.

“Al principio la reacción fue de ‘me estai hueveando’, pero luego saltó uno al otro lado de la mesa y dijo: ‘¿Estás hablando de Abel Pérez?’. Solo en esa mesa salieron tres compañeros abusados por él. Se nos pasó la curadera altiro”, recuerda Quiroz.

Por años, Quiroz no pudo sacarse la idea de la cabeza. El hermano Abel había sido su profesor jefe entre 7° y 8° básico, pero desde su regreso al colegio como docente no había tenido noticias de él. Hasta 1996, cuando Pérez retornó desde otra destinación.

Ese año, mientras esperaba a que los alumnos de la selección de fútbol salieran de clases, Quiroz se encontró cara a cara con Pérez. “Venía camino a la puerta que da a la casa de los maristas, de la mano con un cabro chico, rucio, bonito. No tenía más de siete años”, recuerda.

—¿A dónde vas? —lo encaró Quiroz.

—Vamos a la capilla del hogar para enseñarle a orar —habría respondido Pérez.

Quiroz le quitó al niño de la mano.

—Sé lo que hacís, viejo, a este no lo vas a tocar —le dijo. El hermano Abel se habría retirado profiriendo amenazas.

Tras el fin del año escolar, el profesor fue citado a la dirección. El hermano Gregorio Pastor le comunicó que ya no iba a seguir ligado al colegio. “Existen reclamos en tu contra”, le habría dicho. La decisión, entendió Quiroz, era inapelable. “¿Esto tiene que ver con Abel?”, preguntó. Pastor habría llevado sus dedos a la boca, simulando la unión de un cierre. Pocos meses después, un nuevo caso remeció al establecimiento. Miguel Ángel Katalinic, exalumno —con un breve paso por el noviciado— y entonces profesor de Francés y orientador fue detenido por abusos sexuales cometidos en contra de un estudiante de media.

La forma en que Katalinic cayó fue, al menos, curiosa. A comienzos del verano de 1997, el profesor, de entonces 38 años, llegó hasta una tienda Kodak del paseo Ahumada para revelar un rollo fotográfico. Al día siguiente un grupo de detectives llegó a arrestarlo hasta su departamento: alguien dentro del laboratorio había denunciado que en las fotos Katalinic se besaba con quien era claramente un menor de edad.

“Cuando volvimos a clases, nunca se nos dijo qué había pasado con Katalinic, a pesar de que había salido en algunos diarios. Simplemente nos pidieron orar por él y no volver a mencionarlo”, cuenta un exalumno del laico.

Actitud similar a la tomada en el caso del hermano Luis Cornejo (40).

Mientras este se encontraba en Santa Cruz, Bolivia, enviado por la congregación, fue notificado de la existencia de denuncias por abuso sexual en su contra en el Instituto Rafael Ariztía de Quillota. Cornejo habría reconocido los hechos al entonces rector del colegio, Claudio Arellano, aceptando viajar a Chile para enfrentar la justicia.

Poco antes del retorno, el 30 de agosto del año 2013, fue atacado en las calles de Santa Cruz. Una puñalada en su corazón le provocó un paro cardiorrespiratorio, ocasionándole daño cerebral

severo, afasia y cuadriplejia. Se habló de un asalto, pero el rumor más extendido fue que había sido atacado intencionalmente. Una vez en Santiago fue derivado al hogar de la congregación, una enorme casona en calle Monseñor Sótero Sanz, en Providencia, donde permanece hasta el día de hoy en estado vegetal.

El hermano Mariano Varona, al tanto de los hechos denunciados, envió un correo a una de las víctimas de Cornejo en el Instituto Rafael Ariztía de Quillota, fechado en mayo de 2015, donde le expresaba la intención de conversar sobre lo ocurrido con el hermano Luis. “Cuánto les afectó, cuánta gente está al tanto de lo que ustedes saben, qué puede hacer la Congregación al respecto y cómo cerrar el caso”, escribió.

Tras salir de la cárcel en 2001, y pese a haber limpiado sus antecedentes, Katalinic decidió dejar la educación y comenzó a prestar servicios de restauración de audio y video. A mediados de este año, y mientras colaboraba como diocesano en la Parroquia de los Santos Ángeles Custodios de Providencia, volvió a ser detenido. Tras una denuncia anónima, la PDI encontró junto a su cama un disco externo con 16 archivos de pornografía infantil.

*

Fue un efecto colateral. Tras la última detención de Miguel Ángel Katalinich, acusado de almacenamiento de pornografía infantil, la congregación marista decidió retomar el diálogo entablado hacía dos años con Hernán Martínez, un exalumno que acudió al establecimiento a relatar un abuso por parte de un hermano del colegio. “Recibí una llamada de ellos. En ese momento dije basta. Tomé contacto con un abogado y me reuní con el vocero provincial acá en Chile. Le dije que la última vez no habían hecho nada y que tomaría cartas en el asunto”.

Martínez asumió la vocería de 14 víctimas, pertenecientes al Instituto Alonso de Ercilla y al colegio Marcelino Champagnat de La Pintana, y comenzó a presionar a los maristas. “Me parecía que

lo más justo era reconocer que los abusos existieron con nombre y apellido: Abel Pérez”. El denunciante asegura que se reunió en una ocasión con el hermano y que este le pidió que no emprendiera acciones legales. “Me propuso si como víctimas queríamos que la congregación hiciera algo por nosotros”, recuerda.

Al igual que otras denuncias, Hernán Martínez se enteró de los abusos en un paseo de curso en cuarto medio. Al fragor de la celebración y envalentonado por unas copas de más, decidió contarles a sus compañeros que él había sido abusado por el hermano Abel en una sala de clases, después que este lo invitara a corregir unas pruebas en sexto básico. “Para sorpresa mía no fui el único que contó su experiencia. Hubo al menos cinco relatos más de situaciones muy parecidas a la mía y peores. La información que manejo es que hubo tocaciones, masturbación y sexo oral”, recuerda.

Los maristas finalmente acogieron la denuncia y decidieron remitir los antecedentes al Ministerio Público el lunes 28 de agosto. A través de un comunicado la congregación pidió perdón a las víctimas, y el delegado provincial en asuntos de abusos sexuales, Mariano Varona, solicitó a los alumnos del colegio que rezaran por el hermano Abel Pérez, desatando la furia de algunos apoderados. Posteriormente, en una entrevista televisiva, Varona reconoció que pese a tener antecedentes desde el año 2010 no denunciaron porque en ese momento “no se nos pasó por la mente”. Solamente después del caso Karadima, aseguró, tuvieron “la sensibilidad” de que lo que acusaban las víctimas era un delito.

“Lo que dijo Varona, de que solo después del caso Karadima se dieron cuenta de que lo de Abel o Cornejo había sido delito, me parece una estupidez. ¿Cómo no se iban a dar cuenta de que eso era un delito? Los hermanos son una familia. Muchos de ellos llegaron juntos de España, y claro, entre la familia siempre se tratan de encubrir”, reflexiona un exprofesor del establecimiento.

La representación jurídica del caso, posterior a las desafortunadas intervenciones de Varona, recayó en el exfiscal Alejandro Peña. El abogado asegura que “siendo los hechos tan repudiables, y tan delicado

su tratamiento, lo importante es que se esclarezcan en profundidad”. “La congregación nos ha hecho hincapié en que pongamos todos los antecedentes en manos de la fiscalía, incluyendo las destinaciones de los involucrados en los distintos colegios maristas de Chile. Se ha hecho un levantamiento de información y es importante decir que en la actualidad no se está cometiendo este tipo de abusos”, recalca.

Fuentes al interior de la Fiscalía aseguran que los antecedentes proporcionados, al menos en la primera denuncia, no mencionan víctimas, acontecimientos y tampoco fechas. “Solo se acotó, en el caso de Abel Pérez, que los hechos habrían ocurrido entre 2006 y 2008 en La Pintana —años en que hizo clases ahí—. No estarían por lo tanto prescritos. En la denuncia de Cornejo, que se hizo posteriormente, tampoco se menciona nada, solamente que algo pasó”.

En las últimas semanas, el abogado Alejandro Peña realizó otras denuncias sobre cuatro hermanos que habrían estado involucrados en abusos. “Dos de los cuales estarían fallecidos”, aclara. *The Clinic* intentó contrastar la información recopilada en este reportaje con autoridades de la congregación, pero esta declinó referirse al tema por el momento.

El obispo Alejandro Goic, encargado de abusos sexuales en la Iglesia chilena, al ser requerido por *The Clinic* por el cruce entre laicos, hermanos y sacerdotes eventualmente involucrados en delitos de abuso contra menores, aseguró que si los casos eran verídicos constituirían una verdadera “atrocidad”. “Ningún colegio en su proyecto se propone dañar a los jóvenes. Pero por lo que usted me cuenta, si se hubieran coludido sacerdotes, hermanos y algunos laicos, qué quiere que le diga. Ojalá se sepa y se descubra toda la verdad”.

Los otros escándalos de la congregación en España y Argentina

Durante el verano de 2016, el diario *El Periódico* de Barcelona publicó la primera denuncia de lo que llegaría a ser el caso más grave documentado en España por abuso sexual a menores. Más de 42 víc-

timas, doce hermanos y un profesor laico involucrado en una trama que tuvo lugar en tres colegios maristas de Cataluña.

A pesar del revuelo del caso, solo cuatro de las denuncias pudieron ser perseguidas penalmente, debido a que la mayoría de los hechos habían prescrito. A muchos de los hermanos en Cataluña involucrados se les acusó de ocultar información clave que hubiese permitido investigar los casos años antes.

Desde hace algunas semanas, tanto Eneas como Jaime Concha se han acercado a la Fundación para la Confianza, ONG fundada por víctimas de abuso sexual infantil como James Hamilton y José Andrés Murillo. Su idea, afirman, es la de formar un brazo chileno de SNAP, una red mundial de sobrevivientes de abuso sexual eclesiástico.

Este año, en Argentina, otra denuncia remeció a la congregación marista. El director del colegio Champagnat, del acomodado barrio de Recoleta, fue acusado de haber cometido abusos sexuales reiterados a un estudiante en la década del 70. Tras reconocer estos hechos, el hermano Ángel Duples fue removido de su cargo. El caso generó una serie de denuncias que hasta ahora han involucrado al menos a dos personas ligadas al colegio: otro hermano y un portero del establecimiento.

Desde Buenos Aires, donde reside hace más de diez años, Eneas Espinoza se siente convencido de que su caso destapará más situaciones de abuso que involucran a la congregación marista. “Cuando ves a otros te animas a hablar”, sostiene.

Alejandro Goic, presidente del Consejo Nacional de Prevención de Abusos de la Conferencia Episcopal: “La tardanza en las denuncias resulta incomprensible”

—¿Cómo ha asumido la Iglesia Católica las denuncias sobre la congregación marista en Chile?

—Toda denuncia de algún eclesiástico en contra de menores, nos duele profundamente. Pero quiero distinguir: lo que hace el Consejo

Nacional de Prevención que presido se refiere a orientaciones referidas a los clérigos, es decir, sacerdotes. Sean diocesanos o religiosos. En el caso específico de los maristas, ellos no son sacerdotes, son religiosos laicos, es decir, hombres que se consagran a Dios, mediante votos de castidad, pobreza y obediencia.

—¿Qué opina del retraso con que los maristas denunciaron el caso de Abel Pérez?

—Existe un documento de la conferencia episcopal de Chile para el trato de abusos sexuales a menores de edad. En él, cuando se habla de “miembros de institutos de vida consagrada” —que sería el caso de los maristas, aunque no sean sacerdotes— recae en el superior actuar con la prontitud que establece el ordenamiento de la Iglesia. Ahora, lo que puedo decirle es que me causa extrañeza la actitud tan decidida que tomaron en su momento con la denuncia, pero con una tardanza que por momentos resulta incomprensible. Personalmente desconozco, porque no es mi competencia, el por qué tardaron siete años en denunciar. Pero causa extrañeza, sin duda. La petición de la jerarquía de la Iglesia, desde el Papa hasta los obispos, es que cuando haya una acusación de abuso de menores, hay que actuar con presteza.

—¿Esto podría terminar en un proceso canónico o no competiendo que quien debe supervisar el tema son los superiores de la congregación?

—Aunque sea tardíamente, este caso lo están analizando internamente. Ahora, es de esperar que sea la ley que determine las condiciones en que estas personas deban enfrentar esta acusación. Sé que todos somos limitados, ninguno de nosotros es perfecto, pero cuando un consagrado a Dios daña de esta manera a un menor de edad, abusando de él de cualquier forma —o como la que usted me está contando— es horrible. Si es cierto lo que me dice, espero que se aplique todo el rigor de la ley.

LAS MÁS DE CIENTO NUEVAS NOTARIAS QUE CREARÁ EL GOBIERNO PARA SUS CERCANOS



Sergio Jara
27 de julio
Radio Bío Bío

El de los notarios es un mundo árido y desconocido en el que pocos se han animado a entrar. Este reportaje se embarca en una investigación seria y lo que encuentra se convierte en un golpe periodístico: a menos de un año de dejar el poder, el gobierno de la Nueva Mayoría llevaba adelante un proceso para crear 107 nuevos puestos para notarios, archiveros y conservadores de bienes raíces, cargos que —se sospechaba— pretendía entregarle a cercanos a sus filas. Como efecto de esta publicación se creó una comisión investigadora en la Cámara de Diputados y Contraloría se involucró en el tema. Esta instancia objetó específicamente las fusiones y separaciones entre cargos de notarios y conservadores que se incluían en el decreto cuestionado, pero los nombramientos siguieron su curso. La misma institución rechazó la designación de Ricardo Moyano como notario de Pirque, argumentando que carecía de los requisitos para ocupar dicho cargo. Moyano había sido hasta entonces jefe de gabinete del ministro de Agricultura Carlos Furche. Y un último escándalo relacionado con el tema se desató a días de que Michelle Bachelet dejara su cargo: se había nombrado notario de San Fernando a Luis Toledo, exfiscal del caso Caval, pero este se vio forzado a renunciar a la designación ante la presión de la opinión pública y del recién iniciado gobierno de Sebastián Piñera.

El 12 de enero pasado, el ministro de Justicia, Jaime Campos, envió un oficio de tres simples párrafos a la Corte de Apelaciones de Valparaíso pidiendo que le informaran “respecto de las necesidades de creación de nuevos oficios de notarios, conservadores y archiveros judiciales”. El 14 de febrero, el pleno de la Corte de Apelaciones respondió que solo necesitaba archiveros y la separación del cargo fusionado de notario y conservador de bienes raíces (CBR) de Concón. Pero Campos no estuvo de acuerdo. Dos días después, ofició nuevamente a la corte y adujo razones demográficas y económicas de la zona para crear diez nuevas notarías. La corte, en una respuesta que entregó el 7 de abril, extrañamente estuvo de acuerdo sin plantear objeciones.

El intercambio de oficios entre Campos y la Corte de Apelaciones de Valparaíso no fue el único. El ministro de Justicia envió otros 16 oficios idénticos, el mismo día, a las otras 16 cortes de apelaciones del país. En varias tuvo que insistir ante los magistrados, pues algunos consideraron innecesario crear nuevas notarías. Pero Campos, tras un intenso intercambio que duró hasta junio con algunas cortes, finalmente tuvo éxito y comenzó a preparar un plan que incluye la creación de 107 nuevas notarías, CBR y archivos judiciales a lo largo del país.

Radio *Bío Bío* accedió al decreto con el que el Ministerio de Justicia pretende crear dichos cargos. Se trata de 50 páginas que definen, por ejemplo, la creación de 22 nuevas notarías para Santiago, nueve para San Miguel, además de otros nueve CBR y archiveros ju-

diciales fusionados para esa jurisdicción. El documento fue redactado por Álvaro Pavez Jorquera, jefe de la división jurídica del ministerio; Roberto Rodríguez Vega, jefe del departamento judicial; y Francisco Pinto García, abogado. Pavez, dicen fuentes de gobierno y judiciales, tendría interés en postular a la nueva notaría que se creará en Casablanca, en la Quinta Región, lo que ha despertado sospechas y críticas entre abogados y actuales notarios. Aquello, sin embargo, está lejos de ser el único cuestionamiento a este proceso que, hasta ahora, se había manejado de forma reservada, pues se pretende concretar antes de que termine la actual administración de Michelle Bachelet.

“Chile es un país pequeño y creo que es bueno que los notarios sean nombrados en base a sus calificaciones, mérito y carrera notarial”, dice Teodoro Ribera, exministro de Justicia, quien presentó un proyecto de ley en el gobierno de Sebastián Piñera que pretendía modernizar la actividad, pero que aún duerme en el Congreso. “Dicho proyecto tenía como objetivo que se accediera al cargo de notario a través de un concurso público y exámenes de mérito, para evitar situaciones que hoy día causan malestar en la ciudadanía, como la poca transparencia y el acceso de personas con mayores contactos”, agrega.

El eventual nombramiento de Pavez en la notaría de Casablanca y el de otro centenar de personas cercanas al actual gobierno, es precisamente uno de los puntos que más ha llamado la atención en el ámbito judicial. De hecho, la Corte Suprema podría revisar el tema el viernes en su pleno, pues hasta ahora no ha sido consultada en la materia.

“Existe una sospecha justificada de que esta es una medida que busca colocar personas afines a las autoridades que designan estos cargos”, dice el abogado Mauricio Daza, quien ha seguido de cerca este proceso. “Esto se está tramitando entre gallos y medianoche, con muchas voces que están en contra de la justificación para tomar esta insólita medida. Estamos ante algo que resulta inexplicable, poco transparente y que se pretende hacer a menos de nueve meses que termine la actual administración”, agrega.

El ministro Jaime Campos, de hecho, es quien finalmente nombrará a los nuevos notarios, conservadores y archiveros, tras la entrega de una terna de las respectivas cortes de apelaciones. El proceso, sin embargo, es poco claro pues en junio 2015 la Corte Suprema creó un sistema de selección de notarios en base a puntajes para componer dichas ternas y así evitar el amiguismo o la influencia política. Pero como no es vinculante, en la práctica no sirve para nada. De hecho, el 7 de marzo de 2016 asumió como notario Roberto Cifuentes, en reemplazo de José Musalén. Cifuentes, exembajador en Alemania y exmiembro del Tribunal Supremo de la Democracia Cristiana (DC), había quedado en el décimo lugar del *ranking* y, pese a ello, integró la terna y posteriormente fue nombrado como notario por la exministra de Justicia, Javiera Blanco, quien tiene, precisamente, estrechos vínculos con la DC.

Cargos sin fundamento

A Teodoro Ribera, el exministro de Justicia de la administración Piñera, le preocupa que los nuevos cargos que pretende crear y nombrar Campos se hagan sin la base técnica necesaria. De hecho, en el intercambio de oficios entre el actual ministro de Justicia y las 17 cortes de apelaciones del país, solo se observan datos relacionados con el crecimiento demográfico y económico de las comunas. Ello pese a que la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) realizó recomendaciones sobre cómo realizar técnicamente este tipo de procesos.

“Pueden terminar siendo peligrosos los notarios en comunas donde no hay actividad jurídica que sustente el oficio notarial”, dice Ribera, quien da como ejemplo la notaría del archipiélago de Juan Fernández, a la cual solo postulan y quedan hijos de notarios, y la ocupan como trampolín para acceder, en tan solo unos meses, a una notaría mayor.

“Es un camino mañoso para hacer la carrera notarial. Para estar en Juan Fernández se requiere que alguien te sustente, porque las

remuneraciones de ahí son de entre \$ 250 mil y \$ 400 mil al mes. Una notarías como esa no tiene sustento alguno. Es un ejemplo que hay que tratar de evitar por todos los medios”, agrega el exministro de Justicia.

Juan Fernández, sin embargo, no es la única de este tipo. El 11 de julio pasado la Asociación de notarios, conservadores y archiveros judiciales de Chile le entregó al ministro Campos una carta de nueve páginas en la que le expresa su aprobación parcial a la creación de nuevos cargos, pero que dicho proceso se lleve a cabo a partir de estudios técnicos. En la misiva, el gremio explica que de no hacerse de esa forma, se crearán nuevos “cargos trampolines” como en Juan Fernández, Sierra Gorda y San Pedro de Atacama.

“Actualmente no existe un criterio técnico amparado en algún estudio que sirva de fundamento para la creación de cargos o separación de funciones y por ello solo se recurre, habitualmente, a criterios generales, como el aumento de la población, sin analizar otras variables que puedan ser tanto o más determinantes a la hora de establecer como ‘necesaria’ la creación de un determinado cargo”, dice el escrito que presentó a Campos el notario Alfredo Martín, presidente del gremio.

El documento, que fue elaborado en calidad de asesor de la asociación por el abogado Juan Carlos Manríquez, llama al Ministerio de Justicia a revisar *in situ* la situación de cada una de las comunas en las que quiere crear nuevos cargos, para determinar tanto variables internas como externas que puedan incidir. También hace ver a Campos que la actividad notarial es autofinanciada, es decir, no recibe dineros del Estado, y que sus aranceles están congelados desde hace 19 años.

“Si se suma la creación de oficios (notarías) a la situación del congelamiento de los aranceles, el resultado es evidente y simple y llanamente llegará el momento que el sistema no soportará mantenerse”, dice el documento. “Sin duda, un sinceramiento de los aranceles podría dejar mejores espacios para la creación de cargos o

su eventual separación, ya que la necesidad de autosustentación se verá aliviada”, agrega.

La preocupación de los notarios en este punto radica en que como no existen estudios técnicos integrales que justifiquen la creación de nuevos cargos, no está claro cómo afectará la entrada al mercado de más de cien nuevas notarías, conservadores y archiveros a sus ingresos. Dicha cifra representa casi un tercio de las 327 notarías que existen actualmente y, en un contexto en el que los aranceles siguen congelados y la población no se ha expandido en la misma proporción, los mismos ingresos que perciben hoy deberán repartirse en un mercado mucho mayor.

“Sería peligroso que los notarios ganen poco. Cuando los notarios ganan poco la fe pública puede ser sujeto de manipulación”, dice Ribera, el exministro de Justicia de Piñera. “Este tiene que ser un oficio bien pagado y vinculado a la capacidad de las personas”, agrega.

Alfredo Martín, el presidente de la asociación, cree lo mismo. “Sin duda que mantener los aranceles congelados por casi veinte años y hacer una excesiva creación de cargos es simple y llanamente llevar al sistema en el corto tiempo a un colapso total”, dice Martín, quien reconoce que entre los socios del gremio hay gran preocupación por las medias que quiere tomar el ministro Campos.

Un mercado bajo investigación

El plan de Campos para crear más de cien nuevas notarías, conservadores y archiveros, coincide con el inicio del estudio de este mercado por parte de la Fiscalía Nacional Económica (FNE). Precisamente ayer, el persecutor económico informó que comenzó a indagar este mercado para analizar la “evolución competitiva de la actividad”.

“Existe muy poca información pública disponible sobre cómo funciona el mercado de los notarios desde el punto de vista de competencia y el objetivo de este estudio es conocer cómo ha evolucionado esta actividad y cómo se desarrolla actualmente”, dijo ayer Felipe Irrazábal, titular de la FNE, en un comunicado.

A la FNE le preocupan, básicamente, cuatro elementos de este mercado. Uno de ellos es referente a la “competencia que debiera existir en el proceso de designación de los notarios”, que es el más complejo y urge regular, de acuerdo a varias fuentes que fueron consultadas para este artículo. Pero también se revisará “el precio que cobran y la calidad del servicio que entregan”. Adicionalmente, se agrega como motivo para iniciar el estudio, la falta de información pública sobre la metodología utilizada para determinar la oferta de notarios en el país, es decir la cantidad y ubicación de las notarías.

“Sin embargo, mirar el oficio notarial bajo el prisma de mera competencia, dice el exministro Ribera, puede ser extremadamente dañino. Los notarios son fundamentales en garantizar la fe pública y mientras mejor se ejerza el oficio notarial, menos son las causas que llegan a tribunales. Por tanto, el oficio notarial no puede ser visto solo bajo un prisma de competencia”.

El anuncio de investigación de la FNE, en todo caso, fue inmediatamente puesto bajo sospecha en el mundo notarial. De acuerdo a varios notarios que hablaron bajo reserva de identidad para este artículo, la indagatoria aparece justo cuando el gobierno pretende crear más de cien nuevos cargos, lo que podría interpretarse como una mejora de competencia de un mercado que, en algunos círculos, es visto como opaco y económicamente caro.

*Este reportaje pertenece a una serie de dos piezas. La segunda está firmada por el Equipo de Investigación de *Radio Bío Bío* y se puede encontrar en *biobiochile.cl*.

UN CRIMEN AL REVÉS: EL SECRETO DEL MORRO



Rodrigo Fluxá

4 de febrero

Sábado, El Mercurio

Este reportaje es un claro ejemplo de la importancia que tiene en el periodismo la pauta propia: la capacidad de levantar temas e historias que de otra forma serían invisibles y completamente desconocidas. En tono policial, este trabajo narra la intrincada historia que llevó a un importante descubrimiento: durante la dictadura se cometieron también asesinatos por orientación sexual. Así se lo reveló inesperadamente un marino en retiro a los policías de la PDI que en 2010 lo interrogaban por otro caso. En 1974, funcionarios de la oficina de inteligencia de la dictadura en Arica sacaron a un detenido de un cuartel, lo llevaron a la cuesta Acha, lo fusilaron y lo tiraron a un pique. El motivo: era homosexual. Tras reconstruir la historia, la policía logró encontrar el cuerpo y confirmar que el asesinato efectivamente ocurrió. El único problema: tras ocho años de arduas investigaciones no se había podido establecer la identidad de la víctima. La publicación de este reportaje reabrió la causa y dio pistas concretas para esclarecer el caso.

Bernabé Vega llevaba 35 años esperando que llegara su momento; cada vez que alguien tocaba el timbre de su casa a las afueras de Concepción existía la posibilidad, pequeña, pero real, de que lo vieran a buscar.

Pero no venían. Para marzo de 2010 tenía 73 años. Era un marino en retiro, devenido en anciano de los testigos de Jehová, con una salud delicada, que incluía cuatro *bypass*, una discopatía lumbar y cáncer a la próstata. Era justo decir que llegaba al final de su vida, cuando el teléfono sonó: dos policías de la PDI de Arica necesitaban verlo. Le preguntaron si podía trasladarse al norte. Él respondió que no tenía los recursos. Los policías le dijeron que lo irían a buscar. Eso le dio tiempo, al menos unos días, para advertirle a su familia lo que vendría, lo que sabrían de él, lo que no se había atrevido a contarles.

Enrique Guzmán y Rosa Otárola, los policías, estaban dedicados a tiempo completo a casos de violaciones de derechos humanos y los meses recientes habían trabajado en la desaparición de Grober Venegas, quien los últimos días de 1975, cuando tenía 43 años, fue sacado de un cuartel de la PDI por un grupo de inteligencia del Ejército, donde estaba acusado de supuesto tráfico de drogas. Tras eso, no se lo volvió a ver. Guzmán y Otárola habían logrado un avance sustancioso en esa causa: un militar había confesado la ejecución, solo faltaba encontrar el cuerpo que, se suponía, estaba enterrado en algún lugar del valle de Azapa.

El 25 de marzo de 2010 los policías pasaron a buscar a Bernabé Vega.

—Parecía que quería sacarse un peso de encima—dice el detective Guzmán, sentado en un edificio patrimonial de Antofagasta, mientras ordena mentalmente cómo sucedieron las cosas esa tarde y se da cuenta de cómo unas pocas palabras lo tuvieron ocupado casi cinco años. Los policías hablaron como suelen hablar los policías de la Brigada de Derechos Humanos: preguntando generalidades, escondiendo sus cartas, soltando algún dato relevante de vez en cuando, escondido en formalidades.

—Era rutina. No nos interesaba él, era para chequear una información—dice la detective Otárola en un salón de la brigada, ubicada en Providencia. El caso fue una especie de iniciación para ella: llevaba menos de un año trabajando.

Le preguntaron sobre los integrantes del equipo de inteligencia en 1974. Vega los enumeró. Le preguntaron si había sido parte de una ejecución. Vega relató cómo sacaron a un detenido del cuartel, lo llevaron a la cuesta de Acha, encontraron un pique y lo arrojaron. Los policías tenían la confirmación. Insistieron si esa fue la única ejecución en que participó. Vega asintió. Nunca había sido interrogado por causa alguna. “La única fue la del homosexual”.

Los policías se miraron: Grober Venegas fue asesinado en Azapa, no en Acha. Y no era homosexual. A Bernabé Vega le llegó su momento.

*

Los CIRE eran las células básicas del entramado de inteligencia de la dictadura en regiones. Operaban discretamente, sin el aparataje formal de la DINA. Se formaban los equipos con miembros de distintas instituciones, rescatando lo que había a mano en cada ciudad tras el golpe del Estado. A la PDI le tomó casi un año dar con la planilla total del CIRE de Arica, una decena de nombres que tenía gente del Ejército, Carabineros y dos de la Armada: Héctor Morales y Bernabé Vega, quien, al menos en el papel, era el segundo a cargo,

por su trayectoria: había entrado a la Escuela de Grumetes en 1954, sido tripulante del crucero O'Higgins, del Huáscar, la Esmeralda, completó cursos de capacitación y mando, antes de ser destinado a Arica en 1971, donde fue el encargado del resguardo de la frontera y de la franja marítima. Vivía allá con su mujer y una hija. Pocos meses después del 11 de septiembre, le avisaron que sus funciones cambiarían. De su declaración al juzgado del crimen de Arica. "El gobernador marítimo me dijo que yo y otro marino íbamos a tener que trabajar de civil. Yo no tenía cursos de inteligencia, pero sí buenas calificaciones. No quería el cambio, pero no podía negarme".

El CIRE se instaló en una casa en la vereda norte de la actual avenida Diego de Almagro, casi al llegar a la rotonda Azapa. Había una avícola al frente. A cargo quedó el capitán Ricardo Padilla. En la primera reunión formal, se hicieron una idea del trabajo que harían. De la declaración de Morales, el otro marino: "Vino un superior de Santiago y nos dijo: 'Yo soy el mayor Araya. A mí me dicen el Jote porque tiraba vivos a los curas al Mapocho. Esto es un servicio de inteligencia y el hueón que se quiera retirar de esto o no cumpla las órdenes, lo mando cortao altiro'".

Arica no era una ciudad especialmente activa entre las organizaciones contrarias al régimen. Las tareas inicialmente se centraron en hacer contraespionaje a posibles espías peruanos y bolivianos. También resguardaban el segundo perímetro de seguridad en las visitas de Augusto Pinochet a la región. Otras veces simplemente salían a escuchar conversaciones de la gente en la calle. Todos los miembros del CIRE usaban chapas, para proteger sus identidades. Bernabé Vega propuso hacerse cargo de todo el papeleo y así, según él, evitarse las salidas a terreno con miembros del Ejército, que solían terminar con detenidos en la casa de Diego de Almagro. "Con el paso del tiempo, y por comentarios realizados por los otros funcionarios, a algunas personas detenidas se les llevaba a lugares alejados y se las ejecutaba", declaró Vega.

Por ser un grupo pequeño y de gente que no se conocía pre-

viamente, el ambiente solía tensarse. A fines de 1974 organizaron un asado para recibir a una autoridad que venía desde la cúpula de inteligencia de Santiago. La celebración duró hasta muy tarde, con la mayoría muy tomados. Un sargento, de apellido Henríquez, estaba especialmente ebrio y comenzó a hacer un discurso al menos inusual, dada la audiencia. De la declaración del marino Morales: “Dijo que los militares estaban mejor con Allende que ahora. Esto lo escuchó el superior de Santiago, que también había tomado. Nos llamó y nos ordenó que lo hiciéramos desaparecer. Como Henríquez tenía que viajar a Santiago al día siguiente, yo me embarcaría en su lugar, con el carné de él”.

Los dos miembros de la Armada quedaron helados; la orden era de ejecución inmediata, apenas terminado el asado. Ambos dilataron la misión, esperando que reinara el sentido común, pasada la fiesta. Bernabé Vega intercedió frente al mayor la mañana siguiente, quien lo recibió serio y dio una explicación sobre la orden de la noche anterior: estaba curado. Los marinos lo entendieron: el CIRE operaba tan debajo de los radares, que no había reglas. De la declaración de Morales: “De ahí en adelante decidimos ir informando siempre entre nosotros, los no militares, dónde estábamos. Al menos para que si nos mataban, supieran dónde estaban nuestros cuerpos”.

*

Casi 40 horas y 2.600 kilómetros estuvieron los dos policías con Bernabé Vega en la ruta entre Concepción y Arica. Hablaron superficialidades, cortesías para hacer más llevadero el trayecto, pero les seguía dando vuelta la frase: la muerte de un homosexual. Hasta donde sabían no había ningún antecedente de un crimen por orientación sexual cometido por agentes del Estado en Chile y de haberlo, asumían, habría sido ya conocido, un tema nacional. Pero ¿por qué alguien que jamás había sido mencionado ni interrogado por algún caso de derechos humanos se adjudicaría un hecho así de grave si no fuera verdad?

—Pensamos que, por ser un hombre de edad, estuviese confundiendo historias, un desvarío, pero su relato era rico en detalles. Fuimos cuidadosos en no demostrar que no sabíamos de qué estaba hablando —dice Guzmán.

El 26 de marzo, Bernabé Vega se sentó frente a la jueza María Verónica Quiroz.

“Un día durante 1975 Padilla me dijo que el destacamento que estaba en el Morro de Arica estaba teniendo problemas con un homosexual civil que estaba pervirtiendo a los soldados conscriptos, siendo sorprendido en un acto de esa naturaleza con un conscripto en los faldeos del Morro. Debe haber estado unos tres días detenido en el cuartel CIRE, tiempo en el que se le pidió que escribiera una carta a su familia, reconociendo su condición de homosexual y anunciándoles que se iría al Perú, ya que estaba siendo amenazado por agentes del gobierno militar. Entiendo que la carta se le hizo llegar a su familia posteriormente. Mientras este tipo estaba recluido en el cuartel, el capitán Padilla me llamó para indicarme que debía ir con Morales a horas de la noche y ejecutar al homosexual, ya que era un peligro para los soldados y no merecía vivir. A eso de las 23:30 fuimos en un vehículo color gris, que contaba con tres corridas de asientos. Íbamos Padilla, Morales, Mercado, Castro, Catalán, Cisternas, el detenido y yo. Cuando salimos del CIRE nos dirigimos a la salida sur de Arica, debimos habernos demorado unos 15 minutos. Dejamos el vehículo a un costado de la carretera, subimos el cerro a pie hacia el oriente, encontrando un soldado de guardia. El capitán Padilla le dijo que no se preocupara si escuchaba disparos, que realizarían una práctica de tiros. Tras avanzar unos 60 metros, nos encontramos con dos grandes orificios en la tierra, de unos 15 a 20 metros de profundidad. Alguien tiró una piedra, la que demoró en llegar al final. Al detenido tras eso le dijeron: hasta aquí nomás llegaste. En ese momento este hombre quedó frente a los dos hoyos, Morales y yo detrás de él y a unos dos metros el resto. Mis acompañantes hicieron un semicírculo, se le colocó una venda de esponja en

la cabeza. Padilla nos dijo que viéramos la forma en que lo íbamos a hacer. Contamos hasta tres y disparamos al unísono, dos veces, cayendo el tipo en la arena. Usamos una Smith and Wesson 38 corto, la que era de cargo de la Armada. Disparamos a 50 centímetros de la cabeza. Morales era más alto que yo, que tuve que levantar el brazo. No podría precisarlo, pero los que acompañaban el grupo deben haber empujado el cuerpo dentro de la orilla de los hoyos. Una vez terminado esto, nos retiramos del lugar. Durante el camino de vuelta al CIRE, los funcionarios que iban conmigo me decían que estaba bien hecho, como alentándome y reconociendo que ya era parte del grupo”.

Luego de eso, a Bernabé Vega le pusieron al frente una foto de Grober Venegas. La miró y dijo que no, que no era el hombre que había matado.

Pese a lo explícito del relato, los investigadores seguían incrédulos. Esa misma tarde volvieron a subir al auto rumbo a la cuesta de Acha. Bernabé Vega, desde el asiento de atrás, los iba guiando. Los paró en una pequeña berma, en el kilómetro 2.058 de la ruta 5 Norte. Se demoraron media hora en subir unos pocos metros, desde el camino, hacia el desierto: el anciano se movía muy lentamente. Ya arriba de una pequeña colina, apuntó al descampado. Uno de esos, dijo. Al frente había una veintena de piques mineros, algunos semitapados. Era la primera vaguedad de su relato. A los presentes les pareció que hasta ahí llegaba el caso: varios hoyos parecían desplomados y no había en la región capacidad para registrarlos con rapidez. Pero la denuncia obligaba la búsqueda.

Bernabé Vega volvió al sur. Un equipo de la Defensa Civil, en base a la buena voluntad, se ofreció para revisarlos.

El 11 de mayo, un mes y medio más tarde, el caso se enfrió: no había ninguna denuncia que concordara mínimamente con el relato. Parecía una pérdida de tiempo.

El 24 el equipo de la Defensa Civil cumplía su último día de rastreo. A las 16:30 les restaban dos piques por revisar. Un especialista,

colgando veinte metros, estaba enviado imágenes a los policías, cuando dio la alerta por una radio: hay un *jeans*, hay una camisa blanca. Segundos después avisan: un esqueleto. Y tenía una venda de esponja.

*

Héctor Morales tenía 27 años en 1974 cuando fue reclutado por el CIRE. Había terminado la media en un colegio nocturno, mientras estaba en la Escuela de Grumetes. Estuvo viviendo un año en un buque de guerra, donde fue galardonado como el mejor a bordo de su generación. Fue enviado a Estados Unidos a perfeccionarse como personal de cubierta. Regresó a trabajar a Chañaral y luego a Arica.

Morales tenía diez años de diferencia con Bernabé Vega. Nunca fueron especialmente amigos. Pese a la traumática experiencia en Arica, no supieron nada el uno del otro por casi tres años, cuando Vega, trasladado a Talcahuano, se encontró con un cabo, conocido de ambos. “Me dijo que Morales le había contado lo que pasó y que no podía dormir en las noches por las pesadillas, que debía verlo un especialista”, declaró Vega.

Para Morales fue un problema grande la confesión de Vega. Su vida en Doñihue, Región de O’Higgins, tenía poco que ver con el episodio del desierto: participaba del programa Chile País de Poetas, era presidente de la junta de vecinos y organizaba encuentros de folclore y clases de guitarra.

El 31 de mayo declaró. Dio al menos dos versiones distintas, en una de ellas negando cualquier participación directa. Esta fue la más explícita: “Yo iba de conductor. Me ordenaron primero ir a dar una vuelta al norte, para hacer hora y que oscureciese. Ellos conocían unos hoyos profundos. Me detuve en un lugar perfecto para estacionar. Paré el motor, ellos se bajaron rápido. Me puse a orinar, no quería ver. Escuché varios proyectiles. Di vuelta el jeep. Esperé. Como no los vi venir, me bajé. Me dijeron que fuera donde ellos. Me

dijeron: ‘Yapo, maricón, dispara’. Dije: ‘Cómo, si ya estaba muerto’. Me dijeron que lo hiciera igual, que si caga uno, cagan todos. Sentí susto por lo que había pasado en el asado y le disparé al cadáver. Ignoro si le dio al muerto. Nunca más se habló de eso”.

A medio andar, el juez Rodrigo Olavarría tomó el caso. Puso frente a frente a todos los miembros del CIRE, en careos con Bernabé Vega. La mayoría desconoció el asunto. Otros confundían el caso con otros asesinatos. El careo de Vega con Morales fue incómodo.

Morales: Nunca ejecuté a nadie con Vega, de repente se trata de otra persona.

Vega: Los dos les disparamos

Morales: Me mantengo en mis dichos.

El capitán Padilla, el jefe del CIRE, despejó cualquier duda en su declaración. Reconoció el hecho: dijo que dio la orden, que los marinos la ejecutaron. Fue especialmente duro en su relato. “El hombre fue desnudado y atendida su condición de homosexual decía que lo íbamos a violar, lo que no era nuestra intención, por supuesto. Por lo mismo, el hombre se mantuvo tranquilo”.

Padilla murió poco tiempo después de eso, pero su declaración terminó de configurar el homicidio. Quedaba un crimen clásico, pero al revés: había cuerpo, había autor confeso, pero ¿quién era el que había muerto?

*

Un cráneo en algún momento tuvo carne, tejidos y piel. Los puntos craneométricos se fijan en 21 lugares, 21 puntos en los huesos donde debía ir una cara: desde la frente a la pera, de los pómulos a las orejas. Una fórmula matemática completa la información: si es una persona de contextura gruesa, normal o delgada. Después se proyecta la ubicación de la pupila, del globo ocular. El ángulo de los ojos del cráneo indicaba, en este caso, que eran ojos pequeños, con un párpado definido, quizá un poco pesado. La espina nasal y el tabique mostraban

una nariz corta, algo ancha, con una prominencia, sin ser ganchuda. De costado definitivamente era un rasgo diferenciador. Eso guía los labios: no pueden ser prominentes ni gruesos. Y así se va rellenando.

*

Muchos años después de Arica y del disparo, Bernabé Vega estaba escuchando por la radio un partido de Palestino frente a Coquimbo Unido y cuando el relator mencionó al arquero de uno de los equipos el recuerdo lo golpeó. “Tejos o Trejos, ese era el nombre del homosexual”, les dijo a los policías.

No era mucho, pero era algo, un punto de partida, porque de los días que estuvo detenido en el CIRE no quedó ningún registro: ni acta de la persona que supuestamente lo fue a visitar, ni la dirección de la carta que en teoría escribió el detenido para ir a dejarle a su familia.

Primero se buscó el apellido en la lista oficial de presuntas desgracias de Arica, 145 entre 1974 y 1984: ningún Trejos, Trejo, Tejo o Tejos. La guía de teléfonos tampoco ayudó. Revisaron las actas de ingresos a cárceles, del Registro Civil, se levantó el listado del Ministerio de Educación con alumnos que tuvieran ese apellido y que hubiesen pasado por algún liceo en la década de los 50 y 60 en la ciudad. Llegaron a tres nombres: uno muerto en 1997, otro en 2008 y uno vivo. Evidentemente, no era ninguna de ellos.

—Llamamos varias veces a Bernabé —dice el detective Guzmán—. Para preguntarle si estaba seguro del apellido, si no se pudiera haber confundido. Él insistía: Tejos o Trejos. Agotamos también las pistas que daba el cadáver.

La autopsia indicó un disparo calibre 38 en la cabeza como la causa de muerte. El ángulo de entrada de la bala era concordante con el relato de Bernabé Vega. Al cadáver le faltaba el incisivo izquierdo delantero, por caída post mórtem. La prueba de carbono 14 precisó la fecha de muerte: 1975. Había varios recortes de diario en el pique

minero: algunos de fechas concordantes, otros de data anterior. Uno era un aviso que decía: “Cásese si puede”.

El equipo antropológico del Servicio Médico Legal intentó unir más cabos en su informe: “Sujeto de sexo masculino, entre 30 y 45 años, ancestría mestiza, estatura entre 1,63 y 1,69. Ausencia coronaria del incisivo central, muy probable que pudo haber sido observada cuando el individuo sonreía. Además, se registra una pieza dental incluida en la mandíbula y el segmento torácico extendido producto de la presencia de una vértebra y una costilla supernumeraria, factibles de haber sido registradas mediante radiografías. Se registraron diversos marcadores de estrés ocupacional relacionados con movimientos repetitivos y actividades de alto requerimiento físico y fracturas por sobrecarga en muslo y pie. Posturas forzadas”.

O sea, probablemente haya sido un obrero. El diente supernumerario sí abría una pista más alentadora: menos del uno por ciento de la población los tiene. Sirvió además para descartar que fuera uno de los seis casos de detenidos desaparecidos vigentes en Arica, cuyos familiares seguían expectantes las primeras diligencias del cuerpo encontrado.

Pese a que nadie recordaba un acento, se evaluó que pudiera tratarse de un ciudadano peruano; eso explicaría que nadie hiciera la denuncia, pero desde Tacna la policía dijo que no tenían casos pendientes que dataran de esa época o que coincidieran con los apellidos. La falta de denuncia también podría explicarse por la condición sexual del fallecido: en el Chile de los 70 la orientación sexual era motivo de vergüenza.

—Eso, o que viniera de otra parte del país —dice la detective Otárola—. Mucha gente se iba a Arica a empezar una vida nueva, lejos. Y quizá por eso nadie lo echó de menos.

Los dos policías y el juez, entonces, comenzaron a trabajar en el único dato del que estaban completamente seguros: que había sido asesinado por ser homosexual. Y se abocaron a una tarea inédita: reconstruir, cuarenta años después, la vida nocturna ariqueña,

post golpe de Estado. Identificaron discotecas y prostíbulos, y comenzaron a hacer preguntas. “Era complejo”, dice el detective Guzmán. “Si hubiera sido asesinado por motivos políticos, habría alguna madeja que seguir. Y la homosexualidad se vivía muy discretamente en ese tiempo. Hablamos con peluqueras, fuimos a lo que era el barrio rojo: quienes eran bailarinas en ese tiempo, ahora eran las dueñas de locales, o señoras de edad, que ya había dejado esa vida atrás. Otros no nos querían recibir y les hacíamos llegar la consulta por medio de terceros, para que no vaya a ser que justo quien podía ayudarnos fuera alguien que no nos hubiese hablado. Les decíamos si alguien había desaparecido repentinamente de la escena esos años, de un día para otro. Y eso, asumiendo que pertenecía a ese mundo: bien podía haber sido un hombre de familia, que llevara una segunda vida. No encontramos nada. Pero siempre que parecía que estábamos perdiendo el tiempo, teníamos un pequeño avance que nos mantenía la fe”.

El primer año, mientras agotaban las diligencias en la identificación del cadáver, los investigadores dejaron a un lado la otra mitad de la historia. En una reunión, luego de haber llegado a otra calle sin salida, se dieron cuenta: ¿qué pasó con el conscripto que estaba teniendo sexo con el fallecido en el polvorín en el Morro? El papeleo comenzó de nuevo: pidieron al Ejército la lista total de soldados que cumplieron el servicio militar en el regimiento en Arica y los fueron llamando para saber si recordaban el episodio. Muy pocos querían hablar. Otros se acordaban vagamente el hecho, pero no el nombre del soldado.

El 25 de febrero de 2012 le tomaron declaración a René Silva Calderón, exconscripto y quien, coincidentemente, había participado como miembro de la Defensa Civil en la revisión de los piques en Acha. “Era común que en las noches nos correspondiera ir a distintos lugares a hacer detenciones a homosexuales, los que eran llevados al regimiento donde permanecían y eran interrogados [...]. En ese contexto, una vez, en 1974 escuché un comentario dentro del regi-

miento, que en el polvorín que estaba en los faldeos del Morro, más conocido como la Bóveda, habían sorprendido a un soldado con un homosexual, enterándome de que era de apellido Ponce. Él era conocido como homosexual en el regimiento, fue dado de baja con timbre rojo”.

Había varios Ponce en la lista de concriptos. Los policías fueron a visitarlos a sus casas y, en el caso que estuviesen fallecidos, tenían que hacerle la incómoda pregunta a sus familiares, la mayoría gente de edad: ¿Tuvo su hijo o hermano algún incidente de tipo homosexual durante su servicio?

Así llegaron a la casa de los Ponce Peña, familia que tenía tres hijos en la lista del servicio militar, todos ya bordeando los 60 años. Y preguntaron otra vez. “La mamá de ellos, una señora de edad, se molestó mucho, nos pidió que nos fuéramos”, dice el detective Guzmán. “Le explicamos lo importante que sería hablar con sus hijos. Me dio la impresión de que algo sabía”.

Dos días después, al detective Guzmán le sonó el teléfono. Era la señora. Quería hablar con ellos.



El perito Pablo Garrido tomó los cálculos matemáticos, esos puntos craneométricos y comenzó a proyectarlos con arcilla, blanca primero, luego con colores, sobre una especie de tarima. Le hizo una partitura a la derecha de la cabeza, con el pelo café, ni largo ni corto. Le pusieron una corbata ancha, camisa a cuadros, una chaqueta. Parece una especie de empleado público.

—Nos estábamos quedando ya sin salidas —dice la detective Otárola.

La reconstrucción facial lleva diez años activa en Chile. Hay cuatro personas que saben hacerla. Según los textos, tiene 70 por ciento de eficacia, aunque hay vacíos difíciles de pasar por alto: como el color de los ojos o de la piel. Bernabé Vega vio la foto de la

escultura del perito y le dio el visto bueno. “Solo que se ve un poco más delgado”.

—Así que lo hicimos. Pedimos un permiso especial al tribunal y tratamos algo que no se había hecho antes.

En mayo de 2012, el Primer Juzgado del Crimen de Arica compró avisos tres días distintos, incluido un domingo, en *La Tercera* y *La Estrella de Arica*, con la esperanza de que alguien lo reconociera. La foto del cráneo reconstruido del cadáver de Acha estaba impresa y la acompañaba un pequeño texto:

Se solicita a las personas que hayan conocido o ubiquen a quien aparece en la presente imagen, persona presuntamente desaparecida a partir del año 1973, comunicarse al fono 6488389 o al correo ubicarpersonas@gmail.com, a objeto de aportar antecedentes para su ubicación.

*

La casa de los Ponce Peña da a la calle principal que conecta el centro de Arica con el cerro La Cruz. Su puerta es de madera, sin cerrojo útil, que da a un patio polvoriento, sin una pizca de verde, como la mayoría de los patios del sector, que a su vez conduce a una casa muy oscura, de un piso. El timbre de los Ponce Peña no existe, o sea, hay que gritar para que, la mayoría de las veces, salga Jaime Ponce a abrir, quien está a cargo de su tío Félix Ponce, con dificultades motoras tras un accidente, y su abuela Lupercia Peña, quien se mueve muy poco, escucha casi nada, pero no por algo especial, solo porque está a punto de cumplir 90 años. Sentada en el *living* de su casa, un mediodía de diciembre, se pone a hablar de Jesús, su tercer hijo, que no se ve por la casa ahora, mientras enciende un auricular que la ayuda a oír. Su nieto la va guiando en el relato.

—¿El Jesús? —pregunta ella—. Hizo el servicio para el golpe. Félix, su otro hijo, ingresa desde el patio, haciendo muecas:

—Rarito, el Jesús era rarito.

Lupercia Peña sí oyó eso.

—De chiquitito que fue distinto. Hablaban cosas de él. Yo lo atrincaba y le decía: tú eres hombrecito, tienes tulín. Yo lloraba, no quería que fuera eso. Y él me calmaba, me decía que esas cosas que decía eran calumnias.

Y luego cuenta lo mismo que les manifestó a los policías cuando les dijo que necesitaba verlos de nuevo:

—Una tarde como a las ocho, cuando él estaba haciendo el servicio en el regimiento, yo estaba tomando té y veo que un camión de militares se estaciona afuera. Los militares entraron sin golpear; traían a Jesús y lo tiraron al piso. Me dijeron: “Acá le venimos a dejar a este maricón, que no sirve para el servicio”. Yo me enojé. Le dije: “¿Usted es militar y tan roto? ¡Usted está hablando con una madre!”.

Su nieto la interrumpe:

—Abuela, ¿y qué le dijo el Jesús ahí? ¿Se acuerda? Es importante.

—Ya —responde ella—. Le fui a preguntar: “Mijo, ¿qué fue lo que te pasó?”. “Nada mami”, me respondió. “¿Qué po?”, le grité. Y me dijo: “Es que entendieron mal algo. Estaba haciendo actuaciones, un juego, haciendo de mujer. Y malentendieron”. Me enojé harto con él, le dije: “Qué tenís que andar haciendo cosas raras”.

Después de eso, Jesús Teobaldo Ponce Peña agarró sus cosas y su familia no lo volvió a ver en 40 años. Una vez les escribió una carta, contándoles que había estado preso y que vivió un tiempo en el Hogar de Cristo.

Pero Jesús Ponce no aparece en ningún registro oficial del Hogar de Cristo. Sí estuvo detenido varias veces, la mayoría por sodomía, figura legal que se utilizó buena parte del siglo pasado para perseguir a los homosexuales en Chile. Por sus antecedentes se puede deducir que estuvo en Talca, en Iquique, que volvió a Arica en 1978 y que se instaló en Santiago a principios de los 90. Su última causa

es de 1991, cuando fue acusado por una madre de tener relaciones sexuales con su hijo de 16. En ese expediente él resume su vida: es soltero, sus amigos le dicen Marcela, es maestro de cocina, trabajó en el Mercado Central y desde los ocho años que sabe que es gay. No menciona la razón por la que dejó Arica.

—Hasta que un día llegó un caballero a tocarnos la puerta —dice su madre, en el *living* oscuro, mientras se arregla una polera que tiene el cuello vencido—. Y decía que era él. Le pedimos el carné, antes de hacerlo pasar.

Era efectivamente Jesús Ponce, que se instaló, todos esos años después, a vivir nuevamente con su mamá. Le construyeron una pieza, le regalaron una tele. Pero casi no contaba qué cosas había hecho en su vida. Era muy reservado.

—No le gustaba quedarse en la casa. Se perdía. Un día no llegó más.

Los policías, cuando escucharon esta parte, en este mismo *living*, se tomaron la cabeza. Jesús Peña no está en la casa porque murió de neumonía, afuera del hospital de Arica, el 15 de octubre de 2007, el día en que cumplía 57 años. La confesión de Bernabé Vega llegó tres años tarde.

Lupercia Peña está cansada. Su nieto la consuela e interpreta lo que todos en esa casa del Cerro La Cruz piensan sobre el tema cuando dice:

—Si tenía alguna respuesta sobre el muerto, Jesús se la llevó a la tumba.

*

El 23 de octubre de 2014, el juez Olavarría inició el procesamiento formal contra Bernabé Vega y Héctor Morales, por el secuestro y homicidio de un NN. La acción incluía inicialmente a Padilla, ya muerto, y a Sergio Mercado, quien había sido declarado inimputable por demencia senil años antes, en una causa del magistrado Mario Carroza.

Bernabé Vega y Héctor Morales alcanzaron a estar ocho días presos cada uno, en diciembre de 2014, antes de quedar en libertad provisional luego de pagar una fianza de 400 mil pesos.

Morales fue activo en su defensa. Contrató al abogado Jorge Balmaceda, ducho representando a exuniformados. Trató de instalar dos ideas frente al juez. “Primero era discutible su participación, a lo más correspondía a encubridor. Y lo segundo es que no corresponde a un crimen de lesa humanidad, no había un ideario político detrás”.

El último punto era el más controvertido, la naturaleza del crimen. La Corte de Arica lo resolvió en octubre de 2015: sí era un crimen de lesa humanidad, al afectar a un miembro de una minoría, sexual en este caso, en el contexto de la represión contra civiles. Con eso caía cualquier intento de hacer prescribir el crimen. No hay precedentes en la justicia chilena de una decisión así.

Bernabé Vega casi no se defendió legalmente: tomó el abogado que le correspondía por turno, al que ni siquiera conoció en persona. En su evaluación del SML parecía ya entregado.

“Fue una decisión dura que tuve que tomar, pero era algo personal, mío. Tenía a mi señora y a mis hijos; entre mi familia y esta persona, estaba mi familia primero. No podía ponerlos en riesgo. Lo hice y pasaron los años. Me vino a buscar la PDI de Arica. No lo llevamos detenido, me dijeron, lo llevamos porque usted sabe si estas cosas pasaron. Les dije: no vengo como blanca paloma, porque estuve en un destacamento de inteligencia, y si voy a pagar, tengo que pagar. No le voy a mentir: soy testigo de Jehová”.

SML: ¿Sabe qué consecuencias podría tener eso?

Bernabé Vega: Sí, puedo pagar con cárcel.

SML: ¿Qué le parece eso?

Bernabé Vega: Me parece justo.

El 2 de abril de 2016 se dictó la sentencia. Se les procesó finalmente, tras una recalificación, solo por homicidio simple: cuatro años de presidio menor en su grado máximo, para cada uno. Operó

a su favor tener irreprochable conducta previa y dar colaboración efectiva, en el caso de Bernabé Vega: literalmente sin su confesión, error o no, no hubiese habido juicio. Una tercera atenuante fue desoída por el juez: ambos habían mandado al tribunal los talonarios de depósitos de diez y veinte mil pesos al Hogar de Cristo y la Teletón, un intento de configurar una reparación del mal causado, no habiendo familiares de la víctima a los cuales compensar. Según el juez: “El celo reparatorio que no se divisa de modo alguno, por lo exiguo del depósito frente al grave delito cometido”.

La falta de arrepentimiento efectivo cruza los informes de ambos, elaborados por Gendarmería, para ver si calificaban para el beneficio de libertad vigilada. En el de Morales se lee: “No está de acuerdo con las muertes en dictadura. Son seres humanos, afirma. Dice haber estado con pesadillas y sentimiento de culpa, pese a no haber entregado nunca los antecedentes”.

El de Bernabé Vega fue aún más complejo. En un punto de la entrevista dijo sobre el NN. “La familia de la víctima la rechazaba y repudiaba aquella condición sexual, además de ser un tipo totalmente desfachatado; sin embargo, reconozco no era razón para matarlo”. La profesional a cargo del informe anotó: “Se vislumbra su falta de remordimiento y prejuicios relacionados a la preferencia sexual de la víctima, exhibiendo indiferencia hacia las consecuencias de sus acciones”.

De todas formas, ambos calificaron para el beneficio: tienen que presentarse una vez al mes para firmar. Los ocho días en 2014 fueron los únicos que pasaron presos.

Los avisos en los diarios no funcionaron. “De acuerdo a lo ordenado verbalmente por su SS Iltma. esta oficial investigadora informa que hasta la fecha de evacuación del presente informe se ha estado monitoreando el fono y la dirección no habiéndose comunicado nadie relevante para estos”. La nota la firma Rosa Otárola. La detective fue enviada a Santiago, con la investigación ya cerrada. Continúa en la Brigada de Derechos Humanos. “Siempre he pensado que si

más gente viera la foto, algo podría pasar. Quizá la publicamos poco tiempo y no toda la gente compra el diario. Me gustaría que tuviera otra oportunidad. Es insólito haber solucionado el crimen y no saber quién es. No se siente cerrado el ciclo”.

El detective Guzmán trabaja hoy en la Brigada de Homicidios de Antofagasta. El grueso de su trabajo son asesinatos entre migrantes. “Se hizo todo. No teníamos nada y logramos reconstruir la historia. Pero uno le da muchas vueltas, es inevitable: ¿habrán sido novios los dos, por eso estaban juntos en el polvorín?, ¿eran amantes? ¿Se habrían conocido esa noche? ¿O era una historia de amor?”.

El cuerpo sigue en un pabellón del SML en Santiago, esperando que el juez dé la orden para enterrarlo en el Cementerio General. En diciembre de 2016 se agotaron todas las instancias judiciales, incluida una apelación de Morales, que fue desatendida por la corte. La casa del CIRE es hoy una bomba de bencina. El polvorín a los pies del Morro ya no es un sitio alejado, escenario de romances ilícitos: hay una población cruzando la calle. Y el caso, con las pistas que sirvieron, con las que no llevaron a ninguna parte, con la foto de la proyección que imagina cómo sería la cara de un cráneo que pasó 35 años bajo tierra, está archivado a la espera de que alguien, de casualidad o no, junte las partes: Arica, el obrero, el diente numerario y diga: yo lo conocí, yo sé quién es. En la tapa del expediente, apilado entre torres de papeles, dice simplemente: “Episodio homosexual”.

EL CRIMEN DE LOS BUENOS



Constanza Michelson

2 de noviembre

The Clinic

La autora de esta columna, la psicoanalista Constanza Michelson, se estableció en 2017 como una de las voces más agudas en el ámbito de la opinión respecto a temas de género y sexualidad. En esa línea, en esta columna desmenuza, explica y obtiene sorprendentes conclusiones del “escándalo de las leches”. En la superficie, se trata de una mala gestión que llevó a que un cuarto de la leche maternizada de buena calidad que el Estado compró a un alto costo, para reemplazar la entrega de leche Purita a lactantes que no reciben leche materna, se pudriera en bodegas. Pero en el fondo, el debate es sobre asuntos más profundos: “buenas madres” que amamantan a sus hijos versus “malas madres” que no lo hacen. “La crítica rápida y sensacionalista (al proyecto del Minsal) hace que se pierdan no solo unos tarros vencidos, sino que la posibilidad de cuestionar la nueva normatividad de la maternidad, que está llevando a tantas mujeres a sentirse mal consigo mismas frente a un ideal voraz”, sentencia la autora.

El escándalo de las leches comenzó el año pasado. Seguramente muchos no se enteraron, porque los temas relacionados a la maternidad suelen quedar como un asunto doméstico, guerras entre mamitas, las han titulado. Si el caso hoy toma visibilidad pública es porque se politiza. En la política chica eso sí: la oposición reclama mala gestión del Ministerio de Salud (Minsal), otros confirman que hay que achicar al Estado, otros que los funcionarios públicos roban. Da lo mismo lo que digan las investigaciones, en estas cosas lo que importa es ratificar la propia posición.

Lo que no se ha politizado es el tema de fondo. La ideología involucrada en este caso. Con las mamitas no se mete nadie. No sé si por oportunismo (que ellas se sigan haciendo cargo de todo) o porque el tema en sí es poco sexy para quienes no están involucrados.

Resumo: el Minsal elaboró un proyecto piloto para incorporar leches maternizadas al plan nacional de alimentación complementaria. Así, lograr sustituir la famosa leche Purita, no indicada para lactantes, por fórmulas que tienen alto costo pero que son las adecuadas para bebés que no reciben leche materna. Es decir, se trata de una medida redistributiva. Una maravilla. Pero hoy se sabe que el 25% de estas leches se vencieron en la bodega. Merma mayor a lo habitual en un proyecto piloto.

¿Qué pasó entremedio? Seguramente varios cálculos mal hechos que habrá que investigar. Pero hay uno que posiblemente no se esperaban: la resistencia que tuvo el proyecto por parte de equipos de salud y activistas prolactancia, quienes leyeron en este una amenaza

a la promoción de la lactancia materna. Aprensiones de las que se puede extraer un supuesto moral: si las mujeres pueden optar, escogerán “la flojera” de alimentar a sus hijos con una botella de plástico. Fantasma similar a la descriminalización del aborto, donde algunos suponían que entonces a todas nos bajaría una fiebre vaginal. Las mujeres necesitaríamos de un gendarme para ser buenas madres.

Varios centros de salud incluidos en este proyecto no se subieron o se subieron tarde. Por su parte, apareció una contra campaña viralizada como #Minsalsinnegocio. El “negocio” denunciado se basaba en dos asuntos: uno, que no se licitó a la empresa más barata (esta postuló mal y se tomó una opción intermedia), y dos, que se habría realizado una compra que superaba a la cantidad de beneficiarias. Este último cálculo estaba hecho sobre la base de que había dos categorías que se consideraban improcedentes por este movimiento: las madres que declaraban baja producción de leche (criterio que, como la tercera causal de aborto, podía implicar que las mujeres mintieran), y en segundo lugar, las razones personales para no amamantar. Ambos criterios fueron quitados del protocolo por el Minsal. Olían demasiado a mala madre.

El tema estaba cruzado por un afán moralizante hacia las mujeres. Escuché de varias fuentes resistencias en los equipos que apelaban al castigo: si una mujer decide no amamantar a su hijo, entonces que reciba leche Purita no más. Paternalismo, que como toda moral se cruza con lo sádico. Se castiga aquí a la madre, quitándole un derecho a su hijo, quien por cierto es otro sujeto de derecho.

Hasta ahí el caso.

¿Incompetencia? Eso se lo dejo a la investigación. Es la política chica, el *round* de turno. Por otro lado, si es mejor la leche materna o la fórmula, se la dejo a los debates de activistas en 140 caracteres. Porque es un falso debate, una polarización de lugares entre buenos y malos. Nadie niega los beneficios rotundos de la lactancia materna, pero la complejidad de la vida de una mujer implica que a veces no sea la mejor alternativa. El asunto del cual sí quiero ocuparme es de

cómo cierto bien se transforma en una ideología, que precisamente por tratarse de algo que “bueno” se torna incuestionable. Y aún más, genera miedo al debate.

Esa fue la torpeza del Minsal: asustarse para no quedar como terroristas de la relación madre hijo. No defendieron su proyecto, como lo hicieron a rajatabla con la ley de aborto. Se enredaron. Hicieron caso a quienes los atacaban, quitaron criterios de entrega, se atrasaron, es muy posible que eso tenga que ver con que se vencieran tantas leches. Incluso, hicieron un estudio fallido para justificar lo que ya sabían, que era mejor la fórmula que la leche Purita (no funcionó, porque incluso las madres de menores recursos conseguían una leche de mayor calidad a la Purita). Trataron de validar “científicamente” algo que tenía razones políticas y se les fue en collera.

Respeto mal entendido, cobardía, que evitó un debate. Y que tiene hoy como costo que la opinión pública —obviamente quienes no son beneficiarios de este proyecto— rechaza la continuación del programa. Indignarse es fácil, más que preguntarse a quién se perjudica con ello.

Por alguna razón la discusión sobre maternidad, crianza y economía femenina no se politiza. Si bien parte importante de los debates culturales están puestos en poner en cuestión la biopolítica —por ejemplo, los estudios de género—, este neodarwinismo de la maternidad queda relegado a las revistas femeninas. Se habla de una revolución de la crianza, que curiosamente además de las obviedades que plantea con palabras nuevas (colecho: dormir con la guagua; porteo: llevarla apegada al cuerpo; crianza respetuosa: seguir los pasos de estas nuevas enseñanzas), replica los imperativos históricos del rol de la “buena madre”. Son ideas que, al volverse una nueva norma produciendo culpa a quien no calce del todo, conviven perfectamente con lo que una economía requiere de las mujeres: que cada mujer, si es buena, se haga cargo de la reproducción de la especie sin chistar. Buen negocio. Una forma de control amable, porque además se ha construido bajo el aura de que las madres son sagradas. Tentación

alta, que lleva a muchas, incluso, a comprar su taller para encontrar a la diosa que lleva dentro, antes que pensar en su jubilación.

Lo cierto es que históricamente la mujer ha sido afín a la búsqueda de lo sagrado. A algo más allá de las condiciones de la depredación y normas patriarcales. Y que a veces ha sido una amenaza para lo establecido. Parafraseando a Bataille, no por nada la inquisición se deshizo de las brujas y no de las putas. Pero hoy los conjuros parecen de brujas inofensivas que, aunque se resisten al modelo de consumo, terminan siendo serviles al mercado. Hablo de esa especie de econarcisismo —porque tiene que ver con sentirse bien con uno mismo— que supone que la revolución está en la naturaleza. No cualquiera, sino una idealizada, piadosa y hecha a la medida del hombre.

Pero en el deseo de ser bueno hay engaño. Como los libertadores de los ratones del laboratorio de la Universidad de Chile, quienes tras su acto heroico no hicieron más que dejar a esas criaturas libradas a su muerte a la vuelta de la esquina. Asimismo, los bien intencionados que defienden el parto sin asistencia, el no uso de vacunas ni anticonceptivos, la crianza que impone a las madres una presencia irrestricta, caen en romanticismos sin responsabilidad política que pueden terminar siendo un insulto para quienes padecen realidades precarias. O derechamente una negligencia o incluso un crimen. Ahí donde el parto con dolor es contado como un heroísmo en el primer mundo, para otras es el costo de la falta de asistencia y dignidad en el trato.

Muchas de estas tendencias no solo se han vuelto una nueva neurosis (por ejemplo, es bastante común que la madre que intenta ser “relajada”, sea la menos), sino que pueden caer en lo grosero cuando se radicalizan en posturas que generan miedo, cerrando la posibilidad de debates complejos. Como le ocurrió al gobierno con su proyecto de las leches.

La crítica rápida y sensacionalista hace que se pierdan no solo unos tarros vencidos, sino que la posibilidad de cuestionar la nueva normatividad de la maternidad, que está llevando a tantas mujeres

a sentirse mal consigo mismas frente a un ideal voraz (esta fue una de las últimas portadas de la revista *Time*). Reduciendo un proyecto humanista a uno veterinario, quitándole a las mujeres involucradas lo único que nos da humanidad: el espacio para la palabra singular, para la ética que implica siempre una elección.

Un debate serio, más allá de las pequeñeces de la contingencia política y de las falsas dicotomías (las pro y contra lactancia), es del todo necesario: hablar de la relación mujer y pobreza, para ir más allá de simulacros de “empoderamiento” a las mujeres, pero que no implican ningún poder real.

REPÚBLICA BANANERA



Alberto Fuguet

26 de octubre

Qué Pasa

Nadie mejor que Alberto Fuguet, el novelista, cuentista, director de cine y creador de la generación McOndo, para contarle a los chilenos lo que se cuece en los Estados Unidos de Donald Trump. El autor vivió una infancia de exilio y “sueño americano” en California, y llegó al Chile de la dictadura para sufrir la grisura y el silencio y refugiarse en el cine y la cultura popular norteamericana. Desde entonces es un exquisito intérprete a caballo entre ambas culturas. En este ensayo personal, crónica de viaje o manifiesto polémico llamado República Bananera, vuelve a un país que conoce bien y muestra las complejas grietas de una sociedad confundida a un año de la elección del presidente impensable. “Trump no ha logrado hacer América grande aún o de nuevo, pero sí más patrioter. Y su real triunfo es que buena parte del país no se escandalice con sus extraños y exasperantes *modus operandi*, sino que los celebre,” escribe Fuguet en este texto inclasificable, divertido y doloroso.

Hace casi-un-año (exactamente) me colé a ver los resultados de las elecciones presidenciales de Estados Unidos en el teatro *United Artists*, un inmenso cine clásico de los años 30 renovado del centro de Los Ángeles, California. Por tres o cuatro horas, tomando vinos del valle de Napa y comiendo *popcorn* espolvoreado de queso azul, fui parte de un grupillo de *millennials* ultraliberales-y-progres que miraban con horror cómo la inmensa pantalla conectada a *CNN* se iba tiñendo de rojo.

Rojo republicano.

Rojo sangre.

Rojo *redneck*.

Rojo *white trash*.

El teatro es parte del demasiado-*hipster* y más-carro-de-lo-necesario hotel *Ace*. Estaba ahí, en el centro de una de las ciudades más liberales del mundo –en un estado que, pase lo que pase, siempre será azul demócrata–, por dos motivos: tener acceso a una de las mejores fiestas de celebración del triunfo de Hillary Clinton (la primera mujer presidenta, la ansiada *madame president*) y para observar muy de cerca a un grupo representativo de la juventud digital-y-de-Hollywood que se creía muy segura y dueña de sí misma.

Todos, incluyéndome, estábamos seguros de que Hillary ganaría.

Ya sabemos lo que pasó.

Es probable que, simbólicamente, ese día fuera clave.

No fue el fin del mundo pero ¿acaso era el fin de una era? Brexit, el alza de las derechas en Europa, Cataluña. Quizás todo se remeció

esa noche. Algo estaba cambiando y ahí estaba mirando cómo los que se creían los dueños veían que quizás ya no lo eran. Esto, con el tiempo, capto que no es tan así: siguen siendo los dueños, pero ahora quizás van a tener que compartir. O deberán entender que hay otro tipo de gente que no piensa como ellos. El mundo es más que una burbuja.

Deambulando por Iowa o Texas, dos territorios pro Trump, la sensación que queda no es la de un país al borde de una guerra civil o en ruinas o de un campo de concentración *in progress*. Si uno no tiene acceso a los medios, todo parece relativamente igual que siempre.

La estética —la ética— es otra.

Lo que antes no se hacía o se hacía a escondidas ahora es rutina.

Esa noche en el *Ace*, los celulares comenzaron a hervir. Las mismas herramientas tan cercanas a la elite digital, como Facebook y Twitter, habían ayudado a que triunfara el payaso que todos (¿todos?) coincidían que podía ser un *freak* o un cómico o un tipo no calificado y vulgar (un buen *show*, sin duda, como lo han aprovechado todos los programas cómicos, partiendo por *Saturday Night Live*) y quizás hasta un aporte para remover el proceso electoral y sacudir el Partido Republicano, pero que, ni en broma, ni en la más infinita de las bromas, podía llegar a ser presidente.

Pero las cosas cambian.

Ya sabemos: ganó.

Lo es. Ya sabemos quién es el nuevo presidente.

Estamos en la era de la broma infinita.

*

Hace nueve meses que Trump es presidente, aunque la debacle partió mucho antes del día que ganó perdiendo el voto popular, pero alcanzando los votos electorales estatales necesarios para llegar hasta la más humilde y la menos lujosa mansión donde ha vivido: la Casa Blanca. Trump se hizo el populista pero, más que nada, se aprove-

chó de una profunda división interna. Yo sigo pensando que Trump ganó el día en que Obama triunfó y cuando comenzó a correr el rumor (la llamada *fake news*, con la cual está obsesionado, pero que inventa cada día) de que el nuevo presidente no era estadounidense sino africano. Trump se aprovechó de una división feroz entre dos mundos para armarse un lugar. Es, todos lo saben, un pillo. Gente así aparece cuando la polarización supera lo aceptable y se vuelve fanatismo. Azules y rojos, sí, pero más que nada de aquellos con y de aquellos sin. No necesariamente se trata de dinero y oportunidades, sino entre los que se sienten dueños del mundo y hablan de “todo el mundo” y aquellos que se sienten fuera. Hoy, recorriendo algunos estados, observando de cerca, he podido captar que los que se sienten al margen ya no son los que están, en efecto, al margen. Y los que se sienten desplazados son los que no lo están. La sensación es: llegaron los bárbaros, pero aún –hay que decirlo– la barbarie no ha arrasado. Es probable que no ocurra. Hay momentos y episodios y malos manejos, pero deambulando por Iowa o Texas, dos territorios pro Trump, la sensación que queda no es la de un país al borde de una guerra civil o en ruinas o de un campo de concentración *in progress*. Si uno no tiene acceso a los medios, todo parece relativamente igual que siempre. Ese es, de alguna manera, el estado actual de las cosas. Trump triunfó gracias a los resentidos, a los con la bilis burbujeante, a los picados, a quienes desprecian a los que saben mucho y se enorgullecen de no ser intelectuales.

Conversé y estuve con algunos de los que se sentían empoderados.

Un año después volví para ver si todo estaba tan mal y si Estados Unidos es un país a punto de derrumbarse y si la pesadilla Trump había permeado e intoxicado el ambiente general.

*

Flashback: estuve un tiempo antes de las elecciones, durante los últimos meses del segundo período de Obama, justo para las dos

convenciones, en sitios tan liberales y “asquerosamente azules” como Portland y Manhattan y el valle del Hudson y las Catskills y Connecticut. Me junté quizás con la gente errada: los que creían que Trump nunca podría ganar. Los que juraban que el exanimador de televisión, figura mediática y multimillonario inmobiliario podía ser un candidato excéntrico que caería por su propio peso. Que, a medida que pasaran los meses, cada tropiezo que diera, cada exabrupto, cada muestra de intolerancia e incultura lo iría sepultando.

Falso.

Todo eso lo ayudó.

¿Intervención rusa? Invento o un mal menor o hasta el apoyo de un posible aliado, me han comentado. Un mal menor. ¿No hubiera sido mejor que Rusia ayudara a que Hillary ganara? ¿Pero no creen que esto es un acto de intervencionismo? Respuesta: Nosotros también intervinimos en otros países. El cinismo es la nueva inocencia falsa. Y capaz que ni sea verdad, argumentan. Pero sí fue cierto que Putin ayudó, pues por fin Rusia dejó de ser nuestro enemigo número uno para ser una suerte de compañero de ruta. Esa es un poco la lógica de los que apoyan a Trump.

Hay algo muy tercermundista ahora en Estados Unidos. El país funciona, aunque el declive está. Quizás no una debacle, pero que se haya llegado a esto tiene algo feroz. ¿En qué momento sucedió? Por otro lado, las actitudes de Trump se asemejan a lo pauteado por dictadores latinoamericanos, aunque dentro de un marco democrático. Trump aún no infringe la Constitución. Pareciera, pero no es así. Eso hace que todo parezca muy república bananera, sobre todo en palacio. Y los dos últimos huracanes le dan un aspecto de realismo mágico. Los desposeídos creen estar en el poder, pero la verdad es que ahí están, por ejemplo, en Houston, a la deriva. Trump dice apoyar a los que se quedaron fuera, pero no es capaz de ver o entender o procesar lo que es innegable: Estados Unidos y el mundo son híbridos, mezclados, cafés. Trump quizás tenga dos períodos o a lo mejor es derrotado antes o incluso capaz que no lo haga tan mal

como todos creemos, pero sí algo es –creo– innegable: será el último presidente intrínsecamente blanco.

Más allá de lo que informa la prensa liberal, la que uno admira y fetichiza, lo cierto es que hay muchísima gente pro Trump y al parecer no disminuye. ¿Es posible que gane la reelección? Sí. ¿Quién por el lado demócrata puede hacerle contrapeso hoy? No hay. Y, siguiendo la lógica y las fantasías de la oposición, Trump, por todos sus actos impulsivos y una Casa Blanca descontrolada y desordenada, terminará siendo expulsado, pero muchos consideran que la sola idea de un presidente Mike Pence sería un desastre. Trump promete más de lo que cumple, grita más de lo que actúa, actúa más de lo que piensa.

Es un *show* vulgar pero irresistible que dura 24 horas diarias.

Es, sin duda, uno de los espectáculos políticos más fascinantes y adictivos, pero en la calle, en los pueblos, en el día a día, el deterioro de las formas y el empoderamiento de la estupidez, el mal gusto y la pequeñez, el racismo y el desprecio por la ciencia, no es tan notorio. De hecho, nunca pude entrar tan fácilmente por inmigración y, por alguna razón que desconozco, pasé a ser prechequeado por la TSA (Administración de Seguridad en el Transporte de EE.UU.), por lo que me demoré menos en pasar por seguridad (no debí sacar el computador ni sacarme los zapatos). Esto no lo esperaba. Esperaba, claro, interrogatorios en cuartos sin ventanas. Las protestas ya disminuyeron. Un adalid del progresismo, Harvey Weinstein, ligado al cine o a la cultura de las elites, estaba cayendo escalón por escalón por culpa de un artículo del mismo *The New York Times*, que es tan despreciado y temido por los nuevos tipos a cargo de la capital. La era Trump, al menos por lo que pude comprobar, es más un asunto de Washington. Es ahí donde se producen todos los días insultos a la inteligencia, pero aun así parece que las instituciones americanas funcionan y son superiores al gobierno central.

Hillary Clinton contaba casi todo en su libro de memorias y estaba en la prensa todos los días. Trump insultaba a alguien día por

medio, desde lanzando toalla de papel en Puerto Rico o quitándole el piso a su canciller por el tema de Corea. Pero la vida sigue. No se palpa miedo sino, dependiendo de cada lado, éxtasis o agotamiento.

Ya nada sorprende a la oposición.

Por el otro lado: todo lo que hace Trump es genial y cualquier gesto del otro lado es visto con desprecio y he notado que surge un nuevo lenguaje. Mientras que la izquierda usa los términos de siempre (inconstitucional, no presidenciable, desatino) e insiste, con razón, que quizás el actual presidente es mentalmente inestable o posee rasgos que van desde la incontinencia a un narcisismo que roza lo sicopático, es el lenguaje de la derecha el que me sorprendió.

En Dallas, en un hotel, un matrimonio joven, blanco, tatuado, teñido, de pijama, apagaron, asqueados, una inmensa televisión que transmitía *CNN*.

—Qué gente tan amargada —me comentaron.

—Tanto judío —le replicó el marido.

Les dije: ¿No confían en *CNN*?

—Es lo peor. Es gente sin vida, pegada, enojada con la vida, que no saben perder.

Es un canal que no para de mentir porque no se atreve a informar la verdad. Los que perdieron no saben perder. Y deberán a acostumbrarse.

Conocí gente que, por sus profesiones y por sus pintas, por sus hobbies y por sus barrios, yo pensé que eran del lado de Hillary y que ahora salen del clóset como pro Trump. Es bueno que haya un cambio; Trump es poco presidenciable, pero también es divertido. Hace las cosas de otro modo, pero las hace.

El tema de los atletas negros que protestan durante la canción nacional es visto como un acto de desafío heroico por el lado azul; por los seguidores de Trump es simplemente un insulto. Negros millonarios insultando al país que los ha hecho triunfar, me comentó una dentista en un Starbucks de Stanford, Connecticut. Una cosa es

no estar de acuerdo, otra insultar el himno. Esas cosas no se hacen. La gente capta eso.

Y, al parecer, estas protestas pacíficas no están resultando.

Trump no ha logrado hacer América grande aún o de nuevo, pero sí más patrioter. Y su real triunfo es que buena parte del país no se escandalice con sus extraños y exasperantes *modus operandi*, sino que los celebre. Tal cual: todo lo que causa horror en un lado es recibido con aplausos al otro.

Amigos cercanos votaron, para mi sorpresa, por Trump y vitorean sus decisiones. Dice lo que piensa, me cuentan. ¿Miente?, preguntan. Obvio, pero debe hacerlo. Los otros mienten más y la prensa está en su contra. Todos mienten. ¿Kennedy acaso no tuvo amantes? Este no tiene. Quizás tuvo. Trabaja todo el día. ¿Y sus tuitos?, pregunto. Geniales, simplemente geniales. Una gran manera de hablarle directo al pueblo.

Durante días vi *Fox News*.

Un asco.

Pero también vi mucho *CNN* y algo me pasó.

Todos mienten o todos exageran o terminé no confiando en ninguno.

Uno le celebra todo; los otros le condenan todo.

Una cosa es innegable: hay un desprecio o sospecha hacia todo lo civilizado o distinto. Las minorías quizás aún no son perseguidas, pero son ninguneadas, despreciadas. Hay un profundo desinterés por aquellos que muestran interés. Es la fiesta de la mediocridad y lo básico. Aunque, claro, en el otro lado es lo contrario.

Pocas veces he leído mejores análisis que ahora.

La izquierda azul está trabajando tiempo extra.

Esa es la única luz de esperanza. Pero apostar por las ideas, la empatía, la razón, es algo que demora. La masa crítica de oposición es civilizada, culta, articulada, analítica. Quizás ese es el error y la razón por la que, a tres años de la reelección, yo creo que Trump puede ganar sin mucho problema. Los indecisos desaparecieron. O

se fueron a un lado o al otro. Dudo que Trump pierda puntos de su lado. De ser así: ¿de dónde sacarán nuevos conversos los demócratas?

Serán ocho años, no cuatro.

Si es expulsado constitucionalmente (una fantasía que es poco probable que ocurra), se sabe que Pence es Trump con cerebro y contactos y aliados y que es un fanático religioso. Un escritor de Iowa me lo dijo claro: Dios nos proteja de Pence. Trump al menos habla mucho y cumple poco.

¿Será cierto?

Levantará el muro; quizás. Servirá de algo; poco. Los inmigrantes siguen llegando, no huyendo. En Iowa estuve con iraníes gais que me comentaban que EE.UU. bajo Trump parece un paraíso de libertades civiles comparado con Teherán. Es cierto: a cada rato surgen alertas rojas que destrozan los nervios pero, por ahora, al menos, las libertades siguen funcionando.

Partiendo por la prensa.

Trump los odia pero no se atreve a –o no puede– hacer mucho al respecto.

¿Es un dictador? No le da para eso.

Es pronto para saber qué pasará, pero al parecer las instituciones estadounidenses son, en efecto, más fuertes que su presidente. Estar en EE.UU. bajo Trump no es demasiado distinto que estar bajo el EE.UU. de Bush (que ahora es uno de sus grandes opositores).

Algunos intelectuales de Iowa City sí creen que, poco a poco, grupos de republicanos se cansarán de Trump y le quitarán su apoyo. Pero la debacle no llega. Trump no cree en el cambio climático, pero dos huracanes y temperaturas altas y fuegos descontrolados hacen que la gente, hasta aquellos que votan por Trump, creen que sí es un tema. Una vez alguien me comentó: es mejor que Hillary sea presidenta, pero narrativamente todo será más intenso con Trump.

Y así es.

Mucho ruido, mucha polarización, pero, al final, las mismas nueces con otras ardillas.

UN BUEN SHOW



Álvaro Bisama

17 de marzo

La Tercera

El escritor, crítico y profesor de Literatura Álvaro Bisama se ha posicionado como una voz original, profunda y aguda para hablar de la televisión chilena. Ni repetidor de la publicidad de los canales y el entusiasmo de los fans, ni tampoco defensor de la Alta Cultura ni denigrador del apocalipsis de los programas televisivos para las masas, Bisama comparte esta combinación de gusto por lo popular y erudición con los decanos de la crítica televisiva en nuestro idioma: el catalán Ferran Monegal (*El Periódico*) y el colombiano Omar Rincón (*El Tiempo*). Un ejemplo de su mirada punzante es esta columna sobre la cobertura televisiva del retorno a Chile del supuesto sabio económico desenmascarado como pillo e impostor Rafael Garay. “Maestro de la posverdad, Garay hizo de la mentira un arte, una estética y una ética y con eso nos dio a todos un espectáculo que contemplar”, escribe Bisama. En un juego al que invita a los lectores, transforma los episodios de la fuga y captura de Garay en el argumento de una posible serie de *Netflix*, y a la vez demuestra que la crítica televisiva puede ser, como las mentiras de su personaje, un arte.

La primera temporada del *show* de Rafael Garay terminó el año pasado en Rumania, en el momento en que él abrió la puerta a los medios y dio una delirante conferencia de prensa en inglés y español para explicar por qué había huido de Chile. Era un *season finale* perfecto. El misterio de su desaparición había terminado. Estaba vivo y sano en un país exótico y los que habíamos seguido el caso respiramos un poco tranquilos pues estaba a la vista que Garay había renovado consigo mismo el contrato para una segunda temporada.

Esa temporada empezó ayer. Garay volvió a Chile. Los medios lo esperaron desde temprano y cuatro canales de televisión lo siguieron desde el aeropuerto hasta los tribunales y de ahí al Centro de Justicia, donde fue formalizado. Lo que vimos estuvo a la altura: los mismos matinales donde Garay se paseó hablando de economía doméstica o testimoniando su supuesta enfermedad terminal, lo convirtieron en la carne molida con la cual se cocinó el plato del día.

Tenía sentido, ante su silencio todos los pequeños detalles se volvieron oráculos desquiciados, un tarot hecho de informaciones inútiles y comentarios arbitrarios de todo tipo. Todo a la parrilla. Los periodistas que cubrían el caso dijeron que tenía diarrea, que el baño del avión carecía de privacidad, que nunca habían visto algo así desde las detenciones de Manuel Contreras e Iturriaga Neumann. Vimos así que existía el TAR (un equipo policial especialista en Traslados de Alto Riesgo); que a Garay lo revisó una paramédica; que fue esposado y engillado; que le pusieron una chaqueta amarilla y que estaba en buen estado físico; que trastabilló, que la gente le lanzó monedas y huevos en la calle mientras le gritaban que era un ladrón.

Antes de eso Garay había cruzado el mapa de Santiago del mismo modo en que su biografía había atravesado una buena cantidad de capas de la sociedad chilena: la tele, el deporte, la política, la academia, el mundo económico, el arte, la noche. Perseguido por un enjambre de camarógrafos en moto, solo le faltó ir a La Moneda a saludar desde el balcón aunque eso ni siquiera hubiese sido extraño; ni a la selección chilena de fútbol la siguió tal cantidad de *paparazzis* cuando ganó algo. Pero Garay no es la selección, él es una categoría en sí mismo, un espectáculo que se reinventa cada segundo, una noticia en desarrollo. Todo terminó, por supuesto, en la formalización.

Los canales se colgaron del *streaming* de la página del Poder Judicial. Ahí pudimos verlo sentado; un peligro público cuyo misterio comenzó a desvanecerse cuando dejaron de colgar la transmisión *on line* y comenzaron los culebrones de la tarde y sus dramas atroces. Antes de eso, consciente del *show*, Garay casi nunca miró al fiscal que leyó las acusaciones en su formalización. No escuchó nada o sonrió de modo leve, conversando con sus abogados, revisando algún documento. Antes, nos quedamos con las imágenes de Garay al lado de sus abogados defensores. Son las de un hombre que ha aprendido a suprimir toda emoción del rostro y corresponden a ese villano chanta e inesperado que la sociedad chilena usó por un rato para construir la mediagua de sus pesadillas, para administrar la catarsis de sus culpas catódicas.

Maestro de la posverdad, Garay hizo de la mentira un arte, una estética y una ética y con eso nos dio a todos un espectáculo que contemplar, una ficción a la cual fugarnos en los momentos de ocio. De hecho, ya no importa lo que pase. Los datos reales son irrelevantes, las diferencias entre la verdad y los cuentos de Garay solo son sutilezas, pequeños incordios, pelos de la cola. Por ahora, él ya dijo que en cinco años soluciona todo y arregla las deudas. Mártir de sí mismo, hijo de la televisión y héroe torcido de nuestra cultura popular, hay que felicitarlo a él y los canales por el esfuerzo en la producción de este *show*. La nueva temporada de su programa está buenísima.

ENTRECOMILLADORES



Vicente Undurraga

21 de abril

Qué Pasa

La mayoría de las columnas de opinión que llegan cada año al Premio Periodismo de Excelencia versan de temas de actualidad política, social, cultural e internacional: sobre los mismos hechos y personajes que llenan las noticias de las portadas de los diarios y los informativos de televisión. Pero de vez en cuando aparece una pequeña joya como este breve ensayo que se fija en lo que nadie más nota, lo minúsculo, para pintar nuestra sociedad actual desde un ángulo certero e insólito. Para el editor y crítico literario Vicente Undurraga, las comillas reflejan el momento de un país en que no se dice lo que se quiere sino lo que se debe, en que muy pocos se animan a apostar por sus ideas ni se juegan por sus convicciones, en que los relatos se construyen sobre la arena de la provisionalidad y el utilitarismo. Undurraga acude a muy variados ejemplos para sacar conclusiones a la vez leves y profundas sobre el modo actual de decirlo todo “entrecomillas”. Como uno de sus ejemplos más reveladores: el exagente de la DINA Cristián Labbé, quien publicó un libro titulado *Crónica de la “dictadura”*.

“Por un mundo en el que nadie haga comillas con las manos en el aire”, dice Jovana Skármeta en su biografía de Twitter. Y en verdad abunda la gente que al conversar levanta las manos estirando los dedos índice y medio de cada una hasta dibujar un efímero doble signo de la paz para de inmediato doblar sobre sí mismos los cuatro dedos y volverlos a estirar, repitiendo la operación una o dos veces. Ese gesto implica poner en cuestión, relativizar, sembrar la duda, o la cizaña incluso, sobre lo que se está diciendo.

¿Por qué tantos chilenos sienten la compulsión, al escribir y de un tiempo a esta parte también al hablar, de marcar esa distancia con lo que dicen?

Como dice Wikipedia –ese Diderot electrónico de pacotilla pero imprescindible–, las comillas “son signos tipográficos utilizados para marcar niveles distintos en una oración”. Sin ir más lejos, acabamos de usarlas para citar a la enciclopedia popular. Pero los niveles que las comillas señalan en el habla y la escritura chilenas tienen que ver no con las citas sino con un uso irónico o enfático o timorato de las palabras.

Irónico, como cuando alguien dice:

—“Súper simpático” tu pololo.

—Qué “lindo” tu chaleco.

Enfático, como cuando Humberto Giannini tituló su principal obra filosófica con unas comillas que son de detención, que recalcan: *La “reflexión” cotidiana*. Ahí hacen reparar en el sentido de la palabra reflexión, que el autor entiende como una “vuelta a”: un retornar

meditativo sobre los propios pasos. Sin esas comillas, se leería que el libro simplemente alude a los pensamientos diarios.

Hay, como se ve, casos y “casos”, pero sin duda es el uso timorato el que fastidia a tantos. La frecuentación degenerada de la táctica discursiva del entrecomillado lleva a pensar en una actitud de distancia miedosa con la que quien habla deslinda responsabilidades sobre lo dicho: con comillas, nadie se hace totalmente cargo de lo que está diciendo. O bien lo dice transparentando inconscientemente sus vacilaciones internas. Es ilustrativo un inolvidable tuit que se despachó en 2013 el entonces senador Iván Moreira:

—En momentos políticos ingratos, mi regalo de Navidad al Pdte. Piñera mi “Lealtad” y de millones de chilenos agradecidos que defenderemos su obra (sic).

¿Por qué entrecomilló “lealtad”? ¿Por mero descuido? Difícil creerlo pues se dio maña para abreviar y dejar pegadas palabras de modo de no sobrepasar los 140 caracteres de Twitter. O sea que hubo un par de segundos en los que pensó en esas comillas. Las deseó, las puso, ahí están: “lealtad”. Como diría Bombo Fica, sospechosa la hueá. Más sospechosa que la “huelga de hambre” que “hizo” el propio Moreira cuando tomaron preso al ex “presidente” Pinochet.

A veces, en el habla, las comillas timoratas no se señalan con los dedos sino con un leve pero indesmentible cambio de tono. Hace poco un político dijo en la radio:

—Nuestro candidato quiere privilegiar los “acuerdos”.

Claramente no dijo acuerdos sino “acuerdos”. Sería mejor que los privilegiara sin entrecomillarlos o bien que no los privilegiara, para saber de una si estamos ante un político serio o ante un operador para quien la transacción de posturas será válida aun cuando suponga un transar sin avanzar. La UP, en este sentido, no se andaba con medias tintas. Allende no entrecomillaba. Tenía un “relato”, como se dice hoy. Y los relatos se diluyen con las comillas. O con los milicos, claro.

No es baladí el asunto. Varios medios de comunicación relativizaban la veracidad de los detenidos desaparecidos poniéndolos entre

comillas, como negándoles doblemente la existencia: desechada por el Estado su aparición, la prensa ruin les negaba también la desaparición. Informaban “como ratones”. En esa línea, el ex Dina Cristián Labbé acaba de anunciar que sacará un libro titulado *Crónica de la “dictadura”*.

En la actualidad, hay un uso muy extendido del entrecomillar que es simplemente erróneo y da risa o conmueve. En carteles a lo largo de Chile se ve a menudo:

—Por favor recoja la “caca” de su mascota.

—Se vende “tierra de hojas”.

—Bar “El Hoción Eterno”.

Ya lo decía ese otro gran filósofo chileno que fue Raúl Ruiz: “Todo chileno habla exclusivamente entre comillas”. Nada es lo que es. Todo puede significar lo que se dice literalmente, pero también su contrario. Decir “qué linda tu casa” puede significar exactamente “qué fea tu casa”. Eso, podrá rebatir alguien, se llama ironía. Y es cierto. Pero su uso desbocado lleva a un habla especialmente dislocada, ruiziana, encantadora o agotadora según quién y cómo.

Cuando en los debates políticos que se vienen alguien levante las manos y haga comillas, convendrá ponerse en guardia: podrá tratarse de un chivero, de un cínico o, peor, de uno de esos aguachentos habitantes de la medianía y la expresión cero que suelen estructurar su visión de mundo sobre la sintaxis de la autoanulación y el empate, hablando siempre a punta de condicionantes y comillas:

—Si bien es cierto que el gobierno en muchos aspectos lo ha hecho “mal”, no es menos cierto que en otros lo ha hecho “bien”.

EL ZETA CHILENO



Jorge Rojas
25 de septiembre
The Clinic

Esta crónica rescata del olvido, gracias a un acucioso reporteo y una pluma certera, la historia de un chileno que tiene un título infame: fue un activo miembro de Los Zetas, uno de los carteles narcos más peligrosos de México. Héctor Villagrán Obando era un inventor innato. Alcanzó un cierto éxito fabricando electroestimuladores, una máquina que en los años 80 garantizaba tonificar el cuerpo sin necesidad de hacer ejercicios. Manejaba un Mercedes Benz y tuvo diez hijos con cinco mujeres. Era alcohólico. Probó suerte en Argentina, pero sus negocios fracasaron. Fue taxista en Los Vilos, donde se lamentaba por su nivel socioeconómico. Hasta que en 2002 se fue a México y prácticamente desapareció para su familia. Allá cayó preso acusado de robo con intimidación. Y fue en la cárcel Duport-Ostión, en Veracruz, donde se vinculó con Los Zetas. Manipuló cocaína, participó de secuestros. Una de las últimas veces que llamó a Chile se mostró desesperado, aunque no contó en qué estaba metido. “Los Zetas eran un holding del delito y Villagrán un empleado más”, escribe el autor.

Héctor Villagrán Obando aguardaba en una bencinera en la entrada de Tecamachalco, un municipio de menos de cien mil habitantes del Estado de Puebla, en México. Villagrán se dedicaba a los secuestros y el último le había resultado mal. El Comandante Tinieblas, su jefe, lo responsabilizaba de la muerte del empresario ganadero Mauro Vega Jiménez, a quien habían matado a golpes y luego enterrado en algún lugar de la carretera federal que une Puebla con Veracruz. Todo porque su familia no pagó el rescate.

La muerte era parte del negocio, pero Tinieblas se había molestado. Él era el líder de una célula de Los Zetas, en ese tiempo el brazo armado del cartel del Golfo, y Villagrán uno de sus buenos elementos. Había ingresado a la organización a fines del 2007 y desde entonces se dedicaba a secuestrar. Tecamachalco era una nueva oportunidad para redimirse.

Aquel 8 de octubre de 2009, Villagrán debía preparar todos los detalles para el secuestro de un vendedor de oro y sus trabajadores: Samuel Cruz, dueño de la tienda, su cuñado Adán Huerta, el contador Sergio Mora y el chofer Macario Flores. El lunes 12 de octubre, un hombre apodado El Cachetes pasaría por el hotel, le había dicho Tinieblas, y lo llevaría hasta una casa de seguridad. Tenía prohibido beber durante el fin de semana previo, porque el alcohol lo volvía loco.

“Ponte cabrón”, le dijo El Cachetes apenas lo vio ese lunes por la mañana, mientras le pasaba las llaves de una camioneta GMC blanca, para que manejara. Villagrán obedeció. La casa de seguridad

se ubicaba en una colonia llamada Centro, donde estaba reunida el resto de la banda: José Luna Cuevas apodado el Comandante Sol, Francisco Bautista, Ángel Merino Pérez, alias La Marrana, y Dulce María Gómez, La Maya. Allí aguardaron a que un policía ministerial les diera el dato de la ubicación de las víctimas. Luego de eso, el grupo se dividió en dos vehículos, la GMC y una Cambridge gris, y partieron a Tehuacán.

Villagrán iba junto al Comandante Sol. Durante algunas horas siguieron los desplazamientos de las víctimas, hasta que encerraron el Lincoln MKZ azul en el que se movilizaban. Pusieron un auto por delante y otro por detrás, y se bajaron para encañonarlos. La escena duró menos de 20 segundos. No hubo disparos: “Cada cabrón de nosotros llevaba un arma corta”, le diría Héctor Villagrán a la policía algunos días más tarde.

Hacía casi diez años que su familia en Chile no sabía nada de él. Menos a lo que se dedicaba.

El éxito

Héctor Villagrán tenía el mapa de los circuitos en su mente. En un mundo sin internet, su cerebro era su más confiable enciclopedia. Era experto en la fabricación de electroestimuladores, un raro aparato que a fines de la década del 80 prometía revolucionar la industria de la estética, garantizando cuerpos tonificados sin abandonar el reposo. La máquina cabía en un maletín y contenía un generador, desde el cual salían decenas de cables conectados a unos chupones. Bastaba con pegar las ventosas en los músculos y aguantar los pellizcos durante algunos meses, para disfrutar de las bondades de los aparatos: acabar con la flacidez muscular, reducir tallas corporales y recuperar glúteos caídos. Lucir como Arnold Schwarzenegger, pero sin sudor ni lágrimas. “Gimnasia pasiva”, la llamaban los fabricantes.

La promesa del cuerpo perfecto transformó a los electroestimuladores en un negocio pujante y a Villagrán en un hombre clave, uno

de los pocos chilenos que sabía ensamblarlos. Había aprendido el oficio en la compañía Alfa 2000, pionera en la producción de estas maletas, donde se presentó como ingeniero. Allí estuvo aproximadamente dos años y luego se fue a Vibromagnetic, la competencia, una empresa que se dedicaba a la venta de electromasajeadores. Llegó ofreciendo su *know how* para abrir una nueva línea de producción. “Era muy habilidoso en lo que hacía. Le vendió esta idea de los electroestimuladores a don José Alarcón Riffo, que era el dueño, y empezamos a fabricarlos. Se transformó en jefe del taller y sus máquinas fueron el *boom* de esa época”, recuerda Marcial González, exgerente de ventas de la compañía.

A comienzos de los 90, cada uno de estos maletines costaba poco más de 150 mil pesos, una fortuna para aquellos años. Había avisos en radios y diarios, pero era en la Feria Internacional de Santiago (FISA) donde más se visibilizaban las máquinas. Villagrán estuvo presente durante varios años seguidos en el stand que Vibromagnetic instaló en el pabellón de “Salud y belleza”. No solo iba a vender, también a nutrirse. Visitaba los puestos de las compañías extranjeras en busca de aparatos dignos de imitar. Si uno llamaba su atención, lo compraba y luego lo desarmaba para sacarle el molde.

Creaba sin parar. Invirtió el motor de una aspiradora y fabricó una tina de hidromasajes; le metió unos imanes a una almohada para ayudar a conciliar el sueño; ideó un prototipo que acababa con la impotencia, una copia de un modelo alemán que vio en la FISA: “Era como un viagra electrónico. Te ponías el dispositivo en el bolsillo del pantalón y se lograba una erección con impulsos eléctricos”, explica González.

La inquietud transformó a Héctor en un empleado importante para Vibromagnetic. José Alarcón, dueño de la marca, disfrutaba viéndolo inventar. Tanto, que un día decidió dejar la administración del negocio y se sumó a la discusión de ideas. Ambos se pasaban días enteros diagnosticando problemas y soluciones. “Mi papá decía que era muy inteligente. Le tenía una gran admiración, pero lo único

que lo jodía era el alcohol. Cuando tomaba, se volvía tonto”, cuenta Jeannette Alarcón, hija del dueño.

La vida de Héctor consistía en trabajar, salir de fiesta y beber mucho. “Andaba con una petaca de pisco en el bolsillo”, dice Alejandro Romero, excompañero del taller. Era común verlo en un bar ubicado justo debajo del departamento en el que vivía con sus padres, en la comuna de El Bosque. Varios días a la semana, estacionaba allí su antiguo Mercedes Benz y se sentaba en una mesa vestido de impecable traje. Tenía fama de donjuán: “Le iba bien con las mujeres, era encachado”, agrega Romero.

Villagrán fue padre por primera vez a comienzos de 1989. Llegó a tener diez hijos, de cinco madres distintas. Cuesta seguir la línea cronológica de su descendencia. La primera fue Ingrid, que nació el 14 de abril de ese año, y a la que pocos meses más tarde abandonó. Luego, el 9 de agosto de 1991, se casó con Felicita, quien estaba embarazada de Hernán, que nació el 11 de diciembre de ese mismo año. Entremedio fue padre por tercera vez, obviamente no con su esposa. Valentina nació el 26 de septiembre y es mayor que Hernán por dos meses. Más tarde vino Álvaro, el segundo hijo que tuvo con Felicita. Algunos de ellos recuerdan su alcoholismo: “El trago sacaba lo peor de él”, explica un amigo de esa época.

Su adicción habría comenzado cuando su hermano Hernán falleció atropellado, en noviembre de 1989. Bastaban unas copas para que el recuerdo de su muerte fuese imposible de superar. Curadera y llanto eran dos estados inseparables en él. A veces también hacía locuras. En una ocasión lo pillaron manejando contra el tránsito y en otra, bañándose desnudo en una playa. Jeannette Alarcón cree que el alcohol también detonó conductas que quebraron la relación entre su padre y él: “Comenzó a robarle equipos y a venderlos por fuera. Cuando mi papá se dio cuenta, la empresa ya iba mal”, dice ella.

La ruina

Héctor salió de la compañía a fines de 1994. Había terminado su relación con Felicita y estaba emparejado con Raquel, a quien conoció en el taller de Vibromagnetic. Con ella tuvo a Paz en diciembre de ese mismo año, la quinta de la camada. Aunque tenía que mantener a cinco guaguas y estaba cesante, el alcohol seguía siendo su principal preocupación. Héctor creyó que la única forma de recobrar la estabilidad era con dinero y partió a probar suerte a Argentina, por entonces la más pujante economía de Latinoamérica.

Un empresario bonaerense lo había contactado para comprarle toda la producción de electroestimuladores que fuera capaz de ensamblar en un año, con la condición de hacerlos allá. La inversión era un gran riesgo: hasta que no se vendiera la primera unidad, todos los gastos corrían por cuenta suya. Villagrán buscó un socio y lo encontró en la misma fábrica de la que había salido: Alejandro Romero, su compañero en el taller.

Fue así como nació Villagrán y Romero Ltda., la compañía a través de la cual desembarcaron en Argentina. El centro de operaciones fue la pieza de un hotel en el que vivían. Instalaron un taller y dividieron tareas: uno fabricaba y el otro vendía. A las pocas semanas comenzaron los problemas. Las maletas en las que pensaban instalar las máquinas no pegaban con firmeza por la humedad y costaba conseguir los circuitos: “Las leyes eran muy proteccionistas. Los extranjeros teníamos dificultades para fabricar cosas allá. Los insumos eran carísimos y no vendían de grandes cantidades. Tampoco podíamos llevarlos desde Chile, porque los argentinos de la aduana eran muy corruptos”, recuerda Romero.

Héctor mezclaba el trabajo con la juerga. En Buenos Aires conoció la cocaína y sumó otro vicio a su vida. En una salida nocturna se emparejó en un fugaz romance con una turista mexicana llamada Luisa y ella quedó embarazada. Él no lo sabría hasta varios años después, cuando ambos se reencontraron en México. En Chile, en tanto, en una de las visitas que hizo durante ese año, Raquel quedó esperando a su segundo hijo.

A comienzos de 1996, la situación económica en Argentina se hizo insostenible. Villagrán y Romero dieron por terminada su sociedad sin haber entregado una sola pieza. Perdieron todo: “Ese año no generamos ningún recurso y eso nos mató. Nos fue mal, al final quebramos. De regreso, cada uno siguió su camino”, explica. Villagrán estaba arruinado, le habían embargado todo, era adicto, y el 17 de abril de 1996 sumó otro hijo a la lista, Héctor, el sexto.

Con Raquel y sus dos hijos, decidió empezar de cero. Se fueron de Santiago a Los Vilos y allá comenzó a trabajar de taxista. Ese fue su cuarto intento por formar una familia y el más duradero. No hay otros hijos que tengan tantos recuerdos suyos como Paz y Héctor. Compartieron durante siete años, en la misma casa, mientras él lidiaba con sus problemas: “No soportaba tener poco. Quería ser líder y tener a quien mandar”, cuenta una amiga que lo conoció en el pueblo. Lo atormentaba la pobreza.

Las apuestas fueron otro vicio de aquellos años. En los casinos perdía lo poco que juntaba. Con el tiempo, los desencuentros con su pareja se hicieron frecuentes, hasta que a mediados del 2002 un primo que tenía en México lo contactó para que se fuera a trabajar con él. Terminó la relación tres semanas antes de viajar. En septiembre de ese año, sus padres, Raquel y sus hijos lo fueron a despedir al aeropuerto. Hubo llanto: tenía 35 años y esa sería la última vez que lo verían.

Los Zetas

Héctor llegó a México y no se comunicó con sus familiares en varios meses. “En ese tiempo las llamadas eran muy caras”, dice un pariente. Cuando dio señales de vida, contó que había vivido un tiempo con su primo, que luego se había ido donde un amigo, hasta que se había independizado. “Me estoy recuperando, pero aún no me va bien”, le habría dicho a Raquel en uno de esos llamados.

Héctor le hablaba a ella y también a sus padres, pero a ninguno le decía en qué trabajaba. Durante algún tiempo mandó dinero a sus

hijos, pero a comienzos del 2005 dejó de hacerlo. Les explicó que las cosas no andaban bien, que estaba pensando en regresar, pero no tenía dinero para el pasaje. Unos meses más tarde, su padre le envió un poco de plata, pero su retorno se diluyó. Un día simplemente dejó de llamar a sus hijos.

El alejamiento con su última familia coincidió con el reencuentro con la mexicana Luisa, que había conocido en Argentina. Buscó su teléfono en la guía y le habló. Ella aún lo recordaba. No había forma de olvidarlo: de aquella fugaz relación había nacido una hija. Héctor se enteró en ese momento de que había sido padre en 1995. A Luisa le contó que trabajaba vendiendo libros con su primo y que viajaba ofreciéndolos por escuelas de distintos estados. Comenzaron una extraña relación telefónica. Hasta que un día también dejó de llamar.

Volvió a saber de él en el 2007. Héctor había caído preso. Estaba encerrado en la cárcel Duport-Ostión, de la ciudad de Coatzacoalcos, en Veracruz, acusado de robo con intimidación. Luisa no recuerda todos los detalles de la historia: “Me dijo que su primo no había reportado las cuentas adecuadamente, y el dueño de la fábrica de los libros lo acusó de robo”, cuenta. No supo más de él durante un año.

Fue en ese tiempo que Héctor se vinculó con Los Zetas. En la cárcel comenzó a consumir cocaína y se quejaba de la calidad. Los Zetas dirigían una parte del negocio al interior de Duport-Ostión y las críticas de Villagrán desafiaron su autoridad. Lo mandaron a buscar. Aunque era primera vez que estaba preso, no se humilló. En la cara les dijo que el “perico” que vendían “era una porquería”, y que él sabía prepararlo mejor. “De un kilo saco cinco”, recuerda Luisa que le habría dicho. Los Zetas lo encañonaron, pero antes de matarlo le permitieron cocinar su receta. “Cuando los tipos probaron el material, y vieron la calidad y la cantidad, no lo dejaron ir”. Fue su bautizo en la organización.

Cortar coca le abrió las puertas en la cárcel. Los Zetas lo trasladaron a su patio y Héctor se fue empoderando. Se ganó su estima y el 16 de mayo de 2008 fue rescatado junto a otros cinco zetas.

Un grupo de diez comandos, a bordo de una camioneta Hummer blanca y una Windstar, entraron a la cárcel vestidos como agentes federales de investigación (AFI) y se los llevaron sin disparar un tiro. Limpiamente. Los diarios recogieron la insólita fuga y los nombres de los prisioneros: Ramiro Pérez Moreno, Luis Antonio Azuatra, Daniel Ventura Rodríguez, Gerardo Sánchez Trujillo, Carlos García Hernández, Alfredo de la Fuente Ramos y Héctor Villagrán Obando. Habría bastado con googlearlo para enterarse de todo, pero en Chile nadie supo del rescate ni de su nueva vida.

Villagrán escapó de la cárcel, pero no de Los Zetas. Habían comprado su libertad con la fuga. Estaba prófugo y sin dinero. Entró en la organización sin más opciones. Lo enrolaron en una célula que se dedicaba a los secuestros en algunos municipios de Puebla. Luego de eso, llamó a Chile por última vez: “Dijo que no iba a seguir en contacto con nadie más, porque se iba a comprometer con personas peligrosas. Estaba desesperado, pedía que por favor no lo buscaran”, cuenta un familiar. Esa fue su despedida.

Villagrán se había vinculado a una de las organizaciones más peligrosas de México. Los Zetas habían debutado en el negocio del narcotráfico como el brazo armado del cartel del Golfo, pero más tarde ellos mismos se habían transformado en vendedores. Habían peleado el mercado a punta de balazos, en una guerra. Volvieron al narcotráfico un negocio sangriento, de descuartizados repartidos en la vía pública, y ampliaron el giro de sus actividades hacia los secuestros, las extorsiones y la comercialización de todo lo que fuese ilegal. En esencia, Los Zetas eran un *holding* del delito y Villagrán un empleado más. Poco a poco se fue ganando su espacio.

Los secuestros

La casa de seguridad tenía dos plantas, piso de cemento y en algunas habitaciones, cerámica blanca. Los secuestrados llegaron allí a media tarde. El vendedor de oro, Samuel Cruz, su cuñado, el contador, y el

chofer del Lincoln. Entraron esposados a la espalda con cinchos de plástico y encapuchados. Los amontonaron en un espacio amplio y los custodios prendieron la radio y la televisión para desorientarlos. Se colaban sonidos desde diversas partes. El traqueteo de unos zapatos en una escalera, murmullos en el segundo piso, los golpes de una cuchara en una taza, un líquido cayendo a un vaso, una nariz aspirando, risas y la bravata de un secuestrador: “No se pasen de verga, si no los matamos”, les gritaban.

La noche los pilló con una sábana para los cuatro, pero no durmieron. Pasaron en vela y se enteraron que era de día por las noticias de *Televisa News*. La mañana del 13 de octubre comenzaron las negociaciones. Les dieron un taco de salchicha y un vaso de agua como desayuno, y luego se llevaron a Samuel Cruz y al contador Sergio Mora para pedir el rescate: diez millones de pesos mexicanos (poco más de medio millón de dólares). “Don Samuel, de usted depende la liberación de todos”, le decían.

Cada dos horas cambiaban de guardia. Héctor Villagrán fue uno de los que rotó durante todo ese día y la madrugada del miércoles 14 de octubre. Cuando amaneció prepararon a los secuestrados para el intercambio. Les dieron un pan integral, una taza de té y les permitieron ir al baño. Los subieron en la corrida central de asientos de una camioneta GMC Arcadia, y los custodios se fueron atrás. El piso iba lleno de cachivaches: un bolso con la imagen de Pucca, un CD con música italiana, una maleta negra, pantalones, camisas, cargadores de celulares, bolsas con rocas de cocaína, una guía de las carreteras de México, y figuras, fotografías y una medalla de la Santa Muerte.

También llevaban armas. Un arsenal de guerra por si algo salía mal: cinco fusiles tipo AR15 con 25 cargadores, un AK47, cuatro pistolas, 1.122 balas y diez granadas de fragmentación.

Tomaron la carretera federal a Tehuacán.

A esa misma hora, un Volkswagen Jetta y una camioneta Chevrolet Silverado ingresaron a la misma autopista, pero más atrás. A bordo de los autos iban tres funcionarios de la Dirección de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada, de la Procura-

duría General de Justicia de Puebla. Andaban justamente patrullando las rutas en busca de los secuestrados.

Los tres vehículos coincidieron frente a una bencinera. Uno de los policías notó movimientos nerviosos en el chofer y aumentó la velocidad. Los Zetas lo esquivaron. Hubo una persecución y disparos cruzados. Se fueron tiro a tiro hasta llegar a la población Tlaco-tepec, en Tecamachalco, y una calle ciega detuvo la huida. “La mujer que nos daba de comer decía: ‘Tírale, tírale, échales una granada, dales en la madre’”, relató un secuestrado cuando fue liberado.

Uno de los que tiraba era Héctor Villagrán, que cargaba el AK47 y una pistola Beretta con dos cargadores. Los policías, que a esa altura superaban a los secuestradores en número, los detuvieron mientras arrancaban. Fue la segunda vez que Héctor Villagrán salió en la prensa. Los medios de Puebla le dieron amplia cobertura a la detención de la banda, especialmente a la conferencia de prensa que al día siguiente dio Rodolfo Archundia Sierra, el procurador general de justicia. Dijo que los detenidos habían reconocido su participación en al menos diez secuestros en el estado.

La banda entera posaba para las cámaras. Los *flashes* rebotaban en sus caras. Villagrán era el más alto de los seis. Le decían El Chileno. Tenía el rostro duro, un ojo machucado, sin barba y el pelo corto. Llevaba puesta una camisa gris con mangas negras y un *jeans*. Estaba siendo acusado por el delito de posesión de armas de uso exclusivo del ejército y por secuestro. Desde que en mayo de 2008 se había fugado de la cárcel, esa había sido su vida.

Tres días después de la detención, la banda fue vinculada a otro delito. Esta vez un homicidio. El cuerpo del empresario ganadero Mauro Vega Jiménez apareció enterrado un metro bajo tierra. El grupo reconoció haberlo golpeado hasta la muerte. Por aquel secuestro el Comandante Tinieblas se había enojado con Villagrán: “Nunca mató a nadie de manera intencionada. La muerte de las personas la veía como una consecuencia de lo que estaban haciendo mal”, explica Luisa, su expareja.

La muerte

“Luisa, mandé a pintar la cárcel de palo rosa”, le dijo Héctor Villagrán un día por teléfono a su pareja. Cuando ella fue a visitarlo, el Centro de Readaptación Social (Cereso) de San Miguel, en Puebla, estaba pintado de fucsia. “Tenía un sentido del humor excepcional. Era un hombre inteligente, un líder. Siempre fue rebelde y justo”, describe ella.

En el Cereso, Héctor Villagrán pernoctaba en el dormitorio F, donde estaban los reos vinculados a la delincuencia organizada. Era respetado. Le decían Don Chileno y tenía una celda para él, y un patio donde jugaba a la pelota y tomaba sol. Vendía cigarros y dulces. Había dejado las drogas. Estaba concentrado en su espiritualidad y practicaba meditación todas las mañanas. Luisa y sus hijos lo visitaban con frecuencia: “Le llevábamos pan amasado, pantrucas y sopaipillas”, recuerda.

Cuando estaban juntos, Héctor le conversaba de sus planes. Quería cumplir su condena, comprarse una casa, vivir cinco años en México y luego viajar a Argentina. Decía que no le costaba nada organizar una fuga, pero que esta vez quería hacer las cosas bien. “No deseo vivir a salto de mata”, le dijo en una ocasión.

El juicio, sin embargo, avanzaba con lentitud. “Ellos habían sido detenidos cuando operaba el sistema judicial anterior a la reforma, uno que era inquisitivo y que tiene un esquema corrupto: te detienen, te torturan, te siembran drogas, armas y te encierran”, explica un abogado que vio la causa. Apenas pudo volver a hablar con los fiscales, Villagrán aseguró que la primera declaración la dio bajo tortura. Sus palabras tuvieron poco peso frente a las de la policía y los secuestrados. A mediados del año 2011 le pidió al tribunal que lo excusara de asistir a las audiencias si no tenía que hablar: “Nos sacan muy temprano, desde las nueve de la mañana sin desayunar nada, y las diligencias son hasta la una o dos de la tarde. Es muy cansador el traslado”, se quejó.

La carpeta de investigación tiene un informe social y uno psicológico suyo. El primero establece que tenía una relación poco

estrecha con su familia chilena y que en México pertenecía “a un nivel socioeconómico bajo, sin bienes materiales, ni ahorros de los que pueda hacer uso”. En la cárcel leía libros, practicaba aeróbicos y escuchaba música variada. El peritaje psicológico, en tanto, lo describía como una persona manipuladora, egocéntrica, poco empática y con inestabilidad emocional: “Proyecta una reducida capacidad para prever las consecuencias. Puede manifestar conductas violentas y tiende a ser oportunista”, dice el documento.

Por ese tiempo, cuando Héctor ya no creía en la justicia, le dio por escribirle cartas a Luisa. En una de ellas le habla sobre la luz y la oscuridad que han rondado su vida y el amor que siente por ella: “Viajé muchos años por la vida buscando no sé qué y cuando te encontré conocí la alegría, el amor y la sabiduría para entender lo hermoso que es tener una familia”. Luisa muestra unas fotos que se tomaron en la cárcel. Aparecen abrazados, sonrientes, mirando a la cámara. Héctor viste una camisa blanca abotonada hasta el cuello y pantalones color crema. Al fin, después de años de extravío, parecía haber encontrado un camino de redención. “Era otra persona”, aclara Luisa.

Sus problemas en la cárcel comenzaron en julio de 2012, con el cambio de administración del penal. El nuevo director llegó con mano dura contra Los Zetas. Villagrán junto a otros compañeros perdieron varios beneficios que tenían. La independencia fue lo que más le dolió. Fue trasladado a otro dormitorio, uno hacinado, donde compartió celda con ocho internos más. El lugar estaba completamente enrejado, sin patio y el sol no alumbraba a ninguna hora del día. “Para él fue terrible. Tenía que compartir absolutamente todo, se acabó su intimidad. De a poco lo vi apagarse”, describe su expareja.

Sus quejas por las condiciones en las que vivía le trajeron problemas con los custodios. Se volvió frecuente que lo encerraran en el dormitorio L, una celda de castigo bastante particular: era completamente transparente, con luz artificial todo el día, y sofocante. “La jaula de cristal”, la llamaban los internos. Allí estaba Villagrán

la madrugada del 26 de noviembre del 2012, cuando un grupo de al menos cinco gendarmes, apodados Las Vacas Locas, entraron a su celda para ajustar cuentas. Los presos vecinos escucharon los golpes y quejidos. Días más tarde, denunciarían que su compañero había sido torturado.

Al día siguiente, su hija fue la primera en llegar a la visita. La joven pasó todos los controles, pero al entrar en la celda no vio a su papá. Le avisó a Luisa, que estaba trabajando. Cuando llegó a la cárcel se encontró con las madres de los otros internos que salían. Una de ellas le entregó una bolsa con algunas pertenencias de Héctor: “Pregunte, investigue, no fue un accidente”, le dijo.

La noticia se la dio Juan Roberto Montes Romero, director del penal: “Pues mire señora, a su esposo le dio un infarto y está muerto”, le lanzó sin rodeos. Luisa se puso como loca. No lo creía. Quería verlo, pero no se lo permitieron. La echaron del recinto sin decirle nada más. Aguardó en la puerta hasta que oscureció y cuando el cuerpo salió a bordo de la camioneta del Ministerio Público, regresó a su casa. Deshecha. Durante la mañana siguiente tuvo que reconocer el cuerpo: “Tenía mordidas de perro, unos cortes en los muslos, hoyos en la frente, estaba lleno de moretones”, describe.

Parecía obvio que Héctor no había muerto de un infarto. Apenas cinco personas asistieron a su funeral. Luisa llamó a su familia en Chile, pero nadie viajó para saber de él. Les resultaba increíble que muriera en una cárcel. Era primera vez que escuchaban hablar de Los Zetas.

Las respuestas

El video fue grabado con la cámara de un celular antiguo. Un hombre encapuchado con una bandana amarrada a su rostro lee un comunicado. Es un preso del Cereso de San Miguel denunciando la muerte de Héctor Villagrán: “Fue reventado a golpes por el tercer turno de custodios”, acusa. Luego da los nombres de los gendarmes que lo habrían matado: “‘Oro 3’ llamado Edwin, ‘Beta 0’ alias

Tayson, ‘Alfa 0’ llamado Leopoldo, Alejandro alias ‘Pinpón’, y el custodio Mijares”.

La imagen del video es oscura, pixelada y desenfocada. Fue subido a *Youtube* el 3 de diciembre de 2012 por un usuario llamado “Basta de impunidad”. El preso dice que no es el primer homicidio que ocurre en el penal y llama al gobierno a tomar cartas en el asunto. “Por favor, dejen de molestarnos. Queremos pagar nuestra sentencia tranquilos”, concluye.

El clip se volvió viral en Puebla. Al día siguiente, la noticia de la muerte de Villagrán fue tema en varios diarios del estado. En Chile su familia no estaba al tanto de eso. El 30 de mayo de 2013, la hija de Luisa recibió un mensaje en Facebook de uno de sus hermanos chilenos. Fue el primer intento de comunicación que buscaba respuestas: “Tú no me conoces, pero sé que eres hija de mi papá. Nunca he sabido nada de él y hace muy poco me enteré que falleció. Me gustaría saber qué pasa. ¿Por qué cayó a la cárcel?”, le preguntó el joven (omitimos sus nombres para reservar sus identidades).

Ella le contó lo del narcotráfico y los secuestros, y le indicó que había una forma más fácil de resumirlo todo: “Pon Héctor Villagrán Obando en Google”, le sugirió. Lo primero que le apareció en internet fue la noticia del fallecimiento: “Muere peligroso zeta en el Cereso de San Miguel”, decía la publicación. A continuación venía la noticia del secuestro, y luego la fuga de mayo de 2008. Hacía casi una década que no sabía nada de él.

La información comenzó a circular entre el resto de los hermanos. Todos ellos, los seis que vivían en Chile, se habían conocido pocos meses antes del fallecimiento de Héctor. A comienzos de 2012 se habían reunido en la casa de uno de ellos para hablar de sus vidas. Tenían entre 20 y 30 años. Relataron sus recuerdos con el padre y comenzaron a encajar historias como si armaran un puzle. Se enteraron de las infidelidades, de los pocos meses de diferencia que algunos tenían y buscaron similitudes físicas. Tres de ellos tenían un lunar en la mejilla y las paletas de los dientes separadas. ¿Qué había

pasado con Héctor en México? Esa fue una pregunta que nadie pudo contestar esa noche. La respuesta solo llegó después de su muerte.

“Ellos reaccionaron con incredulidad”, recuerda Luisa. No era para menos. En Chile, Villagrán era recordado por sus ternos, su Mercedes Benz, los electroestimuladores, las juergas y el alcohol. Luisa les relató todo lo que sabía. La historia cuando lo conoció en Argentina, sus hijos, el robo en México, cómo conoció a Los Zetas, los secuestros, la vida en la cárcel, la muerte a golpes y el miedo que ella tenía. “Estuve un mes sin salir de la casa, con las cortinas cerradas”, les explicó.

El caso se volvió tan público que la fiscalía abrió una investigación para esclarecer la muerte. A Luisa la atormentaba que alguien quisiera hacerle daño por pedir justicia, pero el caso nunca prosperó. Las autoridades se desentendieron al poco tiempo y los gendarmes denunciados no perdieron ni siquiera sus puestos de trabajo. La dirección del penal insistió en que Villagrán se había muerto de un infarto.

Al año siguiente, el asunto se había perdido en la burocracia judicial, pero ella lo mantenía presente. Ese 2013 homenajeó su memoria dedicándole un altar de Día de Muertos. Lo adornó con nueve fotografías de Héctor, diversas calacas, un vino, dos ramos de flores frescas, papel picado, calabazas, varias velas y un helicóptero eléctrico que había fabricado en la cárcel. Al centro de todas las ofrendas, pegó una fotografía donde ambos aparecían besándose.

Luisa no ha sido la única que lo extraña. A comienzos del año pasado, en Chile, uno de sus hijos se tatuó la fecha del cumpleaños de su padre en la espalda, justo debajo de unas alas de ángeles. Sobre el dibujo se grabó una frase que recuerda los temas pendientes: “La cita será en el cielo”.

No todos los hermanos comparten la misma pena.

*Algunos nombres de esta historia han sido reemplazados para proteger la identidad de las fuentes.

PUNTO DE QUIEBRE



Nicolás Alonso

17 de marzo

Qué Pasa

¿Qué hace que un ingeniero de 28 años, con un trabajo estable y una red de apoyo, colapse hasta tal punto que un día cualquiera toma un cuchillo, se encapucha y trata de asaltar un banco? Ni el mismo Cristian Maldonado lo sabe. Pero esta crónica logra dar algunas luces. Maldonado provenía de una familia humilde, pero logró surgir gracias sus propios méritos: fue alumno del Instituto Nacional y estudió Ingeniería Civil en la Universidad de Chile. Participaba de la pastoral de la Iglesia Parroquial de Santa Ana. Se había casado hacía dos meses. Nadie lo sabía, pero tenía una deuda de 25 millones de pesos. No podía dormir, andaba errático, lloraba y hasta había pensado en matarse. Cuando entró a asaltar un ServiEstado en Providencia pidió exactamente el monto que adeudaba. “En los bancos me decían: usted debe más de veinte millones. Y yo les explicaba que eran del pie del departamento, del crédito, de mis estudios. No sabía qué hacer, estaba desesperado”, le dijo Maldonado al autor mientras estaba detenido en el penal Santiago 1. Cinco meses después de esta publicación se conoció la sentencia: cuatro años de libertad vigilada.

El teléfono sonó a las 9 de la mañana y despertó a Sergio Figueroa. Aún somnoliento, vio cómo su mujer se levantó de la cama, se puso el auricular en el oído y de pronto se quedó en silencio.

—¿Qué? Me estás hueviando... —la escuchó decir.

Luego colgó y se dio vuelta, con el rostro desencajado.

Era Cristian, su yerno.

—Está en la 19 Comisaría de Providencia.

La tarde anterior, la del domingo 12 de febrero, Sergio había caminado con él, con su yerno Cristian Maldonado, por el Persa Teniente Cruz de Pudahuel. Miraron cortinas para el departamento que este se acababa de comprar con su hija Karla y conversaron de las cosas de siempre. Pasear por ese laberinto los relajaba. Hablaron de fútbol, del trabajo, de los planes de la pareja de ser una familia, luego de haberse casado dos meses antes en una ceremonia sencilla en el Cajón del Maipo, uno de los días más felices en la vida de Sergio. Al muchacho lo quería como si fuera su hijo.

Siempre lo había sentido así, desde que había llegado a la familia una década atrás. De origen humilde como ellos, Cristian, a quien su hija había conocido en la pastoral de la Iglesia Parroquial de Santa Ana, había logrado ascender sin ayuda de nadie. Primero en el Instituto Nacional y luego en Ingeniería Civil en la Universidad de Chile. Era respetuoso, muy católico, casi demasiado formal. No tomaba ni fumaba y trabajaba para ayudar a su madre. Parecía el hombre perfecto para Karla, su gran orgullo: la primera de la familia en ir a la universidad, su hija ingeniera. En todos esos años, siempre se vieron felices. Pero esos últimos días las cosas estaban raras.

Una semana antes, lo había tenido que invitar a su casa en la Villa Las Flores de Maipú para que conversaran. Sergio preguntó si estaba todo bien. Su hija le había contado, asustada, que Cristian llevaba días sin dormir, que se enojaba por todo o se ponía a llorar. Sergio le dijo que podía ayudarlo con dinero, si se trataba de eso. Trabajando en una embotelladora, había logrado darles a los suyos una vida de clase media. Pero Cristian le respondió que no se preocupara.

Cuando Sergio cuenta esto, sentado en el *living* de su casa con las noticias policiales de fondo, se emociona y se tapa la cara. Ese domingo, mientras caminaban, intentó ofrecerle ayuda de otra forma: le dijo que podía acompañarlo al día siguiente al banco para pedir un crédito a su nombre, que lo ayudaría a pagar el departamento y el Hyundai i10 que se habían comprado con su hija. Por un momento, Cristian pareció emocionado. Su suegro no tenía cómo saber que debía casi \$ 25 millones a varios bancos y tiendas comerciales, ni que le habían rechazado más de un par de créditos. Tampoco, que había pensado en suicidarse. En ese momento, Cristian no se lo dijo. Solo le agradeció por ayudarlos tanto. Y quedaron de ir juntos, a la una de la tarde del día siguiente, a pedir el crédito a un banco BCI en el centro.

Luego, fueron los cuatro, con su esposa y Karla, a tomar once a la casa de la madre de Sergio, también en Maipú. Ahora repite una y otra vez, como si fuera imposible, que esa tarde no vio nada raro en él. Que se reía, que conversaba, que hasta hablaron de celebrar sus cumpleaños juntos. El último domingo de febrero Cristian cumpliría 29 años y dos días después él cumpliría 52. Habían pensado en reunir a toda la familia, pero no pudieron hacerlo.

—Don Sergio, nos vemos a la una en el banco —le dijo Cristian esa noche al despedirse, y le dio un abrazo fuerte—. Lo llamo por teléfono en la mañana para confirmarle la hora.

Pero al otro día, su esposa colgó el teléfono, lo miró con el rostro trémulo y dijo:

—Está en la 19 Comisaría de Providencia.
—¿Qué? —respondió Sergio.
—Me dijo: “Me mandé un cagazo... asalté un banco”.

*

A Karla la despertaron los ruidos en la cocina. Eran poco más de las seis de la mañana y pudo ver que la ropa de trabajo de Cristian estaba estirada sobre la cama. Desde hace cuatro años trabajaba en Arbec Ingenieros, una empresa de cálculos estructurales que lo había reclutado tras graduarse con distinción máxima en Beauchef. Pero llevaba días sin ir a trabajar. Sus jefes le habían dado libre luego de verlo errático y de que él les dijera que estaba angustiado. Sin embargo, los días de descanso no lo ayudaron. Primero se les quemó toda la ropa en la lavadora y luego les rompieron el vidrio del auto para robarles. A Cristian el episodio lo había afectado demasiado. Esa mañana, aún dormida, Karla pensó que estaba separando comida para llevarse a la oficina, pero lo que su esposo buscaba era un cuchillo.

La primera que lo vio entrar al banco fue Claudia Pizarro, de 43 años, asistente de atención al cliente del ServiEstado de Francisco Bilbao con Pedro de Valdivia. Lo vio de inmediato porque la sucursal, una de las pocas que abren a las siete de la mañana, estaba totalmente vacía. Eran las 7:33 cuando apareció vestido con la parte superior de su pijama color beige, *shorts* y zapatillas deportivas rojas, un bolso marca Head, la cabeza cubierta por una bandana blanca con el logo de Marina Mall, y el rostro por un pañuelo negro.

Se lo bajó justo antes de gritar:

—¡Quiero 25 millones!

Las cámaras de seguridad alcanzaron a registrar el rostro de Cristian Maldonado antes de que volviera a taparse la boca. Claudia vio el filo del cuchillo Stanless de 33 centímetros brillar frente a su rostro.

En el sector de cajas, al fondo de la sucursal, los demás empleados se tiraron al piso. Una cajera, gritando, se encerró en la bóveda.

Otro cajero, un chico de 26 años, se arrastró bajo la caja 2 y apretó el botón de pánico. Claudia digitó la clave para ingresar al sector de cajas y en un segundo el guardia José Díaz, de 61 años, se vio con la hoja a veinte centímetros de su cuello.

—Quédate tranquilo o acá nomás cagaste —dijo Cristian, según la declaración que el guardia dio a la policía.

A su lado, el jefe de la sucursal, Michel Villavicencio, de 35 años, recibió la orden.

—Abre la bóveda. Quiero 25 millones, pónganlos en el bolso.

Mientras Cristian, nervioso, les gritaba que se apuraran, las cinco patrullas de policía que a esa hora estaban a pocas cuadras del lugar aceleraban a toda velocidad por Bilbao y Pocuro. Michel sacó, lo más lento que pudo, 1.300 billetes de diez mil, mil billetes de cinco mil, siete mil billetes de dos mil y dos mil billetes de mil, y los fue poniendo en el bolso. En total, 21.400.000 pesos. En la grabación de la cámara, Cristian no parece saber qué hacer con el cuchillo que blande en el aire.

Cuando salió del lugar, sin quitarse los pañuelos del rostro, por unos minutos pensó que lo lograría. Había estacionado su Hyundai i10 en la intersección de las calles California y Andacollo, a 550 metros del banco, en el único lugar que había encontrado disponible. Si conseguía llegar hasta él, tal vez sus problemas estarían resueltos.

Lo que no sabía era que la patrulla del suboficial Bernardo González y del cabo Pedro Astudillo estaba cada vez más cerca.

*

El cuarto es blanco, los marcos de las ventanas verde agua. La pintura es vieja. La mesa de madera cruza toda la habitación. En frente, en una silla, Cristian Maldonado parece asustado. Afuera, en los pasillos del penal Santiago 1 caminan hombres curtidos, intimidantes. Son las 11 de la mañana y ha pasado exactamente un mes. Cristian lleva un chaleco gris, un pantalón negro, las mismas zapatillas de-

portivas rojas. Dice que daría cualquier cosa por cambiárselas. La psiquiatra del penal le ha recetado un antidepresivo y él dice que no podría hablar de lo que pasó ese día si no se lo hubiera tomado. Se pondría a llorar. El fármaco le permite esconder la angustia más adentro.

Sus compañeros en el módulo 35 no le han hecho daño. Casi todos se han acercado a preguntarle lo mismo que intentará responder ahora: por qué lo hizo. Hay estafadores, acosadores, feminicidas. Los presos evangélicos lo han acogido. Hace unos días, unos asaltantes de bancos se acercaron a preguntarle cómo podía haber planificado tan mal el asalto siendo ingeniero, y sintió vergüenza. Lo cuenta con una sonrisa rara, melancólica. Mientras habla, se aprieta las manos y la mirada se le vuelve vidriosa. Intenta explicarse.

—Mis vuelos mentales vienen de tiempo atrás —dice—. No te sabría decir cuándo me quebré, quizás en mi último año de universidad. Pero en los últimos seis meses yo venía con problemas económicos, con imprevistos médicos, y cuando me rompieron el vidrio del auto me derrumbé. Empecé a pensar que tenía una nube negra, a preguntarme por qué tanto a mí. A sentir que la vida se había ensañado conmigo. Estaba muy inestable, lloraba por todo, no podía dormir.

—¿A quién le debías dinero?

—Pedí un crédito para el departamento y otros para ayudar a amigos, que no me respondieron. No quiero hablar de ellos. En los bancos me decían: usted debe más de veinte millones. Y yo les explicaba que eran del pie del departamento, del crédito, de mis estudios. No sabía qué hacer, estaba desesperado. Me llamaban de las empresas a las que les debía, de Falabella, de Scotiabank. Sentí que tenía que parar con todo, que no quería más eso en mi vida. Y me acordé de esa sucursal que abría más temprano, que había ocupado alguna vez para hacer un trámite...

—**¿Cuándo lo pensaste?**

—Esa mañana. Estaba en el *living*, y mi cabeza tuvo un cortocircuito. Tomé mi bolso deportivo, las bandanas y el cuchillo que siempre usaba para cocinar.

—**Y lo pusiste en el cuello de un hombre.**

—Si yo veo ese asalto ahora, desde afuera, no soy yo... obviamente fui yo. Fui yo. Pero en sentido figurado, el que hizo ese asalto no fui yo. No es Cristian Maldonado. No.

*

¿Quién era Cristian Maldonado? ¿Quién era realmente antes de empuñar un cuchillo y entrar a la sucursal de un banco para resolver, en una mañana de violencia, todos sus problemas? Su amiga Silvia Pizarro y su esposo, Eduardo Espinoza, intentan encontrar respuestas en el salón de la parroquia de Santa Ana. El piso de madera gastada está ocupado por una decena de sillas de liceo, y al fondo de la sala una virgen mira con ojos blancos. Allí se conocieron los tres hace 14 años, cuando ella, que estudiaba en el Liceo 1, reclutaba jóvenes del Instituto Nacional que quisieran hacer la confirmación. Desde el principio, Cristian no parecía un muchacho cualquiera. Era más religioso que el resto y, aunque ahora cueste creerlo, dice, mucho más apegado a las normas.

—Él era súper bien portado. Tenía un tema con seguir las reglas, en todo. Si estabas haciendo algo mal, era el que te decía: no lo hagas. Éramos un grupo de amigos en la pastoral y nos retaba si llegábamos mal vestidos. Él venía con camisa, pantalón de tela, zapatos —dice Silvia—. Si me hubieses preguntado quién iba a asaltar un banco de todos mis amigos, si le hubieras preguntado a cada uno del grupo, nadie hubiera apostado por Cristian. Hubiera sido el último.

Dentro del grupo de amigos de la iglesia, en donde conoció a su esposa Karla, se transformó en un líder. Lo recuerdan como un

joven muy inteligente, irónico, a veces duro. Tocaba la guitarra en la pastoral, pronto se convirtió en coordinador y luego en formador de jóvenes de la Vicaría de la Esperanza Joven. En cierta forma, todos lo veían como un ejemplo. Venía de una familia pobre, hijo de padres que vendían ropa en las veredas de la Estación Central y había logrado entrar al mejor liceo de Santiago. Su padre murió de diabetes poco después de que llegara a la iglesia y les sorprendió que en el funeral no se quebrara ni una vez, preocupado de sostener a su madre, a quien empezó a ayudar económicamente. Cuando entró a la Universidad de Chile sus amigos lo felicitaron y le previeron un futuro brillante. Aunque lo veían sufrir con el rigor de la carrera, no lo recuerdan pidiendo ayuda.

—Él era muy del Instituto Nacional... allí te dicen que eres el dueño del mundo, que lo puedes resolver todo tú. Te enfocan en ese camino: que puedes con todo y no le tienes que pedir ayuda a nadie —dice Eduardo—. En la pastoral trabajábamos con chicos del Nacional y era complejo. Les tenías que decir: no está mal que alguna vez te vaya mal, no se acaba el mundo.

Las angustias de Cristian Maldonado siempre estuvieron ocultas muy abajo de la superficie. Ni siquiera fue capaz de verlas Camilo Acuña, amigo suyo de la pastoral, compañero en el Instituto Nacional y luego en Beauchef. Sentado en un bar de Providencia, dice que aún no puede entender lo que pasó. Que a veces se imagina que estaba metido en algo raro, secreto, pero no le calza con el Cristian que conoció: presidente de curso en el liceo, sensato, ayudante de varios ramos en la universidad.

—Siempre se mostraba tan fuerte, tan entero —dice—. Nunca nada de fragilidad.

La última vez que estuvo con él fue el 17 de diciembre, el día en que se casó con Karla. Estaba feliz, recuerda. Incluso le preguntó si el matrimonio le había salido muy caro y Cristian le respondió que no. Que todo estaba en orden. Ver su rostro en las noticias, asaltando un banco, fue una imagen que impactó muy fuerte entre sus

compañeros de universidad. Una semana antes, otra alumna de su generación se había suicidado. A partir de ambos casos, cuenta, muchos han hecho el mismo pedido en los grupos de WhatsApp de ingeniería: empezar a contarse sus problemas.

—Nosotros somos robots en temas emocionales. Sabes que lo vas a pasar mal y hasta te dicen que tendrás vacaciones a mitad de semestre para evitar suicidios. Hay un tema psicológico, una tendencia general en Beauchef de esconderse de los problemas. Ahora muchos están diciendo: por favor, si alguien está con depresión, cuéntelo. La ingeniería es un mundo muy machista. Entre los ingenieros, esto de andar contándose los problemas no existe, no procede.

Poco antes del asalto, Silvia y Eduardo vieron a Cristian por última vez en una misa que él había organizado para otro amigo de la pastoral que necesitaba un trasplante de hígado. Lo vieron más gordo, algo más desaliñado, pero con la misma entereza de siempre. Hasta hablaron de hacer un asado para reunir a todo el grupo. Lo que no les dijo fue que por esos días no podía dormir, que tenía deudas millonarias, ni que acababa de pedir por primera vez en su vida una hora al psiquiatra.

El turno se lo dieron para el 22 de febrero. Pero el punto de quiebre llegó antes.

*

Las dos cosas sucedieron en simultáneo: el relato que recibieron de la radio de la patrulla fue una descripción exacta de lo que en ese momento vieron sus ojos. El suboficial Bernardo González y el cabo Pedro Astudillo venían a toda velocidad por Pedro de Valdivia cuando escucharon los rasgos del asaltante —*shorts* negros, pañuelo blanco en la cabeza, bolso negro—, y lo que vieron, justo en la intersección con Pocuro, fue una imagen extraña: un hombre, con la cabeza aún cubierta por un pañuelo blanco y otro negro, atravesando la calle hacia el oriente. Entre cinco y diez minutos antes habían recibido la

alarma generada por el botón de pánico del ServiEstado. Cristian iba allí, con 21 millones de pesos colgando del hombro.

No está claro lo que sucedió en ese lapso de tiempo en que Cristian Maldonado salió del banco y por algún motivo no caminó hasta donde había dejado su auto. Lo más probable es que, en estado de *shock* por lo que acababa de hacer, se haya desorientado. Lo que es seguro es que mucho antes de que el suboficial González abriera la puerta de su patrulla y desfundara su arma, su suerte ya estaba echada. Había cometido demasiados errores de principiante.

El capitán Miguel Méndez, que estuvo a cargo de la operación, los enumera en su oficina de la 19 Comisaría de Providencia. Para empezar, explica, todo asaltante de bancos sabe que no es un trabajo para un lobo solitario. Siempre hay alguien del grupo esperando con el auto encendido, un par más distrayendo afuera, una muda de ropa para el asaltante. Además, un banco no se asalta a las 7:30 de la mañana, cuando no hay tráfico que demore la llegada de las patrullas. Tampoco se pueden pedir solo \$ 25 millones. Con una cifra tan modesta, los números de correlación de los billetes son fácilmente rastreables. Aun si Cristian hubiera logrado escapar, no habría llegado muy lejos. Había dejado la escena del crimen llena de huellas.

—Hoy la televisión da a entender que se roban bancos todos los días y la gente piensa “por qué yo no voy a ser capaz. Soy ingeniero civil, tengo estudios, soy un tipo inteligente... si estos gallos de clase baja roban bancos y no los pillan, por qué no voy a poder yo” —dice el capitán—. Pero requiere meses de planificación, no es decir me levanto en la mañana y voy con un cuchillo, un bolso y un pasamontañas a robar un banco.

Cristian Maldonado lo entendió demasiado tarde y solo le quedó lanzarse a correr con los \$ 21 millones al hombro. El año pasado había completado los 42 kilómetros de la maratón de Santiago, pero la mañana del 13 de febrero solo alcanzó a avanzar unos metros, hasta que el suboficial González disparó su arma al aire como advertencia, y el cabo Astudillo llegó corriendo hasta él.

—¡Devuelvo el dinero! ¡Devuelvo el dinero! —lo oyeron decir mientras lo reducían.

*

—Mi gran error fue haberme encerrado, porque todo esto que te cuento, las deudas y todas las preocupaciones, me las banqué solo. Me las guardé mucho y terminaron explotando —dice Cristian, y entonces guarda silencio, en la sala blanca de Santiago 1. Sus ojos miran al piso.

—Tu suegro y tu hermano te ofrecieron ayuda económica. ¿Por qué no la aceptaste?

Cristian suspira, y de pronto se ve tímido, avergonzado. Luego dice:

—No sé... quizás por lo mismo... tanta carga. No quería cargarles la mano con cosas que yo había hecho... también es un poco parte de cómo me sentía. Hace mucho tiempo que siento un estúpido miedo a hacer preguntas. En la pega lo sentía, acá mismo. Me da miedo. Quedar como tonto, que me respondan mal. Es un miedo con el que vengo desde hace medio año.

—¿Por eso nunca pediste ayuda?

—No sé... quizás se relacione con mi formación. Con un orgullo mal llevado. Mi hermano tiene sus proyectos, mi suegro ha pasado cosas complicadas, entonces como que... sentía que de una u otra forma me la iba a poder. Cómo, ni idea. Me encerré en la idea de que lo tenía que resolver solo.

—¿Qué cosa no querías que supieran?

—Todo el drama que estaba viviendo, adentro.



Cuando su esposa soltó el teléfono y repitió las palabras inconcebibles que Cristian había dicho del otro lado de la línea —“Me mandé un cagazo... asalté un banco”—, Sergio Figueroa tardó un rato en convencerse de que quien había llamado era su yerno, desde una comisaría, arrestado. Luego, partió desde Maipú a la 19 Comisaría de Providencia y cuando llegó se le tiraron encima los canales de televisión. Los despachos ya hablaban de la doble vida de un ingeniero civil de la Universidad de Chile y jugaban con el tópico, popularizado por la serie *Breaking Bad*, del profesional honrado que se convierte en delincuente. Mostraban las fotos que habían logrado sacar de su Facebook, en que se lo veía sonriente, vestido con un terno azul brillante, el día de su matrimonio. Luego mostraban la imagen, en *loop*, de lo irrefutable: el momento en el que se bajó torpemente el pañuelo para gritarle a la cajera y su rostro, en blanco y negro, fue capturado por la cámara de seguridad del banco. Sergio dijo ante las cámaras, abrumado, que no entendía nada, que no sabía de ninguna deuda, que su yerno era una persona intachable. Luego le tocó lo más difícil: llamar a Karla y también a Jimena, la madre de Cristian, a quien tuvo que convencer de que no le estaba haciendo una estafa telefónica.

—Luego entré a la celda, fui el primero. Lo vi allí y se me cayeron las lágrimas. Me abrazó, me dijo que lo disculpara, que por favor no le contara a Karla. Creo que no entendía lo que había hecho. Yo le dije que si había alguien que estaba orgulloso en el mundo de él era yo... —dice el suegro, y se le quiebra la voz—. Yo hubiera vendido mi camioneta, lo que fuera...

Carlos Maldonado, el hermano mayor de Cristian, estaba en el trabajo cuando le sonó el celular, poco antes de las 11 de la mañana. La que habló del otro lado fue Karla, llorando, en *shock*. Al principio, pensó que era un sueño, luego que era una broma y finalmente, un

error. Solo se convenció cuando llegó a la comisaría. Ahora lo cuenta con voz suave, melancólica, sentado en medio de la noche, afuera de un Starbucks cerrado en Apoquindo. Dice que no entiende. Que, de los dos, Cristian siempre fue el más inteligente y el menos consumista. Que él mismo, hace medio año, le ofreció ayuda económica, luego de enterarse de que tenía algunas deudas. Que él, con lo que gana hoy como arquitecto —que no es demasiado pero le alcanza—, le podría haber pagado parte de esos 25 millones. Pero Cristian le dijo que si lo necesitaba, le avisaría.

El día anterior al asalto habían estado en la casa de su madre, almorzando. No lo vio raro, solo un poco más callado. La siguiente vez que se vieron fue cuando Cristian ya llevaba una semana en prisión, el primer día que pudo recibir visitas. Y la persona que vio era otra.

—La mirada era distinta. Cuando lo fui a visitar tenía una mirada ida, compleja. Mi mamá lo vio ese mismo día, y Cristian no era él. Una cara distinta, una mente distinta. Se tocaba la sien y me decía “la cabeza me gana” —cuenta Carlos, al borde del derrumbe—. No quiero justificarlo, ni ser condescendiente, pero yo lo veo como un tema de salud. Él cometió un delito y no es que tenga que salir impune, pero la cárcel no es el lugar para que alguien con problemas mentales se recupere.

En la prisión, el primer diagnóstico psiquiátrico que recibió fue que sufría de un trastorno adaptativo: una reacción desproporcionada ante una situación de estrés. Pero ese dictamen probablemente no le servirá de atenuante cuando enfrente al juez, en unos meses. El psiquiatra José Bitrán, director del Instituto Neuropsiquiátrico de Chile, está seguro de ello.

—No está a la altura de robar un banco, en pijama y con un cuchillo. La forma en que actuó es bizarra y puede implicar otra cosa más grave, como un estado disociativo o psicótico, pero las conductas descritas exceden por mucho un trastorno adaptativo —dice—. Con ese diagnóstico no será absuelto por insanidad. Para eso se necesita un estado delirante, una pérdida del juicio.

La defensa de Cristian Maldonado, a cargo del abogado Omar Pizarro, padre de su amiga Silvia, le hará exámenes particulares para intentar escarbar más en lo que pasaba en su cerebro la mañana en que, según él, hizo cortocircuito. La pena a la que se expone por robo con violencia va de cinco a diez años de cárcel, pero por ser primerizo es probable que sean cinco. El anhelo de su abogado es que el Ministerio Público le ofrezca confesar en un juicio abreviado, lo que podría bajar la pena a tres años. Si la defensa lograra demostrar que no estaba en sus cabales, quizás podría conseguir arresto domiciliario, pero no será sencillo en un caso en que el asaltante pidió un dinero específico y de alguna forma parecía tener un plan. La familia y los amigos de Cristian temen que, en caso de cumplir su condena tras las rejas, cuando salga de la prisión sea otra persona.

El fiscal Ramón Riff Romero será el encargado de investigar qué fue lo que pasó ese día, adentro y afuera de la cabeza del ingeniero. Quién era el hombre que esa mañana empuñó un cuchillo.

—Él tomó una decisión. De acuerdo a cómo fue formalizado en la audiencia, no parece una reacción visceral, una decisión pronta no meditada. Llegó en un vehículo, se estacionó en las cercanías, llevaba una pañoleta en la cabeza, un cuchillo. Evidentemente hay un nivel de preparación —dice, en su oficina—. Ahora, ¿qué motiva eso? Mi obligación es investigar todo aquello que lo perjudique tanto como lo que lo favorezca. Y hasta ahora no tengo ningún antecedente que me permita estimar que pueda estar afectado por algún trastorno mental.

En este momento, el caso descansa en la carpeta amarilla que tiene entre otras veinte sobre su escritorio de la Fiscalía Local de Ñuñoa. Por ahora, en ella parecen haber más preguntas que respuestas.

*

El tiempo se acaba, Cristian ya debe dejar el cuarto blanco y volver a su celda. Allí escribirá su diario de vida, que lleva desde que fue detenido. Quiere entender un poco mejor su propia historia.

—**¿Te consideras un delincuente?**

Escuchar esa palabra lo sorprende. Se ríe nervioso, lanza un suspiro. Mira al piso.

—Chuta, es que si estoy aquí es por algo. Fui un delincuente al momento de hacer eso... quizás pasa por cómo definimos la palabra. Si me tengo que definir, voy a ser generoso conmigo: no me considero un delincuente. Si me pones en la calle ahora mismo, no creo ser un peligro para la sociedad, aunque la ley actualmente diga que lo soy.

—**¿Qué hubieras hecho si el guardia saca su arma, lo habrías apuñalado?**

—No sé, ni siquiera me lo pregunté. No sé. A lo mejor me hubiera quedado paralizado o hubiera salido corriendo. No me veo acuchillando a alguien... en ese estado de cortocircuito, no sé qué hubiese pasado. Tampoco me veía asaltando un banco.

—**¿Cuál fue el punto de quiebre?**

—Ese fin de semana jugué al Kino y al Loto, ese fue mi último plan. Pensé que no podía tener tanta mala suerte. Esa mañana me levante, revisé en el teléfono las dos páginas, la del Kino y la del Loto, y bueno... —dice y sonrío amargamente— claramente no me lo gané. Entonces, lo que hizo esa mañana fue dejar el teléfono, ir hasta la cocina, tomar un cuchillo y salir a la calle.

ELLOS QUIEREN SEXO



Noelia Zunino
15 de noviembre
Paula

Yes we fuck. Con esa afirmación, las personas que viven con alguna discapacidad le recuerdan al mundo que también tienen derecho a una vida sexual plena. Que tienen deseos y que pueden gozar. Que no son niños ni angelitos. Esta crónica recurre a variados e interesantes testimonios para mostrar cómo las personas con “diversidad funcional” han empezado a movilizarse para exigir estos derechos. La abogada Paulina Bravo, que vive con ceguera, en 2016 formó el Observatorio de Derechos Sexuales y Reproductivos de las Personas con Discapacidad. Por otra parte, la educadora diferencial diagnosticada con asperger Tamara Suárez y el músico Esteban Torres –que perdió la movilidad desde la zona lumbar hacia abajo en un accidente– se están formando como especialistas en “asistencia sexual”: una técnica para ayudar a personas con discapacidades, por ejemplo, masturbándolas, ayudándolas a tocarse o incluso teniendo sexo con ellas. Esto en Chile recién comienza, pero en países como Suiza y Bélgica la asistencia sexual es parte de los servicios que entrega el Estado porque se entiende como un tema de salud pública.

Solo y desnudo empezó a tocarse. Era la primera vez que lo hacía después de tres años del accidente. Tomó el medicamento que le recetaron para tener erecciones, puso una película pornográfica y empezó a recorrer su nuevo cuerpo. Uno que no quería, que rechazaba y que sentía como una cáscara. Pero que era suyo.

A Esteban Torres (38) la vértebra lumbar 1 le estalló en pedazos y aplastó su médula espinal. El día anterior, el 5 de diciembre de 2005, el grupo Saiko se había presentado en Temuco en un *show* de campaña de la entonces candidata Michelle Bachelet. Esteban, con 25 años, era el bajista y descendió del escenario entre aplausos. De ahí emprendieron rumbo a Santiago.

Horas después hubo un frenazo y lo último que vio fue un camión que se estrellaba contra el bus. Fue algo rápido y violento. La máquina terminó con todos sus pasajeros en el lecho del río Maipo. Esteban oía gritos, llantos; sentía todo el trajín a su alrededor, pero no sus piernas.

Casi un mes tardaron los médicos en dar con un diagnóstico preciso y decirle que lo suyo, entre muchas fracturas, era un traumatismo raquímedular, lo que en términos prácticos le imposibilitaba mover desde la zona lumbar hasta la punta de los pies. Esteban pensaba que lo que estaba viviendo era un chiste cruel. Él, que había entrado a estudiar Educación Diferencial para ayudar a las personas con discapacidad, pasaba a ser uno de ellos.

Durante ese tiempo hubo algo que a Esteban le urgía; algo de lo cual nadie le hablaba. Desde el accidente casi no tenía erecciones y, cuando sí ocurría, duraban poco.

“Me hablaban de la recuperación de los músculos, pero nadie me hablaba de mi pene. Es muy poco lo que hablan los equipos profesionales que trabajan en rehabilitación sobre el cambio en las relaciones sexuales y cómo manejarlo en pareja”, recuerda.

Tres años de pololeo llevaba cuando se accidentó. Luego de su primera alta, intentaron tener encuentros sexuales. No resultó. Esteban entendió que tendría que ir de a poco. Comenzó con rehabilitaciones para el control de esfínteres y ahí tuvo una mejor respuesta, pero ya no era lo de antes. Ni siquiera se acercaba. Y él cada vez se enojaba más y más con su situación y, sobre todo, con su propio cuerpo.

La vida sexual desapareció. En los dos años que siguieron al accidente, lo operaron doce veces de su columna y pasó la mayor parte del tiempo internado en cinco hospitales distintos, incluyendo uno en Cuba. Con todo eso, era cada vez más complejo reencontrarse con su polola.

Para el tercer año ya presentaba una notable mejoría. Sin embargo, entre él y su pareja no había más que hacer. “Terminamos y quedé deprimido e inseguro”, dice. Tras el quiebre, un urólogo le recetó fármacos para tener erecciones. “Necesitaba explorarme, saber qué sentía. Mis primeras citas fueron conmigo mismo”.

Esteban dejó una vida atrás. Con una discapacidad de 70%, ya no era apto físicamente para obtener su título de profesor diferencial. De a poco dejó la silla y pasó a las muletas. Eso le permitió seguir tocando en Saiko, pero en 2013 dejó la banda. “Terminé siendo un cacho porque los escenarios no tienen rampas y ya no podía tocar tanto rato de pie”, dice. Tuvo que reinventarse: empezó a hacer talleres musicales en escuelas diferenciales.

Empezó a indagar qué pasaba con otros como él. Supo que no era el único y que muchos accidentados con lesión medular terminaban sus relaciones porque no sabían cómo manejar su sexualidad.

Le ocurrió también a Jaime Reyes. De ser profesor de Educación Física, andar en moto y tener éxito con las mujeres, a los 24 años

pasó a estar postrado. Recuerda que un día estaba en su cama y su entonces pareja se acostó a su lado. Le pidió que se acercara y lo tocara. Ella se negó. “¿Para qué si no lo sientes?”, le dijo. Un año antes un accidente en moto lo había dejado tetraplético y, salvo por unos sectores en el pecho, brazos, espalda y cuello, Jaime no sentía nada.

“Fue doloroso. Ya no camino, pero sí soy hombre. Fue el primer golpe de rechazo, de cómo podría venir la vida en adelante. ¿Cómo convivir con eso?”, dice.

Jaime tuvo que aprender a lidiar con un cuerpo que no le responde. No puede mover sus manos ni sus dedos, pero se las arregla para escribir en el celular con un puntero.

Todo para él ha sido un aprendizaje y un gran desafío. Incluso el de derribar los mitos y prejuicios de su entorno en relación a su sexualidad, solo por el hecho de estar tetraplético en una silla neurológica. Hoy, a 23 años del accidente, entiende que lo que entonces le dijo su pareja responde en parte a lo que cree la sociedad: que las personas con discapacidad no tienen sexo.

Diversidad funcional

El II Estudio Nacional de Discapacidad de 2015 dice que en Chile el 20% de la población adulta está en situación de discapacidad. Son más de 2,5 millones de personas y para muchos el diagnóstico se convierte en una lápida para su goce sexual. Porque independiente del tipo de discapacidad que tengan, la sociedad los tiende a infantilizar, invisibilizar y tratar como asexuados, sobre todo si se tiene una discapacidad cognitiva.

La abogada Paulina Bravo sabe de eso. Preside el Observatorio de Derechos Sexuales y Reproductivos de las Personas con Discapacidad (Odisex), creado en 2016 para pelear por estos derechos, pero lo ha vivido en carne propia.

Era adolescente, aún no perdía por completo su visión, pero sentía que eran los demás quienes no la veían; que sus ilusiones afec-

tivas eran cercenadas por una negación social implícita, como si no tuviera derecho a vivirlas, solo por ser ciega. Cuando llegaban sus tías y querían saber quién de sus hermanos y primos pololeaba a ella la saltaban. Hasta hoy, a los 43 años, asegura que nunca le preguntan en su familia si tiene pareja.

En los seminarios y charlas que ha dictado sobre el tema, Paulina ha comprobado que la anulación de la sexualidad se repite en todo Chile y lo explica así: “Muchas familias dicen que la persona con discapacidad es el angelito que les cambió la vida. Y los ángeles no tienen sexo”.

También lo ha notado la sicóloga y sexóloga Rafaella di Girolamo, especialista en terapias con el cuerpo y sexualidad en la discapacidad. “Se malentiende que también tienen discapacidad en el placer. Se los limita y les falta libertad para explorar”, dice.

Esteban Torres no quería que lo miraran así ni se conformaba con el rótulo de “discapacitado”. Necesitaba romper con esa visión y fue en esa búsqueda que dio con el Foro de Vida Independiente, creado en 2001 en España, y el concepto de “diversidad funcional”. El término es parte de un movimiento que nació en Estados Unidos en los 70 como una lucha de personas con algún tipo de discapacidad para derribar el mito de que no podían hacerse cargo de sus propias vidas. Que, aunque requieran cierto apoyo y asistencia, pueden ser autónomos y ejercer sus derechos. “¡Nada sobre nosotros, sin nosotros!”, es la consigna que los identifica.

Fue allí también que descubrió otro término que llamó su atención: la asistencia sexual. Pidió más material para saber de qué se trataba. Entonces sintió que tenía que hacer suya la frase de los diversos funcionales y dar a conocer en Chile lo que estaba descubriendo.

La rebelión de los asexuados

Algunas de las veces que Cristina Rey ha masturbado a alguien con diversidad funcional, aplica tanta fuerza que termina cansada. Ella es periodista de profesión, pero lleva décadas trabajando en distintas terapias para desarrollar la sexualidad: desde sesiones para la piel hasta terapias colectivas; todas las ofrece en su página web Amaeru Sexualidad Natural. En el verano europeo pasado se amplió a una nueva arista: la asistencia sexual. Una de las actividades que realiza, cuenta, es la masturbación para el autodescubrimiento. “Puede ir desde un primer contacto para acercarse y tomar confianza hasta el orgasmo”, dice desde España.

Según la European Platform Sexual Assistance, la asistencia sexual consiste en apoyar a personas con discapacidades en todo el espectro de su sexualidad. Para algunos es una figura virtuosa, sobre todo para los que no pueden explorar su cuerpo ni tener relaciones por sí mismos. “Me transformo en sus manos para lograr una autoerotización”, dice Cristina.

En países como Suiza, Bélgica, Holanda o Alemania la asistencia sexual es parte de los servicios sociales que otorga el Estado porque lo entienden como un tema de salud. Se espera que un asistente sexual sepa manejar distintas situaciones como limpiar sondas o mover a la cama al cliente, en algunas partes su formación está regulada. Así es en Suiza, pero no en España. Cristina explica que allá “son las personas quienes me dicen cómo y qué hacer porque está dentro del concepto de vida independiente: ellos dirigen”.

Hay distintas definiciones y propuestas sobre la asistencia sexual: están quienes, como Cristina, ayudan a la autoexploración, pero sin tener coito; hay organizaciones que ofrecen altruistamente tener relaciones; y están también las trabajadoras sexuales, que aseguran ser las más capacitadas para hacer ese trabajo.

En Chile recién se está empezando a conocer de esto en círculos muy pequeños. Y en eso Esteban ha sido de gran ayuda en la V Región. Desde Quillota, creó en 2014 el colectivo Diversidad Funcio-

nal Chile y empezó a dar charlas sobre asistencia sexual y la filosofía que hay detrás. Incluso ha expuesto en el Senado, ante la comisión de discapacidad, y en conversatorios de bioética.

Ahí conoció a Tamara Suárez (31), una educadora diferencial que también hizo una búsqueda personal y hace charlas en la región sobre sexualidad y discapacidad. A los cuatro años la diagnosticaron dentro del espectro autista y 20 años después le dijeron que era Asperger. Tenía una hiper reacción al tacto y desde chica le cargaba que la abrazaran. Si bien disfrutaba el sexo, el contacto físico la perturbaba. Tanto que en sus primeras relaciones se quedaba en blanco, pues la superaba el nivel emocional de tanto roce. Ahora es distinto: “No tendría problema en trabajar como mediadora sexual. No sé si llegaría al coito, pero hay mucho para hacer”, dice.

Para llegar a ese cambio, tuvo que transitar por el mismo camino de autoaprendizaje que muchos otros han recorrido. No fue fácil. Quizás el que más le dolió fue con sus primeras relaciones sexuales, cuando su padre le dejó de hablar alrededor de dos años tras enterarse de que tenía parejas mujeres. Al saberlo, la llevaron al psiquiatra. Eso le sirvió para conocer sus límites y aprender del ensayo y del error. “Pensaban que quizás no iba a poder decidir por mi diagnóstico. Me sentía invalidada. Ahora han evolucionado, pero tiene que ver con mi postura: me aceptas o no, nomás. Estoy empoderada de mi vida”, dice Tamara, quien tiene una hija de tres años.

Tanto ella como Esteban quieren ser de los primeros asistentes sexuales en Chile y así después ayudar a otros que quieran hacer lo mismo. Para eso pretenden ir a Argentina y anotarse en el curso que una vez al año dicta la educadora diferencial y orientadora sexual en diversidad funcional Silvina Peirano, una de las máximas exponentes latinoamericanas en la materia.

“Hay cambios importantes que tienen que venir no solo de la sensibilización, sino también en las agendas de los Estados. Están pasando cosas importantes, pero necesitamos un colectivo más activo y orgulloso”, dice Silvina desde Buenos Aires. En sus cursos, asegura, cada vez se interesan más chilenos.

Yes, We Fuck

Soledad Arnau tiene 47 años y recién hace dos que pudo tocarse por debajo de su ropa interior. Fue gracias a su asistente sexual, Teo Valls, de 32 años.

Con él, Soledad pudo sentir la sensación de tocar sus pezones y la suavidad de sus manos. Ella es española y una férrea activista de la vida independiente. Su diversidad funcional es de 85%. Sus manos están dobladas y no tiene movilidad. La tienen que asistir para bañarse, cambiarse, para comer, pero su postura es que eso no la puede anular como persona. En 2015, el documentalista Antonio Centeno le preguntó si podía grabar una de las sesiones con su asistente sexual y ella accedió. Creía que si mostraba su realidad, podría fomentar políticas públicas enfocadas en la discapacidad desde esta nueva perspectiva. Así surgió el documental *Yes, We Fuck*, que provocó en España que esta filosofía tomara vuelo.

Allí se ve cómo Teo toma las manos de Soledad y las dirige para que ella misma pueda acariciarse. Si bien Soledad había tenido relaciones sexuales, era la primera vez que podía tocarse a sí misma. “Nunca había experimentado la sensación de sentirme. Me pareció precioso: mis dedos podían cogerme el pezón o meter mis manos en las bragas. Fue un momentazo de placer conmigo misma”, cuenta desde España.

La abogada Paulina Bravo vio en ese documental una herramienta para abrir el debate en Chile. Por eso lo ha exhibido en distintas charlas que ha realizado para dar a conocer Odisex, la organización que creó en marzo de 2016, luego de un viaje que hizo a Ginebra como delegada del Ministerio de Justicia para rendir el examen de Chile ante el comité de expertos de la Organización de Naciones Unidas (ONU) respecto al cumplimiento de la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad. Su intención inicial era difundir la asistencia sexual, pero al poco andar se dio cuenta de que aún era muy pronto y que en Chile había que partir por algo mucho más básico: el empoderamiento.

En 2015, el actor y comunicador audiovisual Felipe Orellana (36) fue uno de los fundadores de Ronda Chile, una organización que busca romper con los mitos y fomentar la inclusión sociolaboral desde las competencias. Aunque ya no forma parte de ella, esta institución le abrió puertas para conocer personas que querían, como él, cambiar esta mirada. Cree que algo pasa con la generación de treintones y cuarentones que en Chile hoy dan batalla para empoderarse. Ve que hay más gente que se reúne, que crean fundaciones y salen a pelear. Sin embargo, también cree que es un proceso lento, que antes de unirse, hay que pasar por un empoderamiento individual. Dice que para él, hacerlo no fue fácil, sobre todo desde el punto de vista sexual.

Quedar tetraplégico a los 16 años de edad por un piquero, le produjo la primera duda: “¿Alguien me pescará?”. Se dispuso rápidamente en pleno tratamiento de rehabilitación. Felipe Orellana es un seductor y le gusta jugar con eso. Su personalidad juega a su favor y se hizo conocido su espíritu aventurero cuando el año pasado se emitió por *TVN* un programa donde viajaba en su tricicleta por Chile, experimentando distintas actividades.

Pero detrás de ese personaje resuelto, hasta hace muy poco Felipe tenía muchas dudas. Su primera relación sexual, luego de quedar tetraplégico, fue tres años después de su accidente. Estaba muy borracho. Ni siquiera se acuerda si lo disfrutó o si logró una erección. Pero sí se dio cuenta de que iba a necesitar que lo asistieran, que ya no podía hacer tantos movimientos por sí mismo y de que él siempre iba a tener que estar abajo. Desde entonces, para romper los prejuicios de si “se puede o no se puede”, Felipe empezó a enfocarse en el placer de la otra persona. “Dejé de buscar mi placer para que la otra persona lo pasara bien. Saqué aplausos, pero yo fingí muchísimo. Me autodiscapacité”, dice.

Un día dijo basta y dejó que lo acariciaran. Comenzó a estudiar el tantra y estuvo más atento a otros sentidos. Se empoderó de su sexualidad. Hoy se enorgullece: “Es paradójico, pero la discapacidad

me ha enseñado de la sexualidad. Me obligó por la falta de movimiento a desarrollar otras cosas”, dice.

El año pasado se creó por primera vez una mesa técnica intersectorial sobre sexualidad, en parte como respuesta al informe de la ONU y a la demanda de organizaciones. La conforman, además, el Servicio Nacional de la Discapacidad (Senadis) y el Servicio Nacional de la Mujer y la Equidad de Género (Sernameg), organizaciones de personas con discapacidad, entre ellas Odisex, y su objetivo es incidir en cambios normativos y legales para promover los derechos sexuales y reproductivos de las personas con discapacidad bajo una mirada de derechos humanos. Ahí también presentaron el documental e hicieron un seminario donde estuvo invitada la argentina Silvina Peirano.

La subdirectora de Senadis, Viviana Ávila, cuenta que a partir de esa instancia organizaciones creadas por personas con discapacidad se han acercado y les han pedido talleres prácticos sobre asistencia sexual en las regiones Metropolitana, del Biobío y Valparaíso. También un grupo de trabajadoras sexuales de la Fundación Margen ha planteado la posibilidad de capacitarse, luego de participar en un seminario.

“Hay un interés, pero nada concreto. A muchas no les gusta atender a personas con discapacidad porque no saben cómo hacerlo. Pero si se especializaran, tendrían otra llegada y perderían los miedos. Porque todos tienen derecho a una sexualidad plena”, dice Herminda González, presidenta de la fundación.

La oferta ya existe. Muchos portales de *escorts* ofrecen el servicio de “discapacitados”, aunque Soledad Arnau es categórica: eso es una prostitución especial, no es asistencia sexual.

Mientras, desde Buenos Aires, Silvina Peirano ve con interés lo que está pasando en Chile. La Universidad de Chile prepara junto al Senadis un curso de capacitación integral de la sexualidad para entregar, a partir de 2018, herramientas a profesionales de la rehabilitación. Ese mismo año espera Esteban Torres tener todo listo para

echar a andar su foro de vida independiente en Chile y convertirlo en un punto de encuentro, como el de España.

A Silvina lo que ocurre en Chile le parece familiar, porque así partió en España y Argentina años atrás.

“Cuando la persona con discapacidad se da cuenta de que el sexo tiene que ver con ellos no hay cuidador y restriccionismo que valga. Hay un activismo fuerte. Los ángeles se están convirtiendo en los sublevados que necesitamos. No hay vuelta atrás”, dice.

BUSCANDO VIDA ENTRE LA MUERTE



Matías Sánchez

28 de julio

La Tercera

En el momento más duro para cualquier persona –cuando se entera de que alguno de sus seres queridos está en estado irreversible de muerte cerebral– alguno de los cinco coordinadores de la oficina que gestiona la donación de órganos en la Región Metropolitana lo contacta. En Chile se supone que cada ciudadano acepta que sus órganos sirvan a otros tras su muerte si no lo prohíbe expresamente, pero de todas maneras hace falta el consentimiento de los familiares. El tiempo apremia: el paciente no puede esperar y los órganos pronto serán inservibles. El autor de esta crónica acompaña durante un día y en todo momento a la enfermera Lydytt Alfaro en su afanosa tarea de conseguir que los familiares donen hígados, córneas o riñones que significarán la salvación de una persona. El ritmo de esta crónica logra transmitir la urgencia de la tarea. Los casos que expone están llenos de dolor, de esperanza y de la pasión de un grupo de profesionales de la salud que dejan el corazón en su trabajo.

A las siete de la tarde, la enfermera Lydytt Alfaro (45) recibe una llamada desde la Unidad de Pacientes Críticos (UPC) del Hospital La Florida. El hombre de 66 años que visitó el día antes fue declarado con muerte cerebral. “Se viene una larga jornada”, dice ella mientras se pone unos zuecos azules. “Con esto aguanto como 18 horas, después me cambio a zapatillas”, agrega mientras prepara la colación para el colegio de su hijo que ese día está de cumpleaños y se despide del mayor: “No sé a qué hora volveré”.

Al llegar al hospital, pasa por la entrada de la UPC donde decenas de personas esperan de pie o sentadas alguna noticia sobre la salud de cercanos. “Lo más probable es que ahí esté la familia del paciente que murió”, dice Alfaro mientras pide por citófono que le abran. Antes de que eso ocurra, una mujer se levanta desde el fondo de la sala y se le acerca.

—Disculpe... ¿Usted es la persona de procuramiento de órganos? —le pregunta tímidamente—. La estamos esperando para conversar con usted. Soy la esposa del hombre que falleció —agrega.

—Sí, soy yo. Por favor, déjeme ingresar para ver en qué situación está y salgo a conversar con usted —responde la enfermera.

Las puertas se abren y Alfaro entra.

—¿Es común que la familia se le acerque a usted?

—No, pero es un buen indicio.

*

En 2011, el Ministerio de Salud (Minsal) creó el Departamento de Coordinación Nacional de Trasplantes. “La única forma de profesionalizar el tema era generar un proceso intrahospitalario, es decir, que en cada hospital en el que se generaran donantes, existiera una unidad de procuramiento”, cuenta José Luis Rojas, coordinador nacional de trasplantes.

Como resultado, actualmente en la Región Metropolitana hay cinco equipos de procuramiento, que es como se llama el proceso mediante el cual, después de varias etapas bien definidas, se extraen los órganos de alguien que ha muerto para que sean implantados en uno o más receptores que los necesiten. Estos grupos se organizan por zonas y están encabezados por enfermeros que siguen el ingreso de potenciales donantes a las áreas de urgencias y cuidados críticos a los hospitales. También entrevistan a las familias para obtener su consentimiento y determinar qué órganos están dispuestos a donar. Finalmente organizan la búsqueda de los equipos médicos que realicen la extracción y gestionan la entrega a tiempo.

Entre enero y junio de este año se han realizado 253 trasplantes, un 62% más que en el mismo periodo de 2016. Las familias de 96 pacientes con muerte cerebral accedieron a donar, beneficiando así a 253 personas. Actualmente, el Minsal tiene una lista de 2.886 pacientes que esperan un órgano.

*

Un cuarto para la diez de la noche, Alfaro entra a la UPC y se presenta ante las enfermeras y médicos del lugar. Ella coordina el grupo a cargo de los hospitales La Florida, Padre Hurtado y Sótero del Río, y explica que viene a ver al paciente que llegó dos días antes descompensado a la Urgencia. Venía con problemas para hablar y respirar y una parálisis en la parte izquierda del rostro. El escáner mostró que tenía una hemorragia cerebral grave producto de un accidente cerebrovascular.

El equipo de neurocirujanos que lo atendió administró medicamentos y tras hacer todo lo posible determinó que era imposible operarlo dada su gravedad. Luego se diagnosticó su muerte cerebral, también llamada muerte encefálica, que es cuando se produce el cese completo e irreversible de la actividad encefálica.

Al entrar al box donde está el hombre, la enfermera procuradora se lava las manos y dice “permiso”. “Sé que está muerto, pero merece respeto como todos”, aclara.

Pero no se ve muerto. “Si lo tocas, está calentito. Si lo miras, está respirando, pero en realidad falleció. Es por eso que yo no critico a las familias que no entienden la situación porque él luce como alguien vivo y comprendo que su muerte tan repentina es complicada”, explica Alfaro, que luego se concentra en calcular su peso y estatura, revisa si tiene tatuajes o heridas, aplica luz en sus pupilas y pasa una paleta por sus pies. El paciente no responde a nada porque tras la muerte del cerebro solo el respirador artificial lo mantiene con signos vitales al permitir que órganos como el corazón sigan recibiendo oxígeno. Solo los pacientes en ese estado de muerte encefálica pueden ser donantes, ya que así los órganos se conservan y pueden ser utilizados para un trasplante.

Para que la donación sea médicamente posible también hay que descartar la presencia de enfermedades transmisibles y cáncer. La enfermera obtiene algunas muestras de sangre y las lleva personalmente al laboratorio. Una vez que tiene los resultados se decide a ir a hablar con la familia.

*

“Nosotros hacemos la pregunta más difícil en el peor momento de la vida de un familiar. Responder si quiere donar los órganos de ese ser querido que recién murió no es fácil”, dice Alejandra Zapata (27), coordinadora de la zona que corresponde al hospital Félix Bulnes y San Juan de Dios, en el que trabaja hace dos años.

La mayoría de los equipos de procuración están formados por al menos dos enfermeros, que se dividen en turnos semanales. Siempre hay alguien disponible para atender un llamado de un hospital que avisa que tiene un potencial donante. “Hay aproximadamente 120 pacientes mensuales con muerte cerebral a nivel nacional, pero de esos diría que unos 12 llegan a una donación”, explica el coordinador nacional de trasplantes.

Tamara Neculqueo (30), coordinadora de la zona que abarca los hospitales El Carmen, San Borja Arriarán y la Urgencia de Asistencia Pública (la Posta Central), explica que hay una serie de mitos que generan miedo y resistencia, “como que los órganos se venden o que matamos a las personas para trasplantar a los ricos”, dice.

El proceso, desde que se detecta a un donante hasta que finalmente se entregan los órganos para un trasplante, suele ser largo y estresante. “En una ocasión estuve más de 50 horas seguidas en el hospital”, dice Rodrigo Martín (28), quien lleva tres años trabajando como coordinador en el hospital San José y el pediátrico Roberto del Río. “Pero siempre olvido todo lo negativo del trabajo y me doy cuenta de que le estamos dando vida a otras personas y familias”, agrega.

A estos equipos muchos de sus pares en los hospitales los conocen como “los buitres”, porque, tal como explica Rodrigo Martín, “siempre estamos rondando cuerpos y a la muerte. Me lo tomo con humor, pero la verdad es que estamos lejos de ser ese animal porque nosotros damos vida”.

A Lydytt Alfaro, en cambio, el apodo no le causa gracia. Cuenta que pocos días antes, mientras analizaba el caso de un potencial donante en un hospital, pasó un kinesiólogo a su lado y le comentó a una estudiante que ella era “un buitre”. La enfermera le hizo saber con la mirada que le había molestado el comentario y el autor reuló y le replicó rápidamente a su acompañante: “Les decimos así de cariño porque ella hace una gran labor en el tema de donación”.

*

Cerca de las 11 de la noche, Lydytt Alfaro sale de la Unidad de Pacientes Críticos a buscar a la mujer que se le acercó al llegar y la lleva a una sala, se presenta y le explica su labor. “La muerte cerebral sucede de un momento a otro, pero médicamente se hizo todo lo posible para salvarlo”, dice. La mujer solo mira en silencio y escucha atentamente.

—¿Él manifestó en vida si quería ser donante? —pregunta la enfermera.

Actualmente, a menos que alguien declare expresamente ante notario que no quiere serlo, la ley convierte automáticamente a todos los chilenos en donantes de órganos. Pese a eso, la última decisión está en manos de los parientes.

“Si la familia dice que no, legalmente nosotros igual podemos extraer sus órganos, pero siempre se respeta la decisión de los cercanos porque es importante crear conciencia de que esto es voluntario”, dice Zapata. “Una mala experiencia puede generar una cadena y que muchas personas digan que no. Acá es muy importante el boca a boca”, agrega.

La mujer le explica a Alfaro que sí, que su marido siempre dijo que quería ser donante. Los órganos que pueden ser trasplantados después de una muerte cerebral son el corazón, los pulmones, hígado, páncreas, riñones, intestino, córneas, huesos e incluso la piel, pero la enfermera le explica que en este caso, por motivos médicos, solo se podrían extraer los riñones, hígado y córneas.

—¿Qué va a pasar con sus ojitos? ¿Se notará cuando saquen las córneas? —pregunta la mujer.

—No, no se notará, el proceso de córneas no es invasivo. Yo le aseguro que su marido recibirá todo el respeto y dignidad que merece. Con todo este acto de amor, usted está salvando a cinco personas —explica Alfaro.

Cuando la mujer accede, triste pero amablemente, Lydytt sale en busca de los formularios que autorizan la extracción de los órganos y comienza a llenarlos en conjunto con la esposa despejando sus dudas.

Al terminar, la enfermera le agradece el acto de generosidad y le deja su teléfono: “Siéntase con la confianza de llamarme cuando quiera, incluso después de que termine todo este proceso”, le explica.

Al salir, Alfaro se emociona. “Me afecta porque es un matrimonio de varios años donde ella cuenta que lo último que le dijo fue que la amaba”, dice mientras camina con su celular en mano. “El día que estas situaciones no me afecten dejaré este trabajo”.

La enfermera llama a su jefe en el Hospital Sótero del Río y le cuenta que la familia aceptó. Lo mismo hace con el enfermero de turno de la Coordinación Nacional de Trasplantes.

Alfaro ingresa todo los datos al Sidot –Sistema Integrado de Donación y Trasplante–, un programa del Minsal al que tienen acceso los coordinadores nacionales para ofrecer los órganos a distintos centros hospitalarios del país.

A partir de ese momento se comienza a buscar a nivel nacional receptores para los órganos, basados en las características del fallecido y la lista de prioridad nacional. También se contacta a tres cirujanos especialistas para extraer los riñones, hígado y córneas.

Cada centro tiene máximo una hora para responder a la oferta, de lo contrario, se ofrecen a otro. En esta ocasión, la Coordinación Nacional no encuentra receptor para el hígado, ya que no concuerda con las características de los pacientes que necesitan este órgano y se determina extraer solo los riñones y córneas.

Alfaro no deja de recibir llamadas del Minsal, preguntando cómo avanza el proceso. Finalmente, la enfermera fija la operación para las seis de la mañana.

*

“Por favor, necesito que me abran pronto, estoy en medio de un proceso de trasplante”, le dice la enfermera a una auxiliar de aseo del hospital Sótero del Río cerca de las dos de la mañana.

Como en el hospital La Florida no son tan comunes las extracciones de órganos, Alfaro fue a buscar los implementos necesarios a

ese centro de salud. Generalmente el traslado se hace en ambulancia, pero para apurarse ella va en su auto. El problema es que el guardia con las llaves no aparece.

Cuando logra entrar saca tres cajas de plumavit y las llena con 16 kilos de hielo común, seis kilos de hielo estéril sellados al vacío y ocho litros de líquido de perfusión para limpiar y mantener los órganos.

También busca los frascos donde guardará los riñones y córneas y pone todo en una maleta negra. Entre las llamadas y mensajes que no para de recibir, llega una de la esposa del donante que le pide que hable con su hija y le explique el procedimiento. Ella la llama de vuelta y hace lo que le han pedido.

A las tres y media de la mañana, Lydytt Alfaro está de vuelta en la entrada de Urgencias del hospital. Va a ver al donante y toma muestras de sangre para enviarlas al Instituto de Salud Pública (ISP) para que analicen la compatibilidad de los riñones.

Lydytt habla con la jefa de Urgencias y le explica la situación y le pide un pabellón con enfermeras, instrumentista, auxiliares y un anestesista que tiene la tarea de mantener los signos vitales del donante.

Mientras el paciente es bajado al pabellón, una de las auxiliares que empuja la camilla lo mira. Ella no sabe que está con muerte cerebral porque la información de procuración solo la manejan los involucrados en el proceso. “Ojalá salga bien de la operación, se ve una persona joven”, dice.

*

“Si tuviéramos más personal en el área, podríamos aprovechar más las donaciones”, dice Fernanda Poblete (30), coordinadora de la zona en que están los hospitales El Pino, Dr. Exequiel González Cortés, Parrayo de San Bernardo, San Luis de Buin y Barros Luco Trudeau.

Según ella, la poca especialización en equipos de procuración junto con la amplia zona que debe cubrir, impiden que se entere de

todos los potenciales donantes. “Es imposible hacer rondas diarias en todos los hospitales, por lo que dependo de la buena voluntad de algunos médicos en áreas de urgencias y de pacientes críticos, que me avisen”, dice.

Poblete añade que en sus tres años como procuradora ha visto una evolución entre los doctores y enfermeros que hoy están más abiertos a la donación. “Antes era casi una molestia porque cuidar a un paciente fallecido es más complicado que a uno vivo, ya que no tiene un apoyo propio, así que el personal debe velar por mantenerlo”, explica.

*

Pasadas las seis de la mañana, dos urólogos llegan al pabellón y se suman a los otros cinco profesionales que ya están en el lugar. Cuarenta minutos después se cierran las puertas y se escucha fuerte: “Bisturí”.

Los cirujanos comienzan a cortar. Lydytt prepara sus recipientes para recibir los órganos. Pone hielo en las cajas de plumavit y luego, con martillo y cincel esterilizados, muele hielo.

Los doctores tienen dificultades para llegar a la zona de los riñones por lo que la cirugía se extiende y el estrés se siente en el lugar. La presión está sobre los cirujanos. Hay que apurar el proceso, pide la anestesista, ya que no puede seguir manteniendo al donante con signos vitales por mucho tiempo más.

“Pinzas, pinzas”, exige un cirujano pero la arsenalera se confunde y se demora. “Ya pues, apúrese, esto tiene que ser rápido”, replica enojado. “Estamos todos bajo presión”, explica Alfaro mientras cuelga las seis bolsas de líquido de perfusión.

Los cirujanos le informan a Lydytt que ya ven los riñones y que ponga hielo en el interior del cuerpo para comenzar a enfriar los órganos. La anesestesióloga vuelve a insistir en que la situación es crítica.

“Clampeo a las 8:56 de la mañana”, dice fuerte el urólogo. A partir de ese momento se detiene toda intervención artificial para

mantener vivo el cuerpo. Los cirujanos empiezan a sacar los órganos y comienza a correr el tiempo que pueden soportar los órganos fuera del cuerpo antes de ser trasplantados. En el caso del riñón son cerca de 24 horas porque ese órgano es uno de los que más tiempo puede preservarse fuera del cuerpo. A las 9:25 de la mañana los oftalmólogos ingresan al pabellón.

Mientras, el urólogo le dice la anatomía del riñón a Alfaro y ella anota toda la información en un formulario que después pegará en la tapa de la caja de plumavit.

La bolsa con cada órgano es introducida en otra con el hielo estéril y puesta en un envase que va a la caja. El mismo proceso se repite con el riñón derecho.

A las 10:45 de la mañana termina la extracción de los riñones y los cirujanos suturan los tejidos. Lydytt prepara dos envases con un líquido rosado para guardar las córneas. Las cajas de los órganos son selladas con cinta adhesiva y entregadas a un funcionario del ISP que espera afuera del pabellón. Él se encargará de trasladar uno de los riñones y ambas córneas al instituto para realizarles pruebas de compatibilidad con otros pacientes.

Los cirujanos se retiran y en el pabellón quedan solo las enfermeras y auxiliares. Entre todos limpian el cuerpo para entregárselo a la familia. Lydytt lo revisa minuciosamente. “Sus ojos quedaron intactos”, dice y luego le habla al cuerpo: “No tengo palabras para agradecer el acto heroico que has hecho hoy. Gracias a ti varias familias podrán seguir disfrutando de sus seres queridos”. Mientras, el resto del equipo la escucha y tapa el cuerpo hasta el cuello con una sábana verde. Ella misma finaliza el proceso, cubre el rostro y dice: “Gracias”.

El caso que me marcó

Lydytt Alfaro, procuradora en la zona sur oriente

“Entrevisté a la esposa de un caballero de 50 años. No tenían hijos, eran solamente ellos dos. Cuando hablamos sobre la donación,

ella accedió inmediatamente. Al principio me alegró que pensara así, pero después me llamó la atención un poco su frialdad. Ahí fue cuando me contó su historia: ‘Mi marido fue una persona muy mala conmigo, me pegó y maltrató física y psicológicamente durante todo el matrimonio. Sufrí mucho y la verdad es que no le tengo nada de cariño. Si puede, sáquele todo, hágalo tira si quiere’. Quedé impactada porque el trasfondo de esta buena obra era su venganza, pero su argumento era que, pese a lo malo que esa persona fue en vida, de esa manera podía contribuir con los demás”.

Rodrigo Martín, procurador zona norte

“Uno de los casos más complejos que viví fue cuando un menor de siete años estaba con muerte cerebral. Si enfrentar la muerte de un familiar es difícil, la de un niño es mil veces peor. Al hacerles la entrevista a los padres, ambos accedieron inmediatamente a la donación de órganos porque habían visto en televisión que un niño necesitaba un trasplante, así que no dudaron en ayudar. Al entregarles el formulario de donación, ambos me miraron y me dijeron que no sabían leer ni escribir. No supe qué hacer y lo único que les dije fue que yo podía llenarlo por ellos. ‘Confiamos en usted’, me respondieron. Al preguntarles qué órganos donarían, ella dijo que todos, excepto el corazón. Le pregunté por qué y me dijo: ‘Porque el corazón de mi hijo es mío y de nadie más’”.

Fernanda Poblete, procuradora zona sur

“Estaba embarazada de mi segundo hijo cuando me llegó el llamado de una paciente que había muerto en el pabellón mientras daba a luz. Me costó mucho hacer la entrevista porque me sentí identificada con la situación, al ver al marido, que era doctor, con el niño recién nacido, sin ningún apoyo. Además, ella aún tenía su cuerpo de embarazada, sus pechos seguían llenos de leche. El marido, en medio de su dolor, aceptó donar todos los órganos”.

Tamara Neculqueo, procuradora zona central

“Siempre recuerdo a la primera familia que me negó una donación de órganos. El paciente era una mujer que había fallecido tras un accidente cerebrovascular y en la entrevista estaba la hija, quien sí quería donar, el marido que no tomaba ninguna postura y el hijo que decía que no. Fue una situación muy triste e incómoda porque discutían entre los tres, hasta que en un momento la hija se paró agotada de la situación y le gritó a su hermano: ‘Tú tienes hijos y ojalá no necesiten nunca un órgano. Eres una mala persona y Dios te va a castigar’. La idea nunca fue formar un conflicto entre ellos, sino que sensibilizarlos para llegar a un acuerdo. Después de la entrevista lloré desconsoladamente”.

Alejandra Zapata, procuradora zona occidente

“El año pasado me tocó una familia de un paciente de 36 años que murió en un asalto en el que le dispararon en la cara. En la entrevista estuvieron su señora e hijo, de 16 años. Ella estaba muy enojada con la vida y con Dios porque le habían quitado a su pareja, amigo y compañero. El día en que el hombre falleció, su hijo estaba de cumpleaños. A pesar de que uno cree que los jóvenes tienen un alto grado de inmadurez, él le dio la fuerza a su mamá para aceptar la donación. En ese momento lo único que quería era llorar, pero tenía que mantenerme fuerte para apoyar a esta familia”.

CRIMEN EN HUALPÉN: LOS MARINOS QUE ASESINARON A GOLPES A UN CIVIL TRAS EL TOQUE DE QUEDA DEL 27F



Benjamín Miranda

26 de febrero

The Clinic

Esta crónica, haciendo una revisión detallada del expediente del caso, narra la historia del primer civil asesinado por las Fuerzas Armadas chilenas bajo toque de queda tras el retorno a la democracia. Se trata de David Riquelme Ruiz, quien durante la madrugada del 10 de marzo de 2010, cuando regía el estado de excepción constitucional tras el terremoto del 27F, salió a comprar cigarros y se encontró con una patrulla de infantes de marina que lo mató producto de una golpiza brutal. El texto también consigna las irregularidades en el sumario administrativo y en el caso tramitado por la justicia militar. “En total estuvieron privados de libertad durante tres meses, tras permanecer en prisión preventiva al interior de una dependencia naval y vigilados por uniformados con un rango menor al de los sargentos”, explica el autor al referirse a los condenados. Después de publicada esta crónica la familia de David Riquelme recibió 200 millones de pesos como indemnización. Sus asesinos siguen en libertad y dos de ellos, que eran sargentos, alcanzaron a tramitar su retiro y reciben una remuneración mensual vitalicia.

La madrugada del 10 de marzo de 2010, Miriam Riveros (56) escuchó gritos desesperados a pasos de su casa, en la población Armando Alarcón del Canto, Hualpén. Bajó el volumen del televisor que tenía encendido en el *living*, se dirigió a la ventana que da hacia la calle y divisó a un grupo de uniformados agrediendo física y verbalmente a dos civiles, quienes bocabajo y con las manos atadas en su espalda imploraban para que dejaran de golpearlos. Uno de ellos, David Riquelme Ruiz (44), no sobrevivió a las patadas en las costillas, puñetazos en la espalda y culatazos en todo el cuerpo que le propinó la patrulla de marinos y se convirtió en el primer civil asesinado por miembros de las Fuerzas Armadas durante un toque de queda en democracia.

Hasta entonces, las noches posteriores al terremoto del 27 de febrero del 2010 en la región del Bío Bío habían sido tranquilas. El tiempo avanzaba lento entre el miedo a las réplicas y el compás de la marcha de las patrullas militares que, por mandato de la presidenta Michelle Bachelet, resguardaban las calles desde las 18:00 horas amparados en el estado de excepción constitucional de catástrofe.

Tras el caos inicial provocado por los saqueos a supermercados, las unidades castrenses y de orden impusieron un toque de queda que funcionó casi sin problemas. Sin embargo, a diez kilómetros del centro de Concepción, un crimen quebraría el orden forzado. Esa noche David y su amigo Iván Rojas fueron detenidos por una patrulla de marinos y golpeados por más de dos horas. Su delito fue haber circulado a horas no permitidas buscando comprar cigarrillos.

Sin prender la luz, Miriam, testigo clave de lo que ocurrió esa noche, subió al segundo piso y le avisó a su nieto Sebastián Maldonado lo que estaba pasando a metros de la puerta de entrada. Sebastián se sacó los audífonos, se levantó de la silla frente al computador y junto a su abuela abrió levemente la cortina para tener mejor visibilidad. Desde allí ambos presenciaron con asombro lo que sucedía: una persona tendida en el suelo, con el pie de un militar en su espalda y con el fusil sobre su cabeza. Dos metros a la derecha, otro civil acostado bajo el bototo y el arma de un uniformado, mientras era revisado por un tercer infante.

Los dos retenidos recibían golpes y una orden que Miriam y su nieto alcanzaron a distinguir en medio de los gritos: “Si no hacen lo que les decimos, los vamos a matar”. Minutos después del violento ataque, detrás de una camioneta roja que pertenecía a un vecino de la población, apareció un cuarto militar. Con una luz en su casco y con un palo en su cinto, ordenó que juntaran a los civiles para poder golpearlos con el elemento que cargaba.

El episodio duró cerca de media hora, hasta que uno de los marinos hizo una seña con la mano y se acercó una camioneta marca Nissan modelo Terrano de color blanco, patente BF LL-18, con doble cabina, sin baliza, *pickup* descubierto y con un logo negro pegado en una puerta: CA-324, sigla administrativa de la Armada de Chile Infantería de Marina.

Mientras el vehículo se acomodaba, los cuatro militares siguieron maltratando a los detenidos con puntapiés provenientes de sus botas de marcha y con la parte trasera de dos fusiles HK-33E, calibre 5.56 y una escopeta marca Remington, modelo 870, calibre 12. Un quinto uniformado se bajó del vehículo y, tras conversar con el que llevaba una luz en su casco, subieron al primer civil a la parte de atrás de la Nissan.

David era de contextura delgada y muy alto, por lo que sus piernas no cabían estiradas. Para doblarlas, uno de los marinos lo golpeó con un bastón retráctil que latigó y quedó con un largo cercano a los

50 centímetros. Rompió en llanto. Pidió que pararan, que solo había salido a comprar cigarros. Mientras tanto, a Iván le continuaron pegando sobre el asfalto, hasta que lo subieron y dejaron junto a su amigo en la misma posición: ojos pegados al piso, manos amarradas.

El conductor de la camioneta, tras abrir la puerta trasera, se ubicó frente al volante y le ordenó a tres de los infantes que se sentaran al borde del *pickup*. El marino restante, antes de subirse en el asiento del copiloto, les propinó más golpes desde abajo del vehículo y dijo: “Los vamos a matar”.

Entonces, Miriam prendió las luces de su casa, abrió la ventana y horrorizada por lo presenciado, le pidió a gritos a uno de los militares que se detuvieran, que no era necesaria la violencia ejercida en contra de los civiles. El chofer le contestó que no se preocupara, que lo estaban haciendo por su bien, ya que los habían pillado saltando la reja de una casa y correspondía el procedimiento debido a los constantes saqueos que marcaron las jornadas posteriores al terremoto. “Gracias, pero no lo haga de esa manera”, replicó nerviosa.

Una vez finalizado el diálogo, Miriam perdió de vista a la camioneta y a sus siete integrantes. Vio cómo se alejaba por la angosta calle Londres bajo la luz de los focos, sin imaginar que, a esas alturas, ya se gestaba la muerte de un civil durante toque de queda tras el fin de la dictadura.

*

—Aló, ¿Iván Rojas?

—Sí. ¿Quién habla?

—¿Cuánto quiere a cambio de declarar lo que yo le indique?
¿Cuánto o qué quiere?

—¡Váyase a la punta del cerro!

El llamado anónimo que recibió Rojas en enero del 2011 fue uno de los tantos episodios que marcaron la investigación en torno a la muerte de David Riquelme Ruiz, acaecida en la madrugada del 10

de marzo del 2010 a manos de cinco marinos, quienes lo detuvieron, junto a Rojas, por encontrarse en la calle Londres de la población Armando Alarcón del Canto (Hualpén) cerca de las dos de la mañana, en pleno toque de queda.

La patrulla involucrada estaba compuesta por su comandante, el sargento Jorge Elogorriaga, quien fue el uniformado que se sumó a la golpiza de Rojas tras aparecer con una luz en su casco y con un palo en su poder; el sargento Cristián Martínez, chofer de la Nissan Terrano, quien abrió la puerta de la parte de atrás de la camioneta y justificó el procedimiento cuando escuchó los gritos de Miriam; el cabo José Caamaño, quien redujo y mantuvo su fusil sobre la cabeza de Riquelme y luego se subió en la parte trasera de la camioneta; y los soldados Omer Valdebenito y Esteban Muñoz, autores de la detención y violenta revisión de Rojas y quienes también se ubicaron en el *pickup* del vehículo.

Tras conocer la denuncia ingresada en la mañana del 10 de marzo por la Cuarta Compañía de Carabineros de Hualpén, por muerte y hallazgo de cadáver en la vía pública, la Armada tomó dos decisiones: iniciar un sumario administrativo a cargo del Auditor Naval, Juan Pablo Soteras Campos, y dar pie a una causa criminal investigada por la Fiscalía Naval de Talcahuano. Ambos procedimientos tenían como objetivo de determinar la culpabilidad de los infantes involucrados.

El caso lo tomó el Fiscal Capitán de Fragata Alejandro Enríquez, quien, a cinco días de la muerte de Riquelme, el 15 de marzo del 2010, ya había sometido a proceso a los cinco imputados por violencia innecesaria con resultado de muerte, previsto y sancionado en el artículo 330 N° 1 del Código de Justicia Militar, y por violencia innecesaria con resultado de lesiones graves, bajo el artículo N° 4 del mismo cuerpo castrense.

El persecutor pidió una condena de diez años y un día de presidio mayor para cada uno de ellos, debido a la muerte de David; y 61 días de presidio menor por las lesiones causadas a Iván. Es decir, más de una década de cárcel para los imputados.

Sin embargo, y a pesar de toda la evidencia recogida, la sentencia final llegó cuatro años más tarde y con una pena mucho menor a la solicitada: el 25 de noviembre del 2014 se puso fin a la investigación y los cinco marinos debieron enfrentar tres años y un día de pena remitida. Desde entonces no han pasado ni un día tras las rejas.

*

Horas antes de ser detenidos, esposados y golpeados frente a la casa de Miriam, Iván y David se juntaron durante la noche del 9 de marzo en la casa de este último, ubicada en calle Dinamarca con Suecia.

Permanecieron en su jardín hasta las dos de la mañana, cuando el “Callemo”, como se conocía a David, propuso salir para comprar cigarros. Iván aceptó pese a que el toque de queda se iniciaba a las 18:00 horas y salieron en dirección hacia la calle Londres.

A pocos pasos de andar, la patrulla compuesta por Elgorriaga, Martínez, Caamaño, Muñoz y Valdebenito los divisó y ordenó que se detuvieran inmediatamente, pues, según sus declaraciones, los encontraron saltando la reja de una casa con una actitud sospechosa. Días más tarde, el dueño de la propiedad que supuestamente iba a ser asaltada, Alejandro Valdebenito, declaró que desde el terremoto adquirió el hábito de dormir en el *living* de su casa junto a toda su familia, donde una ventana de gran tamaño da hacia la calle y nunca percibió algo extraño. Adicionalmente, dijo que contaba con dos perros “bastante agresivos que ladraban ante el mínimo movimiento” y que era extraño que no hubieran reaccionado frente a un ataque.

Sin embargo, según la versión de los marinos, tras observar el intento de allanamiento a la casa, cuatro de los cinco infantes se bajaron para perseguirlos, mientras el chofer, Martínez, siguió en el vehículo con el objetivo de detenerlos por el otro lado de la calle. Caamaño alcanzó rápido a David. Lo redujo e inmediatamente le amarró las manos con una tira plástica. Iván, por su parte, fue tomado por los soldados Muñoz y Valdebenito. También le ataron sus

muñecas y lo arrastraron hasta quedar al lado de su amigo. Luego apareció Elgorriaga y sucedió todo lo que vieron, refugiados desde una ventana en el segundo piso, Miriam y Sebastián: golpes, culatazos, amenazas, llanto.

Después de desaparecer de la calle Londres, la camioneta avanzó en una dirección que ni Rojas ni Riquelme pudieron descifrar. Caamaño, Muñoz y Valdebenito continuaron golpeándolos en las costillas y espalda durante cerca de 30 minutos más, hasta que los neumáticos dejaron de rodar.

Con el motor del vehículo detenido, Rojas escuchó que alguien externo al vehículo dijo que “los calabozos están llenos”. Esa voz pertenecía al cabo Gustavo Villablanca Guerra, quien ejercía como vigilante de punto fijo en un Unimarc contiguo al cuartel de la Policía de Investigaciones de Talcahuano.

Martínez condujo hasta la unidad policial para dejar a los detenidos en manos de la PDI, a pesar de que la carpeta entregada a cada Comandante de patrulla especificaba que el procedimiento de detención por violación al toque de queda era identificar a los capturados, dar aviso al Puesto de Mando y posteriormente entregarlos a Carabineros. La patrulla comandada por Elgorriaga omitió los dos últimos pasos.

Tras el breve intercambio de palabras, Martínez desestimó la afirmación de Villablanca y decidió dirigirse hasta el portón del cuartel para confirmarlo con algún agente de la PDI. Golpeó y tocó el timbre varias veces hasta que abrió el detective Michel Sandoval Cartes, quien se encontraba realizando guardia en el lugar.

Según consta en la sentencia, Elgorriaga se bajó y dijo “aquí le traigo a dos”, refiriéndose a Rojas y Riquelme. Posteriormente, uno de los infantes ubicados en el *pickup* intentó bajar a los civiles, pero antes de que lo hiciera y tras una breve conversación por celular, Elgorriaga interrumpió. “Hay que ir a botarlos”, dijo.

Antes de retirarse, los marinos procedieron a revisar a David e Iván. A este último le encontraron un encendedor de color celeste,

motivo de burlas y más patadas debido a que, según ellos, las características del elemento encontrado pertenecían a las de un homosexual. Tras dejarlo tranquilo, la camioneta fue puesta en marcha nuevamente.

Minutos más tarde se detuvo por segunda vez en un sector indefinido, donde Iván pudo identificar el sonido del mar. En ese lugar, con el ruido de las olas reventando de fondo, oyó que los uniformados sostuvieron una discusión acerca de dónde debían arrojar a los civiles. Elgorriaga dijo que, debido a experiencias anteriores, era mejor dejarlos en algún lugar cercano al que fueron detenidos.

Los demás uniformados estuvieron de acuerdo y Martínez manejó hasta el área de Petrox, donde se ubica una refinadora de ENAP, para liberar a David e Iván, quienes, pese a estar juntos permanecieron incomunicados en todo momento.

El primero en ser liberado fue Iván, cerca de las cinco de la mañana, en Avenida Las Industrias y frente a una calle que, tras cruzarla, se encontraba una cancha de fútbol. Le soltaron las amarras, lo botaron al suelo y lo agredieron con golpes de puntapié y puños. Luego le dijeron que se parara, que caminara derecho y que cruzara la calle y la cancha. Si miraba para atrás, aseguraron, le dispararían.

Adolorido y cojeando, caminó como pudo hasta que le gritaron que se detuviera a esperar a su amigo. En ese instante sus piernas se doblaron y cayó al suelo. Aprovechó de mirar hacia atrás, pese a la advertencia de los agresores, y vio cómo David fue golpeado mientras estaba acostado en el piso, con las manos aún amarradas y suplicando para que se detuvieran.

Caminó un par de metros más y se derrumbó por segunda vez. Tornó su mirada nuevamente y presencié cómo Riquelme, agotado por casi tres horas de golpes en todo su cuerpo —lo que provocó una falla multiorgánica que afectó sus riñones, pulmones y páncreas—, cayó desplomado. Con los dos cuerpos sobre una cancha de fútbol vacía, solos e inmóviles, entablaron lo que sería su última conversación.

*

A pesar de que las pruebas reunidas por Enríquez hacían presumir que el caso se resolvería con rapidez, la defensa de los imputados no solo logró tardar la investigación, sino que además consiguió que se rebajara la sentencia a la pena señalada y que ninguno de ellos fuera a prisión. Esto, luego de que el tribunal militar acogiera cada una de las diligencias solicitadas, sin discriminar la utilidad de ellas.

El primer paso para aplazar la sentencia fue pedir una exhumación del cadáver de David, con el fin de desacreditar la autopsia del tanatólogo clínico del Servicio Médico Legal (SML) Juan Zuchel Matamala, realizada el mismo día del deceso, y el informe pericial de análisis emanado el 22 de marzo del 2010 desde el departamento de criminalística de Carabineros de Chile de Concepción.

Ambos documentos concluyeron que “la causa de muerte de David Riquelme es la suma de todos los golpes que presenta el cadáver, especialmente los ubicados en la parte antesuperior del tórax, siendo todos los demás coadyuvantes de la muerte, inclusive el golpe que presenta en el muslo izquierdo, por tener allí una gran cantidad de sangre acumulada”. La causa precisa del deceso, según ambos escritos, es un “traumatismo torácico complicado”.

Adicionalmente, Zuchel afirmó que al momento de realizar la autopsia no se pudo fijar una hora de muerte aproximada, debido a la falta de antecedentes. Por su parte, el informe de Carabineros estimó que David debió haber fallecido entre las 4:30 y 5:00 de la mañana, y que las lesiones del occiso coincidían con golpes de pies, puños y culatazos.

Sin embargo, la defensa de los marinos sostuvo que Zuchel, al ser un reconocido simpatizante de la ideología socialista, mantiene una aversión y animosidad en contra de la Armada que influyó directamente en el resultado de su autopsia.

Alegaron, por lo tanto, que debía existir un metaperitaje: una segunda opinión realizada por otro médico tanatólogo. Para ello fue contactada la especialista en medicina legal y anatomía patológica, Carmen Cerda Aguilar, quien no tuvo acceso al cuerpo de David y debió basar su pericia en el informe realizado por la policía, el set fotográfico tomado por la PDI y el informe de la autopsia construido por Zuchel.

Tras revisarlos, concluyó que por la dimensión y distribución de las lesiones, estas “son compatibles con la aplicación de un agente contundente de gran tamaño y de alta energía, mayor a la que despliega un ser humano”. Finalmente, identificó como causa de las heridas a un vehículo motorizado que, según su análisis, habría atropellado a David a las cinco de la mañana, con toque de queda, en una cancha de fútbol.

Con el objetivo de zanjar la discusión acerca del verdadero motivo de la muerte de David, prestó declaraciones el subprefecto de la PDI, Sergio Clarmunt Lavín, profesional con 21 años de experiencia en la especialidad de homicidios y recientemente ascendido como jefe de la Brigada de Homicidios de Concepción.

Clarmunt aseguró que el 10 de marzo del 2010, cerca de las ocho de la mañana, recibió un llamado del Fiscal Enzo Osorio Salvo. El persecutor solicitó que personal especializado de la Brigada de Homicidios, junto al Laboratorio de Criminalística de la PDI de Concepción, se dirigieran a la cancha de fútbol donde yacía el cadáver de David.

El subprefecto llegó antes de las 8:30 al lugar y observó que el cuerpo evidenciaba una serie de lesiones en distintas partes del cuerpo ocasionadas por terceros. Los hematomas presentados los atribuyó a golpes con elementos contundentes y, bajo ningún motivo, a algún vehículo motorizado. Su ropa no presentaba las rasgaduras propias de un atropello y la naturaleza de sus heridas tampoco coincidían con la tesis de Cerda. Sobre la cancha, además, no había rastos de neumáticos ni marcas de alguna frenada.

Se reunieron otras siete opiniones. Todos los consultados, tras revisar el peritaje fotográfico, coincidieron en que la conclusión de Cerda carecía de evidencia y pruebas suficientes. La fiscalía tomó conocimiento de esto y finalmente descartó la teoría enarbolada por la defensa de los infantes, después de acogerla, investigarla y escuchar a casi una decena de versiones. Junto al atropello, también intentaron convencer al juez naval de que la muerte de David fue ocasionada por Iván, tras una riña entre ambos.

Las declaraciones de Elgorriaga, Martínez, Caamaño, Valdebenito y Muñoz tampoco facilitaron la tarea a la justicia militar. Los cinco involucrados sostuvieron insistentemente que ambos civiles fueron detenidos por saltar una pared, teoría descartada tras el testimonio del dueño de casa de la propiedad en cuestión; indicaron que ninguno de los dos portaba su cédula de identidad al momento de ser reducidos, lo que fue desmentido por el peritaje fotográfico levantado por la PDI; aseguraron que no se detuvieron en ningún lugar entre el Cuartel de la PDI y la cancha de fútbol, omitiendo que condujeron hasta Caleta Lengua, donde Iván Rojas escuchó el ruido del mar; y que los detenidos cruzaron la cancha de fútbol corriendo hasta perderlos de vista y retirar la patrulla del lugar, un acto imposible de efectuar debido a las múltiples fracturas y hematomas que sufrieron a causa del abuso.

Finalmente, todos los infantes declararon: “A lo que se me pregunta respondo que yo no golpeé a ninguna de estas personas ni tampoco vi a ninguna de las personas que componían la patrulla militar golpeando con los puños o con las culatas de sus armas a los detenidos, solo los redujimos”.

*

Iván le insistió a David que se pusiera de pie y que lo alcanzara, para que juntos fueran a buscar ayuda. Riquelme le respondió que era imposible reincorporarse. Así permanecieron cerca de veinte minutos,

hasta que con la ayuda de un cerco, Rojas pudo pararse y caminar con complejidad hasta su casa, un trayecto de 300 metros que demostró más de una hora en recorrer.

En su domicilio fue recibido por su hermano, David Rojas, quien le preguntó qué había ocurrido con ellos y dónde estaba Riquelme. Dificultosamente logró decirle que le habían “pegado los milicos” y que su compañero quedó tirado en la cancha Los Halcones.

El hermano de Iván se dirigió raudo al lugar señalado. Antes avisó en la casa de David y sumó a José Riquelme y a Elsa Ruiz, sobrino y madre de la víctima respectivamente, en su búsqueda. Cuando llegaron estaba amaneciendo y no costó mucho tiempo encontrarlo.

Tirado de espalda, con el puño derecho semicerrado, una pierna sobre la otra y tibio. Así encontró José a su tío David. Lloró y lo nombró por su apodo mientras el hermano de Iván le tomó el pulso a su cuello y confirmó que estaba muerto. Luego llegó la señora Elsa, con piernas temblorosas. Desconsolada, vio a su hijo empolvado y después que Carabineros le quitara la ropa, con todo su cuerpo morado.

Paralelamente, una ambulancia fue a la casa de Iván Rojas para constatar sus lesiones. Luego de determinar que sufría de una equimosis en el dorso derecho del tórax y en ambos muslos y piernas, fue derivado al hospital Las Higueras de Talcahuano de forma inmediata.

En la cancha de fútbol, mientras tanto, paramédicos, la Brigada de Homicidios de la PDI y el Laboratorio de Criminalística llegaron para iniciar los peritajes correspondientes y de paso armar una escena que aún le parece irreal a la familia de David. El Servicio Médico Legal cargó el cuerpo sin vida de quien fuera vendedor de pescado y cartonero hasta sus 44 años. El informe emanado por la institución diría días después que, a causa de la golpiza, sufrió la fractura de doce costillas en el lado derecho, cuatro en el izquierdo y otra fractura en el tercio superior de su esternón.



El 4 de marzo de 2012, a dos años de iniciado, el sumario administrativo a cargo de Soteras llegó a su fin. El resultado fue un licenciamiento de los cinco infantes imputados, que en la jerga militar equivale a ser expulsado de la institución.

Sin embargo, el tiempo transcurrido coincidió con el necesario para que los sargentos Elgorriaga y Martínez pudieran retirarse, tras cumplir veinte años de servicio, y quedar con una remuneración mensual vitalicia superior al medio millón de pesos.

Por su parte, la causa criminal investigada por la Fiscalía Naval arrojó una condena de tres años y un día para los cinco infantes. Los imputados fueron sentenciados por coautores de violencia innecesaria con resultado de muerte y violencia innecesaria con resultado de lesiones leves. No por tortura ni homicidio, como argumentaron los abogados de la familia de David Riquelme y de Iván Rojas, y lejos de los más de diez años que el fiscal naval, Alejandro Enríquez, solicitó en primera instancia.

La corte marcial fue quien desestimó lo señalado por el persecutor naval y rebajó la condena de los involucrados, en un proceso que estuvo a cargo de la justicia militar en todo momento. La última palabra de la causa fue pronunciada por la segunda sala de la Corte Suprema, cuando el 18 de mayo del 2016 ratificó con unanimidad la pena remitida con beneficio de libertad vigilada que despachó el tribunal castrense.

En total, Elgorriaga, Martínez, Caamaño, Valdebenito y Muñoz estuvieron privados de libertad durante tres meses, tras permanecer en prisión preventiva al interior de una dependencia naval, mientras se iniciaba la investigación, y vigilados por uniformados con un rango menor al de los sargentos.

En tanto, los ocho hermanos de David Riquelme junto a Iván Rojas demandaron al fisco chileno el 6 de febrero del 2014, cuando

aún no se resolvía la causa criminal. La acción fue respaldada por los abogados León Fernández y Javier Ahumada, quienes presentaron ante el Segundo Juzgado Civil de Concepción una demanda de indemnización de perjuicios por daño moral.

Junto a Rojas, firmaron como demandantes Elizabeth, Ada, Judith, Lilibeth, Betzabé, Débora, Ester y el hermano homónimo del fallecido, David Riquelme Ruiz. En su descripción, el documento detalla que se demanda al Fisco de Chile “por la responsabilidad que le cabe como empleador de los agentes del Estado, esto es, cinco empleados públicos –activos al momento de los hechos– y funcionarios de la II Zona Naval de Talcahuano de la Armada de Chile”, refiriéndose a Elgorriaga, Martínez, Caamaño, Valdebenito y Muñoz, “los que con su accionar delictuoso producto de golpes y aplicación de tormento provocaron la muerte, del hermano de los demandantes, don David Daniel Riquelme Ruiz, y lesiones a don Iván Enrique Rojas Araneda”.

Tras más de una revisión, los abogados pidieron 190 millones de pesos en total: treinta para Iván Rojas y ciento sesenta a repartir entre los ocho hermanos de David. A la fecha, esta es la última diligencia realizada a raíz de la muerte de Riquelme, y los querellantes aún esperan que el poder judicial liquide la deuda para cerrar, al menos desde el aspecto legal, el traumático y oscuro episodio ocurrido siete años atrás.

LA VIÑA DE LA POBREZA



Natalia Ramos

17 de marzo

Viernes, La Segunda

En la línea del más clásico periodismo que denuncia bolsones de carencia y miseria en medio de la abundancia y el derroche, este reportaje evidencia el costado amargo de la aparente fiesta sin fin de Viña del Mar. Tomas, campamentos, viviendas autoconstruidas sin luz, sin agua potable, sin gas, sin cañerías ni calles asfaltadas. Muestra también una realidad nueva: familias de clase media que solo se pueden permitir vivir en estos terrenos tomados y transformados en un barrio al que pusieron por nombre el del recordado presentador televisivo Felipe Camiroaga, muerto en un accidente aéreo en 2011. Son los nuevos rostros de la pobreza en Chile. Tras las protestas durante las celebraciones del Festival de Viña que hicieron visibles a los vecinos que aquí se retratan, algunos problemas comenzaron a solucionarse. En diciembre de 2017 celebraron la instalación de la luz eléctrica y esperan que las mejoras continúen. Este es un valioso ejemplo de periodismo de contraste, que se acerca a las historias y las voces de los olvidados.

“Gente aprovechadora. Hasta antena de televisión tienen y uno al tres y al cuatro”, le decía Miguel Torres a su esposa cuando, yendo de Viña del Mar a Santiago, pasaban por fuera del campamento Parcela 11 en la ruta Las Palmas.

Miguel pensó así hasta el 2011. El sábado 25 de febrero de este año, justo antes del piscinazo que coronaría a Kika Silva como reina del Festival de Viña, fue uno de los dirigentes de la toma Felipe Camiroaga que protestó en las afueras del hotel O’Higgins por la instalación de luz eléctrica en la toma. Detrás de un lienzo, resistió junto a los demás dirigentes al operativo de fuerzas especiales de Carabineros que intentó disolver la manifestación en la que también estaban las dirigentas Jessica Ortega y Katherine Riffo. Aguaron el piscinazo y las cámaras que venían a ver el cuerpo pintado de Kika Silva hicieron foco en un grupo de personas que, de manera desesperada, intentaban evidenciar una realidad que, dicen, es ignorada. Porque además de ser la ciudad con mejor calidad de vida del país, Viña del Mar tiene otros récords: es la comuna con más campamentos de Chile y entre sus 74 asentamientos se encuentra el más grande del país, con más de 348 mil metros cuadrados habitados por 1.086 familias en los últimos 22 años.

¿Qué tuvo que pasar para que Miguel, una persona con estudios técnicos de contabilidad y que hasta 2011 pagó el arriendo de una casa, se convirtiera en el habitante de un campamento?

La nueva campamentación

Dicen que se enteraron por un dato. Que un conocido les comentó que arriba, literalmente en la punta del cerro, había un grupo de personas que se estaba tomando un terreno y que estaban iniciando un campamento. A Miguel Torres se lo comentó su esposa. A Jessica Ortega se lo dijo una apoderada del colegio de su hija. Ambos, que no se conocían, vivían en el sector de Forestal, en Viña del Mar, y habían postulado por años al subsidio habitacional, sin resultados favorables.

Miguel, en ese entonces padre de dos niños, arrendaba una casa en la población Nieto, para la que destinaba 100 mil pesos de los 300 mil que ganaba mensualmente como administrativo de una empresa de mutualidad. “Tenía que andar consiguiendo plata porque me faltaba para la locomoción, para el agua, para la luz, para las cosas del colegio de los niños. De a poco también me empecé a endeudar, porque comprábamos las cosas en el supermercado con la tarjeta”, dice.

Pero un día su esposa le comentó sobre la posibilidad del campamento. “Me dijo que nos fuéramos. Yo era sumamente reacio a esa idea, tenía muchos prejuicios, pero insistió hasta que me dio un ultimátum, porque ella se iba sí o sí”, cuenta Miguel. En agosto de 2011 decidieron ir a ver de qué se trataba y, cuando llegaron arriba, presenciaron lo que hasta ese momento venían escuchando como un rumor: terrenos con malezas, quebradas, basura y las primeras casas del asentamiento que, inicialmente, se llamó Vista Las Palmas, por la panorámica privilegiada hacia esta ruta. El terreno, emplazado en el sector sur de la ciudad, cuenta con una conectividad privilegiada gracias a su cercanía a la ruta Las Palmas, que conecta hacia el interior de la región, y a la variante Agua Santa, que comunica con el centro de la ciudad.

Después de esa visita, se tomaron un terreno de 10 por 20 metros y lo cerraron. Lo limpiaron y todos los fines de semana se iban en una carpa, mientras Miguel trabajaba en la construcción de su

casa. Se cambiaron definitivamente el 2 de junio de 2012. “Tenía mucho temor, porque íbamos a algo nuevo y muy distinto, estábamos acostumbrados a la comodidad. En mi casa apretaba un botón y prendía la luz, tiraba la cadena, abría la llave y salía agua. Aquí no había nada de eso. Son cosas muy simples, pero que cuando no las tienes es complicado”, reflexiona.

Miguel es un ejemplo claro de “la nueva campamentación”, concepto utilizado por el capellán de Techo, Juan Cristóbal Beytía SJ, para explicar cuáles son los nuevos motivos por los cuales una persona podría vivir en una toma. “En el campamento Felipe Camiroaga encontramos incluso algunas familias que son profesionales, estamos viendo otras formas de pobreza. Una de las causas que estamos explorando para responder el por qué las familias llegan hasta esta situación tiene que ver con las deudas. Cuando empiezas con niveles de consumo mucho más allá de lo que puedes pagar, un pequeño desajuste pone en jaque todo ese equilibrio financiero. Puede ser que perdiste el trabajo, que quebró la empresa donde estabas o que se enfermó alguien. Es ahí cuando el campamento es el único receptor de situaciones de ese tipo”, explica Beytía, haciendo hincapié en otra situación en donde el campamento se convierte en la única opción, como el allegamiento o los arriendos abusivos.

Este fue el caso de Jessica Ortega. Cuando escuchó que se estaba formando ese grupo le hizo sentido. “Todo el sector de Forestal ha crecido por tomas, desde la plaza hacia arriba”, dice sobre este sector de la Ciudad Jardín, escondido en cerros que ni siquiera se ven desde la costa. Como estaba cansada de vivir de allegada en la casa de su mamá junto a su marido, su hija y otras diez personas más, cuando supo de la toma, vio la posibilidad de surgir. “Fuimos a ver los terrenos con mi pareja, pero a él no le gustó porque lo encontraba muy lejos, sin luz y sin agua, ni siquiera había alcantarillado. Yo le dije que si quería me siguiera, porque yo me iba a ir igual. Era la oportunidad que teníamos para lograr lo que uno quiere, que es la vivienda”, recuerda Jessica.

De a poco, el campamento Vista las Palmas tomaba forma. Los pocos vecinos que había juntaron plata y arrendaron una máquina para que hiciera caminos. Hasta que en septiembre de 2011 ocurrió el accidente del Casa 212 en el archipiélago de Juan Fernández. “Las dirigentes de los cuatro comités que había en ese entonces quedaron muy afectadas, estaban casi de duelo con la muerte de Felipe Camiroaga, por lo mismo decidieron cambiarle el nombre a la toma, en su honor”, cuenta Jessica.

De ahí en adelante, las calles de más arriba recibieron los nombres de las víctimas del accidente y por esto es posible encontrar la Rodrigo Cabezón, la Roberto Bruce e, incluso, la Casa 212.

A fines de ese año, el campamento comenzó a aparecer en los medios de comunicación, principalmente por la novedad de su nombre. Ya no se trataba de dirigentes sindicales ni de frases esperanzadoras. Ahora la bandera de lucha se enarbolaba bajo el nombre de uno de los animadores de televisión más populares del país. Esta decisión, completamente emocional y sin una estrategia de fondo, le dio la visibilidad que geográficamente no tenía, porque se encuentra en el borde sur, colgando entre la ciudad y el cerro con quebradas pronunciadas.

“Antes veíamos los campamentos mucho más cerca. Hoy, la ciudad ha avanzado y están en lugares donde no nos vemos obligados a pasar. Esta es una sociedad que, así como oculta la fealdad, también oculta la pobreza. En eso somos muy buenos para mentir”, dice Beytía, dando paso al problema mayor: “Se generó una sensación de que este fenómeno se había terminado. Pero no se esperó que las familias de los campamentos volvieran a los niveles que teníamos hace 15 años atrás. El mínimo que alcanzamos fueron 27 mil familias, y ahora estamos en 38.800. Eso tiene que ver con el ritmo de la política pública, de construcción de vivienda social, de migraciones internas. Por todo esto podemos afirmar que, actualmente, son más las familias que entran a los campamentos, que las que salen”, dice enfático.

La toma permanente

Para cuando Katherine Riffó fue a ver el campamento, en noviembre de 2011, el lugar tomaba forma. Entonces vivía en una casa en Concón y pagaba un arriendo de 180 mil pesos, hasta que la mayor de sus tres hijos se enfermó y la economía familiar entró en crisis. “Mi hija mayor estuvo en riesgo vital tres meses. Por estos problemas me demoré en pagar el arriendo; hasta que nos trataron de sinvergüenzas y nos echaron. Pagamos la deuda, pescamos nuestras cosas y nos fuimos”, cuenta Katherine, herida en su orgullo. Para ella, el sector de la nueva toma le era conocido: años atrás su mamá se había tomado un terreno en Forestal, en donde estuvo hasta que consiguió una solución habitacional.

“El hecho de que las familias vengan de poblaciones de más abajo, que también se iniciaron como tomas de terreno, indica que en su construcción del hábitat hay un modo heredado por generaciones”, dice el arquitecto Rodrigo Torreblanca Contreras, uno de los testigos privilegiados en la formación de este campamento. En 2013 realizó una tesis para optar al grado de magíster en Arquitectura y Diseño, mención ciudad y territorio, en la Universidad Católica de Valparaíso, que tituló “Cosmovisión y hábitat en una toma de terreno”. El caso de estudio: la toma Felipe Camiroaga.

El documento, de casi 200 páginas, recoge la historia de estos asentamientos en la ciudad, que datan desde 1874 cuando se ubicaban en sectores aledaños a la línea del ferrocarril y en lugares más visibles. En el nuevo siglo, principalmente entre las décadas de 1930 y 1950, se comienza a pronunciar el perfil de la ciudad: las nuevas industrias trajeron fuentes de trabajo, mientras que la construcción del casino concretó el proyecto de la ciudad balneario, en donde las clases más acomodadas se ubicaron en las zonas planas de la ciudad, mientras que las más desprovistas comenzaron a poblar los cerros, generando un patrón de crecimiento heredado y replicado hasta ahora.

Cuando Rodrigo Torreblanca Contreras decidió estudiar la toma, hubo dos elementos que llamaron su atención: era una de las

más recientes, pero también, una de las que experimentó un mayor crecimiento en un corto tiempo. Porque para ese entonces, ya había cerca de 900 familias emplazadas en este terreno mixto, compuesto por ocho hectáreas municipales y 23 privadas, propiedad de la inmobiliaria Quiscal que planeaba construir en este terreno un gran proyecto inmobiliario, similar a Curauma. Pero este asentamiento paralizó el megaproyecto.

“Estos grupos ven aquí la posibilidad de ‘lo propio’ del derecho a la propiedad del suelo que, al mismo tiempo, les presenta otras oportunidades, entre ellas, la sustitución: la plata que antes destinaban para el arriendo, ahora la pueden utilizar para otras necesidades de la familia”, dice Torreblanca. Esto es algo que Miguel Torres identifica como uno de los beneficios desde que habitó la toma: su sueldo comenzó a lucir; pudo pagar los 80 mil pesos de matrícula y los 20 mil de mensualidad en la Escuela de Marinos Mercantes, de la que su hijo se graduó el año pasado, y se compró un Nissan Sunny del año 89, “un poco panero pero que sirve de todas maneras”, explica. Pudo, además, acondicionar su casa con piso flotante y paredes lavables para poder recibir a su tercer hijo, Gabriel, que nació prematuro extremo con 26 semanas de gestación y pesando solo 600 gramos.

Pero una de las conclusiones más interesantes del trabajo de Torreblanca tiene que ver con la temporalidad de la toma: si antes el campamento se consideraba como un espacio transitorio hasta conseguir la vivienda social, con construcciones ligeras y espacios descuidados, esa consideración cambió y hoy es un lugar en donde algunas de las familias proyectan su futuro, lo que queda claro en la autoconstrucción de sus casas. No importa si tiene uno o dos pisos, pero lo relevante es que cada habitante de la familia tiene su pieza. Otras tienen ventanas que buscan privilegiar la vista al mar e incluso incorporan complejidades en el diseño, con *bow windows* que sobresalen en las esquinas. Si se trata de imaginar la toma en el futuro, la proyectan con colegio, comisaría, un hospital y una farmacia.

“Llegamos a un lugar en donde no había nada y formamos una población, un barrio, un entorno amigable y agradable para todos. Lo hermo세amos y lo trabajamos. Por lo mismo no queremos irnos, queremos que se pelee y que se nos dé una solución concreta aquí en el campamento”, dice Jessica. Porque ahora tienen muy claro que la toma se encuentra, mayoritariamente, en un terreno privado, del cual pueden ser desalojados en cualquier momento.

El tema se reactivó en el último año, cuando la inmobiliaria dueña de los terrenos le cedió 15 hectáreas a la constructora Ingal, propiedad del ingeniero comercial Juan Pablo Alessandri, para que desarrollara un proyecto de vivienda social para dar solución a los habitantes de la toma Felipe Camiroaga. Alessandri ha mantenido reuniones con los dirigentes para llegar a un acuerdo de cuáles serían sus requerimientos para aceptar esta propuesta habitacional. La última de ellas, realizada el jueves 9 de marzo, tuvo un avance importante: un grupo minoritario de vecinos, agrupados en el comité Santa Rosa de Lima, lograron que se consideren tres opciones: departamentos de 50 metros cuadrados, otros de 60 metros cuadrados, ambos con balcones y con un ahorro de un millón trescientos mil pesos; y casas de 47 metros cuadrados, con un ahorro de cinco millones de pesos.

La idea divide a los habitantes de la toma: Jessica se pregunta cómo podría reunir cinco millones, si ya se gastó esa misma cantidad en su casa y actualmente dice no tener capacidad de ahorro.

La fila de los campamentos

Una de las referencias más directas de los dirigentes de la Felipe Camiroaga es la toma Manuel Bustos, la más grande del país, ubicada en la parte nororiente de la ciudad. Con 22 años de historia y con su nombre en honor al dirigente sindical fallecido en 1999.

María Medina es una de las líderes emblemáticas de este asentamiento y es además una de las grandes formadoras de los demás dirigentes de campamentos de la región. Pero Medina no aprobó la

gestión que su discípula Jessica Ortega tramó, cuando intervinieron el piscinazo. “Esto es lo mismo que la fila del supermercado: habemos unos que estamos primeros y hay otros que estamos después. Hay tiempos que deben respetarse y no porque unos hagan mayor escándalo tendrán respuestas más rápido que los otros”, dice María, seria.

Para Beytía, las urgencias están dadas por factores que superan el tiempo de permanencia en el campamento. “¿Quiénes son los más afectados por los incendios forestales, por los aluviones? Son los que están en los bordes, conteniendo la ciudad. Es cierto que hay algunos que llevan más tiempo esperando, pero también hay que considerar los niveles de riesgo que enfrentan. El 40 por ciento, de los 660 campamentos que contabilizamos, están en una zona de riesgo”, dice el capellán. El domingo, los habitantes de la toma Felipe Camiroaga sufrieron las consecuencias de un incendio que se inició en terreno forestal, pero que se propagó y alcanzó siete casas. Los vecinos, los bomberos y aviones de la Conaf controlaron la situación.

Sin dirección conocida

Jessica recuerda la primera celebración del campamento. Llevaban un año viviendo en el campamento sin agua. “Como más arriba estaban las copas de Esva, sabíamos que por aquí podría pasar alguna tubería”, dice. Hicieron hoyos al azar durante meses, hasta que un día dieron con una matriz. Contrataron a un técnico para que les hiciera la conexión y compraron cañerías. Abrir la llave y ver el pequeño chorro fue la primera fiesta de la toma. “Estábamos felices, hasta champaña abrimos”, recuerda, contenta. Luego vino la segunda conquista: lograr tener electricidad. Como los cables que tenían eran tan largos y las conexiones tan débiles, la electricidad no llegaba hasta las casas. Un día, con una instalación hechiza, vieron cómo se prendió el anafre de una ampolleta. Esa fue la segunda fiesta.

Jessica recuerda estos hitos mientras toma un café y come un pan con palta, en la sede Nueva Esperanza, comité del que es pre-

sidenta. De la llave sale un pequeño hilo de agua. En el baño no se puede tirar la cadena. Y la luz no da para mantener refrigerados los alimentos. “Cuando protestamos, lo hicimos porque queremos que nos regularicen los servicios básicos. Muchos dicen que queremos todo gratis, pero no es así. Solo queremos pagar nuestra cuenta de luz y poder acceder a lo mínimo que cualquier persona necesita para vivir”, dice.

Miguel Torres reconoce el estigma social de vivir en un campamento. Algunas veces, dice, le han hecho notar su condición cuando se burlan de sus zapatos con barro. “Aquí las desigualdades son feroces. Mucha gente de los campamentos dice ‘voy para Viña’, cuando en realidad van al centro. Esta ciudad no nos acoge, nos saca y hay barrios para pobres y barrios para ricos. Además somos muy cuestionados por tomarnos terrenos que no nos pertenecen, pero es un acto rebelde, porque si no existen las políticas habitacionales para nosotros, podemos tomarnos un terreno y construir una casa acorde a nuestras necesidades”, dice.

Con cinco años viviendo en la toma, Miguel Torres no se arrepiente de esta decisión. “Ahora pienso en las antenas de TV cable. No tenemos acceso a la luz porque el terreno es privado, no podemos tener agua por lo mismo. Pero sí podemos tener una antena, que más allá de todo, es una forma de legitimación: es la única boleta en donde sale mi dirección”, dice.

Autoras y autores

Catalina Albert

Periodista de la Universidad Diego Portales. Actualmente es reportera en *CIPER Chile* y ha sido colaboradora en revista *Paula* y *CNN Chile*.

Nicolás Alonso

Editor de actualidad y crónica en revista *Qué Pasa*. También ha publicado textos en *Rolling Stone Chile* y *Univisión Noticias*. Sus crónicas y perfiles han ganado el premio Pobre el que No Cambia de Mirada, el Premio Periodismo Sustentable y en siete oportunidades el Premio Nacional de Revistas MAGs. En 2017 publicó su primer libro de no ficción, *Luces al fin del mundo, relatos de ciencia en Chile*.

Álvaro Bisama

Escritor y profesor de Literatura. Entre sus libros destacan las novelas *Caja Negra*, *Estrellas muertas*, *Ruido* y *El brujo*, así como el volumen de relatos *Los muertos* y las compilaciones de crónica y ensayo *Televisión* y *Deslizamientos*. Actualmente es director de la Escuela de Literatura Creativa de la Universidad Diego Portales y columnista del diario *La Tercera*.

Martín Browne

Periodista de la Pontificia Universidad Católica. Se desempeñó como ayudante de los ramos Lenguaje Visual, Desafíos de la Comunicación, Taller de Edición en prensa y *Kilómetro Cero*, el medio escrito de la facultad. Actualmente es periodista de la sección *Deportes* del diario *El Mercurio* y es ayudante del Taller de Prensa en su universidad.

Estela Cabezas

Periodista de la Universidad Andrés Bello. Inició su carrera en el diario *La Época* y trabajó en *El Metropolitano* y *La Tercera*. Fue editora de *Wikén* de *El Mercurio* y desde 2012 es periodista de la revista *Sábado* del mismo medio. En 2017 ganó el Premio de Periodismo Sustentable. Ha hecho clases en el magíster de Periodismo Escrito de la Pontificia Universidad Católica y *El Mercurio* y hoy hace clases en la Universidad del Desarrollo.

Rodrigo Fluxá

Periodista de la Universidad de Chile, actualmente trabaja en la revista *Sábado* de *El Mercurio* y es profesor del Magíster de Periodismo Escrito de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Exreportero de *Deportes* de *El Mercurio*, ganó el Premio Periodismo de Excelencia Universidad Alberto Hurtado en 2011 y 2014 y fue finalista del Premio Gabriel García Márquez de Periodismo 2016. Es coautor de *Leones. Las historias de la U más exitosa de todos los tiempos* y autor de los libros *El lado B del deporte chileno*, *Solos en la noche: Zamudio y sus asesinos* y *Crónica Roja*. Fue asesor de guión de la serie de televisión *Zamudio* de TVN.

Alberto Fuguet

Periodista de la Universidad de Chile. Es autor de los libros *Sobredosis*, *Mala onda*, *Por favor, rebobinar*, *Tinta roja*, *Las películas de mi vida*, *Cortos*, *No ficción*, *Sudor* y *VHS*. Entre sus libros de no ficción: *Primera parte* y *Apuntes autistas*, y la novela gráfica *Road story*. Ha dirigido varios clips, el largometraje *Se arrienda* y el corto *2 horas*. Fue seleccionado por *Time/CNN* como uno de los líderes del siglo XXI y *Newsweek* lo consideró ícono de la nueva literatura latinoamericana. Ha sido traducido al inglés, finlandés, polaco, italiano, alemán, danés, coreano y portugués. Es columnista de la revista *Qué Pasa*.

Arturo Galarce

Periodista de la Universidad de las Américas. Sus artículos han sido publicados en *Zona de Contacto*, *La Nación Domingo*, *Paula*, *Las Últimas Noticias* y revista *Sábado* de *El Mercurio*. Ha sido finalista en los premios MAGs, Pobre el Que no Cambia de Mirada y del Premio Periodismo de Excelencia.

Juan Andrés Guzmán

Periodista de la Universidad Andrés Bello, magíster en Investigación de Políticas Públicas en la Universidad de Bristol. Trabajó en los diarios *La Nación* y *La Tercera* y en las revistas *Apsi*, *Siete+7* y *Paula*. Dirigió *The Clinic* y fue editor de *Ciper*. Es coautor de cinco libros, entre ellos *La guerra y la paz ciudadana*, *Los secretos del Imperio de Karadima* y *Empresarios zombis: la mayor elusión tributaria de la elite chilena*. Ganó el Premio Periodismo de Excelencia de la Universidad Alberto Hurtado en 2010 (autor) y en 2012 (coautor).

Daniel Hopenhayn

Fue editor de Cultura de *The Clinic* de 2014 a 2016, medio del que actualmente es colaborador. Anteriormente trabajó en televisión, como guionista y productor de contenidos en programas de entretenimiento, actualidad e historia. En 2008 publicó el libro *Give me a break: Conversaciones con Diego Maquieira* (en coautoría con Patricio Hidalgo). Ha colaborado con artículos o entrevistas en otros medios culturales como *Revista de Estudios Sociales* (Colombia), revista *PAT* y revista *El Búho* (Ecuador).

Sergio Jara

Periodista de la Universidad de Playa Ancha, diplomado en Investigación Periodística de la Universidad de Chile y en Escritura Narrativa de no Ficción de la Universidad Alberto Hurtado. Lleva 13 años cubriendo temas de economía, negocios y política en diversos medios de comunicación. Actualmente trabaja en *Radio Bío Bío*.

Mirko Macari

Periodista. Exdirector y actual asesor editorial de *El Mostrador*. Analista en radios *La Clave* y *El Conquistador*.

Alejandra Matus

Periodista de la Pontificia Universidad Católica, magíster en Administración Pública de la Harvard Kennedy School y Harvard Nieman Fellow. Es autora de los libros: *Mitos y verdades de las AFP*, *El libro negro de la justicia chilena*, *Injusticia duradera*, *Doña Lucía* y *La señora*. Es coautora de varios libros y su trabajo se consigna en diversas antologías periodísticas. Ha recibido premios en Chile y en el extranjero, como el Premio Ortega y Gasset que otorga el diario *El País* de España. Es colaboradora permanente de la revista *Paula* y actualmente es académica de la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales.

Constanza Michelson

Psicóloga de la Universidad Diego Portales, tiene un magíster en Psicoanálisis. Es columnista de crítica cultural en *The Clinic*, revista *Paula* y *Huffington Post* España y panelista en radio *Zero*. Es autora de *50 sombras de Freud* y de *Neurotic@s*.

Benjamín Miranda

Periodista egresado de la Universidad Diego Portales. En septiembre de 2017 se integró al equipo de *The Clinic*, donde ha publicado perfiles, crónicas y reportajes tanto en la revista como en el sitio *online*.

Pilar Navarrete

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Trabajó en Publicaciones Lo Castillo en revistas especializadas en arquitectura, moda y música, entre ellas, la edición chilena de *Rolling Stone*. Ha trabajado en la revista *Ya* de *El Mercurio* y en revista *Paula*, donde ha publicado entrevistas y reportajes, principalmente sobre temas relacionados con derechos de la mujer, infancia y personas LGTB.

En 2016 fue finalista del Premio Periodismo de Excelencia de la Universidad Alberto Hurtado.

Tamy Palma

Periodista del suplemento *Tendencias* del diario *La Tercera* y finalista de la versión digital del PPE en 2017 con los especiales *A 30 Años del atentado a Pinochet* y *Pinochet diez años después*.

Claudio Pizarro

Periodista egresado de la Universidad Católica de Valparaíso. Ha colaborado en revistas nacionales como *Cáñamo*, *Patrimonio Cultural*, *La Nación Domingo* y *El Periodista*. También en publicaciones extranjeras como *Emeequis* (México) *Haciendo Cine* (Argentina) y *Der Standard* y *Sudwind* (Austria). Comenzó a trabajar como reportero en *The Clinic* en el año 2007 y, desde el año 2011, se desempeña como editor de crónica en el mismo medio.

Daniel Pizarro

Egresado de Periodismo en la Pontificia Universidad Católica. Realizó su práctica profesional como periodista de investigación en la productora La Ventana Cine. En la universidad fue ayudante de los ramos Desafíos de la Comunicación, Introducción a los Medios, Narración Interactiva, y de los Test de Actualidad II y III. También participó de manera activa en política universitaria siendo vicepresidente del centro de estudiantes de su facultad el 2016, coordinador general de su movimiento (NAU) y coordinador político de la FEUC el 2017.

Natalia Ramos

Periodista de la Universidad Diego Portales. Trabajó en la revista *Rolling Stone* y en las secciones de Reportajes y Crónica del diario *La Tercera*. Desde 2014 es periodista en la revista *Viernes* de *La Segunda*. Ha recibido el Premio Nacional de Revistas MAGs en dos oportunidades.

Sebastián Rivas

Editor digital de *La Tercera*. Estudió Periodismo en la Universidad de Chile y Políticas Públicas en la Universidad de Chicago. Ha trabajado también en el diario *El Mercurio* y la revista *Qué Pasa*. En 2016 el equipo que encabeza obtuvo cuatro nominaciones al PPE Digital.

Jorge Rojas

Periodista de la Universidad Finis Terrae. En 2013 ganó el Premio Periodismo de Excelencia. Fue productor de las radios *Concierto y Futuro*, y trabajó durante once años en *The Clinic*. Ha publicado crónicas en *Agencia Pública* de Brasil y *Revista Anfibia* de Argentina. Es coautor del libro *Empresarios Zombis: la mayor elusión tributaria de la elite chilena* y actualmente colabora en la revista *Sábado* de *El Mercurio*.

Jonás Romero

Periodista egresado de la Universidad de Chile. Ha trabajado en los diarios *La Cuarta*, *La Hora* y en los medios regionales de *El Mercurio*. En 2017 publicó el libro *Crónica de un aluvión* (Ediciones Cinco Ases) y, desde junio de ese año, se integró como reportero a la revista *The Clinic*, donde se desempeña hasta hoy.

Juan Pablo Sallaberry

Periodista de la Universidad de Chile. Ha desarrollado su carrera en medios del grupo Copesa. Fue cronista en el cuerpo de *Reportajes* de *La Tercera*, subeditor de la sección Política y corresponsal en España. Trabajó como reportero y editor en revista *Qué Pasa*, ganando el Premio Periodismo de Excelencia 2015 y el premio nacional de revistas MAGs por su reportaje “Un negocio Caval”. Actualmente es editor de la Unidad de Investigación de *La Tercera*.

Matías Sánchez

Periodista de la Universidad del Desarrollo. Fue finalista del Premio Periodismo de Excelencia categoría Universitaria el año 2016 por el reportaje “Caso Pololos: Los jóvenes imputados de violar a sus parejas”. Actualmente trabaja en el suplemento *Tendencias* del diario *La Tercera*.

Francisca Skoknic

Directora de la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales. Junto a Andrea Insunza y Paula Molina creó la robot LaBot, el primer *chatbot* de noticias chileno. Fue parte del equipo fundador de *Ciper*, donde fue reportera, editora y subdirectora. Antes trabajó en diversos medios escritos, como las revistas *Qué Pasa* y *Siete+7*. Estudió Periodismo en la Pontificia Universidad Católica de Chile, tiene un diplomado en Políticas Públicas de las universidades de Chile y de Chicago, y un magíster en Administración Pública de la Universidad de Columbia.

Vicente Undurraga

Licenciado en Literatura, actualmente es director literario en Penguin Random House Chile y columnista semanal en revista *Qué Pasa*. Escribe sobre literatura en revista *Santiago* y en *The Clinic*, de cuya edición impresa fue editor cultural entre 2007 y 2013.

Noelia Zunino

Periodista de la Universidad Diego Portales. Ha colaborado en medios como las revistas *Paula*, *Qué Pasa*, *El Mercurio* y la productora Fábula. Trabajó durante nueve años en el suplemento *Tendencias* del diario *La Tercera* y fue editora de programas culturales en TVN. Es coautora del libro *El Tila, un sicópata al acecho*. Actualmente es directora periodística del medio de la fundación Base Pública y profesora de la Universidad del Desarrollo.

